

HQN™

*Aquel Diciembre*  
Estefanía Jiménez

*Aquel Diciembre*  
**Estefanía Jiménez**

Editado por Harlequin Ibérica.  
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.  
Núñez de Balboa, 56  
28001 Madrid

© 2018 Estefanía Jiménez Alcántara  
© 2018 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.  
Aquel diciembre, n.º 200 - Julio 2018

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.  
Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.  
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.  
® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.  
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.  
Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.  
Imágenes de cubierta utilizadas con permiso de Shutterstock y Dreamstime.

I.S.B.N.: 978-84-9188-718-8

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

# Índice

[Créditos](#)

[Índice](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Epílogo](#)

[Nota de la autora](#)

[Agradecimientos](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

*Tablate, Granada*  
*Septiembre de 1568*

El fuego crepitaba en la chimenea, haciendo crujir los troncos con una música relajante. Abstraída, Beatriz se mecía en la butaca, que chirriaba con cada balanceo. Aspiró hondo para devorar el perfume de su hogar: las agujas de pino al arder, el vapor del estofado que escapaba de la marmita que había sobre las trébedes, los manojos de hierbas que colgaban del techo... Hacía calor dentro de casa, el verano aún no se había marchado y guisar era incómodo, pero necesitaba un momento de soledad, aunque fuera en aquel horno. Últimamente, el pasado volvía a acosarla y ella interpretaba aquella repentina melancolía como un mal presagio.

¡Ah, Alonso, su Alonso! ¡Cómo lo había amado! ¡Cómo lo amaba todavía! ¿Qué eran diez años para su corazón? Jamás volvería a querer a ningún hombre, jamás.

Podía escuchar a su hija Elena en el porche, afanada en trenzar esparto. Sus hijos eran su mundo. Beatriz sería capaz de cualquier cosa por protegerlos, por honrar el sacrificio que su esposo hizo en el pasado, pero los tiempos que vivían no eran seguros para las personas como ellos. Tarde o temprano, la paz acabaría.

—¡Madre!

La llamada de Elena la sobresaltó. Debía de haberse quedado traspuesta, pues ni siquiera la había escuchado abrir la puerta.

—Madre —repitió la joven, acercándose—, Venancio ha venido a verla.

—¿Venancio? —preguntó mientras se ponía en pie—. ¿Qué le ocurre?

—Que tiene la peste —respondió Elena con una risita.

—¿Peste? —exclamó la mujer, escéptica, caminando hacia la puerta.

El bueno de Venancio la esperaba fuera, estrujando su ajado sombrero de paja con nerviosismo y expresión atormentada. Beatriz alzó una ceja al observar el sarpullido que le subía por el cuello y se extendía por una de sus mejillas.

—Tranquilo, Venancio, no es peste —le dijo, regalándole una sonrisa tranquilizadora.

—¡Ah, Beatriz! ¿Estás segura? —preguntó el hombre con ansiedad—. Por el cuerpo es mucho peor, te lo aseguro, está todo... —Hizo un gesto vago con las manos.

—¿Te pica mucho?

—¡Horrores! He intentado aliviar el picor con un estropajo de esparto, pero no...

—¿Un estropajo? —exclamó ella con horror—. ¡Ah, por Dios!

—¿Estás segura de que no es peste? —insistió Venancio—. Mi madre me contó que ella vio a hombres con pústulas causadas por la muerte negra que...

—¡No es peste, es sarna! —lo cortó Beatriz, abriendo la puerta de la casa para cederle el paso al interior—. Quítate la camisa, quiero ver las úlceras.

Una hora después, Venancio salió de la cabaña con una sonrisa de alivio dibujada en su afable rostro. En sus grandes manazas llevaba con mimo la loción y la resina de alerces que Beatriz le había proporcionado.

—Cuando se te acabe la loción puedes hacer más con manteca, una yema de huevo y el zumo de una naranja agria —le explicó al hombre—. Tienes que lavarte con agua fría tres o cuatro veces al día, ¿de acuerdo?

—¿Tantas veces? —preguntó el hombre con una mueca; de todos era conocido que no era muy amante del agua.

—O más —respondió ella con una sonrisa—. Y tenéis que hervir toda vuestra ropa, incluida la de cama, ¿comprendido?

—¡Comprendido! Hervir la ropa...

—¡Ah! Y dile a Amalia que venga a verme. La sarna es contagiosa y podría haberla cogido también.

—Está bien, mañana mismo vendrá a verte. ¡Muchas gracias, Beatriz, me has salvado la vida una vez más!

—¡No seas exagerado, Venancio! —rio la mujer quitándole importancia.

—¿Exagerado? —bufó él—. Ayer en el mercado me vio el doctor Guzmán y me dijo que fuera a verlo enseguida, así que no seas modesta, Beatriz.

—¿Guzmán te vio el sarpullido? —preguntó ella en un murmullo, con una arruga de preocupación en la frente—. ¿Le dijiste que vendrías a verme a mí?

—Le dije que iría a verlo si se me daba bien el día y ganaba suficiente —respondió el hombre con una sonrisa inocente—. Tranquila, Beatriz, sé que no debo ir hablando por ahí de tus dones.

—No son dones —protestó ella—. Solo conozco cosas que muchos han olvidado.

—Como sea. Puedes estar tranquila, amiga, en Tablate todos te queremos.

—Muchas gracias, Venancio.

—¡Gracias a ti! —El panadero rebuscó en su bolsillo y le entregó algunas monedas, azorado—. Sé que no es mucho, pero ayer no nos fue muy bien...

—Descuida, está bien —lo tranquilizó Beatriz, dándole unas palmaditas en la mano y devolviéndole tres monedas del montón.

—¡Muchísimas gracias, Beatriz! Hoy no he amasado pan nuevo, ya sabes, en verdad creía que era peste... —explicó Venancio algo avergonzado—. Pero mañana te haré una gran hogaza para que te la traiga Amalia. ¡Y unos pastelillos para Elena, que sé que le encantan!

—¡Oh, me la estás malcriando!

—¡A mí me gusta que me malcrien! —exclamó la joven desde la cabaña con una carcajada que el panadero coreó.

—¡Ah, esa moza ya está muy bien criada, y bien guapa que es! Lo que deberías hacer es buscarle un buen hombre antes de que se marchite.

—Lo tendremos en cuenta, Venancio. Dale saludos a Amalia de mi parte.

Cuando el panadero se fue, Beatriz se quedó durante unos largos minutos con la mirada perdida entre los pinos.

—¿Ocurre algo, madre? —le preguntó Elena a su espalda.

—No creo que el doctor Guzmán lo deje estar sin más —murmuró—. Tal vez deberías esconderte un tiempo en las cuevas; ya sabes, solo por si acaso.

—Tal vez...

—Le escribiré a tu hermano enseguida.

—¿No cree que deberíamos esperar unos días antes de alarmar a Diego? —preguntó la muchacha con una vaga esperanza.

Beatriz tragó aire y sacudió la cabeza, haciendo una mueca con los labios.

—Ese desgraciado me la tiene jurada desde hace tiempo —masculló—. Su orgullo no le permite lidiar con la competencia. No creo que debamos correr riesgos, Elena. —Beatriz se volvió hacia su hija y le cogió las mejillas,

tratando de regalarle una sonrisa tranquilizadora—. Y si nuestros temores son infundados, tendremos la oportunidad de pasar algunos días con Diego. No es mal plan en cualquier caso, ¿no?

—¡Diego! Lo extraño tanto... —suspiró la joven—. Ojalá pudiéramos verlo más a menudo.

—Yo también lo extraño —musitó, volviendo su mirada de nuevo hacia los árboles—, pero prefiero mil veces añoraros que perderos.

## Capítulo 1

Un cielo plumizo coronaba todo el Valle de Lecrín provocando un degradado de verdes teñidos de plata en la hierba. Aún faltaba un poco para que se hiciera de noche, aunque las nubes que iban y venían hacían la tarde más oscura de lo normal. Ese día no hacía calor, era como si el otoño hubiera estado esperando que emprendiera aquel viaje para hacer acto de presencia. Los únicos sonidos que le acompañaban eran los del viento, los cascos de su caballo y los murmullos lejanos de los campesinos rezagados al regresar a casa.

Olía a lluvia y a hierba mojada, y el paisaje en el crepúsculo no podía ser más hermoso; sin embargo, el nudo que oprimía su pecho le impedía disfrutar de todo aquello. No conseguía apartar sus pensamientos de la carta que había recibido. Hacía dos meses que no tenía noticias de su madre y de su hermana y las añoraba, pero habría dado lo que fuera por no recibir ese mensaje.

Era ya de noche cuando divisó los tejados de Tablate. Aminoró el paso de su montura para evitar alertar a los vecinos de su llegada, y continuó el camino con la cabeza baja y la melena tapándole las facciones, por si a alguien le daba por asomarse a la ventana. Siguió el trayecto, atravesando los pinares, donde la oscuridad era más densa, y al cabo de unos diez minutos, por fin se topó con las vallas que delimitaban la pequeña casa. Saltó del caballo antes de que este se detuviera del todo, al tiempo que la puerta se abría.

Beatriz apareció en el rellano con esa sonrisa que solo ella sabía regalar y que transmitía tantas cosas. Diego se fijó en que su cabello, otrora oscuro como el suyo, se veía salpicado de hebras de plata, muchas más que la última vez. También su rostro había sufrido el paso del tiempo con demasiada rapidez. Se le encogió el corazón al verla tan frágil.

—¡Diego! —exclamó, extendiendo los brazos hacia él.

El joven cubrió la distancia que los separaba de dos zancadas y la estrechó en un abrazo. Daba igual el tiempo que pasara, los años que cargara a la espalda, nunca dejaría de necesitar y amar a esa mujer, solo en sus brazos sentía que pertenecía a algún sitio, que tenía un hogar.

—¡Madre! —susurró, besándole la coronilla—. ¿Se encuentra bien? Me he dado toda la prisa que he podido. ¿Cómo están las cosas?

—Tan mal como temía —suspiró la mujer—. Ven, entra y descansa un poco. Te daré algo de comer.

—¿Dónde está Elena? —preguntó con ansiedad al no verla dentro de la casa.

Beatriz le indicó que tomara asiento y le sirvió un cuenco de estofado que olía a recuerdos y le hizo ser consciente de lo hambriento que estaba.

—Tu hermana te espera en las cuevas —respondió—. Tenía la esperanza de que las cosas se arreglaran, pero era una vaga esperanza, la verdad.

—¿Qué pasó?

—El doctor Guzmán denunció a uno de mis pacientes. El hombre vino a verme porque tenía sarna y ese desgraciado se enteró. Ya sabes que me la tiene jurada desde hace tiempo, no soporta que la gente de los alrededores prefiera acudir a mí —explicó con rabia—. Ese medicucho se presentó en casa de Venancio acompañado de la guardia, acusándolo de practicar brujería.

—¡Maldita sea! —gruñó Diego.

—Sí, en estos días se vuelve a utilizar esa excusa para deshacerse de los rivales —suspiró Beatriz con pesar—. Brujería, herejía o cualquier sandez por el estilo. Por desgracia, la justicia escucha a los ricos por absurdas que sean sus acusaciones.

—Y ese vecino la delató —escupió el joven.

—No, Venancio es un buen hombre, hijo. Trató de convencerles de que el sarpullido se estaba curando solo, pero, por supuesto, Guzmán sabía que era sarna y que necesitaba algunos remedios. Claro que él les dijo a los guardias que se trataba de peste, así las cosas se complicaban más para el pobre Venancio. Registraron su casa y, milagrosamente, apareció un gallo muerto y no sé qué estupideces más.

—¡Qué hijo de perra! ¿Así que se lo llevaron? —preguntó Diego y su madre asintió—. Y apuesto a que ese malnacido se ocupó personalmente de que lo interrogaran enseguida, saltándose cualquier procedimiento.

—Interrogatorio completo y exhaustivo, sí. A él y a su esposa —suspiró ella

con tristeza—. Supongo que sobornó a los guardias para que les sacaran a la fuerza la verdad que quería escuchar. Todo ocurrió tan rápido... La pobre Amalia no estaba muy bien de salud, no lo soportó.

—¿Murió? —se horrorizó el joven.

—Le dio un ataque —asintió Beatriz—. Y a Venancio le arrancaron las uñas, le quebraron algunos dedos y más cosas que no quise escuchar.

—Jesús bendito... Y, al final, dio su nombre —adivinó él.

—Claro que dio mi nombre. Esos monstruos saben bien cómo hacer su trabajo, pueden romper hasta al más noble de los hombres, y Venancio es un gran hombre, Diego —le aseguró—. Una noche, solo necesitaron una noche. Y estoy segura de que lo hubieran matado también a él, de no ser porque el padre Gimeno intercedió a tiempo. Apeló a su amistad con el arzobispo y los guardias lo soltaron con tal de evitarse problemas. Total, ellos ya habían cobrado y esa serpiente de Guzmán tenía lo que quería: a mí.

—¿Y nadie sabe dónde está Elena? —inquirió el joven—. ¿Logró esconderla a tiempo?

—Lo preparamos todo el día que Venancio vino a curar su sarna. Esa misma tarde te envié el mensaje —explicó—. El corazón me decía que nuestros días de paz habían terminado.

—Ya estaban durando demasiado... —masculló, apretándose el puente de la nariz—. Supongo que nadie conoce nuestros planes. —Miró a su madre y estrechó los ojos al ver su expresión—. ¿Madre?

—Solo el padre Gimeno.

—¡Oh, por el amor de Dios! —exclamó—. ¿Un cura? ¿De veras?

—Ese hombre es bueno, Diego...

—¡Ningún cura es bueno! —escupió él—. ¿En qué diablos estaba pensando, madre?

—¡No me hables así! —le riñó—. Creo que hasta ahora siempre he sabido cómo hacer las cosas.

—No estoy de acuerdo, tendría que haber dejado las curaciones cuando llegó aquí —rumió Diego.

—Eso habría supuesto ir contra mi naturaleza, hijo —le dijo con seriedad—. Todos tenemos una misión en esta vida y ayudar a los enfermos es la mía. Cuando encuentres la tuya, lo que le da sentido a tu existencia, seguro que al fin me comprendes.

—Está bien, no voy a iniciar una discusión en este momento —claudicó—.

¿Qué hay de ese cura?

—Es un buen hombre —repitió—. Jamás ha juzgado a nadie, ayuda a todos por igual. Lo enviaron a Tablate a evangelizar a los moriscos, por supuesto, pero es tolerante. Todos sabemos que muchos en el pueblo siguen practicando sus costumbres a escondidas, pero Gimeno mira hacia otro lado. Bueno, a veces intenta convencernos de que vayamos a su iglesia —añadió Beatriz con una sonrisa—, pero, por lo general, nos deja en paz.

—Pero ¿por qué se lo contó, madre? —insistió—. No era necesario.

—Claro que sí, no podemos hacer esto solos, Diego. Necesitamos ayuda y el padre Gimeno me ha asegurado que os ayudará en todo lo que esté en su mano.

—¿Nos? —preguntó el joven con desconfianza.

—Yo me quedaré aquí y cubriré vuestra huida —anunció ella.

—¿Cómo? ¡Por supuesto que no! Recoja sus cosas inmediatamente. Prepararé la carreta y...

—¡No, Diego! —lo cortó con rotundidad—. He dicho que yo me quedo y no hay más que hablar.

—¿Qué?

—Nadie sabe que tú eres mi hijo y el nombre de Elena no ha salido a la luz —razonó—. Ellos solo me buscan a mí.

—Con más razón debe venir con nosotros —gruñó él.

—Si me quedo, tendrán a su bruja y dejarán a Elena en paz.

—Si se queda, morirá y no logrará nada —exclamó él apretando los dientes—. Todos en Tablate saben que tiene una hija. ¿Cuánto tiempo cree que tardarán en delatar a Elena?

—No lo harán —respondió ella con seguridad—. La gente aquí nos aprecia de verdad. —Diego bufó con escepticismo—. Y aunque así lo hicieran, al menos os concedería tiempo. Mientras estén entretenidos conmigo, nadie saldrá a buscaros.

—Llevo escondiéndome casi toda mi vida, puedo protegeros a las dos. Buscaremos otro sitio donde establecernos, ya lo hemos hecho antes.

—Diego, sabes tan bien como yo que, si voy con vosotros, nos perseguirán hasta el fin de nuestros días.

—¡Pues que lo hagan! No será la primera vez —gritó.

—¿Acaso querría yo eso para mis hijos? ¿No es nuestra vida ya lo bastante compleja? —exclamó ella dando un golpe sobre la mesa—. En absoluto, no

voy a permitir que os pase nada.

—Pero madre...

—Diego, ya me tocó ver morir a tu padre por mis errores, no soportaría que os pasara algo a alguno de vosotros —le dijo con fervor, cogiendo sus manos—. Por favor, mi vida, no discutas conmigo en estos momentos, no tenemos mucho tiempo y yo ya he tomado mi decisión. Irás a las cuevas y te llevarás a tu hermana de aquí. El padre Gimeno me ha conseguido papeles falsos para ella.

—¿Qué? —jadeó, a medio camino entre la incredulidad y la ira.

—Es un hombre culto y yo llevo preparándome para esta huida desde hace años —explicó ella vagamente.

—Madre. —A Diego se le rompió la voz y tuvo que intentarlo de nuevo—. Madre, por favor, recapacite, ¿sabe lo que hacen esos hijos de perra con los moriscos y los judíos que siguen practicando su religión?

—Lo sé, lo hacen hasta con algunos conversos —bufó la mujer, poniendo los ojos en blanco.

—Son más implacables con las brujas —soltó con desagrado.

—¡Las brujas no existen! —rio Beatriz

—Ya, pues explíquesele a ellos —farfulló, poniéndose en pie—. Bruja, pagana, hereje y morisca, eso es lo que verán cuando la miren. No tendrán piedad con usted. Recoja sus cosas, iré a preparar la carreta.

—¡Si salimos con la carreta no duraremos ni un día, Diego! —razonó alzando la voz—. Nos seguirán la pista con facilidad, además, no tenemos tiempo. Tenéis que salir de aquí esta misma noche. Si fueron tan rápidos en ir a por Venancio, lo lógico es pensar que vendrán a por mí en las próximas horas. De hecho, me extraña que no lo hayan hecho ya. —Se acercó a él y le cogió las mejillas—. Por favor, hijo mío, déjame hacer lo que considero correcto. Vosotros sois lo único que importa, y yo ya estoy tan cansada de huir...

Diego lanzó un juramento, se sacudió las manos de su madre y le dio una patada a la silla, desplazándola varios metros.

—¡Esto es una maldita locura y lo sabe! —bramó.

Beatriz se acercó de nuevo y lo abrazó con ternura.

—Tal vez, pero mi instinto me dice que así ha de ser esta vez —le susurró, logrando aplacar un poco su enfado—. Cariño, debes ir a por tu hermana enseguida y ponerla a salvo. Por favor, no me guardes rencor por esto, no

descansaría tranquila.

—¿Cómo puede decir eso con todo lo que ha hecho por nosotros? —dijo él con la voz quebrada—. Solo puedo guardar amor y agradecimiento hacia usted, madre.

Ella sonrió y sus ojos se llenaron de lágrimas. Con un suspiro, lo apartó un poco para admirarlo de cerca, retirándole algunos mechones de la cara con una caricia.

—¡Ah, pero qué guapo estás, hijo! Eres como un héroe de leyenda, tan fuerte, apuesto y honorable. —Diego resopló e hizo una mueca—. Dime una cosa...

—No hay ninguna mujer, madre —se adelantó él con voz cansina—. Las mujeres lo complicáis todo.

—¡Desde luego que sí! —Beatriz soltó una carcajada—. Pero somos una complicación altamente agradable. Deberías abrir el candado a tu corazón, te aseguro que te alegrarías.

—No, gracias, ya tengo bastante con Elena y con usted. —Su voz se apagó al terminar de decirlo. Probablemente, pronto no la tendría a ella. Su rostro se ensombreció y tragó saliva.

—Diego, así debe ser, cariño —susurró la mujer, adivinando sus pensamientos—. Eres un gran hombre, el más inteligente, y sabes que llevo razón.

—Y ¿dónde he de llevarla? —preguntó al cabo de un rato, con voz ronca.

Por más prisa que se dieron, tardaron casi tres días en alcanzar su destino. El pobre caballo no estaba acostumbrado a cargar con dos personas, los caminos eran estrechos y peligrosos y la salud de Elena siempre había sido bastante delicada, por lo que Diego se vio obligado a parar cada pocas horas y descansar al refugio de los árboles, cuevas o maleza que fueron encontrando.

Por fortuna, no vieron señales de que nadie los estuviera persiguiendo. Esperaba no tener problemas durante el trayecto y poder poner a su hermana a salvo cuanto antes, pues apenas salió de Tablate, ya se había arrepentido de haber dejado a su madre sola a su suerte. ¿Cómo podía haber hecho algo así? Ella jamás lo habría abandonado.

Elena lo tranquilizaba, usando los mismos argumentos que Beatriz había utilizado, pero por más que le dijera, no consiguió hacerlo cambiar de idea: en

cuanto la dejara en su nuevo hogar, regresaría a Tablate para buscar a su madre.

Lo del nuevo hogar de Elena fue otro de los motivos por los que Diego no paró de protestar y gruñir durante todo el viaje. ¿En qué diablos había estado pensando su madre para decidir tamaña locura? ¡Estaba llevando a su hermana a vivir entre cuervos!

—Espero que cuando estés en el convento de las Siervas del amor de Cristo no se te ocurra llamar cuervo a ninguna de las hermanas —le advirtió Elena con una carcajada cantarina. Una de esas que sabían contagiar alegría, por adversa que fuera la situación—. El padre Gimeno dijo que allí estaría a salvo.

—¿Por qué tiene ese cura que decidir vuestro destino? —escupió Diego.

—No ha decidido nada, tonto —le riñó la chica—. Solo quiere ayudarnos. Es un buen hombre.

—No voy a decirte hasta dónde estoy de escuchar eso —rumió.

—Es un buen hombre —repitió Elena, ignorándolo—, es inteligente y solo quiere ayudarnos. Nos aprecia, Diego.

—¡Ya! —bufó.

—El padre Gimeno dice que las siervas dan asilo a todo el que lo necesita, sin cuestionar demasiado sus motivos. Y sin mirar demasiado sus bolsas —rio de nuevo.

—Demasiado, ¿no? —volvió a gruñir.

—¡Ay, deja ya de protestar, Diego! Es una buena idea y lo sabes. Entraré al convento con una nueva identidad, como hiciste tú al establecerte en Motril. Nadie sabrá de dónde vengo y no me harán demasiadas preguntas. Allí estaré a salvo. ¿Una morisca que se ordena como monja? Nadie volverá a molestarme con preguntas sobre mi religión nunca más —justificó Elena, medio en broma.

—Tal vez, pero ¿una monja? —murmuró Diego, haciendo una mueca.

Ella volvió a reírse. Nada parecía ensombrecer el ánimo de Elena, o, al menos, eso era lo que intentaba transmitir a su hermano, aunque a él no podía engañarlo.

Cuando los oscuros muros del convento de las Siervas del amor de Cristo se hicieron visibles a lo lejos, pudo sentir cómo la muchacha se estremecía a su espalda. Era casi mediodía, pero el cielo insinuaba tormenta y una nube oscura coronaba el enorme edificio de piedra como un mal presagio.

—Sigamos, Diego —susurró a pesar de todo, acariciando su espalda para

darle ánimos.

—No tienes que quedarte ahí para siempre —le dijo él con voz ronca—. Regresaré a por madre y la esconderé en la costa; después vendré a por ti. Buscaremos un barco que nos saque de aquí, a los tres.

—¿Y dónde vamos a ir? —resopló ella.

—Ya lo pensaré. Tú solo aguanta hasta que regrese, ¿de acuerdo?

—Diego, deja de intentar salvar a todo el mundo —le pidió ella con ternura—. Aquí estaré bien. Mi felicidad es cosa mía, no tu misión. Busca la tuya propia, hermano, y busca también tu prioridad en esta vida. Ya es hora de que me dejes volar.

—¿Cómo puedes decirme algo así? —musitó él, girándose sobre su hombro para mirarla—. Madre y tú sois mi vida.

—Y ya es tiempo de que eso cambie, hermano. Eres un hombre maravilloso. ¡Por favor, sé feliz! Nadie lo merece como tú.

—Volveré a por ti —rumió él obstinadamente, volviendo a mirar al frente y espoleando su caballo.

Elena sacudió la cabeza con pesar y estrechó su abrazo de manera que su mejilla quedara apoyada contra la fornida espalda de su hermano.

—Te quiero, hermanito —susurró.

—Y yo a ti, aunque seas una insufrible sabelotodo.

Elena volvió a reír, aunque en su risa se adivinaba una sombra de tristeza y temor.

Cuando pararon el caballo frente al muro del convento, vieron que había una pequeña multitud agrupada frente a una puerta lateral, que se abrió justo cuando Diego ayudaba a Elena a descabalgár. Una mujer rolliza, ataviada con un hábito negro y cargada con una gran cesta llena de bollos de pan, salió por la puerta provocando un rugido de voces y plegarias.

—Aguarda aquí, iré a hablar con ese cuervo —anunció el joven.

—Diego —lo amonestó Elena con voz cansina.

Le costó un poco abrirse paso entre los mendicantes, pero cuando convenció a la monja de que no venían buscando limosna, la mujer se hizo a un lado y les dejó pasar al interior.

—Así que quieres dejar tu vida atrás y abrazar a nuestro Señor —masculló la mujer una vez que terminó de repartir el pan y se reunió con ellos en el patio exterior del convento—. ¿Estás segura?

—Completamente.

—¿Cómo te llamas, niña?

—María —mintió la joven.

—Está bien, María, le comunicaré a la abadesa que estás aquí, pero me temo que tendréis que esperar hasta después del almuerzo para que os vea.

A Diego le sonaron las tripas al pensar en comida y se mordió el labio, azorado. Elena contuvo la risa y la mujer soltó un bufido, aunque no pudo evitar sonreír.

—Aguardad aquí, mandaré a alguien para que os lleven a las cocinas. Os darán algo de comer.

—Muchísimas gracias, hermana —dijo la muchacha.

La mujer se alejó con paso apresurado. Diego echó un rápido vistazo a su alrededor. Había algunas mujeres con hábitos que caminaban hacia el edificio central. Otras vestían con ropas de campesinas e iban y venían, atareadas. También había algunos hombres entre los sirvientes del convento, algunos trabajaban entre los parterres y los setos a pocos metros de ellos, sin siquiera dedicarles una mirada.

Diego alzó su vista hacia la torre de la iglesia; justo en ese momento, las campanas comenzaron a repicar, sobresaltándolo. Elena le cogió la mano para reconfortarlo.

—Diego... Estaré bien, te lo prometo.

—Eso espero, porque si algo te pasa aquí dentro, pondré todo el Reino de Granada patas arriba para buscar justicia —amenazó.

—O siempre puedes quemar el convento —bromeó ella.

—Eso también —afirmó el joven, torciendo una sonrisa.

—¡Ah, hermanito! —suspiró Elena, dándole un abrazo—. Si algo me pasara aquí o en cualquier sitio, sería voluntad de Dios, el destino o como quieras llamarlo. Eso no te ataría a nada. ¡Yo no querría que te atara a nada! Recuérdalo siempre, cabezota, tienes que buscar tu felicidad y dejar de preocuparte por todo el mundo, eso es lo que tienes que hacer.

—No me preocupo por todo el mundo, solo por vosotras dos —respondió él con cabezonería.

La muchacha puso los ojos en blanco e hizo un gesto de rendición con las manos. Diego la ignoró y centró su atención en la monja que se acercaba hacia ellos.

—¡Buenas tardes! —saludó la religiosa—. La hermana Catalina me ha pedido que os acompañe a las cocinas y os dé algo de comer.

—Muchas gracias —respondió Elena con educación.

En ese momento, unas finas gotas de lluvia comenzaron a caer, dejando el suelo sembrado de puntitos, como si estuviera siendo atacado por un centenar de insectos.

—¡Vaya, parece que la suerte os sonríe! Habéis llegado antes que la lluvia —exclamó la mujer, regalándoles una sonrisa luminosa.

Diego se dio cuenta entonces de que era bastante joven, tal vez un par de años mayor que Elena, no más de veinte a lo sumo, aunque ese horrible hábito blanco y el velo corto la hacían parecer mayor. Tenía la piel pálida, salpicada de pecas en la nariz respingona, con unos pómulos prominentes que resaltaban sus ojos color miel, demasiado grandes para una cara tan pequeña. Era más baja que su hermana y mucho más delgada, desgarrada y falta de gracia, aunque había que reconocer que la estampa mejoraba bastante cuando sonreía.

—Podéis pasar la noche aquí, señor —le dijo a Diego con respeto, echando a andar delante de ellos hacia uno de los edificios secundarios.

—Descuidad, me marcharé en cuanto haya hablado con la abadesa —respondió él.

—¡Os cogerá la tormenta!

—Solo es agua, no me va a matar —escupió, sin molestarse en ser agradable.

—Bueno, lo cierto es que podríais coger frío y enfermar. Las muertes por enfriamiento son bastante comunes. Por no hablar de la visibilidad a causa de la lluvia, aquí en la montaña anochece deprisa y podríais despeñaros mientras cabalgáis y... —La muchacha cerró la boca de repente al ver la expresión sombría de Diego—. Lo siento, hablo demasiado —añadió con una nueva sonrisa—. No viene mucha gente de fuera y, en cualquier caso, no suelen encomendarme a mí la tarea de atender a los visitantes.

—Me pregunto por qué —farfulló él, ganándose un codazo de Elena.

La sonrisa de la muchacha titubeó y desvió la mirada, avergonzada.

—Sois muy considerada, hermana, pero Diego tiene que partir cuanto antes —explicó Elena con amabilidad.

—En ese caso, os daré algunos víveres para el viaje.

—No necesito... —Otro codazo, este más fuerte. Diego miró a Elena con rencor.

—Gracias, hermana, eso sería perfecto —agradeció la joven.

—Ah, en realidad soy postulante —le informó la chica en voz baja.

—¿Cómo?

—Aspirantes, postulantes, novicias, hermanas... Hay una jerarquía para nosotras; todo aquí precisa tiempo, estudio, dedicación y muchísima fe. Una no se convierte en monja sin más. —Una nueva sonrisa.

—Ah... —murmuró Elena.

—Pero no te preocupes, pronto comprenderás cómo funciona todo. Bueno... —La joven la miró, azorada—. He deducido que deseas ordenarte, pero tal vez estés aquí por otro motivo...

—¿Y cómo lo habéis deducido? Creí que no había videntes entre los religiosos —se burló Diego.

—Y no los hay, señor —respondió ella con tono cortante—. Pero yo tenía la misma mirada que tiene vuestra hermana el día que llegué a este lugar hace dos años —espetó, dándole la espalda e irguiéndose con orgullo. El gesto le habría quedado muy bien si una estúpida piedra no se hubiera interpuesto en su camino, haciéndola tropezar.

Diego la sujetó por el brazo antes de que cayera de bruces. ¡Por Dios, podía rodearlo con la mano sin problemas! Esa muchacha era tan poca cosa que no comprendía cómo el viento no la alzaba del suelo. Solo emitió un gruñido cuando ella musitó un tímido «gracias» con las mejillas sonrojadas.

—¿Y cómo debo llamarte entonces? —preguntó Elena, retomando el tema.

—¿A mí? —se rio—. Por mi nombre, supongo, aunque a algunas les gusta que las llamen hermanas. Yo prefiero que me llames Inés.

—Gracias, Inés —dijo la muchacha con una sonrisa afectuosa—. Yo soy María. Espero que podamos pasar mucho tiempo juntas, creo que voy a necesitar una amiga en este lugar.

—Desde luego, también yo —suspiró la joven en voz casi inaudible.

Diego la miró con el ceño fruncido, no se le había escapado la expresión de amargura en su semblante, pero cuando la postulante sonrió de nuevo, la sombra desapareció como un espejismo. Era increíble el poder que tenían las sonrisas de esa muchacha simplona.

Fue la propia Inés la que se encargó de poner un cuenco de estofado y un pedazo de pan delante de cada uno cuando se acomodaron en la cocina. Parecía entusiasmada con servirlos, como si atender a dos viajeros desconocidos y desastrados fuera el acontecimiento más fascinante que hubiera presenciado en años, y, probablemente, así fuera. Esa joven parecía un ratoncillo encerrado en una caja, al que habían concedido la libertad durante

unos minutos.

—¿Tú no comes? —le preguntó Elena.

—¡Ah, sí! Umm... supongo que debería irme ya... —respondió—. ¡Tal vez nos veamos después!

—Eso sería estupendo —exclamó la muchacha, consiguiendo una nueva sonrisa de la joven.

—Esa niña es un desastre —masculló Diego, con la boca llena, cuando estuvieron solos de nuevo.

—Pobrecita, parece que se aburre aquí.

—¿Cómo se va a aburrir una jovencita en un lugar tan maravilloso como este? —exclamó él con sarcasmo—. En serio, Elena, esto es una locura. Podrías venir conmigo a la costa, podríamos encontrarte...

—Déjalo ya, Diego —suspiró ella con cansancio, antes de sonreír—. ¿Quién sabe? Quizás encuentre mi vocación aquí dentro. ¿Has visto qué jardín tienen?

—¡Nada de jugar a las curanderas en este lugar! —advirtió él, arrancándole una carcajada a su hermana—. Vais a acabar conmigo...

Transcurrió casi una hora hasta que una sirvienta fue a buscarlos y los condujo hasta el despacho de la abadesa. La superiora de las Siervas del amor de Cristo era una mujer que debía de rondar los cincuenta, pero cuyo rostro apenas presentaba arrugas. Era regordeta y de ojos vivaces, y, cuando les sonrió al entrar, unos hoyuelos se formaron en sus mejillas, dotándola de un aspecto afable.

La mujer los trató con respeto, ignorando sus ropas manchadas de polvo y barro y sus burdos modales. Elena le había pedido a Diego que la dejara hablar a ella, así que, a regañadientes, se limitó a responder las preguntas de la superiora con el guion que tan bien habían ensayado durante el trayecto.

La abadesa le explicó a Elena que podía quedarse, pero que, a partir del día siguiente, se le asignarían unas tareas como a todos los miembros de su comunidad. Le darían un tiempo de adaptación antes de aceptarla como aspirante, y le dejó claro en todo momento que la opción de abandonar el convento siempre estaría allí, lo que supuso un alivio para Diego.

El joven ofreció sus datos, por si necesitaban contactar con él, aunque no pudo evitar sentir un pellizco de inquietud al hacerlo; supuso que jamás se

desharía de ese temor, aunque su identidad a esas alturas fuera bien sólida. Diez años daban para mucho, y ya no quedaba nada de quien había sido en el pasado.

A partir de ese momento, Elena tendría que hacer lo mismo. María... Su hermana se llamaba María ahora. Hermana menor de Diego, vivía con unos tíos, pero estos habían fallecido recientemente dejándola sola y sin dinero; lamentablemente, él no podía hacerse cargo de ella.

Cuando terminó la entrevista, una sirvienta los acompañó hasta la salida, donde tendrían que despedirse. La extraña muchacha, Inés, los esperaba allí para guiar a María cuando él se marchara.

Elena abrazó a su hermano, tratando de contener las lágrimas. Por más que quisiera disimularlo, estaba terriblemente asustada.

—Solo tienes que mandarme un mensaje y regresaré a por ti —le repitió él.

—Lo sé —contestó, dándole un beso en la mejilla antes de romper el abrazo.

—Cuídate mucho y no te metas en líos —añadió el joven.

—Cualquiera diría que soy un bandido —bufó Elena—. Cuídate tú también, grandullón. Y recuerda tu misión —añadió, guiñándole un ojo.

Diego salió al patio seguido por las dos muchachas; la lluvia había arreciado, pero no hacía frío. En ese momento, Inés soltó una exclamación y se giraron para mirarla; había pisado un charco y el barro había ensuciado los bajos de su pulcro hábito. El hombre puso los ojos en blanco y Elena contuvo una risita.

—Procura no juntarte mucho con ese bicho raro, estoy seguro de que sería capaz de reducir a cenizas todo este nido de cuervos ella sola —gruñó en el oído de su hermana.

—¡Déjala en paz, me gusta! —la defendió la joven, dándole un suave manotón en el brazo.

—¡Hermana! —exclamó Diego, haciéndole un gesto para que se acercara. Inés lo hizo con paso nervioso, tratando de esconder las manchas que destacaban en el blanco del hábito como amapolas en un campo de trigo—. ¿Puedo confiaros el cuidado de María?

—¡Diego! —lo amonestó Elena.

Inés tragó saliva, intimidada por la ferocidad con la que hablaba, pero asintió en silencio, antes de desplegar su carismática sonrisa.

—Descuidad, señor, haré cuanto esté en mi mano por ayudarla a integrarse.

—Me llamo Diego Narváez —le soltó con sequedad.

La chica sonrió de nuevo y extendió su mano, creyendo que aquello era una presentación educada. Él miró esa mano de largos y huesudos dedos y alzó una ceja, la cogió, le dio la vuelta y depositó un papel en ella, dejando a Inés descolocada por unos segundos.

—¿Sabéis leer? —le preguntó ásperamente.

—¡Diego! —le riñó Elena de nuevo, pero él la ignoró.

La joven alzó el mentón y sus labios se crisparon con esa sombra fugaz de orgullo que ya había mostrado antes. Diego tuvo ganas de reír. El ratoncillo tenía las uñas afiladas, escondidas, pero afiladas, casi podía apostar por ello.

—Desde luego que sé leer y escribir, sumar, restar, hacer...

—Me basta con que sepáis leer eso —la cortó él, descortés, haciendo un gesto hacia el papel. La chica frunció el ceño, lo abrió y lo leyó—. Si ocurre cualquier cosa, mandadme un mensaje a esa dirección.

—Con lo cual, el que sepa escribir parece que sí es importante, después de todo —apuntó ella con retintín, y añadió—: ¿He escuchado por favor?

Diego se limitó a mirarla de arriba abajo, con ese escrutinio amenazante que bien sabía que hacía estremecer a algunos hombres; sin embargo, Inés no pareció amilanarse, volvió a alzar el mentón y le sostuvo la mirada con desafío, aunque sus mejillas se encendieron, restándole validez al gesto. Los labios del joven temblaron, a punto de curvarse en una sonrisa. Sí, el ratón tenía uñas y dientes, pero estaba demasiado acorralado en su cajita para sacarlos del todo.

—Por favor, ¿seríais tan amable de enviarme un mensaje si algo ocurriera, hermana Inés? —pidió con fingida suavidad.

Ella irguió la espalda con una sonrisita satisfecha, regodeándose con su absurdo triunfo.

—Desde luego que lo haré —aseguró—. Y descuidad, señor Narváez, cuidaré de vuestra hermana.

—Diego —la corrigió él.

—Y yo Inés, no hermana —replicó la joven con acritud.

Esta vez sí que sonrió, provocando que ella se sonrojara como un tomate y desviara la cara para huir de su mirada.

—Bien, Inés, sabed que si algo le ocurriera a... María, os haría a vos la principal responsable de ello —la amenazó sin fundamento, con intención de seguir provocándola. Era gracioso el ratoncillo...

La joven tragó saliva, pero estrechó los ojos con desafío.

—No soy vuestra criada, señor —escupió—. Cuidaré de vuestra hermana, pero solo porque así quiero hacerlo.

Diego fue a abrir la boca para replicar, pero Elena lo cogió del brazo y le dio la vuelta.

—¡Diego! —lo increpó con los dientes apretados—. ¡Ya está bien, debes irte!

## Capítulo 2

Diego no llegó a Tablate hasta bien entrada la noche del día siguiente. Llovía con fuerza y su caballo resollaba cuando cruzó el pueblo en medio de la oscuridad. Nada más llegar, intuyó que algo no iba bien. Era una sensación fúnebre, el olor... Olía a humo, a madera quemada, a miedo.

La lluvia y la oscuridad lo cegaron cuando se adentró entre los pinos, pero, a pesar del repiqueteo del agua, fue capaz de escuchar los cascos de otro caballo a escasa distancia del suyo. Soltó una maldición y desenfundó el cuchillo que llevaba escondido en el cinturón. Giró un poco para otear la distancia, aunque la oscuridad era casi impenetrable. Tal vez lo más sensato hubiera sido esconderse, pero una rabia ligada al miedo por la suerte de su madre lo hizo darse la vuelta para encarar a su perseguidor.

—¿Diego Narvárez? —gritó el jinete para hacerse oír por encima de la tormenta.

Diego se tensó y apretó la empuñadura de su cuchillo. Se adelantó un poco para poder ver mejor al hombre, que iba cubierto con una capa oscura y la capucha echada sobre la cabeza.

—¿Quién sois? —exigió.

—Soy el padre Gimeno, creo que tu madre te habló de mí.

Tu madre... A Diego se le erizó el vello de la nuca. Nadie sabía que Beatriz era su madre. Habían acordado que lo guardarían en secreto por su seguridad, que si alguien lo veía en alguna de sus visitas dirían que se trataba del criado de un cliente adinerado. Pero su madre había confiado lo suficiente en ese cura como para poner su vida y la de Elena en sus manos. ¿Realmente era de fiar o acaso ella había estado demasiado desesperada?

—¿Qué queréis de mí? —inquirió con sequedad.

El hombre le dio un golpecito a su montura con el talón y se acercó hacia él

con cautela.

—Te he visto desde mi ventana cuando entraste en el pueblo —explicó el sacerdote—. Te estaba esperando.

Esto último lo dijo con un suspiro compungido que activó todos sus nervios.

—¿Por qué? —preguntó Diego con voz estrangulada.

—Creo que será mejor que me acompañes a mi casa y hablemos delante del fuego con...

—¿Por qué? —bramó. El hombre volvió a suspirar y sacudió la cabeza con expresión desolada—. ¡Oh, no! —jadeó el joven, comenzando a asumir lo que se había temido desde el principio—. ¡No!

Dio la vuelta a su caballo y lo espoleó, pero el animal relinchó y se negó a moverse, demasiado cansado e irritado para tolerar ese maltrato injustificado.

—¡Diego, espera! —El padre Gimeno lo alcanzó y trató de sujetarlo por el brazo, pero él se sacudió su mano con rabia—. Diego, no queda nada allí, lo quemaron todo.

—No es posible, solo han pasado horas; no han podido...

—Ven a mi casa, te lo explicaré todo —repitió el sacerdote.

—¡No! —gritó él, y esta vez el animal sí echó a andar entre los árboles—. ¡Madre!

La sangre se le congeló en las venas cuando alcanzó la que debería haber sido la pequeña cabaña de Beatriz. No quedaba nada, solo cenizas, piedras y tierra ennegrecida. Hasta los árboles habían ardido alrededor, convirtiéndose en troncos descarnados. Diego se bajó del caballo y se acercó, apartándose la melena empapada de los ojos con un nudo atenazándole la garganta.

—¡Madre! —la llamó absurdamente. Ella no podía estar allí—. Dios mío, madre.

—Algunos vecinos acudimos corriendo cuando escuchamos los caballos de los guardias, pero nos cortaron el paso. No sé bien lo que pasó —explicó el padre Gimeno, ni siquiera se había percatado de que lo había seguido—. Querían llevársela, pero tu madre les dijo que no se iría con ellos, que antes prefería saltar por el barranco y...

—Jesús —susurró Diego, dejando caer las lágrimas que había estado conteniendo.

—Intentaron cogerla y ella gritó que no se la llevarían, que era inocente; después salió corriendo y... No pude seguirla, no me dejaron pasar —se disculpó el hombre.

—¿Qué ocurrió? —preguntó. La expresión afligida del sacerdote le dijo que su madre no se había dejado coger—. En verdad saltó por el barranco — adivinó en un susurro, el hombre asintió.

Diego cerró los ojos, acusando de repente todo el cansancio, los nervios, la pena, la rabia... Se tambaleó un poco y Gimeno lo sujetó por el brazo. Ella se lo había dicho, le dijo que no se dejaría coger...

—Acompáñame a mi casa, podrás pasar la noche allí —musitó el sacerdote con amabilidad—. Te lo contaré todo cuando hayas comido algo y te hayas puesto ropa seca.

—No...

—¡No voy a consentir que enfermes ni que esos guardias te cojan! —le gritó—. Ya no puedes hacer nada por ella, pero puedes hacer que su sacrificio no haya sido en vano.

Diego se derrumbó y se echó a llorar, sin importarle el hecho de no estar solo. El padre Gimeno lo cogió por el codo y lo condujo hacia las monturas. Él se dejó arrastrar, demasiado cansado y aturdido como para oponer más resistencia. El hombre lo condujo a través de la lluvia de regreso al pueblo, a su casa junto a la iglesia.

Creyó que no podría pegar ojo esa noche, pero su cuerpo finalmente acabó por rendirse al agotamiento. Por la mañana, el buen sacerdote lo acompañó hasta el lugar donde los vecinos habían dado sepultura a su madre tal como había vivido, entre los pinos, pues los suicidas no podían ser enterrados en tierra sagrada. A pesar de eso, habían cubierto el sencillo montículo con flores tempranas de otoño y hasta habían dejado pequeños obsequios de esparto y barro. La gente de Tablate en verdad había estimado a Beatriz.

—Tu madre tenía esto en su mano cuando la recogimos del fondo del barranco —le dijo el sacerdote cuando terminaron de rezar por su alma.

Le entregó un pedazo de tela de color negro, con un blasón bordado en azur y oro. No pudo determinar de qué se trataba pues el escudo había sido desgarrado de la ropa y apenas quedaba un cuarto de él. A Diego le pareció que se veía una cruz, ¿un lago? Era difícil precisar nada con lo poco que tenía.

—Es...

—Un escudo nobiliario o religioso, tal vez —afirmó el sacerdote con seriedad—. Supongo que logró arrancarlo de la ropa de uno de sus perseguidores. —El joven lo miró con el ceño fruncido—. He pensado mucho desde que lo encontré, Diego; los guardias comunes no llevan este tipo de

distintivos.

—¿Qué queréis decir?

—No estoy muy seguro, ni quiero ser yo quien aliente tu odio, pero... Sospecho que hay algo turbio en todo este asunto, muchacho.

—¿Qué sospecháis? —preguntó con impaciencia.

El hombre se pasó la mano por la cara con gesto cansado y suspiró.

—Venancio escuchó algo mientras estuvo en esa celda. Creían que estaba inconsciente y hablaron delante de él sin tapujos.

—¿Quiénes?

—El interrogador y uno de los guardias —aclaró—. Según Venancio, el torturador le preguntó al otro cuánto le pagaban por cada bruja.

—¿Por cada bruja? —susurró, un escalofrío le recorrió la espalda.

—La respuesta del guardia fue que salía más rentable vender a las brujas que entregarlas para que las investigaran.

—Dios mío, ¿venderlas a quién?

—Eso sí que lo desconozco, hijo —suspiró Gimeno—. Venancio no pudo oír mucho más.

—¿Decís que los que vinieron a por mi madre no eran del Santo Oficio?

—Era de noche y todos vestían de oscuro, pero eso... —Señaló el trozo de tela—. Sospecho que esos guardias descubrieron de la existencia de tu madre gracias a la confesión de Venancio, y que recibieron dinero de alguien a cambio de revelar su ubicación.

—Alguien que cree que está comprando brujas... —musitó el joven, conmovido.

—Alguien poderoso, pues posee una guardia personal y dinero de sobra para ese propósito —apuntó el sacerdote.

—¿Pero quién? Debe de ser un loco, ¡las brujas no existen, por Dios!

—Lo ignoro, hijo, pero ella te dejó una pista —respondió, refiriéndose al trozo de tela que apretaba en su mano—. Diego, sé que no confías en mí, pero me vas a permitir que te dé un consejo. No creo que Beatriz quisiera venganza por su muerte, muchacho. La conocía lo suficiente y estoy seguro de que no querría que su hijo se pusiera en peligro por algo así. Si te dejó ese trozo de tela como legado es para que hagas justo lo contrario, para que te mantengas alejado de ese monstruo.

Los días en el convento eran largos y agotadores, pero al contrario de lo que había pensado en un principio, a Elena no se le hicieron tediosos. Siempre había cosas que hacer y eso era una bendición para alguien como ella, acostumbrada al trabajo desde niña. La dejaron ayudar en la huerta y echaba una mano en las cocinas. También tenía acceso a algunas lecturas, aunque la temática no era muy variada.

Al saber leer y escribir, a veces ayudaba en algunas tareas administrativas, aunque, al no haber entregado dote y ser una simple campesina, carecía de privilegios y sus labores eran principalmente domésticas. A lo que se dedicó en el primer mes, básicamente, fue a conocer el convento y sus costumbres, los horarios, los turnos, la jerarquía, las oraciones, las misas... Eso fue sin duda lo que más trabajo le costó a Elena; aunque era cristiana, no había tenido demasiado contacto con la Iglesia, así que le costaba fingir devoción.

Por suerte, como ya había intuido el primer día, Inés se convirtió en una gran amiga y la ayudó en todo, sin pedirle nada a cambio o hacer preguntas indiscretas.

Fue un gran apoyo cuando recibió la carta cifrada de Diego, diciéndole que Beatriz había muerto. Inés tampoco hizo preguntas cuando la escuchó llorar aquella noche, en la celda que compartían. Solo se limitó a sentarse en un lado de su cama y a acariciarle el cabello, haciéndole saber que estaba allí por si la necesitaba. Ese sencillo gesto le otorgó la fuerza que precisaba para acostumbrarse a su nueva vida y seguir adelante.

Sin embargo, su amiga no gozaba de muy buena fama en el convento; era patosa, muy inquieta, hablaba demasiado y solía meter la pata con demasiada frecuencia, pero Elena se había esforzado por conocerla de verdad, al contrario que el resto, y se había dado cuenta de que era una mujer excepcional, inteligente como pocas, intuitiva y cariñosa. Su único problema era que aquella vida no estaba hecha para ella.

Inés le había explicado que su abuelo fue un hidalgo y su padre había heredado toda su fortuna y títulos. Ella era la menor de tres hermanos y no tenía ni esperanzas ni aspiraciones de heredar nada. Inés solía hablar bastante de su hermana, Verónica, que estaba casada y vivía en la villa de Madrid. Sin embargo, a su hermano jamás lo nombraba y, cuando Elena se lo refería, su rostro se ensombrecía y cambiaba de tema con rapidez.

Le contó que había estado comprometida con un hombre veinte años mayor que ella, pero que metió la pata y lo espantó, y que por eso había acabado en

el convento. Lo decía con ligereza y hasta se reía al relatar su historia, pero ella se daba cuenta de que Inés ocultaba algo que le producía mucha vergüenza y pesar, aunque jamás la presionó para que se lo revelara. Los secretos eran la única posesión personal que tenían en aquel lugar.

Aquello le hacía pensar en su propia familia, en lo afortunados que habían sido Diego y ella a pesar de sus circunstancias; ellos siempre se habían sentido amados y comprendidos por sus padres. No podía ni llegar a imaginar lo que sentiría Inés, una hija repudiada de la que su familia se avergonzaba, abandonada en un convento que era para ella como una prisión. Jamás recibía visitas ni cartas. Elena la admiraba por su fortaleza, porque a pesar de que era evidente que allí era infeliz, siempre tenía una sonrisa luminosa para regalar.

Uno de los escasos placeres para Elena en ese sobrio lugar eran los jardines. Las plantas siempre habían formado parte de su vida. Desde niños, su madre les había enseñado a ella y a su hermano a distinguirlas, a saber cuáles podían curar o matar, a fabricar remedios con ellas. Adoraba la herbología, aunque bien sabía que esos conocimientos podían despertar desconfianza en la gente. En los tiempos que vivían y en un círculo tan cerrado y religioso, Elena no podía arriesgarse a que nadie desconfiara de ella, no obstante, sentía un gran placer paseando por los jardines en sus escasos ratos libres, examinando las plantas que crecían, las flores... Fue así como conoció a Rodrigo, una semana después de su llegada al convento.

Era una tarde plomiza que parecía hacerse eco del dolor que sentía por la muerte de su madre. Pasear entre las plantas y aspirar el aire puro la revitalizó. Siempre había tenido una comunión especial con la naturaleza.

Elena ni siquiera se había dado cuenta de que no estaba sola esa tarde. Caminaba con la mente perdida en el pasado, disfrutando de los olores y la paz que allí se respiraba, cuando escuchó un crujido a su espalda. El chico estaba a unos metros de ella y compuso una mueca con los labios, azorado por haber sido descubierto.

—Lo siento —se disculpó, estrujando en sus manos un sombrero de paja—. No quería sobresaltarte. Estaba terminando de podar esos setos cuando te vi y... —Un suspiro escapó de sus labios—. Soy Rodrigo —se presentó, sin moverse aún del sitio—. Siento mucho si te he asustado, ya me voy, yo...

Pero no se movió. Siguió allí, plantado, mirándola como si fuera la cosa más espectacular que había visto en su vida. Al cabo de un rato, Elena sonrió y Rodrigo le devolvió el gesto.

A partir de entonces, salir a pasear al jardín se había convertido en una rutina diaria a la que ninguno de los dos podía faltar, aunque lloviera e hiciera frío. Inés solía acompañarlos también y, de ese modo, día tras día se fue sellando algo que Elena jamás había conocido, un círculo de amistad y sentimientos tan fuerte que era capaz de iluminar los días monótonos y grises del convento.

—¡María! —Inés tropezó con una piedra y avanzó dando traspiés hasta donde estaba sentada su amiga. Cuando al fin se enderezó, se pisó el bajo del hábito y habría terminado en el suelo de no ser por Rodrigo, que la sujetó a tiempo—. ¡Vaya, he vuelto a ensuciarme! —exclamó haciendo una mueca de fastidio.

—No te preocupes, solo es una salpicadura, podremos quitarla —la tranquilizó Elena—. ¿Por qué corrías?

Con una enorme sonrisa, Inés metió la mano en su bolsillo y extrajo un sobre que aireó delante de ella.

—¡Tienes una carta de tu hermano! —anunció con entusiasmo, con las mejillas algo sonrojadas.

Elena sonrió y lanzó una mirada cómplice a Rodrigo. Habría sabido que se trataba de eso aunque no lo hubiera dicho. Inés tenía una especie de encandilamiento con Diego desde que lo conoció, cosa que no lograba explicarse teniendo en cuenta lo desagradable que había sido con ella. Su amiga lo negaba, por supuesto, pero no podía esconder el brillo en sus ojos cuando Elena le leía las cartas que había recibido en los casi tres meses que llevaba en el convento.

—¡Venga, ábrela, sepamos qué pasa por ahí fuera! —la instó Inés, sentándose a su lado.

—Se supone que una carta es algo privado —apuntó Rodrigo.

—¡Oh, tú cállate! Venga, habla, ¿qué te cuenta? —insistió, zarandeando a su amiga un poco—. En su última carta nos dijo... te dijo que iba a formar parte de la tripulación de un barco pesquero. ¿Cómo le habrá ido?

—Pues aguarda y lo sabremos —rio Elena, desplegando el papel.

Diego le contaba que había pasado dos semanas en alta mar y que la pesca había ido bastante bien. Había ganado una suma importante, y le recordó que seguía ahorrando para poder sacarla de allí. No es que dijera mucho más, pero

saber de él fue como un soplo de aire fresco. Antes de despedirse, volvía a instarla a ser cuidadosa y le preguntaba sarcásticamente si el ratoncillo le había prendido fuego al nido de cuervos ya, cosa que Elena se guardó de leer en voz alta, por supuesto.

—Te manda recuerdos, Inés —mintió en cambio.

La muchacha soltó una risotada y sacudió la cabeza.

—Tendrás que confesarte por decir mentiras, María —le dijo—. ¿Por qué iba a mandarme recuerdos el cretino de tu hermano si me odia?

—No te odia, y tampoco es un cretino, solo un poco desconfiado y gruñón —lo excusó.

—Desconfiado, desagradable... Tengo un montón de calificativos para él que no voy a decirte porque eres mi amiga y sé que lo quieres.

—Está bien, tengamos paz —intercedió Rodrigo sentándose en el suelo—. Siento cambiar de tema tan bruscamente, pero ¿habéis escuchado lo de ese niño?

—Escuché a Marcela comentar algo en la cocina —respondió Inés, bajando el tono y poniéndose seria de repente—. Dice que conoce a la madre...

—Yo no he escuchado nada —dijo Elena, frunciendo el ceño.

—Un niño retrasado que vive por aquí cerca —explicó el joven—. La última vez que su madre lo vio le dijo que iba a coger piñas, agarró una cesta y ya no lo vieron más. De eso hace una semana.

—¡Dios mío! —susurró la muchacha.

—Yo escuché a uno de los sirvientes decir que hace cinco días encontraron a otra chica muerta, esta vez en Dúrcal —añadió Inés con tono lúgubre—. Hay muchas desapariciones y asesinatos últimamente por la zona.

—¿No será cosa de brujería? —preguntó Rodrigo, palideciendo.

—Yo diría que más bien de locos que quieren jugar a las brujas —escupió la joven, escéptica.

—Dicen que el día que desapareció ese niño un hombre que había ido a cortar leña vio a unos tipos vestidos con capas oscuras rondando cerca del pueblo —murmuró el joven con aire misterioso—. ¿Creéis que serán adoradores del maligno o algo así?

—A saber qué motivaciones tendrán —resopló Inés—. Yo sigo pensando que es obra de algún demente.

—Sea como sea, debéis reconocer que da miedo.

—Desde luego que sí —musitó Elena—. Las brujas no existen, pero los

monstruos sí, y van vestidos con piel de hombre.

Blasco de Saavedra bebió el líquido espeso y caliente del cáliz de un trago, sin hacer ni una sola mueca. Dejó el recipiente vacío sobre la mesa y se limpió los labios con el dorso de la mano. Se dirigió al otro lado de la alcoba, hacia el ostentoso espejo enmarcado en plata, y contempló su desnudez con orgullo. Alto, delgado, de piel pálida y bien hidratada, el porte de un noble de alta cuna de los pies a la cabeza. Había sabido cultivar su cuerpo para no acabar con una barriga abultada y pellejos colgantes como la mayoría de los ridículos tipejos con los que se codeaba y a los que les gustaba otorgarse el título de Grandes de las Españas. ¡Grandes inútiles!

¡Él sí era grande en todos los sentidos! Lanzó una mirada a su erección y sonrió. Era hermoso como pocos. Se lamió los labios despacio, con una caricia sensual. Sabían a sangre y aún conservaban un matiz rojizo que le pareció erótico; sus ojos verdosos brillaron con satisfacción.

Sí, era apuesto a pesar de haber pasado de los cincuenta. Se conservaba bien y podía llegar a estar mejor. Un hombre como él no merecía acabar pudriéndose en vida. ¡Era un De Saavedra, descendiente de la línea familiar que había dado al mismísimo Calígula! Estaba destinado a ser eterno como lo era el legendario emperador.

Conteniendo el aliento, se apartó la larga melena de la oreja izquierda y se acercó un poco al espejo para ver mejor. Cerró los ojos y aspiró hondo, antes de volver a abrirlos y afrontar la imagen. La piel se veía decolorada en el lóbulo y el resto estaba lleno de nódulos. No quiso mirarse la otra, ya sabía que estaba mucho peor. Volvió a cubrirse con el pelo y se rozó la nariz con expresión desolada. La tenía más pálida que el resto de la cara, pero aún podría disimularlo con cosméticos. No obstante, el tiempo se le estaba terminando y lo sabía.

Apartó la mirada del reflejo de su rostro y giró un poco a la izquierda para admirar mejor su cuerpo, después a la derecha... y una maldición explotó en sus labios al ver la redonda pápula que maculaba su nalga.

—Tranquilo, Blasco —se dijo—. El destino tiene grandes planes para ti, por eso te está concediendo tiempo.

Dios lo amaba. ¿Por qué, sino, seguía conservando su bello rostro intacto a pesar de que la enfermedad había comenzado a brotar por su cuerpo? Alzó la

mano ante sus ojos y sacudió la cabeza al ver sus dedos ásperos y llenos de nódulos.

Con un gruñido, se acercó al mueble donde guardaba su colección de venenos y armas y extrajo una daga de empuñadura enjoyada. Apoyó la mano sobre una mesita y comenzó a cortar la piel muerta de sus dedos sin experimentar ningún dolor. Solo paró cuando se dio cuenta de que la sangre había comenzado a salpicar sobre la alfombra. ¡Maldición!

Se giró con el rostro demudado por la rabia y clavó la mirada en el bulto inerte que yacía en el suelo, junto a la cama. Se acercó y le dio una patada mientras llamaba a su chambelán a voces.

—¿Llamabais, mi señor? —El hombrecillo apareció enseguida en la alcoba, con actitud obsequiosa.

—¿Quién era ese niño? ¿Otro desarrapado? —bramó Blasco, volviendo a patear el cadáver.

—Mi señor, no es sencillo coger muchachos de sangre noble —explicó el chambelán con voz tranquila—. No solo están bien protegidos, sino que las consecuencias políticas podrían ser...

—¡Me importa una mierda las consecuencias! ¡Mira! —gritó, mostrándole sus dedos sangrantes.

—No deberíais cortar los nódulos, mi señor —le advirtió el hombre con paciencia.

—¿Y qué me dices de esto? —Blasco se giró y le señaló la pápula que coronaba su blancuzca nalga.

—Solo es un lunar, mi señor —lo tranquilizó—. Los nódulos se están suavizando y...

—¡Se me están cayendo las orejas! —vociferó, apartándose el pelo para mostrarlas.

—¡No es cierto! Están mucho mejor.

—Necesito otra bruja —lo cortó Blasco con sequedad.

—Señor, las muertes y desapariciones son cada vez más frecuentes, la gente comienza a sospechar y...

—¡Tráeme otra puta bruja o serán tus untos los que utilice la próxima vez! Te lo juro, Felipe, no me pongas a prueba —siseó, alzando el dedo deforme amenazadoramente.

Felipe se mordió la lengua y asintió con sumisión. El negocio de las supuestas brujas era muy lucrativo para él, eso era cierto, pero lo que había

comenzado siendo un experimento para su señor, se había convertido en una obsesión que cada vez le daba más quebraderos de cabeza. Blasco estaba perdiendo la razón. A esas alturas, en verdad creía que la magia podría curarlo y buscaba con desesperación a cualquier persona de la que se rumoreara que poseía algún don. De nada servía decirle que la magia no existía, que lo que él consideraba brujas eran solo mujeres charlatanas que aliviaban males con hierbas y otras tonterías. ¿Cómo iba eso a curar la lepra?

Pero, desesperado como estaba por encontrar la cura a su enfermedad, Blasco le daba a Felipe lo que él pidiera por traerle una nueva «bruja» que le revelara algún remedio. Remedios inútiles y que cada vez le costaban más conseguir, pero que redundaban en un buen beneficio para él.

La gran pega de todo aquel negocio era tener que aguantar a Blasco de Saavedra día y noche. ¡Por todos los diablos! ¿Acaso no era justo que cobrara una fortuna por tener que verle su asqueroso culo podrido? Y, aun así, Felipe comenzaba a perder la paciencia. Lo que ganaba por esa ridícula caza de brujas era una menudencia si lo comparabas con todo lo que tenía que soportar. ¿Por qué no se manifestaba la lepra en su fea cara de una maldita vez? El chambelán rezaba todas las noches porque, al despertar, Blasco hubiera perdido la nariz o que se le hubieran podrido las mejillas.

Su señor no quería estar enfermo, eso era lógico, pero es que además creía que un hombre como él merecía ser eterno. Estaba como una cabra, sin duda, pero, aun loco, asesino y leproso, lo cierto era que Blasco era muy rico y que, cuando su enfermedad se hiciera pública, lo conducirían a la iglesia, lo vestirían con el traje de Lázaro y lo aislarían por el resto de sus días, despojándolo de sus bienes y títulos. Al no tener herederos, su fortuna pasaría a la Iglesia, y Blasco odiaba a los gordos ladrones de la Iglesia, según sus propias palabras.

Y para ello estaba allí Felipe, por ese motivo aguantaba todas las excentricidades y estupideces de su señor. Después de muchos años a su servicio, había logrado convertirse en su hombre de confianza, la única persona en la que Blasco confiaba plenamente, el único que conocía su secreto, su amigo de verdad. Si seguía fingiendo lealtad y amor y jugaba bien sus cartas, Blasco de Saavedra acabaría nombrándolo su legítimo heredero y toda su fortuna pasaría a sus manos. Aunque, para ello, primero debía verse acorralado entre la espada y la pared. Podía estar loco, pero tampoco iba a desprenderse de sus bienes así como así. En cambio, si la enfermedad se

extendía impidiéndole seguir ocultándola...

—Pero, esta vez, que sea una bruja de verdad, Felipe, no otra charlatana —exigió con desdén. El chambelán reprimió los deseos de rodar los ojos—. Esa vieja que trajiste el otro día me dijo que las pápulas desaparecerían con la sangre de un niño de nueve años. He bebido la sangre de ese retrasado durante una semana hasta dejarlo seco, ¡y no noto ningún cambio! ¡Era una embustera!

—Os digo que yo lo veo mejor.

—Prepara a esa farsante —ordenó, sin dar muestras de haberlo escuchado. Dejó la vista prendida en el cadáver del niño y una sonrisa lenta y repugnante se formó en sus labios—. Ya que no ha servido para nada útil, por lo menos servirá como entretenimiento.

—¿Queréis que avise a nuestro interrogador? —ofreció el chambelán.

—¡No! —exclamó con rotundidad—. No quiero información, solo... satisfacer mi curiosidad.

—Como gustéis, señor. ¿Qué hago con eso? —preguntó, señalando el cadáver con un gesto de la cabeza.

—Llévatelo, es asqueroso. Y, Felipe —lo detuvo cuando se disponía a dejar la alcoba—. Recuerda, búscame otra bruja.

—Desde luego, señor —musitó el chambelán.

¡Asqueroso loco, leproso! Los secuestros y los asesinatos eran demasiado frecuentes y cada vez le costaba más taparlos. Tendría que pedirle ayuda una vez más a su prima, aunque odiaba con todas sus fuerzas compartir sus ganancias con esa perra avariciosa. ¡Todo fuera por complacer al señor De Saavedra! Todo fuera por la recompensa final.

—¡Felipe, mira esto, tengo canas! —jadeó Blasco con sorpresa, captando de nuevo su atención—. ¿Debería teñirme?

—Os confieren elegancia, mi señor —le aseguró.

—¿Tú crees? —preguntó el noble, mirando esperanzado a su chambelán a través del espejo.

—Así es. Las canas son muestra de madurez e inteligencia. Os harán ganar el respeto de vuestros enemigos y amigos, y la admiración de las mujeres. Más aún, quiero decir.

—Respeto y admiración, ¿verdad? —musitó con una sonrisa bobalicona, volviendo a contemplar el reflejo de su cuerpo desnudo con adoración.

## Capítulo 3

—¡Inés, tienes más harina en la cara que en la masa! —le riñó la hermana Catalina.

La muchacha se tocó la mejilla como si creyera que le tomaba el pelo y miró a Elena, que trataba de contener la risa.

—¿Qué? —exclamó.

—Estás lista para hornear —bromeó la muchacha, antes de soltar una carcajada.

Inés sacudió la mano cerca de su cara y las dos se enzarzaron en una lucha absurda por ver quién se manchaba más.

—¡Venga, niñas, dejad los juegos! —protestó la religiosa—. Esos buñuelos ya tenían que estar en el horno.

—Sí, hermana Catalina —respondieron las dos al unísono, conteniendo la risa.

—Inés, muchacha, creo que la cocina no es lo tuyo —suspiró la mujer, introduciendo un tenedor en su masa llena de grumos y más líquida que la del resto de las jóvenes.

—Lo siento, hermana —musitó ella. Se escucharon algunas risitas e Inés se sonrojó, aunque no bajó la mirada—. Ya sabéis que soy una mujer de letras y no sé...

—No eres una mujer de nada, niña, eres una sierva del amor de Cristo —la amonestó la hermana Catalina.

—Sí, hermana —claudicó, mordiéndose la lengua.

—Tranquila, podremos arreglar la masa con un poco de harina y batiendo más deprisa, yo te ayudaré —se ofreció Elena.

—Olvídalo, tiene razón, la cocina no es lo mío —bufó—. Nada es lo mío, al parecer.

—¡No digas tonterías! Eres la mujer más inteligente y divertida que he conocido en mi vida. Si te dejaran mostrarles...

—¿María? —llamó una sirvienta desde la puerta, paseando la mirada entre las jóvenes aprendizas—. ¡Ah, niña, ahí estás! Aséate un poco y acompáñame, la abadesa quiere hablar contigo en su despacho.

Elena alzó las cejas y ambas amigas se miraron, extrañadas. La madre superiora había hablado con ella en otras ocasiones, normalmente para preguntarle cómo se encontraba, si se estaba integrando bien. Alguna que otra vez le había pedido ayuda con su trabajo burocrático, aunque poca cosa, la verdad.

La madre Sagrario era una mujer cariñosa y amable, pero era imposible no sentirse intimidada en su presencia, especialmente si una escondía secretos. A pesar de su aspecto campechano, no había que olvidar que esa mujer era la cabeza de su comunidad y que ostentaba cierto poder fuera de esos muros también.

—Nos veremos más tarde, en el coro —le dijo Inés.

Ella asintió con una sonrisa, tratando de ocultar el nudo que le oprimía la garganta. ¿Es que nunca iba a dejar de tener miedo en su vida? Tal vez no. Su madre nunca había dejado de tenerlo.

Al llegar frente a la puerta del despacho, tocó con los nudillos y la abadesa le indicó que entrara. Siempre se sentía intimidada al poner los pies en ese lugar. Tragó saliva y puso las manos en la espalda para que la madre no la viera temblar.

—¡Oh, María, acércate, hija! Me gustaría hablar contigo un rato, ¿te parece bien? —le pidió la mujer con una sonrisa afable—. Ay, niña, se te ve cansada, ¿quieres algo de beber? —le sirvió un vaso de zumo de una jarra que había sobre la mesa antes de que tuviera la opción de responder siquiera.

Elena probó un sorbo y sonrió. Estaba demasiado dulzón para su gusto, pero se abstuvo de decir nada. En verdad la entrevista no fue para tanto. La abadesa solo quería preguntarle cómo le iba, tal como se había imaginado y, mientras charlaban, le pidió que la ayudara con algunas cartas.

—En verdad pareces algo cansada, María —repitió, mirándola con preocupación—. Tu hermano me advirtió de que tu salud es delicada.

—Estoy bien, reverenda madre —la tranquilizó con una sonrisa, aunque, ahora que lo decía, sí que sentía la cabeza algo cargada—. Es bueno estar cansada, eso te ayuda a dormir mejor.

—Y a no pensar demasiado —añadió la abadesa con una sonrisa triste—. Echas de menos a tu hermano, ¿verdad, niña? A todas nos ha pasado. Es duro separarse de los seres queridos, pero cuando lleves más tiempo con nosotras nos verás como a tu familia.

—Creo que ya lo hago, madre —dijo, pensando sobre todo en Inés, a la que veía como a una hermana, y en Rodrigo, al que... Bueno, a Rodrigo no lograba verlo como a un hermano, aunque sabía que lo que sentía por él estaba completamente fuera de lugar en su nueva vida.

Suspiró sin poder evitarlo. Le escocían los ojos y comenzaba a dolerle la cabeza. ¿Por qué narices estaba pensando en Rodrigo en lugar de esforzarse en mantener sus mentiras delante de la abadesa?

—He oído que te gusta la herbología —soltó la mujer de repente.

Elena dio un respingo y se puso en tensión ante el repentino cambio de tema. Se pasó la lengua por los labios, el zumo le había dejado la boca pastosa y con un regusto amargo. ¿Y qué le pasaba en los ojos? Le escocían y era como si no llegara luz suficiente hasta ellos. La habitación pareció ondear de repente, provocándole una sensación de vértigo. Pestañeó varias veces e intentó enfocar la vista. La madre superiora se veía iluminada por la luz del candelabro y las sombras del despacho se agolpaban a su alrededor, dándole un aspecto amenazador. El crucifijo que pendía de la pared a su espalda parecía cernirse sobre ella como las alas de un ángel oscuro.

—¿María? —preguntó, y su voz se escuchó lejana.

—¿Umm? —murmuró Elena, sintiendo un brote de terror. ¿Qué le estaba pasando? Lanzó una mirada al vaso de zumo medio vacío y el corazón se le aceleró por el miedo—. ¿Qué...?

—Me han dicho las hermanas que te gustan las hierbas y que pasas mucho tiempo en el jardín, ¿es eso cierto? —insistió la abadesa.

—¡Ah, sí...! —susurró—. Aunque yo... Yo no sé...

—Conoces los secretos de las plantas, ¿verdad? ¿Realizas prácticas paganas, María?

En ese momento sonaron unos golpes en la puerta y Elena dio un bote en su silla. Cuando giró la cabeza para ver quién entraba en el despacho, le sobrevino un mareo y sintió náuseas. Su corazón se saltó varios latidos cuando vio a los hombres; su cabeza no funcionaba como debía, tenía muchísimo sueño y no pensaba con claridad, pero había algo que le daba miedo de aquellos desconocidos, algo que sabía que debía recordar, algo que era

malo...

—¡Oh, ya están aquí! —saludó la abadesa.

Vestían uniformes oscuros; en el pecho de las casacas llevaban un blasón bordado, oro sobre azur. Una espada entre olas... Los ojos de Elena volaron hacia las capas que ambos hombres mantenían dobladas sobre sus brazos. Negras. Capas negras.

—María —la llamó la madre superiora desde muy lejos—. Puedes retirarte ya, hija, o no llegarás a completas.

—Sí —musitó poniéndose en pie.

El suelo pareció moverse debajo de ella y tuvo que sujetarse a la mesa para no caer. Ya casi había salido al pasillo cuando la madre Sagrario volvió a llamarla.

—María, hija, ¿te importaría acompañar a estos hombres a las cocinas antes de ir al coro? Han venido a recoger un encargo de dulces, la hermana Catalina ya lo habrá preparado.

—Por supuesto, reverenda madre —dijo ella con voz ahogada por el miedo.

¡No, no quería acompañarlos! Aquellos hombres eran peligrosos, aquellos hombres llevaban capas negras... El suelo volvió a hacer una cosa extraña bajo sus pies y uno de los guardias la sujetó para que no se cayera. Ella le dio las gracias y se sacudió su contacto.

El trayecto hacia las cocinas fue brumoso y extraño, como si caminara dormida. Tenía que sujetarse a la pared para no caerse. Tenía mucho sueño, los ojos le pesaban, las sienes le zumbaban y sus miembros habían comenzado a fallar. Por el camino se cruzó con varias hermanas y novicias que acudían a completas, la saludaron, pero nadie pareció darse cuenta de que algo no marchaba bien. «¿Dónde estás, Inés? Tú sí te darás cuenta», pensó con desesperación. ¿Qué estaba pasando?

—Si salen por esa puerta y siguen recto, llegarán a las cocinas —explicó al llegar a la puerta que daba al patio. No pensaba salir con esos hombres a la oscuridad de la noche—. Disculpen, llego tarde a la oración.

Elena trató de alejarse de los guardias, pero se mareó y perdió el equilibrio. Uno de ellos la sujetó y comenzó a reír entre dientes. Y entonces algo se iluminó en su mente abotargada: ¡adormidera! La madre superiora le había echado adormidera en el zumo. Mucha, a juzgar por el sabor que tenía en la boca.

—¡Dios mío! —susurró—. ¡No me hagan daño, por favor!

—¡Tan bonita, qué pena! —ronroneó uno de los guardias dando un tirón a su brazo y pegándola a su cuerpo. Elena gimió, pero estaba tan drogada que ni siquiera pudo sacudirse—. Pero qué boquita tienes, niña —susurró el hombre tocando indecentemente sus labios con el pulgar—. Y ese culo...

El otro guardia la apartó de él impidiendo que siguiera manoseándola. Ella lo miró, agradecida.

—¡Imbécil, no es para ti! —le regañó.

—¿Y quién se va a enterar? —rio el otro—. Mírala, creo que a la vieja bruja se le ha ido la mano con la adormidera, si se duerme no despertará.

—¡Pues deja de toquetearla y procura que no se duerma! —exclamó, alzando a la muchacha en brazos y echándola sobre su hombro.

La oscuridad se adueñó de ella antes de que salieran al patio y dejaran atrás cualquier posibilidad de ser rescatada por alguien.

Al salir del coro después de completas, Inés se escabulló del grupo y se dirigió a hurtadillas hasta el jardín. María no había acudido a la oración y su ausencia le resultó extraña. Tal vez en los primeros días desde su llegada se despistara a menudo y se hiciera un lío con las horas canónicas, pero ¿a esas alturas? ¿Qué le habría pasado? No halló a María en el jardín ni en la huerta, y tampoco se topó con Rodrigo para poder preguntarle. Inés caminó hacia su celda con la esperanza de encontrarla allí, pero el corazón le dio un vuelco cuando vio que no era así.

—¡Dios mío! —susurró, quedándose parada en medio del diminuto cuarto, sin saber cómo actuar—. ¿Dónde te has metido?

Volvió a salir al pasillo y preguntó a todas las aspirantes con las que se cruzó hasta que una de ellas pudo darle alguna pista.

—La vi antes de completas, parecía que iba hacia las cocinas —dijo la joven dando un bostezo—. Iba con dos hombres, probablemente los acompañaba a recoger un encargo.

—¿Cómo? —se extrañó Inés—. ¿Qué hombres?

—No sé, hombres, sirvientes quizás, de los que suelen enviar los señores para recoger sus dulces, ya sabes.

—¿A esas horas? —inquirió Inés, sintiendo aumentar su inquietud—. ¿Caminando por el convento como si tal cosa, acompañados de una aspirante? —La chica se encogió de hombros y tuvo ganas de abofetearla—. ¿Cómo

eran?

—Grandes, como los soldados o los guardias. Vestían de oscuro y llevaban un blasón, pero no me fijé bien, francamente, llegaba tarde al coro.

—¡Niñas, ya está bien de cháchara! —les riñó la hermana Catalina.

La aspirante dio un respingo y se escabulló hacia su celda antes de que Inés volviera a detenerla.

—¡Hermana! Estoy buscando a María, ¿no la habéis visto?

—¿María? ¡Ay, niña! ¿No te lo han dicho? —exclamó la monja con gesto compungido.

—¿Qué? —jadeó Inés, sintiendo un escalofrío.

—Estuvo ayudando a la reverenda madre con algunas cartas y de pronto se sintió indispuesta. La llevaron a la enfermería.

—Pero... —arrugó el ceño y la miró sin comprender—. Margarita me ha dicho que la vio cerca de las cocinas y que iba con dos guardias.

—¿Guardias? —se extrañó la mujer, antes de echarse a reír—. Definitivamente, la hermana Margarita necesita irse a la cama. No, hija, yo misma he ido a visitar a María al salir de completas. Parece bastante enferma, estamos muy preocupadas por ella. Ciertamente vinieron unos sirvientes a recoger un pedido de dulces, pero fue Benita, no María, la que se los entregó; después se fueron, sin más.

Inés alzó una ceja. Benita era una sirvienta obesa y arrugada que medía al menos medio metro menos que María. ¿Cómo narices las iba a confundir nadie? No obstante, prefirió dejarlo estar pues lo que le acababa de contar la hermana Catalina la había dejado petrificada.

—¿Qué tiene? —susurró con un nudo en el pecho—. Parecía estar bien cuando la vi la última vez...

—La hermana Olegaria dice que podría ser cualquier cosa. Ya sabes que esa chiquilla es delicada.

—Pero ¿qué le ocurre?

—Al parecer comenzó a sentirse mareada y acabó perdiendo el conocimiento. La hermana está intentando hacer que le baje la fiebre —explicó la monja, sacudiendo la cabeza con preocupación.

—¿Puedo ir a verla antes de acostarme? ¡Por favor, hermana! —suplicó. Había algo en todo aquello que no terminaba de encajar. ¿Cómo podía alguien enfermar de esa manera, tan de repente?

—No, lo siento, hermana Inés —dijo la mujer con rotundidad—. La

hermana Olegaria teme que pueda tratarse de gripe. Solo nos faltaba una epidemia en el convento. Lo lamento, hija, pero deberás esperar a mañana para ver cómo evoluciona.

Inés tragó saliva, dispuesta a seguir discutiendo, pero la mujer se cruzó de brazos y alzó las cejas de manera amenazadora, instándola a que se atreviera a desafiarla. Era una lucha perdida y lo sabía. Con un suspiro de frustración, le dio las buenas noches y regresó a su celda.

No obstante, no tenía la menor intención de rendirse tan pronto. Aguardó con paciencia, pegando el oído contra la puerta, hasta que se hizo el silencio. Sabía que siempre había alguien haciendo la ronda nocturna, pero también sabía que era imposible que ese alguien pudiera aguantar toda la noche sin dar una cabezada o ir a vaciar la vejiga, lo complicado era saber cuándo se daba uno de esos dos casos.

La suerte, sin embargo, decidió sonreírle esa noche, pues era la hermana Esperanza la encargada de hacer la guardia. La hermana Esperanza se había ganado el apodo de «el jabalí» entre las novicias y aspirantes pues tenía un tic nervioso peculiar: cada dos o tres minutos guiñaba el ojo izquierdo y a continuación emitía un gruñido nasal, de ahí el sobrenombre.

Sin moverse de su puesto tras la puerta, Inés la escuchó pasear y gruñir durante al menos tres horas. Sus nervios estaban cada vez más alterados y estar allí en pie, sin poder hacer nada, no facilitaba las cosas. A este paso tocarían maitines antes de que el jabalí tuviera necesidad de ir a orinar. Pero, entonces, sucedió. Los gruñidos comenzaron a alejarse por el pasillo acompañados de unos pasos pesados.

Inés no perdió el tiempo, abrió la puerta de su celda con mucho sigilo y salió. Estaba completamente oscuro, lo que era bueno para esconderse, aunque no tanto para caminar sin dar un traspie; para alguien como ella, que solía tropezar hasta con su propia sombra...

«¡Por favor, Jesús, no permitas que tu sierva tropiece y la descubran!», pensó.

Sabía que se metería en un lío enorme si la descubrían, pero no podía dejarlo estar sin más; necesitaba averiguar qué le había pasado a María pues toda esa historia de la gripeapestaba. No lograba quitarse de la cabeza lo que le había dicho Margarita de los guardias.

Caminó en la oscuridad, hasta que llegó frente a una de las puertas que daban al patio. Escuchó crujidos y pasos lo bastante cerca como para pararle

el corazón, un portazo a lo lejos... La luz de la luna se filtraba por los altos ventanales aliviando la oscuridad, pero otorgándole un aspecto siniestro a cada objeto con el que se encontraba. Apoyó la mano en la manivela de la puerta.

«Señor, Señor, que no chirríe, por favor». De repente, la puerta se abrió dándole tal susto que se cayó al suelo con un grito ahogado. «Se acabó, Inés, aquí termina tu estúpida aventura».

Incapaz de levantarse a causa del temblor que la atenazaba, aguardó encogida hasta que la puerta se abrió lo bastante como para dejar entrar el frío del exterior. Una figura se recortó contra el quicio y dio un respingo al verla sentada en el suelo.

—¿Inés? —susurró con sorpresa.

—¡Rodrigo! —exclamó la joven, suspirando de alivio.

—¿Qué diablos haces ahí tirada! ¿Sabes el susto que me has dado? —gruñó él sin alzar la voz.

—¿Yo te he dado un susto? —resopló ella, componiendo una mueca de dolor al levantarse del suelo. Al día siguiente tendría un cardenal en el trasero —. ¡Iba a buscarte!

—¡Y yo a ti!

—¿Tú ibas a buscarme? —Inés lo miró con la boca abierta durante un instante porque, si el que ella saliera en la hora del descanso nocturno era una transgresión de las normas, el hecho de que un aprendiz de jardinero se colara en la celda de una postulante era para arder en el infierno como mínimo.

—¿Has oído lo de María? —preguntó sacándola de su aturdimiento. La cogió de un brazo y la arrastró al exterior, cerrando la puerta a su espalda con cuidado. Apresuraron el paso hasta quedar ocultos por uno de los árboles que decoraban los patios del convento—. ¡No me dejaron ir a verla, pero necesito verla, Inés! —le dijo con desesperación—. No me creo eso de que enfermó.

—Tampoco yo —admitió—. Creo que está pasando algo raro aquí, Rodrigo.

Inés le contó todo lo que sabía, lo que le había dicho la novicia sobre los hombres y las reticencias de la hermana Catalina para que visitara a María en la enfermería. Notó cómo el chico palidecía a pesar de la oscuridad que los envolvía.

—Hombres vestidos de oscuro —musitó con voz temblorosa—. Como los que vieron en el bosque antes de que desapareciera ese niño.

—Tenemos que ir a la enfermería para asegurarnos de que está allí. ¡Tiene que estar allí! —exclamó Inés—. Además, tengo que ver lo que le ha pasado para escribir a su hermano, Diego tiene que saberlo.

—Conozco una entrada secreta en la lavandería que lleva hasta la sala de curas —reveló Rodrigo.

—¿En serio? —se admiró la muchacha. Llevaba allí dos años y jamás había oído hablar de esa entrada.

—Solo la conocen unos pocos. La usan las enfermeras cuando tienen que sacar algo que podría alarmar a las demás hermanas.

Como trapos manchados de sangre o los cadáveres de los que fallecían allí dentro, comprendió Inés.

—Pero la hermana Olegaria está de guardia y ya sabes cómo es; te escuchará entrar en la enfermería, aunque uses esa entrada.

—Pues entonces tendrás que entretenerla —expuso el chico.

—¡Pero si me cogen me meteré en...! Al diablo, algo se me ocurrirá —resopló Inés.

Caminaron agazapados en la oscuridad, ocultándose entre los árboles y los edificios externos del complejo. Cuando pasaron por las cocinas se quedaron paralizados al escuchar voces y risas. Inés apretó el brazo de Rodrigo con fuerza cuando este tiró de ella para que se agachara.

—¡Ay, me estás haciendo daño! —protestó el muchacho en un susurro.

—Lo siento —musitó ella, con la mirada prendida en la luz que salía de la ventana.

Aguardaron unos instantes, pero quien quiera que fuera el que estaba en la cocina no hizo ademán de salir. Rodrigo le hizo una señal con la mano para que avanzaran. Rodearon las cocinas, agachados y sin separarse de la pared. La enfermería estaba justo enfrente, pero para llegar hasta ella había que cruzar un tramo de patio completamente despejado de árboles o cualquier otra cosa que podría haberles servido de refugio. Inés alzó la vista hacia el sobrio edificio principal y sus numerosas ventanas. Había algunas iluminadas, una de ellas la del despacho de la abadesa. Si a alguien le daba por asomarse cuando cruzaran el patio, podrían distinguir sus siluetas iluminadas por la luna.

—No es necesario que crucemos —le dijo el chico adivinando sus pensamientos. Le señaló la lavandería, anexa a las despensas y a las cocinas—. Si sigo pegado a la pared puedo llegar hasta allí y entrar con facilidad.

—Pero la puerta estará cerrada, ¿no? —preguntó Inés, con la voz

estrangulada por los nervios.

—Eso no es problema —respondió Rodrigo con una sonrisa, sacando de su bolsillo un objeto alargado de metal—. Hace tiempo que descubrí cómo burlar casi todas las cerraduras del convento.

—¿Has estado entrando sin permiso en...?

—Me pagan muy poco y a vosotras os sobra la comida —se defendió el joven. Inés abrió la boca para refunfuñar, pero él la cortó—. ¡No es el momento! La cuestión es que puedo entrar en la enfermería, pero tú deberás distraer a la hermana Olegaria.

Inés se mordió el labio, pensativa. Entonces se fijó en el ventanuco que se abría en la zona destinada a la botica.

—¿Sabes cómo abrir ventanas?

Rodrigo sonrió y rebuscó de nuevo en el bolsillo de sus calzones. Le entregó un nuevo instrumento de metal parecido al suyo.

—Las ventanas de la enfermería no tienen un seguro, si introduces esto en el cierre y haces presión, lograrás levantarlo.

—Jesús, perdona a tu sierva por esto —susurró Inés, santiguándose—. Bien, adelante, creo que sé lo que hacer. Cuando nos separemos empieza a contar, yo también lo haré. Cuando llegues hasta cien deberás entrar, ni antes ni después, ¿entendido? Será justo en ese momento cuando organice mi distracción.

—No sé contar hasta cien —confesó el muchacho, avergonzado.

—¿Hasta cuánto sabes contar?

—Diez.

—¡Perfecto! Pues cuenta diez veces diez y, entonces, entras. Cuando salgamos nos reuniremos en esos setos de allí —explicó, señalando los matorrales que crecían junto a las despensas, los cuales solían ser refugio de los gatos vagabundos que buscaban cualquier descuido para colarse y robar algo de comer.

—¿Y si me equivoco? —inquirió Rodrigo con los ojos muy abiertos por el temor.

—Rodrigo... —Inés aspiró hondo, tratando de serenarse—, lo harás bien.

Alzó tres dedos y él asintió. Comenzó a bajarlos en una cuenta atrás silenciosa, cuando el último cayó, ambos salieron corriendo, buscando las sombras de los edificios de las cocinas. Rodrigo se dirigió hacia la lavandería e Inés se detuvo en las despensas, rodeó el edificio y comenzó a buscar entre

los setos.

—¡Miso, miso...! —llamó en voz baja, tratando de distinguir algo en la oscuridad. Una de las sombras se movió un poco y ella sonrió—. ¡Aquí estás!

Extendió las manos con cuidado para evitar asustar al animal, pero el gato estaba demasiado dormido para emitir ningún ruido. De todas formas, conocía bien a Inés. María y ella se encargaban de alimentarlos a escondidas con lo que podían agenciar de las cocinas. El felino ronroneó cuando le rascó las orejas y lo cogió en brazos.

Ahora sí que debía separarse del refugio de los edificios y arriesgarse a ser vista desde alguna ventana. Elevó una plegaria y corrió hacia el ventanuco que daba a la botica. Llegó con el corazón martilleándole en los oídos y miró en todas direcciones, convencida de que alguien tenía que haberla visto u oído.

Volvió a acariciar al animal, que comenzaba a revolverse nervioso en sus brazos, lo cual estaba bien porque lo necesitaba excitado. Ejerció presión sobre el cierre de la ventana, tal como su amigo le había dicho, y este cedió con un clic que le pareció como un trueno en el silencio de la noche. Aguardó conteniendo la respiración, pero solo escuchó las protestas del gato y su corazón desbocado. Abrió ligeramente la ventana y, con gran dolor de su corazón, dejó caer al asustado animal a través de ella. Enseguida se escuchó un chapoteo cuando el gato cayó en la pila llena de agua que sabía que había debajo. La noche se llenó de maullidos y bufidos furiosos, acompañados de un tropel alocado.

—Noventa y ocho, noventa y nueve y...

Algo de cristal se estrelló contra el suelo junto con varios utensilios metálicos, mientras el asustado gato sembraba el caos en busca de una vía de escape.

—¡Perdóname gatito! —musitó compungida.

Una luz se encendió al fondo, en el pasillo de la enfermería, señal inequívoca de que Inés debía salir corriendo de allí. Sintió las piernas pesadas por el miedo, pero logró llegar al refugio de los setos sin tropezar. No obstante, no podía decir que había emprendido la huida de manera muy limpia, así que lanzó una nueva plegaria, suplicando por que nadie la hubiera visto correr.

—Y diez... ¿O eran nueve? —susurró Rodrigo, agachado en el suelo, con

las rodillas dobladas y temblorosas. Aguzó el oído y le pareció escuchar ruido al otro lado de la puertecita del pasillo oculto que conducía a la enfermería. Aspiró hondo y se puso en pie—. Bien, allá voy.

Abrió la cerradura sin esfuerzo y echó un nuevo vistazo a su alrededor antes de adentrarse en el corredor. Olía a jabón, pero este no lograba esconder del todo el tufillo de la sangre. Tragó saliva y siguió caminando con las manos alzadas para tantear las paredes en la oscuridad. No tardó en palpar la puerta, esta no estaba cerrada con llave, así que la empujó con cuidado y se quedó congelado cuando emitió un agudo chirrido.

—«¡Maldición!» —pensó, mientras esperaba que la enfermera apareciera y lo pescara.

Pero los segundos se extendieron y no pasó nada, así que se armó de valor y entró en la sala de curas. Allí los altos ventanales otorgaban algo de luz, pero la sala estaba vacía, así que corrió hacia la siguiente habitación, en la que descansaban los pacientes. Se trataba de una sala larga y estrecha en la que se distribuían dos largas hileras de camas, una contra cada pared. Las ventanas aquí habían sido cubiertas con cortinas para facilitar el descanso de los enfermos, pero aún había algo de luz para distinguir los bultos en las camas. Procedente de la botica podía escuchar sonido de cristales rotos y los juramentos susurrados de la hermana Olegaria. ¿Qué truco habría ingeniado Inés para distraerla? Cualquiera diría que había colado un toro por la ventana...

«Bien, Rodrigo, aquí viene lo difícil», se dijo.

Comenzó a recorrer las filas de camas, estrechando los ojos para lograr vencer las sombras. De vez en cuando, una tos o un quejido lo hacían detenerse, paralizado por el miedo a ser descubierto, pero, por fortuna, a las enfermas se les daba adormidera para que pudieran descansar sin dar demasiado la tabarra a la enfermera de guardia. Por otro lado, no había muchas camas ocupadas. Rodrigo estaba llegando al final y aún no había encontrado a María. Al otro lado pudo escuchar el maullido aterrado de un gato y la voz de la monja. Se le acababa el tiempo.

Aceleró el paso y cubrió el tramo que restaba. Cuando llegó a la última cama se quedó parado, con la frente arrugada, tratando de procesar lo que veía, o, mejor dicho, lo que no veía.

«Se te ha podido pasar, vuelve a mirar».

Y así lo hizo, apresurando el paso, hizo el camino inverso hacia la sala de

curas, mirando cada cama con la desesperación y el miedo atenazando su garganta. Cuando alcanzó el punto final tuvo que hacer un nuevo alto. Se pasó la lengua por los labios resecaos, planteándose dar una nueva vuelta, pero el sonido de unos pasos que se acercaban lo hizo reaccionar.

Rodrigo corrió hacia el pequeño corredor y cerró la puerta poniendo todo el cuidado que le fue posible. Corrió hacia la lavandería, ignorando la oscuridad, con el corazón martilleándole en los oídos. Una vez allí, necesitó acercarse a una de las tinajas y echarse un poco de agua en la cara antes de regresar al exterior para reunirse con Inés.

Buscando el refugio de los edificios una vez más, caminó hasta los setos, pero su cabeza era un hervidero de cuestiones y terror.

—¿Inés? —susurró al llegar al punto de encuentro. Al segundo se dio cuenta de su imprudencia. Si había alguien por allí, acababa de delatar a su amiga.

Por fortuna, fue ella la que se alzó entre los matorrales. Su hábito blanco era como un candelabro en mitad de las sombras. ¡Maldita sea! ¿Cómo no se habían dado cuenta antes? Con esa ropa era visible desde cualquier punto. Ya podían llevar una buena ofrenda a todos los santos si salían de esa... Echó un vistazo detrás de él, hacia el edificio principal, y la sangre se le heló en las venas al distinguir una silueta en la ventana del despacho de la abadesa. ¿Estaba mirando hacia ellos?

—¡Mierda! —escupió, empujando de nuevo a Inés al suelo—. Quédate ahí, Inés, creo que nos han visto.

La joven guardó silencio un instante, pero era evidente que los nervios se la estaban comiendo.

—¿La has encontrado? —preguntó con ansiedad.

Él la miró con aturdimiento. Su amiga presentaba un largo y rojizo arañazo en el cuello. Sí, lo iban a tener difícil para esconder lo que habían hecho...

—No —respondió casi sin mover los labios.

—¿Cómo dices? —inquirió ella.

—No, Inés —repitió Rodrigo, sin poder contener un sollozo—. María no estaba en la enfermería.

En ese momento, como si desearan poner música al temor de ambos jóvenes, las campanas comenzaron a tañer llamando a maitines.

María no estaba en la enfermería. María no estaba... Todo era mentira; la madre superiora, las hermanas Catalina y Olegaria... Muchas personas implicadas que habían tejido una maraña de embustes y secretos para encubrir

lo que ellos ya habían intuido: alguien se había llevado a María del convento.

## Capítulo 4

Inés aspiró hondo, como si tomando más aire pudiera adquirir algo de entereza y valor. Solo aspiró amargura y viento helado. Ese día había amanecido lleno de escarcha y hacía mucho frío, como si la propia naturaleza hubiera muerto un poco al perder a una de sus criaturas más luminosas. Pues eso es lo que había sido María: una criatura de la naturaleza.

Dios santo, todavía no podía creérselo. Ella había estado allí, a su lado, y al día siguiente toda su existencia había pasado a convertirse en un lienzo, una mortaja, unas palabras de condolencia. ¿Cómo podía alguien, que apenas conocías de unos meses, dejar un vacío tan grande en tu corazón? Ya nada sería igual, la vida misma se veía más oscura al saber que ella ya no estaría allí para iluminarla. Su risa, sus palabras calmadas y siempre inteligentes, su ternura... ¿Cómo podía haberse ido todo eso para siempre, sin más? No, no sin más. ¡Alguien se lo había llevado! ¡Alguien la había matado!

Alzó la mirada y los ojos se le llenaron de lágrimas al fijarla en la figura encorvada que había frente a la tumba de su amiga. Caminó entre los nichos hasta situarse a su espalda y guardó silencio, respetando su dolor, aunque supo por la tensión de sus hombros que él sabía que ya no estaba solo.

Vio cómo se llevaba el dorso de la mano a la cara para limpiar sus lágrimas y lo escuchó tragar saliva varias veces. No obstante, siguió sin decir nada, aunque algo en su postura le hizo pensar a Inés que le estaba dando la palabra a ella.

—No los creo —susurró, saltándose cualquier preámbulo—. María estaba bien; yo estuve con ella casi todo el día y en ningún momento dio muestras de estar enferma.

—Las fiebres pueden ser repentinas —musitó Diego con la voz muy ronca, deshecha. Lo vio apretar los puños, pero siguió dándole la espalda—. Dicen

que fue un tabardillo.

—María no tenía piojos —masculló ella, arrugando la frente—. ¡No los creo!

El joven se giró entonces y la fulminó con unos ojos enrojecidos por el llanto y el cansancio.

—La abadesa dice que ese jardinero amigo vuestro pudo pegárselos —siseó con el rostro contraído por la rabia y la desolación.

—¡Rodrigo tampoco tiene piojos! —replicó Inés con genio—. ¡Es toda mentira! María estaba bien, ellos le hicieron algo —dijo haciendo un gesto con la mano hacia el convento. Entonces se dio cuenta de que había hablado demasiado fuerte y palideció. Miró a ambos lados con temor, antes de continuar en un susurro—: Estábamos en las cocinas y la llamaron al despacho de la superiora. No acudió a completas esa noche y me preocupé. La busqué y una postulante me dijo que la había visto cerca de las cocinas, acompañada de unos guardias. ¡Guardias, Diego! Sin embargo, la hermana Catalina me dijo que eso no era cierto, que en verdad María había enfermado y la habían llevado a la enfermería. Pero ¿cómo podía nadie inventarse que había visto a tu hermana sola en las cocinas con dos guardias? ¿Y por qué me prohibieron ir a visitarla a la enfermería? ¿Sabes por qué? —inquirió apretando los puños—. ¡Porque María no estaba allí! Alguien se la llevó del convento esa noche, la mató, y devolvió su cadáver a la enfermería para que todos pudiéramos verlo y así silenciar las sospechas. —Diego la miró con seriedad, pero no dijo nada. Inés se pasó la lengua por los labios y continuó—: Rodrigo se coló en la enfermería esa noche. La buscó, pero ella no estaba allí —susurró con los ojos cuajados de lágrimas—. Al día siguiente, tampoco me dejaron ir a visitarla, ¡claro que no, María no estaba allí! —insistió—. Y por la noche nos comunicaron que había muerto... Se llevaron a una chica sana y joven y devolvieron un cadáver.

—¡Basta! —rumió Diego, pero Inés lo ignoró. Le cogió el brazo y lo apretó con fuerza.

—Sé que nos vieron aquella noche cuando salimos a investigar; Rodrigo y yo sabemos más de la cuenta y ahora somos una amenaza —le explicó con ansiedad—. Estamos en peligro. Estoy segura de que cuando tú te vayas se desharán de nosotros. Han estado esperando a que pasara el entierro porque habría sido muy sospechoso para ti saber que habíamos muerto los tres, pero en cuanto no estés... ¡Por favor, Diego, tienes que ayudarnos a salir de aquí!

Hay algo muy oscuro, gente importante implicada y...

—¡Basta! —repitió él con un grito, sacudiendo el brazo para soltarse. Su rostro era una máscara de mármol mientras la miraba con los ojos encendidos de furia—. La madre Sagrario me dijo que tratarías de contarme una historia; que intentarías aprovechar la muerte de mi hermana para que te ayudara a interceder con tu padre para salir de aquí.

—¿Mi padre? —bufó Inés con desprecio—. ¡No, Diego, ellos quieren que...!

—¡Me juraste que cuidarías de ella! —vociferó, dando un paso amenazador hacia delante.

Inés lo miró sin dar crédito. ¿Su hermana moría en circunstancias extrañas y a él solo se le ocurría echarle la culpa a ella? El dolor por la pérdida debía de haberle enajenado. ¿Acaso podía culparlo?

—No lo vi venir —musitó, dos gruesos lagrimones se derramaron de sus ojos y recorrieron sus mejillas enrojecidas por el frío—. Son poderosos e inteligentes, tienen muchos ojos, Diego, no pudimos...

—¡No hay ningún ellos! —bramó él, agarrándola del brazo para zarandearla—. Ese desgraciado le pegó sus piojos y ella enfermó. ¡Tenías que haberla cuidado, impedir que se juntara con ese asqueroso!

—¡Rodrigo es un buen chico! —replicó ella, furiosa, empujándolo—. Él hizo más por María que tú. ¡La amaba!

—¿Qué sabrás tú de...

—¡Era como una hermana para mí!

—¡Pero era mi hermana! —gritó de nuevo Diego, volviendo a cogerla.

—Y la dejaste abandonada en este lugar sin importarte lo que ella sintiera —escupió la joven—. ¡Oh, supongo que para tu conciencia debe de ser reconfortante culparme a mí de su muerte!

—¡Cállate, estúpida, tú no tienes ni idea! —gruñó él con los dientes apretados.

—¡La abandonaste! —repitió Inés—. Eso es lo que hacéis los hombres con las mujeres que os estorban. ¡La abandonaste a su suerte y ellos la cogieron!

—¡Que te calles! —vociferó.

Inés volvió a sacudirse su amarre y dio un paso atrás, intimidada por su furia, pero tuvo la mala suerte de pisar una piedra que la hizo perder el equilibrio y caer. Sentada en el barro y a través de sus lágrimas, vio cómo Diego la miraba arrepentido y daba un paso hacia ella, pero entonces alguien

se lanzó sobre él, cogiéndolo completamente desprevenido.

—¡No la toques, maldito desgraciado! —lo amenazó Rodrigo, que se había subido a su espalda y descargaba sus puños una y otra vez—. ¡Te mataré si vuelves a hacerlo!

A Diego le bastó un movimiento para quitarse al muchacho de encima, sin embargo, Rodrigo estaba demasiado furioso para dejarlo estar. Pegó un salto y volvió a cargar contra él.

—¡Tú tienes la culpa! —lo acusó a voz en grito, intentando encajar sus puños. Ni siquiera se daba cuenta de que Diego esquivaba cada golpe con elegancia, sin la menor intención de contraatacar. Su rostro se veía ensombrecido por la desolación—. ¿Por qué la abandonaste en este lugar? ¿Cómo podía ella estorbarte en tu vida? ¡Eres un desgraciado!

Y entonces sí que atacó. Sus facciones se contrajeron por la ira, sus mejillas se encendieron y enseñó los dientes. Cogió a Rodrigo por el cuello de la camisa y lo acercó a su cara. Inés se puso en pie y se colgó de su brazo antes de que descargara el puño contra su amigo.

—¡No, déjalo! —suplicó—. ¡No le hagas daño!

Diego gruñó y soltó a Rodrigo, dándole un empujón para apartarlo. Respiraba con agitación y tardó un rato en apartar la mirada del chico para clavarla en Inés, que aún se aferraba a su brazo con desesperación. Ella lo soltó, pero no se apartó.

—¡Por favor, tienes que ayudarnos! —le rogó una vez más, con el aliento entrecortado.

—¿Tengo? —escupió él con una sonrisa torcida y sardónica.

Lanzó una última mirada a la tumba de su hermana y se dio la vuelta para alejarse.

—¡Diego, por favor! —se rebajó Inés una vez más—. Comprendo que lo mío es más difícil, que podría traerte complicaciones con mi familia, pero te pido que ayudes a Rodrigo al menos.

—¿Qué? —exclamó su amigo, mirándola con incredulidad—. ¡No, ni hablar, no pienso dejarte aquí sola!

—Seguro que tú conoces a mucha gente, Diego; si pudieras sacarlo de aquí y buscarle un sitio donde esconderse... —continuó ella, ignorándolo.

Diego la miró y por un momento le pareció ver un destello de compasión en sus ojos, pero fue solo un vago espejismo antes de que su rostro volviera a convertirse en mármol.

—Adiós, hermana Inés —masculló, dándose la vuelta y enfilando el camino sin mirar atrás.

—¡Diego! —lo llamó ella entre sollozos. Quiso correr tras él, pero Rodrigo la sujetó del brazo para impedirselo—. ¡No, déjame ir! Está lleno de dolor, pero es un buen hombre. Nos ayudará, ya lo verás.

—Olvidalo, Inés —susurró él con la voz enronquecida.

—Volverá, estoy segura —insistió la muchacha.

—No podemos seguir esperando. Lo haremos tú y yo.

Ella solo bajó la cabeza y se dejó llevar por el dolor y el miedo. Los sollozos la estremecieron de arriba abajo y Rodrigo la rodeó con los brazos y la atrajo hacia él. Así permanecieron durante varios minutos, abrazados, dándose su apoyo, mientras Inés veía a lo lejos cómo su única esperanza abandonaba el recinto, dispuesto a dejarlos allí.

—¿Cómo vamos a salir de aquí? ¡Nos perseguirán!

—Déjame a mí —la tranquilizó el chico—. Vigila tu espalda cada minuto, Inés. Después de completas, reúnete conmigo en el cobertizo donde se guardan las herramientas para el huerto. Puedes escabullirte entre la gente, para cuando se den cuenta de que no has llegado a tu celda ya habremos salido del convento.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó ella, abriendo mucho los ojos.

—Conozco una salida oculta —le respondió con una sonrisa, apartándola un poco de él y limpiándole las lágrimas. Al segundo, su rostro se ensombreció—. Disimula, ahí viene esa bruja.

Inés se tensó y se dio la vuelta para ver a la hermana Catalina acercarse a ellos con paso enérgico.

—¡Oh, no! —gimió.

—No te separes del resto de las novicias, ve siempre en grupo y no dejes que te lleven a ningún sitio, ¿me oyes? —le advirtió Rodrigo—. Resiste, Inés, solo serán unas horas.

—¡Hermana Inés! —la llamó la monja—. ¿Se puede saber qué haces frotándote con este niño?

—Aguanta —le susurró el chico por última vez, antes de darse la vuelta y salir corriendo.

—Lo siento, hermana Catalina —musitó ella sin apenas voz.

—Niña, ¿no sabes que ese muchacho tiene piojos? —exclamó la religiosa torciendo la nariz. Inés se mordió la lengua, no había necesidad de complicar

más las cosas—. ¡Ay, Inés! —suspiró la mujer suavizando el tono—. No puedes pasarte la vida llorando. La gente a veces enferma y se muere.

Así, sin más, con toda la dureza. La gente a veces muere. Como números en un libro de defunciones. Una cifra que acabaría por perderse en el devenir del tiempo. Nada de María, nada de su risa alegre, el brillo en sus ojos, su rostro moreno y hermoso o su amabilidad. Un número... Inés aspiró hondo y solo atinó a asentir.

—Me ha dicho Benita que tú y ese muchacho estabais molestando al hermano de María —la increpó la monja.

—Solo queríamos darle el pésame —susurró ella—. Decirle que María... —Su voz se rompió, no pudo continuar.

—Venga, venga, muchacha —la animó, poniéndole una mano en el hombro—. Sé que ahora te parecerá imposible, pero aprenderás a sobrellevarlo. Vamos, ven conmigo a las cocinas. Hay muchos encargos para mañana, no podemos perder más tiempo.

Como si su ayuda fuera inestimable... No obstante, Inés la siguió, asustada como no recordaba haber estado en su vida, buscando indicios de amenaza en su postura, imaginando mil situaciones en las que la monja se giraba y lograba reducirla, en las que esos hombres salían de algún rincón y se la llevaban. Había mucha gente alrededor, pero si habían podido hacerlo con María... Se la llevarían y solo regresaría dentro de un lienzo, amortajada. Nadie sabría su verdad, tal como había ocurrido con su pobre amiga.

Sin embargo, sus pasos las condujeron a las cocinas en verdad, donde las demás aspirantes y novicias se afanaban por preparar los pedidos de dulces. No sería en esa ocasión, pero sería; estaba segura de que si seguía allí la matarían. ¿Qué estaría haciendo Rodrigo? Ni siquiera le había dado tiempo a decirle que tuviera cuidado...

Rodrigo salió de la despensa abrazando la talega que había llenado con queso, jamón y una gran hogaza de pan. El gesto era absurdo y lo sabía; si alguien lo veía salir de allí, ya podía abrazar la prueba de su hurto como una madre a su hijo recién nacido que no habría escapatoria para él.

Por fortuna, el patio estaba desierto. La mayor parte de la comunidad seguía en el coro y los sirvientes se afanaban por terminar sus tareas, así que no se cruzó con nadie de camino al cobertizo, cobijado por la noche.

A pesar de que todo parecía en calma, el muchacho no lograba quitarse la sensación de estar siendo vigilado. Suponía que eso era lo que le pasaba a la gente que se sentía amenazada de muerte. Echó un vistazo al cobertizo antes de entrar. Todo parecía en orden, ningún movimiento. Prendió un candil y se acercó al baúl donde guardaban los sacos, levantó los primeros y sacó el fardo de ropa que había escondido. Su muda de repuesto, para que Inés pudiera deshacerse de su hábito, y unas capas que había robado de la lavandería.

Cogió uno de los sacos, que había arreglado esa misma tarde para poder llevar a la espalda sus escasas pertenencias, y guardó en él la comida, pedernal y un poco de yesca. Después volvió a meter la mano en el baúl y extrajo un largo cuchillo de cocina envuelto en un trapo. Lo desenvolvió para admirarlo y tragó saliva. Ojalá no tuviera que llegar a usarlo, pero ya había perdido a María, no iba a dejar que se llevaran también a Inés, no dócilmente al menos.

En ese momento le pareció escuchar un crujido a su izquierda. Pensó que tal vez se debiera a su imaginación, a los derroteros por los que vagaba su mente, pero al crujido le siguió una respiración y su corazón dio un vuelco. Se volvió empuñando el cuchillo con la mano temblorosa y no vio a nadie. Iba a reírse de sí mismo, cuando con el rabillo del ojo captó una sombra deslizándose a su derecha.

Lo que ocurrió después tuvo que ser fruto del instinto de supervivencia. No le hizo falta mirar para saber en qué lugar exacto se encontraba la amenaza; se giró, lanzando un tajo con el cuchillo, y notó cómo la hoja se hundía en algo blando. Durante unos instantes, Rodrigo se quedó mirando con los ojos como platos al tipo que lo contemplaba a su vez con expresión de sorpresa, sujetándose el costado donde aún llevaba clavado el cuchillo de cocina.

En ese momento le vino un fugaz pensamiento que le revolvió las tripas: ¿y si hubiera sido Inés? En cualquier caso, no tuvo tiempo de pensar en nada más. El tipo se repuso de la sorpresa y alzó una daga, mucho más elegante y ligera que su burdo cuchillo, directa hacia su cuello. Rodrigo tuvo los suficientes reflejos para dar un salto hacia atrás y esquivar el ataque. En el movimiento tiró de su arma y la extrajo del cuerpo de su atacante, el cual profirió un gruñido de dolor y se tambaleó un poco.

De nuevo sus actos le sorprendieron, pues en lugar de quedarse paralizado como cabía esperar, no desaprovechó la oportunidad. Se lanzó hacia su

oponente y le clavó el cuchillo en el cuello.

Le fascinó la facilidad con la que la hoja cortó la carne y cercenó su vida. Un chorro de sangre caliente le salpicó la mano. El hombre lo miró con un destello de rabia y derrota antes de desplomarse en el suelo dando sacudidas. La respiración de Rodrigo se aceleró y sintió deseos de vomitar. ¿Acababa de matar a un hombre?

—¡Oh, Dios mío! —jadeó, tambaleándose hacia atrás, sin lograr apartar los ojos del cuerpo que aún sacudía la pierna.

Estaba tan conmocionado... Todo había ocurrido demasiado deprisa... Tanto que ni siquiera se dio cuenta de que el atacante no había llegado solo. Un puño se estrelló contra su mandíbula y su vista se llenó de estrellitas de luz.

Dio varios pasos atrás, tratando de mantener el equilibrio. Alzó la mirada, borrosa por el golpe, y vio a otro hombre abalanzarse contra él, daga en mano. Quiso lanzar una estocada con su cuchillo, pero era mucho pedir tener suerte otra vez. El mango estaba resbaladizo por la sangre y él demasiado atontado por el puñetazo. El atacante paró el torpe golpe con su antebrazo y el cuchillo salió volando por los aires.

Entonces sí, Rodrigo vio su muerte reflejada en esos implacables ojos. Su expresión presagiaba que sería doloroso. Dio dos pasos para apartarse y se encogió cuando vio venir la daga, pero entonces una figura apareció detrás del asesino y le golpeó con algo pesado.

El hombre gruñó y sacudió la cabeza, pero fue rápido al darse la vuelta para enfrentar a su nueva amenaza. Rodrigo reaccionó al fin al ver a Inés caminando hacia atrás, con los ojos muy abiertos por el miedo y temblando como una hoja, tratando de no soltar la azada con la que acababa de asestar aquel golpe.

Algo se sacudió en su pecho al verla allí, tan pequeña e indefensa, frente a ese animal. ¡Le acababa de salvar la vida! Fue toda una suerte que el tipo no lo considerara una seria amenaza, pues Rodrigo tuvo tiempo de agacharse y coger la daga que el muerto aún sujetaba entre sus dedos inertes. Por desgracia, el asesino se volvió de nuevo hacia él al notar que se movía y le dio una patada que lo derribó al suelo. Pero Inés también se había sacudido su aturdimiento y, aprovechando la distracción, volvió a golpearlo con la azada, esta vez apuntando de manera más certera, directamente en la sien. El atacante hizo una mueca y sus ojos se volvieron vidriosos mientras se llevaba la mano

torpemente a la cabeza.

—¡Golpéalo otra vez! —gritó Rodrigo—. ¡Una vez más, Inés!

Y ella lo hizo. Una vez. Dos. Y una tercera que consiguió derrumbarlo al fin. La muchacha se quedó con la mirada fija en el cuerpo del tipo, que presentaba dos importantes tajos en la cabeza por los que se derramaba un torrente de sangre.

—¡Dios mío! —gimió—. ¡Dios mío, Rodrigo, lo he matado!

—No lo has matado —apuntó él con voz ronca, poniéndose en pie—. ¿Ves? Todavía se mueve.

—¡Son estertores, Rodrigo! —gritó ella al borde de la histeria.

El chico se acercó y la cogió por los hombros para girarla y apartar su mirada del espectáculo.

—¡Mírame, Inés! —le exigió. Ella obedeció, con los ojos muy grandes y brillantes de lágrimas. Estaba tan pálida que temió que se desmayara en ese momento—. Me has salvado la vida. Eran ellos o nosotros, ¿me oyes? —Inés asintió, pero su cuerpo seguía rígido como una tabla—. Tienes que ser fuerte, ¿de acuerdo? Tenemos que salir de aquí enseguida. Vendrán a por nosotros cuando vean que estos cerdos no han logrado matarnos.

—Iban a matarnos... —susurró, mirando los cuerpos—. Son ellos, Rodrigo; son los guardias de capas negras.

—Tenemos que salir de aquí —le repitió, antes de recoger el saco que había dejado caer al suelo—. Cámbiate de ropa, rápido —la apremió, señalándole el fardo de prendas—. Tengo que lavarme las...

Dejó la frase a medias y le mostró las manos llenas de sangre. Inés tragó saliva y volvió a asentir. Rodrigo salió del cobertizo, demasiado nervioso para ser cuidadoso. Por fortuna, el que hubiera mandado a los asesinos no debía de tenerlos en muy alta estima, pues nadie más se interpuso en su camino hacia la tinaja que había apoyada contra la pared. Metió las manos y se restregó a conciencia, también la cara, que notaba ardiendo. Agradeció que la oscuridad no le permitiera ver cómo el líquido se tornaba escarlata, eso podría haberlo sacado de su estado de irrealidad. Por el momento era mejor así, como si Inés y él no estuvieran siendo los protagonistas de aquel horror, como si no acabaran de matar a dos hombres.

Cuando regresó al cobertizo, su amiga estaba anudándose los lazos de la burda camisa. Le sorprendió verle la cabeza, era la primera vez que la veía sin velo. Tenía el pelo muy corto y a la luz del candil parecía teñido de fuego.

Entonces se dio cuenta de que Inés se sujetaba el pantalón con evidente apuro. Estaba tan delgada que hasta sus ropas le quedaban holgadas. Sonrió sin poder remediarlo y cogió una cuerda que había colgada en la pared. Cortó un trozo con la daga del muerto —su daga ahora— y se la ató a su amiga en la cintura. Para completar el disfraz le echó por los hombros la capa que había robado, haciendo él lo mismo con la suya. Además, cogió un sombrero de paja que había colgado en un gancho, Inés era demasiado delicada para pasar por un muchacho con la cabeza descubierta.

—¡Adelante! —dijo. Ella asintió y lo siguió hacia la puerta—. ¡Espera! —Rodrigo entró de nuevo y recogió la otra daga. Esta vez cogió también las fundas que los muertos llevaban en los cintos—. No puedes estar desarmada.

Le ofreció una de ellas a su amiga, que, aunque en un principio la miró con horror, permitió que él se la sujetara a la cuerda que había atado en su pantalón.

—¿Cómo saldremos? —le preguntó la muchacha cuando se pusieron en marcha.

—Por la trampilla de desperdicios.

—¡Puaj! —exclamó ella, haciéndole soltar una carcajada.

—Bienvenida a la libertad, hermana Inés.

## Capítulo 5

Tras colarse por la trampilla de los desperdicios, tuvieron que deslizarse durante varios metros a través de basuras e inmundicias. Fue asqueroso y pestilente, pero los dos estaban tan asustados que apenas se dieron cuenta. A Inés le preocupaba que aquella pendiente les hiciera coger demasiada velocidad y que se estrellaran contra las piedras al llegar abajo, aunque por suerte no tenía demasiada altura. Aquel sistema de deshechos necesitaba de la ayuda de algunos hombres que, de tanto en cuanto, arrastraban las basuras atoradas con largos rastrillos, pero hacía tiempo que nadie despejaba «el camino» y fueron esos desperdicios acumulados los que los frenaron e impidieron que cayeran al arroyo y acabaran chorreando.

Una vez en el exterior, la muchacha se dejó guiar por Rodrigo, que parecía conocer bien por dónde se movía, a pesar de la oscuridad. Aunque llevaban un candil no se atrevieron a encenderlo ni siquiera cuando los muros del convento se perdieron de su vista. Caminaron en silencio, cogidos de la mano, siempre huyendo del camino, buscando el refugio de los árboles y los matorrales. El hecho de que el convento estuviera aislado era una ventaja y un inconveniente, podían esconderse entre la maleza, pero en caso de ser descubiertos, nadie escucharía sus gritos.

Solo cuando llevaban aproximadamente tres horas caminando se atrevieron a detenerse a descansar bajo un árbol. La luna les servía como lámpara y sus rostros se veían pálidos y bastante desencajados bajo su luz.

Rodrigo sacó un odre con agua y cortó dos trozos de pan y queso. Comieron sin apetito, en silencio, cada uno sumido en sus fúnebres pensamientos. Se habían convertido en asesinos y en prófugos de la justicia en cuestión de horas, por no hablar de lo que podría pasarles en caso de ser descubiertos por los que se habían llevado a María.

—¿Dónde iremos? —susurró Inés.

—De momento tenemos que alejarnos cuanto podamos —respondió el chico—. Habrá que ir dando rodeos para evitar que nos sigan.

—¿Dando rodeos hasta dónde?

—No conozco a mucha gente y, en cualquier caso, no me fío de nadie —suspiró Rodrigo—. Mi madre vive en Órgiva, es la única en la que sí confío. Ella tiene familia en Murcia, quizás pueda ayudarnos a llegar hasta allí.

—Pero la pondremos en peligro —apuntó la joven.

—Es mi madre, haría lo que fuera por mí —dijo él con una sonrisa—. Y, francamente, no sé qué más podemos hacer.

—¿Y no será allí en el primer sitio en el que nos busquen? —preguntó Inés con preocupación.

—No, descuida, nadie sabe que mi madre vive en ese pueblo. Mi historia y la de ella... —suspiró y sacudió la cabeza—. Es complicado y no deseo hablar de eso ahora. Creo que, más bien, el primer sitio donde nos buscarán será en casa de tu familia —apuntó Rodrigo, dando los últimos mordiscos a su queso.

—¿Mi familia? —resopló ella—. Mi padre no movería un dedo por ayudarnos.

—Pero ellos no lo saben y creerán que nos dirigimos hacia allí buscando protección o dinero. ¿Dónde vivías?

—En Atarfe, también tenemos una casa de verano cerca de Jete.

—Bien, pues ya sabemos dos puntos a los que no debemos acercarnos por nada del mundo —rumió el joven poniéndose en pie—. Tenemos que ponernos en marcha, hay que alejarse todo lo posible antes de que amanezca.

Inés asintió y tomó la mano que él le tendía para levantarse. Le dolían las piernas y le habían salido ampollas en los pies. Ella había llevado siempre una vida cómoda y no estaba acostumbrada al ejercicio físico; en el convento había tenido que trabajar y llevar una rutina estricta, pero jamás había realizado un esfuerzo excesivo. Aun así, se guardó bien de hacer siquiera una mueca.

Siguió el camino sin rechistar, confiando ciegamente en su amigo, pues ella ya hacía más de una hora que se había desorientado. Inés se concentró en apretar la mano de Rodrigo y obligar a sus pies a seguir el ritmo que él imponía. Un paso, otro paso, uno más... Caminaron a través del campo, pero sin perder de vista del todo el sendero.

Habían mantenido la esperanza de que, el que fuera que los quería muertos, solo hubiera mandado a los dos guardias del cobertizo y que tardara un tiempo en darse cuenta de que Inés y Rodrigo habían conseguido escapar. Por supuesto, era una esperanza muy vaga y los perseguidores probablemente contaban con caballos para hacer en poco tiempo el trayecto que a ellos les había costado horas.

Fue Inés la primera que escuchó algo: crujidos, pasos en las hojas y el follaje. Se detuvo y Rodrigo giró la cabeza para interrogarla con la mirada, aunque no tardó en escucharlo también y su cara se ensombreció.

—¡Oh, Señor! —susurró la chica.

Rodrigo negó con la cabeza y se llevó un dedo a los labios, instándola a guardar silencio. Ella asintió, con los ojos muy abiertos. Tal vez fuera un animal. Tal vez... ¿Un animal? En aquel paraje eso no era tranquilizador precisamente. Su respiración se aceleró y notó que su amigo apretaba su mano más de la cuenta. Y no, no era un animal.

—¡Ah, cómo me gusta salir de caza por la noche! —se escuchó una voz ronca desde las sombras—. Las presas están desorientadas y asustadas.

Inés comenzó a temblar convulsivamente. También Rodrigo temblaba, pero tuvo la templanza de girar hacia la izquierda, hacia la espesura, tirando de ella, buscando una salida. No llegaron muy lejos; una figura vestida con capa negra salió entre los matorrales, dándose golpecitos desquiciantes en la palma de la mano con una daga.

—¡Oh, mira qué dos conejitos tenemos aquí! —ronroneó con una risita.

—¿Qué queréis? —exigió Rodrigo, haciendo acopio de valentía.

—Ya lo sabes, niño. Se dice que metisteis la nariz donde no debíais —se burló el tipo—. ¿No sabéis que la curiosidad mató al gato?

—Nosotros no sabemos nada —susurró Inés con voz estrangulada.

—¿Sabes lo más gracioso? Que te creo —resopló él, dando un paso hacia adelante—. Pero no nos pagan por preocuparnos por eso, ¿verdad? —Los dos tipos se echaron a reír.

—Cuando te diga, corre hacia el camino —le dijo Rodrigo a la joven en un murmullo, aprovechando las risotadas.

Entonces él se movió rápido y, cogiendo desprevenido al tipo que había hablado, le lanzó su daga con fuerza.

—¡Ahora! —le gritó a la chica, dándole un pequeño empujón.

Inés no se detuvo a pensarlo, tragó aire y echó a correr como una exhalación

hacia el camino. No vio cómo el arma de Rodrigo volaba sin gracia por el aire hasta detenerse con un golpe contra el tronco de un árbol y caer al suelo.

—¡Mierda! —escupió.

Los hombres se echaron a reír con escandalosas carcajadas. Los desgraciados debían de estar bien seguros de que nadie los escucharía allí. Como fuera, la cuestión es que por unos segundos habían bajado la guardia y Rodrigo se jactaba de ser muy rápido. Antes de que ninguno reaccionara, se dio la vuelta y echó a correr en pos de su amiga.

Justo ponía un pie en el sendero cuando Inés profirió un grito. Cuando salió de los matorrales, se encontró a dos hombres a caballo en el camino. Los hijos de perra se divertían acorralando a su amiga. En un intento de escapar, la chica fintó hacia su derecha, tropezó con sus torpes pies y cayó de bruces al suelo. Los hombres rieron más alto. Uno de ellos bajó del caballo de un salto y le dio una patada cuando ella trataba de incorporarse.

—¡Dejadla en paz! —bramó el muchacho, echando a correr hacia ellos. «Sin arma, sin tener ni idea de lucha... Todo un héroe de justas, Rodrigo», pensó con desesperación.

Los hombres lo miraron y volvieron a reír. El que estaba junto a Inés la agarró del brazo y la alzó del suelo sin delicadeza. Ella se sacudió, pero era como ver a un mosquito luchar contra un toro.

—¡Que la sueltes! —gritó Rodrigo, temblando.

—¿O qué? —provocó el tipo.

Se le revolvió el estómago cuando vio brillar la daga junto a la mejilla de su amiga. Inés gimió, con los ojos cuajados de lágrimas. En ese momento, un sonido a su espalda lo hizo girarse. Antes de lograr darse la vuelta del todo, recibió un puñetazo que lo hizo caer al suelo, mareado. «¡Estúpido!», se dijo. El miedo al ver a Inés en peligro lo había vuelto idiota, ¿acaso había olvidado a los dos tipos de antes?

—Cuatro hombres contra un muchacho y una novicia —escupió, saboreando la sangre que se derramaba de su nariz—. ¡Qué valientes!

—Cuatro mejor que dos, piojoso —gruñó el que le había pegado, agachándose para alzarlo del suelo—. No estarás tan indefenso cuando fuiste capaz de machacarle la cabeza a mi hermano en ese cobertizo.

Perfecto, también era mala suerte que le hubiera tocado el hermanito vengativo. Antes de que a Inés se le ocurriera proclamar a los cuatro vientos que había sido ella la que había acabado con su hermano, decidió hacer la

estupidez más grande de su vida: provocar a un asesino.

—No fue difícil, tenía la cabeza blanda —se rio, escupiendo más sangre—. Es lo que dicen que pasa cuando careces de cerebro.

La expresión del otro se crispó y, en cuestión de segundos, Rodrigo vio cómo sus ojos proclamaban su sentencia de muerte.

—Te voy a sacar las tripas, asqueroso...

—¡Ay, hija de mala madre! —aulló el tipo que había cogido a Inés, consiguiendo que todos miraran en su dirección.

Con la cintura doblada y las manos apoyadas en su entrepierna, trataba de recobrar el aliento, con las facciones demudadas por el dolor. A Rodrigo le llevó un rato comprender lo que había pasado, pero el tipo que seguía en el caballo se echó a reír y puso a su animal en marcha, en persecución de Inés que, no sabía cómo, había logrado darle una patada a su captor en sus partes y salir corriendo. Sin embargo, era imposible que llegara muy lejos. El desgraciado volvió a acorralarla con el caballo, divirtiéndose a su costa, haciéndola correr de un lado a otro, mientras sus amigos se reían.

Rodrigo también sabía aprovechar las oportunidades que se le daban, así que, mientras el hermanito vengativo se reía de su amiga, le mordió la mano con la que lo sujetaba, tan fuerte que notó cómo la piel se desgarraba entre sus dientes, dejándole un repugnante sabor a sangre. El asesino trató de golpearlo, pero lo había soltado en un acto reflejo y Rodrigo se escabulló antes de que lograra encajar el golpe.

Podía estar desesperado, pero su cerebro seguía funcionando con agudeza y esa furia asesina que le había poseído en el cobertizo regresó en ese momento, gracias a Dios. Con un movimiento tan rápido que pareció un borrón en la oscuridad, Rodrigo alzó la mano y golpeó a su atacante en la cabeza. El tipo en verdad pareció sorprendido al recibir el golpe, porque este fue mucho más fuerte de lo que había previsto. Por un momento se quedó con los ojos muy abiertos, aturdido. Rodrigo volvió a golpear, y esta vez la piel se abrió y un hilo de sangre se escurrió de su sien; el maleante entornó los ojos, conmocionado. Trató de parar la mano del muchacho cuando este volvía a embestir, pero, de nuevo, el jardinero fue más rápido y le encajó tres golpes seguidos con todas sus fuerzas. Cuando el tipo se tambaleó hacia atrás, estampó el último golpe, que cayó sobre la cabeza con un crujido siniestro. La sangre salpicaba ahora toda la cara del asesino, que se desplomó en el suelo sin emitir ningún sonido.

—Así crujió también la cabeza de tu hermano —jadeó Rodrigo con voz aguda, sin saber lo que decía.

El compañero del muerto lo miró durante un instante con los ojos como platos. Su vista viajó de la piedra picuda y ensangrentada que el joven apretaba en la mano, al cuerpo de lo que hacía solo unos segundos había sido un hombre dos veces más corpulento que él.

A pesar de la intensidad del ataque, todo había ocurrido demasiado deprisa. Rodrigo no se hacía ilusiones, no había impresionado a sus enemigos, más bien los había enfadado mucho más. Y no, no era probable que volviera a cogerlos con la guardia baja, de hecho, en ese momento temblaba tanto que ni siquiera era probable que pudiera sujetar la piedra durante mucho rato.

—¿De dónde has sacado esa piedra? —escupió el tipo.

—Umm, se cultivan en el suelo —se burló una vez más. ¿Por qué diablos no podía cerrar la boca?

El otro contrajo la cara con un odio infinito y se abalanzó sobre él, que tuvo los reflejos suficientes para dar un salto hacia atrás y apartarse de su alcance. Aprovechando la escasa distancia que los separaba, Rodrigo le lanzó la piedra con todas sus fuerzas y le acertó en la frente. No obstante, había necesitado al menos diez golpes para reducir al otro tipo y ahora había perdido su única arma. El guardia emitió un quejido, pero ni siquiera se tambaleó, así que Rodrigo se dio la vuelta y echó a correr hacia donde estaban los otros dos e Inés.

El desgraciado del caballo se había cansado de jugar con la chica, la había acorralado y, antes de que él tuviera oportunidad de impedirlo, le propinó una patada en la cabeza. Inés se desplomó de golpe y la sangre se le heló en las venas al fijar su mirada en ella. Su amiga no se movía, estaba demasiado quieta...

—¡Inés! —gritó.

No llegó a acercarse, alguien le puso la zancadilla y lo hizo caer a él también. Trató de levantarse, pero uno de los tipos le pisó el cuello. Aun así, Rodrigo alzó la vista a tiempo de ver cómo el asesino cogía a su amiga sin ninguna delicadez, la echaba sobre la grupa de su caballo y la ataba a la silla, antes de subir también él.

—¡Inés! —sollozó.

—¡Venga, maldita sea! —gruñó el jinete—. Las cosas se están complicando demasiado. Coged a ese también, seguro que al señor le gusta jugar con él, ya

lo conocéis.

Y, dicho esto, espoleó su montura y se alejó por el camino, llevándose a la muchacha que, por la forma en la que balanceaba la cabeza, bien podría estar muerta.

—¡No, Inés! —Rodrigo hizo un nuevo esfuerzo por levantarse, pero recibió una patada en el costado que lo dejó sin aliento.

El trote del caballo retumbó en sus oídos, mientras Rodrigo luchaba por recuperar el aire. Era como si lo tuviera dentro de la cabeza. Inés... La había perdido también, no había podido defenderla. Las lágrimas le empañaron la visión mientras los cascos se volvían más débiles. El caballo se alejaba... ¿Se alejaba? Estaba demasiado aturdido, eso debía de ser, porque de repente le pareció que el jinete regresaba. ¿Desde el otro lado? No... ¿Se trataba de otro jinete!

—¡Socorro! —trató de gritar, pero aún le faltaba aire.

—¡Cállate! —ordenó uno de los hombres.

Rodrigo vio desde el suelo cómo el tipo volvía a alzar la pierna para golpearlo. De repente, soltó una maldición y se giró. De esa manera, el nuevo jinete apareció en su campo de visión como un destello, arrollando a su atacante con su montura. Lo hizo caer, lo pisoteó y el muchacho escuchó sus huesos crujir muy cerca de donde él yacía. Sintió una arcada y se incorporó al ver por el rabillo del ojo un charco de sangre reptando hasta él.

—¡Cuidado! —vociferó cuando vio la daga del otro asesino volar hacia su salvador.

No fue necesaria su advertencia, el jinete había sido mucho más rápido y ahora el atacante tenía el mango de un cuchillo sobresaliendo de su garganta.

—¿Estás bien? —le preguntó el hombre desde su caballo. Su voz era grave y dura como el viento helado que los azotaba.

—Atontado por los golpes —susurró Rodrigo, tardando más de lo normal en apartar la mirada del cadáver y fijarla en su rescatador. ¿Había dos hombres sobre el caballo? Ah, no, es que veía doble, eso era—. ¿Diego?

—¿Qué demonios estabas haciendo aquí fuera? —inquirió el aludido.

—Queríamos... —balbuceó. Tragó saliva y lo intentó de nuevo, haciendo un esfuerzo por centrar sus pensamientos—. Huir... Yo... Nosotros... ¡Inés! —exclamó al recordar, echando a correr torpemente por el camino.

—¿Inés? —preguntó Diego con voz estrangulada—. ¿Inés estaba contigo?

—Se la han llevado —jadeó Rodrigo, mirándolo con desesperación—.

Creo que está muerta.

—¡Maldición! —escupió Diego—. ¿Por dónde? —Rodrigo le señaló el camino con un dedo tembloroso—. ¡No se te ocurra moverte de aquí!

Antes de que pudiera responderle, el caballo ya se había perdido de su vista. No tardó en alcanzar al otro jinete; a pesar de que mantenía un trote ligero, cargar con la chica ralentizaba su carrera. El secuestrador, cubierto con una capa negra, giró la cabeza sobre su hombro al escuchar su galope y espoleó su montura. Sin aminorar la marcha, Diego se armó con la honda que llevaba colgada del cinturón, sacó una piedra de su bolsillo, la colocó en el centro y comenzó a girar el artilugio hasta lograr que alcanzara la velocidad deseada antes de soltarla. Haciendo gala de una soberbia puntería, acertó al tipo en la nuca. Probablemente el disparo no había sido mortal, pero la piedra era lo bastante grande y la lanzó con la suficiente fuerza como para dejarlo aturdido e incluso inconsciente. Su cuerpo comenzó a balancearse como el de un muñeco de trapo antes de perder el amarre del caballo y caer aparatosamente al suelo.

El animal, asustado, comenzó a correr más deprisa. Diego lanzó un juramento al ver el cuerpo de Inés cruzado sobre su lomo, a punto de caer también. Aceleró y logró ponerse a la par del otro animal, al que pudo sujetar por las riendas con esfuerzo. Cuando se detuvo, desmontó y pudo comprobar que ese desgraciado había atado a la chica a su silla; probablemente le había salvado la vida sin saberlo. ¿La quería viva? Nota mental...

Cortó las ataduras y cogió a Inés en sus brazos. Presentaba un corte sangrante en la cabeza y algunas magulladuras, pero respiraba, gracias a Dios. El alivio que sintió le dejó las piernas temblorosas por un instante, cosa que le sorprendió. «¿Te sientes culpable?», le dijo su conciencia. Diego chascó la lengua y la depositó en el suelo con cuidado, antes de regresar para comprobar la suerte del secuestrador.

Estaba tumbado de medio lado y su cabeza se torcía en un ángulo raro. Se agachó y le dio la vuelta. Estaba muerto, se había roto el cuello al caer.

—Buen balance, Diego. Tres muertos en una noche —masculló, pasándose la mano por la cara.

Abrió la capa del tipo, esperando encontrar el escudo del que guardaba un retal en su bolsillo, pero no había adornos ni en la camisa ni en el chaleco. Probablemente ni siquiera fueran guardias, sino simples mercenarios contratados.

Regresó junto a Inés, que había comenzado a moverse y balbucear. Se acuclilló a su lado y le limpió la sangre de la cara para evaluar el corte de la frente. No parecía grave, afortunadamente.

—¿Rodrigo? —musitó la chica con voz débil.

—Está bien, tranquila. Ya estáis a salvo.

—¡No dejes que me lleven! —gimió.

—Arriba, ratoncillo —le dijo, alzándola en brazos otra vez—. Tenemos que salir de aquí cuanto antes.

—¿Diego? —Inés abrió un poco los ojos; su mirada parecía perdida.

—Estoy aquí —respondió con voz suave; ella se removió un poco.

—¡Te dije que estábamos en peligro, mendrugo! —exclamó.

Él la miró con las cejas alzadas. Había vuelto a perder el conocimiento, o tal vez solo estaba fingiendo para ahorrarse su réplica. Diego no pudo evitar reírse.

—De nada —bufó.

—¡Inés! —Rodrigo se acercó renqueando, con la cara desencajada—. ¿Está bien?

—¿No te dije que te quedaras allí? —masculló Diego.

—No está muerta, ¿verdad?

—No —respondió, volviendo a mirar a la chica. Sintió una punzada en el pecho al verla tan indefensa. Había estado a punto de morir, y en verdad había sido por su culpa.

—¿Qué le ocurre? —la voz del muchacho lo sacó de sus sombríos pensamientos.

—Se ha golpeado la cabeza, pero no parece grave. No obstante, necesitamos irnos de aquí y buscar un lugar seguro donde pasar la noche. Hay que curarla, y tú no tienes mejor aspecto que ella.

—¿Dónde vamos a ir? —preguntó con tono frustrado.

—Buscaremos alguna cueva, se me da bien eso de esconderme —anunció Diego con una pizca de amargura, antes de añadir con más suavidad—: Lo has hecho bien, muchacho. No te sientas mal, no has matado a un hombre, sino a un asesino.

—A dos —musitó Rodrigo. Diego alzó las cejas con sorpresa—. Nos atacaron antes de dejar el convento. Yo maté a uno e Inés acabó con el otro.

—¿Qué? —exclamó sin dar crédito, volviendo su mirada hacia la joven—. ¿El ratoncillo mató a un hombre? Vaya, creo que tenéis muchas cosas que

contarme.

—Desde luego que sí —suspiró Rodrigo.

—Ayúdame a sujetarla —pidió, sentando con dificultad a Inés en su caballo. Rodrigo la agarró y la mantuvo recta hasta que Diego montó y la apoyó contra su pecho—. Recoge esas cuerdas y ácala a mi cintura, de esa manera estará más segura. Pronto amanecerá y esto se llenará de gente.

—¿No vamos a esconder los cadáveres? —preguntó Rodrigo mientras hacía lo que Diego le había dicho.

—¡Al infierno con ellos! ¿Sabes montar? —El joven asintió y él le hizo un gesto hacia el caballo del asesino.

Sin rechistar, el muchacho subió y esperó a que su compañero abriera la marcha.

—Adelante, nos alejaremos durante una hora y buscaremos una cueva.

—¿Estará bien Inés?

Diego le lanzó una mirada a la muchacha, cuya cabeza reposaba relajada sobre su hombro. No podía verle bien la cara de espaldas como la tenía, pero sí alcanzaba a atisbar la herida de la frente. Había dejado de sangrar. Aspiró hondo y hasta su olfato llegó un repugnante olor.

—¡Por Dios! —protestó—. ¿Qué es esa peste?

—¿Has probado alguna vez a deslizarte por varios metros de basura para salvar tu vida? —replicó Rodrigo.

Siguieron el camino durante algún tiempo antes de internarse campo a través, donde se vieron obligados a aminorar la marcha para cuidarse de no dejar marcas de su paso. Al cabo de una hora, alcanzaron una zona salvaje, alejada de los cultivos y la civilización, aunque en absoluto escondida por completo del mundo. Diego sabía que no podrían permanecer mucho tiempo allí, no obstante, seguir el camino sin descansar podría ser fatal para Inés.

La joven se había despertado durante el trayecto e incluso había cruzado algunas palabras con él, sin embargo, se mostró reservada y taciturna. Diego cortó las cuerdas que la afianzaban a su cintura, desmontó y extendió los brazos para ayudarla a bajar. Se desplomó sobre él con la gracia de un pato dejándose caer a una charca. No podía culparla, ahora que la tenía de frente podía ver lo pálida que estaba y el aspecto tan agotado que presentaba.

La chica lanzó un suspiro de alivio al posar los pies en el suelo, pero

permaneció aferrada a los hombros de Diego mientras sus piernas se afianzaban. Él le lanzó una mirada inquisitiva y pudo ver cómo sus mejillas se sonrojaban ligeramente.

—Lo siento —musitó—, me tiemblan un poco las piernas.

Aun así, se soltó, como si creyera que tocarlo podía ofenderlo de algún modo. Entonces, pisó una piedra y Diego la vio tambalearse para recuperar el equilibrio. ¡Por Dios, esa chica era un peligro para sí misma! Con un gruñido, se acercó de nuevo a ella y, antes de que tuviera tiempo de reaccionar, la cogió en brazos. Inés dio un gritito de sorpresa cuando perdió el contacto con el suelo.

—¿Qué haces? —exclamó con voz aguda, sus mejillas se encendieron aún más—. ¡Puedo caminar sola!

—No vamos a arriesgarnos a que sufras otra lesión —resopló él.

—¡No soy tan inútil! —se defendió la joven.

—Casi no te tienes en pie —objetó con sequedad—. Deja la batalla para otro momento, ratoncillo.

—¿Ratoncillo? —se indignó Inés.

—¡Niño! —Diego la ignoró y se dirigió a Rodrigo, que hacía estiramientos para recuperar la movilidad en las piernas—. Amarra los caballos. ¿Tenéis algo de comer?

—No mucho, no tuve tiempo de...

—Por ahora tendrá que bastar. Descansaremos un par de horas, no más; aquí no estamos a salvo y quien quiera que enviara a esos hombres ya debe de andar tras nosotros. —Sintió cómo Inés se estremecía. ¡Jesús, temblaba como un pajarillo!—. No tendremos más remedio que parar en algún pueblo para dar de beber a los caballos.

—Tal vez encontremos algún arroyo, por esta zona hay varios —apuntó Rodrigo.

—Eso sería perfecto. Vigila mientras acomodo a la princesa —pidió con una sonrisa torcida, ignorando el bufido de la chica—. Cuando haya limpiado su herida podrás dormir un rato.

Rodrigo asintió y se desplomó a la sombra de un árbol. Diego caminó hacia una oquedad en las rocas, demasiado pequeña para darle el nombre de cueva, pero suficiente para resguardarse en caso de que lloviera.

—Gracias, pero creo que la princesa podría haber recorrido solita esos... ¿diez pasos? —espetó ella con acritud cuando la dejó en el suelo.

—¿Y negarme el placer de cargar en mis brazos a una dama suave como un cactus y perfumada con basura? —contrarrestó él fingiendo dulzura. Inés lo fulminó con la mirada—. Deja de pelear por un momento, hermana, quiero mirar esa herida, después podrás seguir gruñendo.

—Yo no gruño, eso solo lo hacéis los animales —replicó ella, toda dignidad—. Y no soy «hermana», creo que ya te lo dije. De hecho, ahora lo soy menos que nunca. —Su voz se apagó un poco y tragó saliva.

Diego se lamió los labios, sintiéndose un poco culpable. ¿Por qué diablos se sentía culpable? La había tratado bien, era ella la que acababa de llamarlo animal.

—¿Qué ocurrió? —preguntó sin mirarla a la cara, centrándose en la herida de la frente.

—¿Qué ocurrió? —Inés rio sardónica—. Creo que te lo dije en el cementerio. Alguien se llevó a tu hermana y la mató.

Diego hizo una mueca como si le hubiera golpeado, pero apretó los labios y no dijo nada. Inés se arrepintió enseguida de su brusquedad.

—Lo siento —musitó—. Estoy muy nerviosa, pero esa no es excusa para comportarme como una serpiente.

Él torció los labios en un amago de sonrisa que no llegó a sus ojos.

—Intuí desde el principio que eras venenosa, aunque Elena me dijera que estaba equivocado —escupió.

Inés ni siquiera se molestó por el ataque, en ese momento en su mente solo vibraba el nombre que Diego había pronunciado.

—Siempre supe que María no era su verdadero nombre —susurró; los ojos se le llenaron de lágrimas—. Yo la quería. La quería muchísimo. María... Elena fue más familia mía de lo que lo fue nadie nunca —le confesó—. Ella era especial, brillaba sobre los demás, era como...

—Como un lucero en una gruta —completó Diego con voz ronca.

—Sí, exacto.

—¿Qué ocurrió? —volvió a preguntar con tono suave esta vez.

Inés le contó con pelos y señales todo lo que había ocurrido desde que la sirvienta de la abadesa fue a las cocinas a llamar a su hermana. También le habló de las desapariciones, las muertes y lo que les había dicho Rodrigo acerca de esos hombres con capas negras. Diego la escuchaba con atención, mientras limpiaba la herida y le aplicaba una pomada que había sacado de su bolsa. Su expresión era tan funesta como sus pensamientos, pues al escuchar a

la muchacha se dio cuenta de que todo aquel asunto podía estar relacionado con lo que le había ocurrido a su madre.

Cuando terminó de hablar, Inés tragó aire y cerró los ojos, tal vez para contener las lágrimas o para buscar algo de serenidad. Diego la contempló en silencio, admirado por su entereza. Era tan pequeña y delicada que parecía que se iba a romper si la apretabas demasiado, pero era más fuerte y valiente de lo que aparentaba, además de inteligente y leal. Pero, por muy dura que quisiera parecer, a él no se le escapó el hecho de que, al relatar su historia, había evitado decirle que había matado a un hombre. Diego sabía cómo se sentía una persona al quitar una vida por primera vez. Él había quitado la primera cuando solo tenía quince años y tuvo pesadillas durante meses. Había vomitado hasta volverse del revés aquella noche hacía diez años; sin embargo, Inés estaba temblorosa, pálida y asustada, pero resuelta y entera.

Por un instante tuvo la absurda tentación de darle el abrazo que sabía que estaba necesitando. De estrechar su cuerpo menudo y apoyar su cabeza en su hombro, acariciar sus mechones rojizos y dejarla llorar hasta que expulsara todo ese veneno de su alma. La idea le inquietó y le avergonzó. Probablemente el ratoncillo le pegaría una bofetada si osara hacer algo así.

Sus labios se curvaron en una lenta sonrisa al imaginar la escena. Desafortunadamente, Inés eligió justo ese momento para abrir los ojos y arrugó la frente al verlo, indicio inconfundible de que se disponía a iniciar un nuevo ataque verbal. Por algún motivo, esto provocó que Diego sonriera aún más, con lo que ella profundizó su ceño, mientras se tocaba sus cortos rizos.

—¿Qué? —espetó Inés alzando la barbilla—. Ya sé que no es como las lustrosas melenas que lucen las mozas con las que estarás acostumbrado a relacionarte, pero has de saber que en un convento no hay lugar para vanidades, ¡ni para piojos! No creo que un pelo corto sea motivo de burla —protestó.

Diego se quedó mudo. ¿De qué diablos hablaba? Solo en ese momento se dio cuenta de que su mirada se había quedado trabada en su pelo. ¿Qué podía decir? Realmente le había sorprendido verla con la cabeza descubierta, y aun después de haberse aprendido sus rizos de memoria durante el trayecto hasta allí, aun le resultaba... ¿curioso? De acuerdo, tal vez fascinante fuera una palabra más adecuada.

—¿Qué te hace pensar que me estaba riendo de ti? —se defendió.

—Déjame meditar... ¿Tu risa? —respondió ella con sarcasmo.

—¿Ahora te molesta mi risa? —exclamó él alzando un poco la voz.

—Me molesta si yo soy el objeto de ella —argumentó airada.

—Pues déjame decirte que estaba sorprendido por tu pelo. No imaginaba que fueras pelirroja; es un color... Parece...

—Ah, sí —suspiró Inés con resignación—. Ya sé lo que vas a decir, tengo hermanos mayores, ¿sabes? Una zanahoria, una calabaza, un níspero...

«Una puesta de sol», la idea sacudió la mente de Diego de forma inesperada. A punto estuvo de decirlo en voz alta, ¡por todos los santos!

—¡Un limón pocho! —masculló en cambio, poniéndose en pie, molesto consigo mismo, aunque no sabía por qué.

—¿Qué? —jadeó ella con los ojos muy abiertos.

Diego se reprendió mentalmente. ¿Por qué cada vez que abría la boca era para provocarla? ¿Dónde había quedado su intención de abrazarla y darle consuelo?

—Eh... Ya sabes, se ponen rojizos cuando se pudren y huelen como... En fin... —«Muy bien, Diego, lo acabas de arreglar».

En lugar de estallar hecha una furia como cabía esperar, Inés hizo un mohín con los labios y desvió la mirada, avergonzada. Se acercó la nariz a la ropa y la arrugó con desagrado.

—Tuvimos... Salimos por la trampilla de los desperdicios y...

—Ya. Buscaremos agua con la que podáis lavaros cuando hayamos descansado un poco.

Perfecto. ¿Algo más? Decirle que apestaba era sin lugar a dudas la mejor manera de ayudarla a asumir que acababa de matar a un hombre y que alguien la quería muerta. ¡Un aplauso por la caballerosidad de Diego Narváez!

—Voy a por algo de comer —anunció, dándose la vuelta para salir del refugio antes de meter de nuevo la pata.

Encontró a Rodrigo en el mismo lugar, mordisqueando sin ganas un trozo de queso. Se acercó a su caballo y bebió agua del pellejo que portaba.

—¿Cómo diste con nosotros? —preguntó el chico a su espalda.

Diego se sentó a su lado y volvió a beber un trago antes de responder.

—Paré un momento a descansar y... —Lanzó un suspiro—. Bueno, después de pensar las cosas con la cabeza algo más fría, comprendí que no tenía ningún sentido culparos a vosotros por la muerte de mi hermana. Lo de esa conspiración misteriosa... Han pasado cosas últimamente que encajan con algo así; no sé por qué me ofusqué de esa manera en el cementerio —murmuró

bajando la voz—. Supongo que deseaba que las cosas fueran sencillas en mi familia por una vez en la vida. Una enfermedad es algo aceptable, un asesinato...

—Te comprendo —afirmó el otro—. El dolor puede volver necios a algunos hombres. —Diego lo miró con una ceja alzada—. Lo siento, debes de reconocer que no te comportaste precisamente...

—Olvídalo —zanjó.

Rodrigo guardó silencio, pero en sus labios se dibujó una sonrisita de triunfo. Diego maldijo para sus adentros. Solo le hacía falta recibir reprimendas y lecciones de moralidad de un niño.

—Así que, una vez que lo pensaste bien, comprendiste que estábamos en peligro y diste la vuelta, ¿no? —insistió al cabo de un rato.

—No estaba muy lejos. Regresé y el destino quiso que tomara el mismo camino que vosotros.

—El destino o Dios —exclamó el chico con agradecimiento.

Diego masculló algo ininteligible. Se negaba a otorgar ese mérito al mismo Dios que había dejado morir a su madre y a su hermana y había metido a alguien tan indefenso como el ratoncillo en todo aquel turbio asunto.

—Ella siempre creyó que regresarías, ¿sabes? —reveló Rodrigo con voz suave. Hizo un gesto hacia el refugio, hacia Inés—. En el cementerio me dijo que solo estabas cegado por el dolor, pero que regresarías a ayudarnos. Es una mujer intuitiva.

—Un ratón inteligente —murmuró él, sonriendo.

—Inés no suele tener mucha fe en la gente, ¿sabes? Sin embargo, tenía fe en ti. Cuando pasó lo de María... Estaba aterrada, pero confiaba en que, cuando tú regresaras, nos ayudarías. Tu hermana nos había hablado tanto de ti... —A Diego se le encogió el corazón al escucharlo. Tuvo que tragar saliva varias veces para contener las lágrimas al ver los ojos empañados del muchacho—. Era tan preciosa...

Le bastaron esas dos palabras y el dolor implícito en ellas para hacerle entender, sin lugar a dudas, lo mucho que Rodrigo había amado a su hermana.

—Ella también me hablaba de vosotros —dijo al cabo de un rato—. En sus cartas, quiero decir. Os quería mucho a los dos y también ensalzaba vuestras virtudes. —Sonrió y sacudió la cabeza con el recuerdo de aquellas letras.

—Pagarán por lo que le han hecho —escupió Rodrigo con rabia.

Diego lo miró y se sintió identificado con el odio que leyó en sus ojos,

asintió y le dio una palmadita en la rodilla.

—Llévale algo de comer a Inés y procurad dormir un rato, nos pondremos en marcha en breve.

—¿Y tú?

—Haré guardia.

—Estás tan agotado como nosotros, tal vez deberíamos...

—Rodrigo, no podría dormir, aunque lo intentara —lo cortó—. Anda, llévale algo de comer al ratoncillo.

—No creo que pueda digerir nada —musitó.

—¡Oblígala si es necesario! No aguantará mucho si no se alimenta y descansa.

—¿Dónde iremos? —le preguntó. Diego sacudió la cabeza.

—Aún no lo sé.

—Yo había pensado dirigirme a Órgiva. Mi madre nos ayudaría a escondernos. Tal vez encontremos a alguien que se sume a nuestra causa y...

—¿Qué causa? —lo cortó Diego.

—¡Ya sabes! Tenemos que averiguar quién le hizo eso a María y desenmascararlo. ¡No podemos permitir que siga haciéndole eso a la gente! ¿Acaso pretendes que nos quedemos escondidos, sin más?

—De hecho, con lo que hemos hecho esta noche tenemos para pasar toda la vida escondidos —replicó—. Aunque averigüemos lo que ocurrió con mi hermana y... —Se mordió la lengua antes de añadir «y mi madre»—. Aunque lo descubramos, lo más probable es que acabemos en la cárcel de todos modos, o ajusticiados.

—Merecerá la pena si con eso sacamos la verdad a la luz.

Diego lo miró con intensidad y por un instante sintió envidia de su valentía y su arrojo. Él solía ser así cuando era joven, antes de comprender que los héroes raras veces eran recompensados y muchas castigados. En cualquier caso, Rodrigo llevaba razón. No podía dejar las cosas así. No obstante...

—No podemos arrastrar a Inés en esto, será muy peligroso —expuso.

—No, es cierto —estuvo de acuerdo el muchacho—. Mi plan era llevarla a Órgiva, mi madre tal vez pueda ayudarla a llegar a Murcia. Allí estaría lo bastante lejos de todo esto.

—Pero será allí donde primero nos busquen —expuso Diego, como también había apuntado Inés en su momento.

—Nadie sabe que mi madre está allí —explicó Rodrigo con un suspiro de

resignación—. Es una historia complicada... Mi padre nos pegaba a ambos, así que ella me buscó trabajo y refugio en el convento antes de largarse y esconderse en Órgiva; allí nadie sabe quién es en realidad. Hace años que no sabemos nada de mi padre, pero ella sigue tan asustada que prefiere seguir escondida.

—Entonces, ¿no la pondremos en peligro si vamos? —preguntó Diego, al que la idea seguía sin convencerle.

Rodrigo sonrió y le dio la misma respuesta que le había dado a Inés:

—Es mi madre. Haría lo que fuera por protegerme.

## Capítulo 6

La madre Sagrario alzó la mirada del documento que estaba redactando cuando llamaron a la puerta de su despacho.

—Adelante.

—Don Felipe está aquí —anunció la sirvienta. La abadesa le hizo un gesto con la mano y la mujer le cedió el paso al hombrecillo—. ¿Puedo hacer algo más por vos?

—Que no nos moleste nadie —respondió Felipe con insolencia, sin dirigirle una mirada siquiera.

La sirvienta lo fulminó con la mirada, pero la madre superiora asintió con la cabeza, indicándole que podía retirarse. Cuando se quedaron a solas, el hombre se acercó a la mesa con sus andares encorvados y su silueta de buitre al acecho, se sentó y se sirvió una copa de la jarra de la abadesa sin consultarle. Ella lo contempló con una ceja alzada a modo de amonestación, pero él la ignoró, se retrepó en su asiento y cruzó las piernas con elegancia.

—¿Y bien? —preguntó la mujer sin poder disimular su desagrado—. ¿Qué haces aquí?

—¿No te alegras de verme? Normalmente mis visitas siempre te reportan beneficios, prima.

—No he llegado hasta donde estoy por ser estúpida, Felipe —masculló ella—. Las cosas se han puesto muy feas. Todos los años en estas fechas el convento se afana con los preparativos para celebrar la Natividad de nuestro Señor, se respira un ambiente festivo, pero este año hay una sombra en la comunidad que lo enturbia todo.

—¡Ah, vamos, prima, no es la primera vez que una novicia desaparece o muere repentinamente en tu convento! —exclamó Felipe quitándole importancia.

—Pero sí es la primera vez que me trae tantos problemas —recriminó ella—. Hace cinco días que esa niña murió y desde entonces todo parece desmoronarse a mi alrededor. Varias aspirantes han decidido dejar el convento, las familias de dos novicias han reclamado su dote y se las quieren llevar; todo el mundo hace preguntas. La hermana Catalina y la hermana Olegaria están nerviosas, me preocupa que se vayan de la lengua —enumeró la abadesa con fastidio—. ¿Y acaso es para menos, Felipe? Una muerte y dos desapariciones en apenas unos días. Y para colmo esos cadáveres en el cobertizo. ¡Por amor de Dios!

—No es mi culpa que fueras descuidada —escupió el hombre—. Te tengo dicho que elijas a las jóvenes que estén solas en el mundo.

—María estaba sola; su hermano la abandonó en el convento porque le estorbaba. No tenía más familia y era una muerta de hambre —se defendió la mujer.

—Pero tenía amigos —siseó él enseñando los dientes—. ¿Cómo no viste que tenía vínculos?

—Un piojoso desarrapado y una inútil a la que nadie soporta.

—Una inútil que da la casualidad de que es hija de Manuel Núñez, uno de los hombres más influyentes y molestos del Reino de Granada.

—¡Bah, su familia la odia! —declaró la madre Sagrario—. Esa niña estaba tan sola como la asquerosa morisca.

—Pues esa inútil y el piojoso se las arreglaron para matar a dos hombres dentro de tu convento y salir sin que nadie se lo impidiera.

—¡Maldita sea, Felipe, fuiste torpe! —exclamó la superiora dando un golpe sobre la mesa.

—¿Yo? —inquirió con fingida suavidad—. Mis hombres se llevaron a la morisca con discreción, como siempre. El plan habría salido bien si hubieras atado más corto a esos entrometidos. Te repetí que tenías que elegir a una víctima a la que nadie fuera a echar de menos. ¡Fuiste tú la que metió la pata!

La madre Sagrario aspiró hondo para contener el enfado. En el fondo sabía que su primo tenía razón. Había sido muy descuidada al no tener en consideración a esos dos niños tontos, pero sentía tantos deseos de sacar a esa sucia morisca de su comunidad...

—¿Y puedes decirme cómo es posible que esos dos muchachos acabaran con tus hombres y escaparan? —inquirió.

—Créeme que tampoco yo me lo explico. Supongo que fui víctima de una

estafa al contratar a esos hombres. Me vendieron como profesionales a auténticos inútiles —gruñó Felipe—. Por fortuna había contratado más. No sé por qué el instinto me dijo que dos no serían suficientes. De no haber habido más esperando en los alrededores, no habrían descubierto esos cadáveres hasta el amanecer. ¡A saber dónde habrían llegado esos niños en todo ese tiempo!

—Sí, al menos fueron rápidos al hacer desaparecer a los muertos —suspiró la mujer—. E imagino que ya te habrás encargado de esos entrometidos, ¿no?

—No —rumió Felipe.

—¿Qué? —gritó la religiosa.

—No sé qué ángel los asiste, pero de los cuatro hombres que salieron tras ellos solo ha sobrevivido uno, y eso solo porque lo dieron por muerto —explicó de mala gana.

—No me lo puedo creer —jadeó la abadesa, palideciendo—. ¿Cómo es eso posible?

—Ya no están solos —explicó él—. El superviviente me contó que había un hombre con ellos, uno bastante peligroso, al parecer.

—¿Un hombre? ¡Ah, Dios bendito, lo que nos faltaba! —suspiró la mujer—. Déjame adivinar: morisco, pelo rizado y largo, apuesto y muy fuerte.

—¿Lo conoces? —se extrañó el chambelán.

—¿Que si lo conozco? ¡Es el hermano de la bruja que te llevaste de mi convento! Ah, ahora lo comprendo; esa malnacida de Inés... La hermana Catalina me contó que la había visto hablar con ese tipo en el cementerio. ¡Seguro que estaban ideando la fuga!

—¡Maldición, prima! —bramó Felipe—. ¡Muchachas sin familia, sin familia! ¡Te lo advertí mil veces!

—Es un solo hombre —se defendió ella.

—¡Solo un hombre que ya ha matado a cinco de los míos y en una sola noche! —bramó—. Y que sabe bien cómo esconderse, al parecer. Hemos perdido su rastro por completo.

—¡Pues tienes que encontrarlos! —exigió ella—. Si dan con alguien que quiera escucharlos... Todo lo que saben me implica a mí, pero te juro, Felipe, que, si yo caigo, tú caerás conmigo —lo amenazó.

El chambelán la miró con el labio torcido en una mueca de asco.

—¿Por quién me tomas? Tenemos un trato, prima —le dijo con falsa suavidad, ella bufó.

¡Maldita bruja prepotente, cómo la odiaba! En verdad, Felipe no había tenido más opción que llegar a un trato con ella. La culpa había sido de Blasco, cómo no. Fue en los primeros tiempos de su locura, al descubrir su enfermedad. Le dio por leer tratados antiguos sobre magia y el maligno, y por poner en práctica los medios de la Inquisición para extraer información. Comenzó a ir a la caza de brujas y a escuchar los consejos que esas mujeres le revelaban para evitar la tortura. Había que ser idiota para creerse eso, o estar muy desesperado, claro.

Una tarde, una de las desgraciadas que acababa de torturar le había revelado que, para curarse, precisaba darse un baño en la sangre de una doncella rubia esa misma noche. La mala suerte quiso que las Siervas del amor de Cristo eligieran justo esa tarde para hacer la entrega de los dulces que Blasco encargaba todas las semanas. La sirvienta que acudió a su casa a hacer la entrega era rubia, para su desgracia.

Felipe no tuvo tiempo de impedir que Blasco la matara, solo cuando entró en su alcoba y lo vio bañándose en sangre, supo lo que había pasado y las consecuencias que esa muerte traería. Mucha gente había visto entrar a esa joven en la casa y, por supuesto, la abadesa de las siervas, que casualmente era prima de Felipe, sabía a dónde había ido la sirvienta.

Tuvo que deshacerse de muchos testigos ese día, pero la noticia acabó llegando a oídos de la superiora, que, en lugar de denunciar a Blasco, le pidió dinero a su chambelán por su silencio. Este se planteó acabar con ella, pero aquello no sería tan sencillo como con una simple sirvienta. Sagrario era una mujer muy poderosa y astuta como pocas. En vez de eso, acabó por ofrecerle un trato: si lo ayudaba en el negocio de «cazar brujas» y proporcionarle los remedios a Blasco de Saavedra, repartirían los beneficios.

Su prima era una arpía ambiciosa y sin escrúpulos, así que aceptó. Felipe no le dijo toda la verdad, por supuesto. Le explicó que Blasco estaba loco y buscaba el secreto de la juventud eterna. Todo el mundo conocía lo estúpido y vanidoso que era su señor, así que ella se lo creyó. En ningún momento le reveló que lo que ansiaba era una cura porque padecía lepra. Y, ni mucho menos le dijo que su objetivo final era convertirse en heredero y administrador de la fortuna de los De Saavedra.

—Y, dime, ¿le ofreció algún remedio la morisca al estúpido de tu señor? — preguntó la abadesa con sorna—. La chica sabía de hierbas, supongo que le contaría alguna estupidez.

—¿Contarle? —El rostro de Felipe se ensombreció—. La muchacha llegó muerta porque a ti se te fue la mano con la adormidera.

Ella palideció un poco e hizo una mueca.

—Esa niña era muy delicada, seguro que le afectó más de la cuenta.

—¡Ya! Y no tuvo nada que ver tu rechazo hacia los moriscos, ¿verdad? —resopló el chambelán, escéptico—. Tuve que inventar toda una historia para salvar la situación con mi señor.

—¿Qué le dijiste? —preguntó la abadesa, divertida.

—Le dije que esa muchacha era una bruja poderosa que tenía el don de habitar otros cuerpos —explicó Felipe con una sonrisa taimada—. Que cuando se vio acorralada, abandonó el que ocupaba y voló hacia otro, y que por eso el cuerpo llegó vacío, sin vida.

—¿De veras? —La mujer soltó una carcajada—. Ni siquiera ese idiota pudo creerse algo tan estúpido.

—Pues lo hizo —afirmó él. De hecho, Blasco había quedado tan fascinado con esa historia que había comenzado a estudiar todos los libros que existían sobre posesiones demoníacas. Ese hombre cada vez estaba más perdido.

—Tienes que dar con esos muchachos, Felipe —insistió la abadesa, volviendo a sacar el tema—. No estaremos a salvo mientras esos tres sigan por ahí.

—Sé bien lo que tengo que hacer, prima —escupió con desagrado—. Descuida, no pueden haber ido muy lejos. Ahora, dime todo lo que sepas sobre ellos.

Llegar hasta La Alpujarra fue duro para Inés. Las cosas se complicaban porque tenían que dar rodeos y retroceder en muchas ocasiones para borrar su rastro. Por si fuera poco, habían tenido que deshacerse de los caballos ya que, como indicó Diego, con los animales sería mucho más difícil esconderse, además, necesitaban conseguir dinero, pues por experiencia sabían que nadie solía dar nada a cambio de nada e Inés necesitaría viajar lo más lejos posible.

Dejaron ir al caballo robado que estaba marcado, y les llevó todo un día encontrar a un hombre al que Diego estuviera dispuesto a vender su propio animal, al cual profesaba verdadero cariño.

Inés soportó estoicamente las caminatas y los rigores a los que Diego los sometió, agradecida de contar con alguien lo bastante experto y resuelto para

capitanearlos. Parecía saber exactamente dónde encontrar agua y comida, cuándo parar a descansar y dónde. Rodrigo tampoco lo hacía mal; ambos formaban un buen equipo e Inés sabía que, de no haber sido por ella, habrían llegado a su destino mucho antes, pero ¿qué podía hacer? Solo aceptar lo que ellos mandaban y seguir caminando sin rechistar, aunque sintiera los pies en carne viva dentro de sus zapatillas y el frío le congelara los huesos.

Aquella noche les cogió a pocas leguas de Órgiva, al refugio de unos riscos. Rodrigo determinó que sería mejor esperar a que se hiciera de día antes de entrar al pueblo, porque en esa zona habitaban muchos moriscos y las cosas estaban bastante tensas en aquellos tiempos. Mejor no levantar sospechas entrando furtivamente en plena noche.

Encendieron fuego para calentarse y, por fortuna, aunque hacía frío, no llovió. Como era costumbre, en cuanto Inés se acurrucó en el suelo, se quedó dormida como un tronco; sin embargo, las pesadillas que la acosaban hicieron que se despertara antes del amanecer y que ya no pudiera volver a conciliar el sueño. Al final, optó por incorporarse, aunque todo su cuerpo se resintió a causa de la humedad y la mala postura. Rodrigo roncaba suavemente a su lado y la silueta de Diego se recortaba en las sombras, junto al fuego que había conseguido mantener encendido. Con la espalda apoyada contra un árbol, parecía contemplar las llamas, mientras sus manos acariciaban algo que no alcanzaba a ver desde su posición.

Inés se quedó abstraída mirándolo. Parecía pensativo, melancólico, con esa expresión triste y frustrada que a veces no lograba ocultar. Nunca había conocido a nadie como él. Era fascinante, el tipo de hombre que es imposible que pase desapercibido en un salón atestado de gente. Guapo, fuerte y valiente como un héroe de leyenda, aunque cascarrabias como él solo. La piel morena y el largo cabello rizado hacían destacar sus ojos, tan oscuros y penetrantes. Y su boca... Inés se había encontrado en más de una ocasión hipnotizada por esos labios carnosos y sensuales, tan poco dispuestos a sonreír y tanto a burlarse de ella. Aquellos no eran pensamientos muy adecuados para una dama, ¿no? Mucho menos para una aspirante a monja. Aunque, ¿alguna vez se había sentido alguna de las dos cosas? Como aspirante nunca encajó, como dama... «Ni dama, ni doncella» —pensó con amargura—. «Tan solo una mujerzuela que lleva a todo el que la conoce a la condenación. Pecadora, maldita».

La voz de sus pensamientos comenzó a parecerse a la de su padre y a la de

su hermano. Inés cerró los ojos con fuerza para acallarla y para hacer desaparecer la imagen del hombre que le hacía pensar cosas tan inapropiadas.

—¿No te enseñaron que es de mala educación quedarse mirando a la gente sin decir nada? —preguntó Diego en ese momento, sobresaltándola.

Inés abrió los ojos y aspiró hondo. Estaba cansada y su humor se había oscurecido al pensar en su padre y su hermano, no se sentía preparada para una nueva batallita verbal con Diego. Se puso en pie, sin poder contener un gemido al poner en funcionamiento su espalda dolorida, y se acercó hasta él. Se sentó en frente, lo bastante cerca para verle la cara, pero no lo suficiente para incomodarlo.

—Se ve que esa lección me la perdí, ¿qué le vamos a hacer? —masculló, y pasó a hablar de otra cosa para eludir la discusión—. Sigues sin estar muy convencido con este plan, ¿verdad?

—No estoy convencido de nada —rumió él—. Pero necesitamos ayuda para sacarte de Granada y no se me ocurre otra opción. Yo no tengo a nadie en el que confiar, así que...

—Siento ser un estorbo —musitó la joven, bajando la mirada al fuego.

—Nadie ha dicho que lo seas —afirmó Diego con rotundidad. Inés sintió su intensa mirada clavada en ella—. Hay personas más vulnerables que otras en según qué situaciones, ponerlas a salvo no es una señal de abandono, ni de que sean una molestia. Todo lo contrario, es una señal de afecto y preocupación.

La muchacha sabía que en ese momento no estaba hablando de ella, sino de Elena. No obstante, al escucharle mencionar el afecto y protección sintió un agradable calor en el pecho. Ojalá su padre y su hermano se hubieran parecido, aunque fuera un poquito a Diego. Tragó saliva y con ella se tragó esa envidia. La envidia era un pecado. Elena había sido una gran persona y se merecía sobradamente todo ese amor que él le profesaba.

—¿Crees que la madre de Rodrigo nos ayudará? —preguntó.

—Él así parece creerlo. ¿Quién soy yo para desconfiar de su familia?

—Eres Diego Narváez, tú desconfías de todos —bufó Inés.

Se arrepintió de haber dicho aquello en voz alta; parecía que cuando estaba con él no podía evitar provocar una discusión. Para su sorpresa, Diego soltó una carcajada. Inés alzó la vista y se le quedó mirando con la boca abierta. Lo había visto reír antes, pero siempre con un tono amargo o burlón cuando hablaba con ella. Este era otro tipo de risa, más cálida, como si se hubiera dejado abierta sin querer la puerta de su alma. Era una visión gloriosa, sus

rasgos se suavizaron, sus ojos brillaron... Era, sencillamente, hermoso.

—Lo siento —susurró, apartando la mirada para que no se diera cuenta de su turbación.

—No lo sientas, tienes razón —admitió—. Ese soy yo, sin duda; desconfío de todos, lo cual no es una ofensa, sino una virtud, a mi modo de ver.

—¡No pretendía ofenderte! —se defendió ella—. No siempre voy por ahí con los puñales desenfundados, ¿sabes? Tal vez deberías relajarte un poco.

—Me relaja discutir contigo —confesó él con una voz que le sonó cálida, a pesar de que trató de imbuir picardía a sus palabras.

Inés volvió a dejar su mirada prendida en los ojos de él. A veces le gustaba fantasear con la idea de que en esos pozos oscuros había ternura para ella. Segundos después, alguno de los dos abrió la boca y todo se desmoronaba. En esta ocasión, fue ella misma la que lo hizo.

—¿Has probado a golpearte la cabezota contra un árbol? Mi madre solía decirme que eso era más relajante que cualquier hierba.

Diego volvió a reír, dejándola de nuevo desarmada. Se puso en pie y se sacudió los calzones, dejando caer al suelo lo que había estado sujetando hacía un momento.

—Guarda los puñales para otro momento, ratoncillo, es hora de desayunar —le dijo, risueño—. Hay que ponerse en camino cuanto antes para que no nos sorprendan los campesinos al comenzar la jornada.

—Eso de ratoncillo... —murmuró Inés mientras estiraba la mano para coger el objeto misterioso. Arrugó la frente al descubrir un jirón de tela, ¿un escudo? Se puso en pie y fue en pos del hombre sin apartar los ojos de su hallazgo—. ¿De dónde...?

Diego se dio la vuelta y se topó con la muchacha, que se había acercado demasiado al no ir mirando por dónde iba. El movimiento la empujó, se tambaleó hacia atrás y tuvo que sujetarla para evitar que se cayera; aquello comenzaba a ser una costumbre.

Al principio, Inés solo se preocupó de evitar dar con su trasero en el suelo una vez más, así que tardó un poco en darse cuenta de que Diego le ceñía la cintura con las dos manos y de que estaba pegada a su cuerpo. Su respiración se agitó cuando sintió su pecho hincharse contra el suyo. Tragó saliva, azorada, y alzó la mirada hacia su rostro. Él la contemplaba de una manera indescifrable que no hizo sino aumentar su turbación. Inés se mordió el labio, nerviosa, y algo feroz bailó en los ojos de Diego al viajar hacia ese punto.

—Lo siento —musitó, apartándose de él con suavidad.

Diego arrugó la frente y su cara volvió a adquirir la expresión malhumorada de siempre.

—Ten más cuidado, ¿quieres? —espetó con voz ronca—. Un día de estos te romperás una pierna y nos tocará cargar contigo.

—Oye, ¿por qué tenías tú esto? —le preguntó, mostrándole el trozo de tela.

Él lo miró y sus facciones se crisparon por la rabia; con un movimiento brusco, le arrebató la tela de un tirón.

—¡No! ¿Por qué lo tenías tú? —increpó, señalándola con el dedo.

Inés suspiró con alivio; bien, ahí estaba el Diego de siempre, este no la desconcertaba ni la hacía temblar al tocarla; con este podía lidiar.

—¡Se te cayó al levantarte, ceporro! —respondió con los brazos en jarras.

—Ya... —bufó él esquivamente.

La joven sonrió con satisfacción al ver un destello de arrepentimiento en su mirada.

—¡Pídeme disculpas! —lo picó.

—En tus sueños —escupió, dándose la vuelta de nuevo.

Inés sonrió a su espalda y fue tras él. Diego se acercó a su bolsa, sacó la comida y comenzó a cortar queso para el desayuno.

—En serio, Diego, tengo curiosidad —insistió cuando vio que se empecinaba en su mutismo—. ¿Por qué guardas el escudo de los De Saavedra?

Él alzó la cabeza de golpe para mirarla con unos ojos muy abiertos y oscuros. Inés se sobresaltó al ver su expresión feroz. Cuando se puso en pie, no pudo evitar dar algunos pasos hacia atrás para alejarse, pero Diego la cogió del brazo y la acercó un poco.

—¿De quién has dicho? —musitó con voz helada—. ¿Lo reconoces?

—Es... —titubeó ella, intimidada—. Sí, claro... ¡Aunque puedo equivocarme! Después de todo, está roto y...

—¡Habla! —le ordenó con sequedad.

—Los señores De Saavedra —respondió ella con un hilo de voz—. Es una de las casas más ricas de Granada. La reina Isabel les otorgó tierras por su participación en la Toma y después supieron amasar una fortuna a base de...

—¡Me importa una mierda cómo se hicieron ricos! —estalló Diego, zarandeándola—. ¿Quiénes son? ¿Estás segura de que este es su escudo de armas?

—Tal vez... eso parece... la espada y... —balbuceó la chica, antes de ser

consciente de lo indignante e injusto de la situación. ¿Pero qué se creía ese salvaje? Recuperado su orgullo olvidado, Inés irguió la espalda y se soltó de un tirón—. ¡Oye! ¿A qué viene esto? Solo te he dicho que eso se parece al escudo de los De Saavedra, ¿por qué narices me acosas de ese modo?

—¿Los conoces? —inquirió él.

—Conozco a Blasco de Saavedra y conocí a su padre, que murió hace años —respondió, extrañada por su reacción—. Creo que Blasco es el único que queda de esa familia. Su hermano murió de unas fiebres y él nunca se casó. Dicen que es un poco rarito y...

—¿Se puede saber por qué estáis discutiendo ahora? —Rodrigo apareció a la espalda de Diego, frotándose los ojos con cansancio—. Venga, dejadlo para otro momento, tenemos que comer algo antes de seguir. ¡Ah, hombre, pero qué ganas tengo de ver a mi vieja!

—¿Eres amiga de ese tipo? —insistió Diego con voz sombría, ignorando al chico.

—¿De Blasco? —preguntó ella—. Ah, no, solo lo conozco porque mi padre tenía algunos negocios con el suyo, y bueno, porque... cuando vivía con él me relacionaba con... en fin...

—Con los grandes del Reino, ¿no? —concluyó él con desprecio.

—Pues sí —respondió Inés alzando la barbilla—. ¡Vamos!, condéname por ser hija de mi padre, total...

—Deja de hacer eso —bufó Diego.

—¿Qué es lo que hago exactamente?

—Comportarte como la pobre niña rica que no desea serlo en realidad —la acusó.

Inés estrechó los ojos y sus mejillas se encendieron de ira. Diego estuvo a punto de sonreír, le encantaba cuando sacaba las uñas.

—Tú no sabes nada de mí —explotó con frialdad—. No vuelvas a hablarme de ese modo, yo no tengo la culpa de tu amargura. ¡No eres el ombligo de este mundo, Diego Narváez!

La chica se dio la vuelta y se dirigió hacia al pequeño refugio con la barbilla en alto y la espalda recta, hasta que tropezó con una piedra y dio un traspie poco digno. Como ese desgraciado tuviera la suerte de reírse... Ya lo estaba escuchando aspirar aire para hablar. Apretó los puños y preparó su réplica.

—Ese Blasco de Saavedra podría ser el responsable de las desapariciones

y las muertes —murmuró Diego, sorprendiéndola. Inés se detuvo, pero no se giró. Lo escuchó tragar saliva, como si le costara decir lo que dijo a continuación—: Creo que pudo ser él el que se llevó a Elena.

Inés se dio la vuelta para mirarlo al fin y Rodrigo se acercó hasta situarse a su espalda.

—¿Por qué crees que es el responsable? —preguntó el muchacho en voz baja.

Diego alzó la cabeza, pero no lo miró a él, sus ojos se clavaron en los de Inés en una especie de disculpa silenciosa.

—Porque alguien que llevaba esto prendido en su ropa mató a mi madre —confesó con voz ronca.

—¿Tu madre? —musitó Inés, dando un paso hacia él.

—Murió cuando llevé a Elena al convento —explicó—. Fue ella la que me pidió que la ocultara allí para ponerla a salvo. ¡Qué ironía! ¿No? —rio sardónicamente.

—Creía que erais huérfanos —murmuró Rodrigo sin comprender.

Diego no le respondió, siguió mirando a Inés cuya expresión se había suavizado.

—Era curandera y alguien la denunció por practicar brujería —les reveló en voz baja—. Morisca, curandera... —resopló—. Cuando se enteró, supo que irían a por ella, por eso escondí a Elena en el convento.

—¿Y tu madre...? —Inés dejó la pregunta a medias.

—No fueron los del Santo Oficio los que se presentaron en su casa, ni siquiera guardias normales. —Diego alzó el escudo y lo sacudió en el aire—. Los que fueron a por mi madre llevaban esto en sus ropas.

Un silencio tenso se hizo entre ellos, apenas roto por el canto de los pájaros que alzaban el vuelo con el amanecer.

—Entonces, ¿tenemos un culpable? —inquirió Rodrigo con hielo en la voz.

—Una pista, al menos —afirmó Inés, mirando a Diego con intención, diciéndole sin palabras que aceptaba sus disculpas.

Él le dedicó la primera sonrisa verdadera que le veía desde que lo conocía, y tardó más de lo necesario en apartar su mirada del rostro de Inés, que acabó sonrojándose irremediablemente.

Tardaron un par de horas en llegar a Órgiva. Hacía bastante frío allí, aunque

el sol brillaba en el cielo. Olía a nieve y a aire de montaña, pero al adentrarse en el pueblo, les sobrevino la sensación de estar atravesando una nube negra y asfixiante. Se cruzaron con varios soldados y comprobaron que pululaban más guardias de los que cabía esperar.

—Mira la gente —masculló Diego—. Nos contemplan como si fuéramos enemigos.

—¿Y qué esperabas? Hay muchos cristianos moros aquí —dijo Inés, acercándose de manera inconsciente a Diego para buscar su protección—. Están muy enfadados por los rigores a los que los somete la Pragmática Sanción promulgada por el rey. Odian a Pedro de Deza, a la Chancillería, al arzobispo y a todo aquel que apoye las medidas de la sanción. Desconfían de todos, cristianos o conversos, y, francamente, no puedo culparlos. Supongo que, con los ánimos tan caldeados, cualquier forastero es visto como una amenaza. ¿No habéis visto cuántos guardias y soldados?

—Pero ahora son cristianos también, ¿no? —preguntó Rodrigo con inocencia—. Quiero decir, que no comprendo a qué viene tanta vigilancia ni tanta desconfianza. ¿No se supone que todos somos iguales?

Diego resopló como toda respuesta. Tenía el cuerpo tenso mientras caminaba a través de las calles empedradas, vigilando a todo el que se asomaba a las ventanas o las puertas de las casitas encaladas.

—Aquellos que se convirtieron tras la Toma lo hicieron a la fuerza, Rodrigo —explicó la chica—. Los moriscos pagaron grandes impuestos al rey Carlos para que se les dejara vivir relativamente en paz, pero Felipe II ha decidido cortar con eso de raíz. Las prohibiciones a los que los somete son... Ya no es solo cuestión de religión, han prohibido todas sus fiestas y costumbres, también el arábigo, hasta el extremo de que todos los contratos firmados en esa lengua han sido anulados, con grandes beneficios para algunos y muchas pérdidas para otros, por supuesto. Los están obligando a romper con sus raíces, y lo gracioso es que muchos de estos hombres ni siquiera han conocido nunca esas raíces —añadió, echando una mirada de reojo a Diego—. Puede que en verdad se hayan convertido y sean auténticos cristianos, por lo menos, son tan españoles como nosotros, pero ¿crees que si los guardias registran sus hogares serán más cuidadosos y respetuosos por ello? ¿Iguales? No, amigo, nunca los verán como a iguales.

—Las cosas se están poniendo realmente feas. He oído que hay un grupo importante que se está organizando bastante bien en el Albaicín —mencionó

Diego con voz sombría, sin dejar de vigilar su espalda—. Dicen que han nombrado a un rey o algo así.

—Hernando de Córdoba y Valor, sí. No quieren que la gente se tome en serio nada de eso, pero han saltado las alarmas. Todo el mundo está preocupado y teme que haya una nueva guerra —afirmó la joven—. «El rey de los moriscos», le dicen. Ha abandonado su nombre cristiano, ahora se hace llamar Muhammad o algo así.

—Abén Humeya, lo llama la mayoría —afirmó Diego—. Puede que sean rumores, pero lo que sí es un hecho es que algunos rebeldes se están organizando y van en serio. Y el exceso de seguridad en este pueblo es una prueba de ello.

Inés lo miró y asintió en silencio, pensativa. ¿De parte de quién estaría Diego Narváez si estallara una revuelta? ¿Estaría él en contacto con esos rebeldes y por eso sabía tanto? Sacudió la cabeza y suspiró.

—Es como si Granada se asentara sobre una montaña de hojarasca seca y cualquier chispa pudiera hacerla arder de un momento a otro —susurró.

—Bien, debemos evitar que nos vea mucha gente —apuntó Diego—. Creo que hemos esquivado a esos guardias de antes, pero cualquier vecino podría alertarlos de nuestra presencia. Tal vez deberíamos...

—Curiosos forasteros —dijo alguien desde una puerta entreabierta—. Dos niños imberbes y un morisco.

—¿Imberbes? —se indignó Rodrigo.

—¿Qué venís a buscar aquí?

Diego se tensó un poco más, como un arco a punto de soltar su flecha. En un gesto impulsivo, Inés alzó la mano y le acarició el brazo para que se tranquilizara. Él dio un respingo al notar su contacto y la miró como si el hecho de que lo tocara fuera la cosa más extraña del mundo, aunque sus facciones se suavizaron un poco. La chica se mordió el labio y se apartó enseguida, poniéndose colorada.

—Verá, señora —comenzó Rodrigo con voz amable—. Nos dijeron que en este pueblo vive una espartera que...

—Mucha gente se dedica al esparto en este pueblo —lo cortó la mujer.

—Ya, sí... Pero alguien me dijo que...

—¿Rodrigo?

Los tres amigos se giraron a la vez para encontrarse con una atractiva mujer de unos cuarenta años, de piel morena y pelo entrecano, que los miraba con la

frente arrugada a algunos metros de distancia.

—Gracias a Dios —suspiró el muchacho

—¡Mariana! ¿Conoces a estos? —le increpó la mujer de la puerta.

—Sí —respondió la tal Mariana con acritud—. ¿Por qué no te metes en tus asuntos y dejas de espantar a todo el que entra en el pueblo, Carmen?

La mujer le dirigió una mirada avinagrada mientras volvía a entrar en su casa y cerraba de un portazo. Mariana se acercó hasta ellos sin relajar su ceño, parándose justo enfrente de Rodrigo con los brazos en jarras.

—¿Se puede saber qué diablos estás haciendo aquí? —lo asaltó con los dientes apretados—. ¿Sabes siquiera lo cotillas que son en este pueblo? Si te ha visto alguien... Si él se entera...

—¡Madre! —la cortó Rodrigo con una mueca—. Hace casi un año que no la veo, ¿no se alegra ni un poquito de que esté aquí?

Mariana suspiró y sus rasgos se suavizaron. Sonrió y cogió la mano de su hijo con afecto.

—Claro que me alegro, hijo; pero tu padre podría...

—Hace tiempo que no sé nada de padre —aseveró él de malas formas—. Deje ya esa cuestión; por lo que sabemos, podría estar muerto.

—No estoy dispuesta a correr riesgos —objetó la mujer.

—Hay cuestiones más apremiantes, madre —le reprochó.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó, como si hasta ese instante no le hubiera dado por pensar que su hijo pudiera necesitarla.

Diego e Inés se miraron con preocupación. ¿Y esta era la madre que haría lo que fuera por su hijo? De momento no había demostrado que le importara nada más que su propio pellejo. La expresión de Rodrigo les dijo que él estaba pensando justo lo mismo que ellos. Inés sintió pena por su amigo, ella sabía lo que significaba que tu familia se olvidara de ti.

—¿Quiénes son estos dos? —siguió preguntando Mariana con su tono cortante.

—Es una larga historia, madre —respondió el chico en un susurro para evitar ser escuchado—. Estamos en peligro y no sabía a quién más acudir. Necesito su ayuda.

—¿En peligro? —jadeó ella, abriendo mucho los ojos con espanto—. ¿Se trata de tu padre?

—¡No, maldita sea! —explotó Rodrigo—. ¡Hay más cosas en este mundo! Ya le he dicho que no he vuelto a saber de él, ¿no me ha escuchado?

—Estás muy nervioso —le dijo ella con reproche.

Rodrigo aspiró hondo para serenarse y su voz sonó algo rota cuando volvió a hablar.

—¿Podemos ir a algún lugar? —pidió—. Estamos agotados, helados y hambrientos.

La mujer volvió a arrugar la frente y lanzó una mirada de desconfianza a Diego. Su figura imponente aún escudaba a Inés, sin perder de vista ningún movimiento a su alrededor.

—¿El morisco es de fiar? Se escuchan muchas cosas feas últimamente —masculló ella sin molestarse en bajar la voz—. Han aparecido algunos religiosos muertos...

—Es de fiar, madre, le debo la vida —afirmó él con un suspiro de resignación; aun así, Mariana tardó todavía unos minutos en asentir con la cabeza.

—Está bien, hablaremos en mi casa.

Más que casa era un habitáculo de cuatro paredes con unas escaleras que subían hacia una pequeña terraza techada, que hacía las veces de despensa. Mariana tuvo que apartar trenzas de esparto y cestas a medio terminar para hacerles sitio junto a la chimenea. Diego no pudo evitar sonreír con nostalgia al verlas, recordando a su madre y a su hermana que también hacían útiles de esparto para ganarse la vida. Sin dejar su desconfianza aparcada, tomó asiento junto a Inés y Rodrigo cerca de la lumbre, y engulló en silencio el cuenco de estofado aguado que les sirvió su anfitriona. Cuando terminaron de almorzar, Rodrigo le relató a su madre toda su aventura, incluido el último descubrimiento acerca de Blasco de Saavedra.

La mujer escuchó sin interrumpir, mostrándose todo lo alarmada que cabía esperar cuando su hijo le habló de los ataques que habían sufrido, aunque este decidió omitir el hecho de que habían matado a sus asaltantes.

Al cabo de un rato, Diego acabó por perder la concentración en la conversación; llevaba varios días sin dormir y su mente se marchaba de allí sin que pudiera contenerla. Le dedicó un vago escrutinio a la pequeña vivienda, pero pronto perdió también el interés en eso y su mirada acabó posándose en Inés, que estaba sentada a su lado. La chica se había quitado ese horrible sombrero con el que trataba de mantener su cara oculta. Su pelo corto

parecía una extensión de las llamas que crepitaban en el hogar. Seguía bastante pálida, pero el plato caliente le había sentado bien y sus mejillas se veían teñidas de un ligero rubor. La vio parpadear pesadamente varias veces, con el codo sobre la mesa y tratando de sujetarse la cabeza con la mano, pero esta se empeñaba en escurrirse una y otra vez, haciéndola dar un respingo cuando la sacudida la despertaba de golpe. Diego contuvo la risa. La tensión y los nervios la habían mantenido firme hasta ahora, pero el estómago lleno y el calor del fuego habían terminado por vencerla. Al final, no pudo resistirlo más y apoyó la cabeza en la mesa, manteniéndola girada hacia él.

Sus párpados aletearon un poco antes de cerrarse del todo, suspiró y curvó los labios en una ligera sonrisa. Esa sonrisa atrajo la mirada de Diego, que fue consciente de que tenía unos labios bastante femeninos a pesar del castigo del frío, con el inferior ligeramente más grueso y de un tono rosado. Sus pestañas tampoco la ayudaban a pasar por un chico; largas y espesas, reposaban en ese momento sobre su piel, demasiado suave y salpicada de pecas tostadas en algunos puntos. Tal vez se debiera a que ese respiro en aquellos días de locura le había despejado la visión, pero, en ese instante, Diego se dio cuenta de que Inés difícilmente podría engañar a alguien con ese disfraz.

Por su mente revoloteó el perturbador recuerdo de su cuerpo pequeño pegado al suyo cuando la había sujetado esa mañana. Sus manos habían palpado una cintura delgada pero esbelta, con la insinuación de unas curvas completamente femeninas bajo su camisa. No, Inés no parecía un chico. Y tampoco parecía un ratón, aunque a él le gustaba picarla al decírselo. Tenía unas facciones delicadas y armónicas, una cara pequeña y en forma de corazón, y ese pelo... Llameante, suave, hermoso. Por un momento se preguntó cómo habría sido cuando lo llevaba largo. ¿Habría lamentado tener que cortárselo? Inés no poseía ni pizca de la vanidad que había visto en otras mujeres, y sin embargo era bonita, aunque ella no lo creyera. Bocazas e insufrible como la que más, pero indiscutiblemente bonita a pesar de esas ropas y...

—¡Diego! ¿Me estás escuchando? —la voz de Rodrigo le hizo dar un respingo en su silla—. ¿Te habías dormido?

Se lamió los labios y volvió a mirar a Inés, tratando de ubicarse. ¿Se había dormido? Tal vez... Se frotó la cara con la mano para espabilarse.

—Creo que he dado una cabezada, lo siento mucho —se disculpó, avergonzado.

—¿Lo ve? —exclamó Rodrigo alzando la voz, dirigiéndole una mirada de reproche a su madre—. Estamos agotados, Inés se ha quedado dormida. ¿Sabe cómo tiene los pies? Cada vez que se quita las zapatillas las tiene que despegar de la sangre seca y se abre nuevas yagas.

Diego arrugó la frente y volvió la vista una vez más hacia la chica. ¿Inés sangraba por los pies y no había dicho nada? Soltó un gruñido, sintiéndose un monstruo por las veces que la habían instado a caminar más deprisa.

—¡Si hasta Diego se ha dormido!

—No hay otra solución, hijo, lo siento —lo cortó la mujer.

—¿No podemos quedarnos, aunque sea esta noche? —insistió el joven.

Un momento...

—¿Tenemos que irnos? —preguntó Diego, completamente despierto de repente, mirando a madre e hijo con resentimiento—. Creí que habíamos venido hasta este pueblo en busca de ayuda.

—Ayuda sí —resopló Mariana—. Pero no podéis quedaros en mi casa, lo siento.

—¡Pero madre!

—Escúchame, Rodrigo. Mi situación aquí es precaria, vivo ilegalmente con un nombre falso, y las cosas se están poniendo feas por todo lo de esos rebeldes del Albaicín. Ya te he dicho que hay interrogatorios y registros, han matado a gente por aquí cerca. Y si lo que me cuentas es cierto, podríais haber traído más problemas hasta mi casa.

—¡Pero solo será esta noche; mire a la pobre Inés, ¡está destrozada! —protestó el joven con vehemencia.

Diego apretó los labios, pero no dijo nada. Si tenían que ponerse en marcha de nuevo tan pronto, Inés acabaría enfermando. Necesitaban un refugio para poder dormir de verdad al menos una noche, por no hablar de que el frío había arreciado y probablemente nevara.

—Podría quedarse solo ella —aventuró—. Ya ha visto que la han confundido con un chico. Nadie la reconocerá.

—¡Eso! —asintió Rodrigo—. Podría quedarse al menos Inés, nosotros iremos a esa cueva de la que me ha hablado y esperaremos allí hasta que tenga resuelto lo de su viaje a Murcia.

—No, niño, no seas insensato —negó la mujer con voz cansina—. Los del pueblo ya saben que eres mi hijo, ¿crees que se les escaparía algo así? Sospecharían si ven que se ha quedado ella.

—Pues no sé, podemos inventar algo... —murmuró Rodrigo, pensativo—. Puede decir que está enfermo y se quedará unos días.

—No es buena idea —insistió ella con obstinación—. Si alguno de los hombres de ese De Saavedra llegara hasta aquí y preguntara, los vecinos atarían cabos enseguida y la denunciarían por unas monedas. Yo no podría protegerla.

En eso Diego tuvo que darle la razón. No le hacía ni pizca de gracia tener que separarse de Inés hasta que no la supiera completamente a salvo.

—Entonces, ¿qué hacemos? —estalló Rodrigo, furioso—. Necesitamos descansar, refugio, comida, no podemos...

—Ya te he dicho que conozco una cueva de la que nadie más sabe. Es profunda y caliente. La encontré cuando llegué al pueblo, cuando buscaba un refugio alternativo por si tu padre me encontraba. —Rodrigo puso los ojos en blanco, pero ella no lo vio—. Os daré comida, podéis encender fuego, nadie lo verá. Está a menos de una legua del pueblo. Una legua no es mucho. —Esto último lo dijo mirando a Diego, suplicante.

Él aspiró hondo. En el fondo comprendía las precauciones de Mariana, pero odiaba tener que volver a exponer a Inés de ese modo. No obstante, seguir discutiendo solo les haría perder las escasas horas de sol que les quedaban. Habían ido hasta Órgiva en busca de refugio, pero solo habían encontrado a una mujer demasiado asustada y traumatizada por su pasado como para arriesgarse siquiera por su hijo.

—Está bien —claudicó al fin Rodrigo, poniéndose en pie con genio—. Pues nos vamos.

—Nooo —suspiró ella, exasperada—. Tú no puedes irte.

—¿Cómo? —exclamaron los dos hombres a la vez. Mariana chascó la lengua, impaciente.

—¿Es que no te das cuenta? La gente sospecharía si te marchas a las pocas horas de haber venido. Ya te has encargado de anunciar que llevamos un año sin vernos —le recriminó.

—¿Y qué? —repuso él.

—Pues que sería sospechoso, Rodrigo. ¡Maldita sea! —casi gritó—. ¿Te crees que no quiero ayudarte? ¡Eres mi hijo, claro que voy a ayudarte! A ti y a tus amigos, pero hay que pensar con lógica. Podemos decir que viniste a pasar unos días con tu madre y que tus amigos siguieron su camino. Borrareis el rastro y nadie sabrá que aún estáis por aquí; de ese modo, si alguien pregunta,

será más fácil engañarlo.

—Me parece absurdo —bufó el chico.

—Puede que tenga razón, Rodrigo —intervino Diego con calma, aunque no terminaba de verle la lógica tampoco. En cualquier caso, prefirió terminar cuanto antes con aquello y no perder más tiempo. Si su instinto no le fallaba, esa mujer quería ayudar a su hijo, pero sus acompañantes eran una amenaza y le sobraban, el problema era que no sabía cómo deshacerse de ellos.

—¡Claro que la tengo! —exclamó Mariana, dirigiéndose a Diego—. Os indicaré dónde está la cueva. ¡Eres un hombre de recursos, la encontrarás sin problemas!

—Me da igual lo que digas, Diego, yo me voy con vosotros —insistió Rodrigo con obstinación.

—Entonces todo el pueblo sabrá que escondéis algo.

—Tu madre tiene razón —repitió Diego. Quería zanjar esa estúpida discusión cuanto antes; si no salían ya, se les haría de noche por el camino.

Rodrigo frunció el ceño y Diego le hizo un gesto para que no siguiera discutiendo.

—Te prepararé algo de comida, también puedo darte un chal para la muchacha y una manta —anunció Mariana, poniéndose en movimiento—. Tengo un amigo comerciante que viaja mucho, seguro que puede ayudarla a llegar a Murcia. El problema es que está fuera del pueblo y no creo que llegue antes de dos días.

—¡Maldita sea! —escupió Rodrigo—. ¿Tanto tiempo?

—En cualquier caso, Inés necesita descansar o no resistirá mucho más —afirmó Diego—. Nos vendrá bien parar un tiempo.

—Muy bien, pero mañana por la mañana iré a ver cómo estáis, ¿de acuerdo?

—No creo que sea buena idea, hijo, si alguien te ve...

—¡No me verá nadie! —la cortó él de mal humor—. He aprendido a escabullirme y a borrar mi rastro en estos días, ¿verdad que sí, Diego?

El aludido le dedicó una sonrisa resignada y asintió. Volvió a mirar a Inés y lanzó un suspiro. Estaba tan agotada que ni siquiera se había despertado con la discusión. ¿Cómo diablos le iba a decir que debían salir de allí y caminar otra legua a través de un terreno pedregoso?

## Capítulo 7

Como había dicho Mariana, la cueva estaba a una legua escasa del pueblo y en verdad el camino no era demasiado difícil, pero, a pesar de que no se quejó en ningún momento, a Diego no se le escaparon las muecas de dolor en el rostro de Inés.

Durante el trayecto había estado pendiente de ella, aunque tratando de que no se diera cuenta por temor a ofenderla. Podía ser fuerte y valiente, pero esa muchacha tenía un genio de mil demonios. No quiso ir muy deprisa, pues imaginaba que cada paso le supondría un infierno si tenía los pies como Rodrigo le había dicho, y lo cierto era que, con esas zapatillas que calzaba, lo que le extrañaba era que pudiera dar siquiera un paso. Diego hizo nota mental de conseguirle un calzado adecuado cuanto antes.

La temperatura bajó de manera considerable a medida que el sol se alejaba y, justo cuando alcanzaron la entrada de la cueva, sintió el primer copo caer en su mejilla. Inés sonrió con cansancio al sentirlo también y echó la cabeza hacia atrás para mirar al cielo. Se quitó el sombrero, cerró los ojos y sacó la lengua para beber el agua helada. Diego la contempló y sonrió. Era como una niña pequeña. Su cara acusaba las señales del cansancio, pero su expresión no podía ser más apacible y feliz. La nieve comenzó a caer de forma más tupida y pronto su pelo rojizo acabó salpicado de pequeños puntitos blancos, al igual que sus largas pestañas tostadas.

De repente se encontró admirando cada una de las pequeñas motitas heladas que se deshacían a los pocos segundos de besar su piel. Cuando una de ellas se posó en su nariz respingona, Diego alzó la mano en un impulso para limpiarla. Inés elevó los párpados con pereza y lo miró con aquellos grandes ojos color miel. Le sonrió con timidez y él se sintió como un intruso que se había colado en una celebración privada. Bajó la mano y carraspeó,

incómodo.

—Vas a empaparte si sigues ahí —le advirtió—. Aún tardaré un rato en encender la hoguera y podrías enfermarte.

—Adoro la nieve —le reveló ella, ensanchando su sonrisa—. Desde que era niña. Siempre me escapaba de mi aya cuando nevaba. Corría al jardín y me ponía a hacer muñecos, aunque eran más pegotes de barro que otra cosa. —Se echó a reír con el recuerdo, aunque algo triste brilló en su mirada—. Mi hermana salía y me reñía, pero me ayudaba a limpiarme para que padre y Fernando no me descubrieran de esa guisa.

—¿Fernando?

—Mi hermano mayor —respondió ella, desviando la mirada y volviendo a colocarse el sombrero.

Diego no insistió, pues era obvio que Inés no guardaba muy buenos recuerdos de su padre y de su hermano.

Una vez dentro de la cueva, se afanó en prepararlo todo para que resultara más o menos acogedora. Mariana no les había mentado, no hacía demasiado frío allí. Salió a buscar algo de leña, dejando que Inés descansara. Por fortuna, la tarea no le llevó demasiado tiempo, ya que había muchas ramas partidas y algunos troncos secos cerca de la entrada de la gruta.

Apiló la leña en el rincón que le pareció más propicio y encendió una pequeña hoguera. El refugio no tardó demasiado en caldearse, así que, después de salir una vez más para asegurarse de que no habían dejado huellas y de que no había nadie por los alrededores, Diego se sentó al fin junto al fuego con un suspiro de agotamiento. Permaneció un instante así, con la mirada clavada en las llamas y los pensamientos errantes, hasta que la mano de Inés irrumpió en su línea de visión al acercarle un trozo de queso. Torció una sonrisa y negó con la cabeza.

—Gracias, pero aún hay algo que debemos hacer, ratoncillo. Descálzate. — Inés alzó las cejas con sorpresa, pero no se movió. Él chascó la lengua y volvió a ponerse en pie para coger su bolsa—. Vamos, quítate las zapatillas, Rodrigo me ha dicho que tienes rozaduras; si se te infectan lo pasarás mal.

—¿Y ahora me lo dices? —masculló ella, removiéndose incómoda para descalzarse—. Te advierto que después de tanta caminata el olor no será agradable.

Diego soltó una carcajada e Inés giró la cabeza para mirarlo. Ya se había dado cuenta de que, cada vez que se reía, ella lo miraba de una manera

extraña, como si creyera que era incapaz de un gesto como ese.

—Lo superaré —respondió al regresar a su lado, con la risa aún brillando en sus ojos oscuros—. No creo que ninguno de los dos huela precisamente a flores, dadas las... —Sus palabras se cortaron y siseó al fijarse en los pies de la joven—. ¡Maldita sea, muchacha! ¿Por qué no has dicho nada de esto?

Inés se mordió el labio y se miró las decenas de ampollas reventadas que maculaban sus pies. Algunas ya se habían secado y le habían dejado la piel arrugada y dura como recuerdo, pero la mayoría eran yagas palpitantes, muchas cubiertas de costras que se habían desprendido al descalzarse. La sangre se escurría entre sus dedos hacia las plantas, que se habían ulcerado por la constante humedad y el roce.

—Vosotros no os habéis quejado en ningún momento, así que no quise... — musitó con voz pequeñita.

—Nosotros vamos calzados con botas de piel, no con zapatillas de suela casi inexistente —gruñó Diego, mientras comenzaba a empapar un pañuelo con el agua que guardaba en su bolsa.

—Es que en el convento no teníamos otro calzado —se excusó ella.

—Ya —resopló, comenzando a lavar la sangre—. Cuando Rodrigo venga mañana le pediré que te busque unas botas.

—No nos queda demasiado dinero.

—¡Pues que las robe! Total, después de haber matado, no creo que un robo vaya a ponerlo en peores términos con Dios. —Inés apartó la mirada y Diego suspiró—. Lo siento; mi tacto es tan suave como unos calzones de esparto — se disculpó.

Ella lo miró de nuevo con una sonrisita burlona.

—¡Caramba, una disculpa de Diego Narváez! —exclamó.

Él soltó un gruñido y siguió limpiándole los pies. En uno de sus gestos, arrancó una costra e Inés dio un respingo.

—¡Lo siento!

—¡Oh, Dios mío! —jadeó ella, abriendo mucho los ojos con exageración. Diego la miró, extrañado—. ¡Dos disculpas seguidas! ¿Será este el fin del mundo? —El joven volvió a gruñir y sacudió la cabeza, aunque no pudo evitar que sus labios se curvaran en una sonrisa—. Dos disculpas y una sonrisa. Definitivamente, la vida tal como la conocemos está a punto de cambiar.

—No seas idiota —bufó—. Siempre me disculpo si hay motivos para hacerlo.

—Aunque no suele haberlos, ¿verdad? —lo picó la chica—. Deberías sonreír más, ¿sabes? Te sienta bien. —Diego entornó los ojos a la espera de la burla, convencido de que ella jamás le haría un cumplido sin más; sin embargo, Inés se limitó a morderse el labio y señalar el tarrito que había sacado de su bolsa antes de preguntar—: ¿Qué es eso?

—Una pomada; sirve para desinfectar heridas, pero también te aliviará la hinchazón y el dolor.

—Bueno, al menos no huele mal.

—Está elaborada a base de aloe vera, difícilmente podría oler mal —explicó—. Y aunque apestara, ¿qué más te da? No he oído que nadie te haya invitado a un baile esta noche ni nada por el estilo, ¿no? —bromeó, dedicándole una nueva sonrisa.

—La verdad es que nunca me han invitado a bailar.

—Tal vez los hombres del Reino valoran demasiado sus pies —se burló.

—O tal vez los hombres teman a las mujeres que no tienen pelos en la lengua —se defendió ella.

—La palabra correcta es «bocazas», hermana Inés —contraatacó Diego, mientras extendía la crema por los pies de la muchacha con una suavidad en nada comparable con sus palabras.

—No creo que tú hayas bailado mucho tampoco —le espetó con sequedad—. Eres tan agradable como un dolor de muelas. —Diego sonrió, pero no replicó—. ¿De dónde sacas todos estos potingues? —le preguntó con curiosidad.

—De las plantas —fue su escueta respuesta.

—Algo así como: «Buenos días, señor cardo, un poco de pomada para curar pies, por favor».

Él sacudió la cabeza como si fuera mejor ignorarla, pero aun así respondió.

—Algo así como buscar en el campo, agacharse a coger unas cuantas plantas y procesarlas para sacarles sus beneficios —enumeró, mientras acercaba una piedra para depositar los pies de Inés sobre ella.

—Así que conoces la magia de las plantas.

Lo dijo con un tono tan extraño que Diego se tensó antes de mirarla; sin embargo, no fue rechazo ni temor lo que vio en su rostro, sino una admiración que, por algún inexplicable motivo, activo su vena vanidosa.

—No es magia, es conocimiento de la naturaleza y del mundo que nos rodea —contestó él—. La gente tiende a tener miedo de lo que desconoce, y los que

ostentan el poder se benefician de la falta de saber. Para un médico orgulloso y avaricioso, una mujer sabia es una amenaza, pero es sencillo acusarla de brujería para proteger su reputación.

Sus palabras destilaron una amargura que le fue difícil ocultar. Inés seguía mirándolo con esos ojos inteligentes, hasta que una sonrisa triste se dibujó en sus labios y desvió la mirada de nuevo al fuego.

—Tu hermana pasaba cada momento libre en los jardines —murmuró—. Sus ojos se iluminaban cuando acariciaba las plantas; ella misma parecía brillar cuando estaba en el exterior. Era especial. Era tan especial...

Su voz se apagó. Diego sintió un pinchazo doloroso en el pecho. No pudo apartar la mirada de Inés. La chica parecía en verdad afectada, como alguien que ha perdido para siempre algo valioso largamente anhelado. El fuego proyectaba juegos de sombras sobre su rostro y un incendio en sus iris. Su pelo volvía a parecer una extensión de las llamas. Se la veía indefensa, pequeña y delicada, pero comenzaba a conocerla lo suficiente para intuir la fortaleza que anidaba en ella.

En ese momento, la joven se volvió hacia él y Diego apartó la mirada con un respingo, como si lo hubiera pescado haciendo algo malo.

—Lo siento —musitó Inés—. Sé que te duele hablar de ella.

—El dolor es un digno homenaje para aquellos que nos dejan —apuntó él con voz ronca.

—Ojalá yo tuviera tu entereza —suspiró la muchacha.

¿Entereza? No. Jamás se había sentido más fragmentado y perdido en su vida.

—Ojalá yo hubiera hecho las cosas de un modo distinto —susurró Diego con pesar, bajando la cabeza. Su pelo resbaló por su rostro, ocultando el brillo de unas lágrimas que se negaba a mostrar.

El movimiento de Inés a su lado lo sobresaltó, pero cuando la muchacha le rozó la mejilla con los dedos para apartar un mechón de cabello, su cuerpo se quedó rígido y fue incapaz de moverse.

—Perdóname —le dijo con dulzura—. Nunca debí haberte culpado por lo que le pasó. Hiciste lo que creíste mejor. Elena te quería muchísimo, te admiraba. Si la hubieras escuchado hablar de ti...

Diego aspiró hondo y se lamió los labios que se le habían quedado secos. ¿Qué diablos le ocurría? ¿Era el recuerdo de su hermana el que descontrolaba sus reacciones? ¿Tal vez el cansancio? Quizás un poco de todo, porque por

nada del mundo podía tratarse de la cercanía de esa chiquilla impertinente, ¿verdad?

—Diego...

—Será mejor que comamos algo y nos vayamos a dormir —la cortó, poniéndose en pie y dándole la espalda para preparar las viandas.

La escuchó suspirar y supo que de nuevo la había hecho sentir culpable. ¿Qué le había pasado a esta muchacha para que tuviera esa inseguridad? ¿De verdad creía que todo lo malo que pasaba a su alrededor era por culpa suya? En cualquier caso, no dijo nada. Le ofreció la comida y se sentó a su lado para cenar en un silencio roto de vez en cuando por algunas frases huecas.

A Diego le habría gustado dormir de manera ligera para que no se le escapara ningún ruido, pero lo cierto es que cayó como un tronco en cuanto su cabeza se apoyó en el suelo. Cuando abrió los ojos, una débil luz se colaba por la entrada. Se incorporó e hizo un mohín al sentir la espalda rígida y dolorida. Había dormido del tirón toda la noche.

—¡Maldita sea! —masculló.

El corazón le dio un vuelco cuando miró a su lado y descubrió que estaba solo en la cueva. Apartó la capa con la que se había tapado y se puso en pie de un salto. El fuego hacía horas que se había apagado y el camastro de Inés estaba recogido. De ella no había ni rastro.

—¡Inés! —la llamó. Cogió la honda y unos cuantos proyectiles de su bolsa y corrió hacia el exterior—. ¡Inés!

Encontró a la muchacha sentada sobre una roca, encorvada hacia delante y moldeando la nieve que se había acumulado en el suelo. Alzó la cabeza para mirarlo con una sonrisa deslumbrante. Diego suspiró al verla a salvo, pero todavía le temblaban un poco las piernas cuando caminó hacia ella. Tenía mucho mejor aspecto que por la noche, con los ojos iluminados y las mejillas sonrojadas por el frío. Bajó la mirada hacia sus pies y soltó un gruñido al verla calzada de nuevo con esas zapatillas horribles.

—Están mucho mejor —anunció adivinando sus pensamientos—. Y no podía salir a la nieve descalza.

—No deberías haber salido —le recriminó, ella hizo una mueca.

—Me desperté hace un buen rato y no quería molestarte; sé que llevas días sin dormir y todo parecía en orden. Además, la nieve me estaba llamando —

añadió, ensanchando su sonrisa de niña.

Diego sonrió también y se acercó un poco más para ver lo que había estado moldeando. Ladeó la cabeza y arrugó la frente, tratando de encontrarle sentido a ese... ¿Oso? ¿Oveja?

—¿Qué se supone que es? —preguntó, dándose por vencido.

Inés observó su obra y frunció levemente el ceño.

—Un niño, claro —respondió en un murmullo inseguro.

—Claro —resopló él.

La chica se echó a reír.

—Se ve que los años no me han hecho mejorar.

—Tal vez sí, desconozco cómo lo hacías antes —apuntó Diego, haciéndola soltar otra carcajada.

—¿Dónde ibas con eso? —preguntó la joven señalando la honda que llevaba en la mano.

—Pues... —«Me he despertado y casi me lo hago encima cuando he visto que no estabas, así que he salido dispuesto a matar a alguien»—. He estado pensando que debería enseñarte a usarla.

—¿De veras? —exclamó ella con sorpresa.

—Creo que no te vendría mal aprender a defenderte.

—¿Me vas a enseñar a pelear? —preguntó poniéndose en pie, desbordando emoción.

—Solo algunos trucos, tu principal defensa siempre será el no dejarte coger.

—¡Me parece perfecto!

Diego pasó el día enseñando a Inés a usar la honda, y lo cierto era que, a pesar de lo torpe que podía ser a veces, la muchacha demostró tener bastante destreza y una fuerza considerable a la hora de lanzar el proyectil. Lo de la puntería tuvieron que trabajarlo un poco más, pero para cuando el sol comenzó a ocultarse, ya era capaz de acertar a seis de cada diez dianas.

A media mañana apareció Rodrigo, tal como había prometido, portando un petate con nuevas provisiones, jabón de lavanda y una muda limpia para Inés, que gimió de placer al ver las botas de resistente cuero entre las prendas. Al final no había hecho falta robar nada. A cambio de la promesa de arreglarle el tejado, una viuda del pueblo le había dado algunas ropas que ya no le iban bien a su hijo, pero que, a la muchacha, aunque algo holgadas, le venían de maravilla. El joven no pudo quedarse mucho tiempo pues debía cumplir su parte del trato, aunque antes de irse les prometió que regresaría a la mañana

siguiente.

Ni todos los gruñidos y protestas de Diego pudieron hacer desistir a Inés de derretir algo de nieve para lavarse antes de ponerse su ropa limpia. Al final, se encontró ayudándola en el proceso, encendiendo una hoguera y derritiendo un poco más para lavarse también él. Cuando se sentaron de nuevo por la noche junto al fuego, Inés se veía satisfecha, bastante recuperada y, sí, limpia.

Diego volvió a curarle los pies después de cenar con el mismo mimo que había demostrado el día anterior; los limpió y los embadurnó de nuevo en la pomada. En esta ocasión sí que podía decirse que Inés olía a flores de lavanda y a aloe vera, aunque el perfume de su piel limpia se impuso a todo lo demás y permaneció flotando en la cueva como una caricia mientras él hacía la guardia.

Su cabeza cayó hacia delante y se sobresaltó, dándose cuenta enseguida de que había dado una cabezada. Miró aturdido a su alrededor; todo parecía en orden. No debía de haber sido mucho tiempo pues el fuego había mermado poco, aun así, unos escasos minutos podrían significar la muerte.

Inés dormía plácidamente en su rincón, tapada hasta la barbilla. Se quedó un momento observándola pues, cuando lo hacía, le daba la misma sensación que al mirar un tronco ardiente: era hipnótica y destilaba paz. No quería turnarse con ella para hacer la guardia, sin embargo, era consciente de que no podría resistir mucho si no dormía como era debido; lo de la noche pasada había sido una imprudencia y si no descansaba le volvería a pasar, de hecho, ¿no acababa de pasarle?

—¡Maldición! —escupió, poniéndose en pie para coger el agua.

Bebió un largo trago y se cubrió con su capa, antes de salir a tomar el aire. Al día siguiente le pediría a Rodrigo que se quedara con Inés un par de horas para que él pudiera dormir un poco.

Su mente se despejó de golpe cuando el aire helado le sacudió el rostro y frunció el ceño al caer en la cuenta de algo. ¿Una cabezada? No, con una cabezada no habría estado tan atontado; se había quedado dormido con todas las de la ley. Entonces, ¿qué lo había despertado? Había escuchado algo, un crujido que...

Percibió el movimiento a su izquierda por el rabillo del ojo y se giró a toda prisa, aunque no lo suficiente. Cuando vio bajar el palo hacia él, solo tuvo tiempo de alzar los brazos en un gesto instintivo. Pudo sentir el golpe en la

sien, el dolor y las luces brillantes tras los párpados antes de que llegara la oscuridad y su cuerpo se desplomara contra el suelo.

Blasco subió las escaleras de la bodega mascullando gruñidos malhumorados y cerró la puerta con un golpe al llegar arriba. Le hizo un gesto al guardia apostado junto a ella para que echara el cerrojo y se marchó con paso ligero, ondeando su capa granate como si fuera un príncipe de tiempos pasados.

Llegó hasta su alcoba, donde una sirvienta lo esperaba para atenderlo. Blasco le lanzó una mirada y resopló. No era una belleza, pero tendría que valer. La chica se acercó a él con la cabeza gacha, visiblemente intimidada por su presencia. Era muy joven, Blasco sonrió. ¡Ah, sí! Sabía bien lo impresionables que eran los jóvenes y lo mucho que imponía un hombre como él, apuesto, poderoso, inteligente, carismático... Le alzó la cabeza con sus manos enguantadas y ella tembló un poco.

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó con brusquedad.

—Quince, mi señor —respondió ella.

—¿Y eres ya mujer? —La joven abrió mucho los ojos y asintió con temor. Él gruñó con desaprobación—. ¿Eres doncella?

Las mejillas de la joven se encendieron y trató de apartar la mirada, Blasco no se lo permitió.

—Mi señor, yo...

Unos golpes en la puerta la libraron de dar una respuesta.

—¡Adelante!

Felipe entró con paso elegante e hizo una ligera reverencia. Blasco formó una mueca con los labios y lo observó de arriba abajo. Su chambelán vestía jubón y calzas negras con bordados. Al cuello llevaba un pañuelo blanco con puntilla de bolillos y unas finas medias hechas con aguja se ceñían a sus enjutas piernas. Se quitó el sombrero de copa aplastada y la enorme pluma roja tembló cuando lo colocó bajo su brazo.

De Saavedra resopló. Felipe siempre había tenido buen gusto para elegir su indumentaria, pero ni todos los brocados o encajes podrían jamás rivalizar con su apostura y carisma innatos. Se giró, fingiendo indiferencia ante ese despliegue de elegancia, y se acercó hasta su enorme espejo para poder admirar su reflejo.

La doncella se quedó parada en el mismo lugar, retorciéndose las manos sin saber qué debía hacer a continuación.

—Lárgate —ordenó con un gesto de desdén—. Ya me ayudará Felipe.

La joven hizo una reverencia y salió del dormitorio sin perder tiempo, cerrando la puerta tras ella.

—Averigua si esa chiquilla estúpida es virgen —le ordenó a su chambelán, mientras comenzaba a desvestirse. Con gesto furioso, lanzó su jubón al suelo—. Y encárgate de que quemen eso.

—¿Quemarlo, mi señor? Creí que os gustaba esta prenda, es alemana...

—¡Es una mierda! —escupió.

Felipe suspiró. Perfecto, tenía una mala noche, lo que le faltaba...

—Está bien —respondió con sumisión.

—¡Que la quemen! —repitió, mirándolo a través del espejo—. Esa bruja me la ha manchado de sangre.

—Ah, comprendo. ¿Habéis ajusticiado a la última que os traje?

—Sigue viva y espero que se pudra lentamente en mi calabozo. No creo que esa puta de taberna fuera una bruja en realidad —espetó con acritud—. No me estarás dando gato por liebre, ¿verdad, Felipe?

«Sí, eso es justo lo que te estoy dando, asqueroso leproso podrido», pensó el chambelán con rencor.

—Mi señor, bien sabéis que engañaros a vos sería para mí igual que engañar al Altísimo —le respondió con voz melosa—. Vos sois mi religión.

Blasco sonrió complacido y terminó de desvestirse con parsimonia. Si Felipe lo conocía un poco, ese desgraciado creería estar viendo deseo y admiración en su semblante, en lugar de la repugnancia que en verdad sentía hacia él.

—¿Para qué necesitáis a esa niña? Es bastante vulgar, si me permitís decirlo —preguntó refiriéndose a la sirvienta.

—Esa ramera del calabozo me ha dicho que esto desaparecerá si bebo la sangre de una doncella mientras la desfloro —explicó Blasco señalándose la nueva púpula que había aparecido en su pómulo—. Si te soy franco, no la creo. Es una maldita embustera, pero por lo menos será divertido.

—Estoy seguro de que funcionará —murmuró el chambelán con voz acaramelada—. En la taberna hablaron maravillas de esa mujer.

—Sí, de sus buenas artes en el lecho, eso no te lo voy a discutir, pero ¿una bruja? —bufó—. La única bruja poderosa que hemos encontrado hasta la fecha

era esa morisca.

Y ahí iban otra vez con el tema. Felipe suspiró para armarse de paciencia.

—Ya os dije que poco podíamos haber hecho para retener su espíritu, mi señor. Esa muchacha tenía un pacto con el maligno y escapó de su cuerpo — repitió el mismo cuento una vez más ante la mirada extasiada de su señor.

—Y probablemente ahora habite en otro, ¿verdad? —preguntó Blasco por enésima vez.

—Así es, mi señor —afirmó el sirviente—. Una auténtica pena.

—Podríamos buscarla...

—Lo haremos, desde luego —le aseguró con complacencia—, pero imagino que una bruja tan poderosa no se dejará coger por segunda vez.

—No, estoy seguro de que no —suspiró Blasco—. He estado estudiando mucho acerca de la posesión de los cuerpos. Es un don maravilloso...

—Imagino que sí.

—Sería grandioso poseerlo, Felipe —exclamó con añoranza—. El fin de todos mis problemas.

—Vos sois eterno, mi señor. Seguro que conseguiremos una solución.

—Podría aprender a poseer cuerpos —soltó como si tal cosa. Felipe sintió deseos de rodar los ojos—. Ojalá esa chiquilla me hubiera podido explicar cómo lo hacía.

—Sí, una pena...

—Felipe, ¿crees que ese increíble don se heredará?

—¿Heredarse? —inquirió con sospecha.

—Sí, ya sabes, de padres a hijos, como el color de ojos o el cabello.

—Pues no lo sé, mi señor —admitió—. ¿Por qué?

—De ser así, podría darse el caso de que no solo la morisca tuviera la capacidad de poseer otros cuerpos, ¿no crees?

—Pues...

—¿Se sabe algo de esos tres prófugos? —preguntó de repente.

Felipe se tensó, previendo el comienzo de más complicaciones para él.

—Los perdimos, pero tengo a muchos hombres tras su pista —anunció—. Pronto daremos con ellos.

—Eso espero, Felipe, porque los quiero —exigió con un brillo codicioso en los ojos—. Los quiero a los tres, con vida y sanos.

—¿Disculpad? —inquirió el chambelán sin dar crédito.

—Una muchacha doncella y un joven sano; esa novicia y el jardinero me

servirán para mis experimentos —explicó Blasco, señalando el armario en el que guardaba sus venenos, armas y los libros de brujería y anatomía—. Pero, especialmente, quiero al morisco. ¡Lo deseo, Felipe, tiene que ser mío!

—Pero...

—Me dijiste que era el hermano de la bruja, ¿no es cierto? —preguntó con una sonrisa triunfal, como si acabara de dar con el secreto de la vida eterna.

—Mi señor, esos tres saben demasiado, es peligroso que sigan con vida, sería mucho mejor...

—¡Que me los traigas! —gritó—. Con vida. Y, cuando atrapes al morisco, deberás dejarlo sin sentido y trazar un conjuro sobre él que yo mismo te enseñaré, así evitarás que su espíritu escape como hizo el de su hermana. ¿Me has entendido?

—Por supuesto, mi señor —rumió con sumisión—. Una idea muy inteligente.

Blasco sonrió e hizo un gesto con su mano llena de cicatrices y cortes para despedirlo. Mordiéndose la lengua, Felipe hizo una reverencia y se marchó. ¡Cómo odiaba a ese maldito loco! Como si no tuviera ya suficientes problemas. ¡Hasta la hora que se le ocurrió la estupidez de la posesión de cuerpos!

Una vez en su propia alcoba, se sentó en un diván de brocado y se pellizcó el puente de la nariz antes de comenzar a atacar la jarra de vino que alguien había dispuesto en la mesita.

¿Cómo se las iba a arreglar ahora? Ni siquiera sabía dónde diablos estaban esos malnacidos. ¡Maldito fuera Blasco! ¿No podía limitarse a pudrirse y firmarle el dichoso poder? ¡No, por supuesto que no! El hijo de puta era más listo de lo que hacía creer. Engañarlo estaba descartado, ya lo había intentado todo y no había habido suerte. Solo quedaba esperar a que la enfermedad se extendiera y soportar sus repugnantes caprichos. En ese momento sonaron unos débiles golpes en la puerta.

—¡Pasa! —ordenó con un gruñido.

La doncella que había salido despavorida del dormitorio de Blasco dio dos pasos y se inclinó en una reverencia.

—¿Queríais verme, señor? —preguntó con la cabeza agachada y voz temblorosa.

—¿Eres doncella? —le preguntó Felipe sin delicadeza. Resopló al ver las mejillas de la chica encarnarse—. ¡Vamos, no tengo toda la noche!

—Sí... Sí, mi señor, no conozco varón —respondió al borde de las lágrimas, temblando como una hoja.

—¿Cómo te llamas?

—Ana, mi señor.

—Bien, Ana. ¿Quieres seguir con vida al menos un día más? —inquirió con una sonrisita insidiosa. No es que el temor de la chica le causara satisfacción, eso ni le iba ni le venía, pero fastidiar un plan de Blasco... ¡Ah, eso le excitaba!—. Pues quítate la ropa y métete en la cama ahora mismo.

—¡Mi señor, por favor! —suplicó la joven.

—No te conviene ser doncella en este lugar, niña —explicó poniéndose en pie y caminando hacia la chica. Le alzó la cara con los dedos y escudriñó su rostro—. ¿Muerta o viva, Ana? Tú decides.

## Capítulo 8

La consciencia regresó despacio, acompañada de un dolor de cabeza de mil demonios. Diego permaneció con los ojos cerrados, acompasando su respiración para que nadie descubriera que se había despertado. Quería averiguar todo lo posible antes de alertar a sus captores. Porque lo habían capturado, desde luego. Tenía los brazos forzados en una posición dolorosa a su espalda, en torno a un árbol, atados por las muñecas con una cuerda áspera. Escuchaba voces a su alrededor, cinco... ¿Seis hombres?, risas, olor a carne asada, vino...

Entonces oyó hablar a Inés y se fue al garete su voluntad de hacerse el dormido. Abrió los ojos para buscarla y la encontró atada a otro árbol, a un metro a su derecha. La contempló con desesperación mientras su vista terminaba de aclararse; no parecía herida y estaba forcejeando, gritándole algo a un tipo que se reía a carcajadas delante de ella. Los movimientos de Diego debieron de captar su atención, pues en ese momento volvió la cabeza hacia él y sus miradas se cruzaron. Tenía los ojos muy abiertos por el miedo, pero, cuando vio que estaba despierto, un alivio intenso se reflejó en su rostro.

—¡Diego! —exclamó—. ¿Estás bien?

—¿Qué ha pasado? —preguntó él, sacudiendo un poco la cabeza; veía a la chica algo borrosa.

—Me despertaron unos hombres —explicó atropelladamente—. Entraron en la cueva y me levantaron en volandas. ¡No sabía dónde estabas! Me sacaron fuera y entonces te vi allí tirado. Creí que te habían matado.

—Estoy bien —la tranquilizó, pero la voz le sonó ronca, espesa. Tragó saliva y volvió a intentarlo—. ¿Cuánto tiempo...?

—Un par de horas. ¡Eh, tú! —le gritó al tipo que se había reído antes.

Diego quiso avisarla para que cerrara el pico, pero sin manos y sin voz era

difícil. El hombre la miró y se tambaleó un poco. Genial, quienes quiera que fueran esos desgraciados habían hecho una paradita nocturna para emborracharse en el camino.

—¿Qué quieres ahora, mocoso? —inquirió con voz pastosa.

—Dadle agua a mi amigo —exigió la muchacha. Diego gimió y el tipo soltó otra de sus carcajadas.

—¿Quieres agua? —preguntó, dándose la vuelta y agachándose para coger un caldero de peltre que había en el suelo.

—Para mí no, para... —La voz de Inés se cortó al recibir el contenido del caldero de pleno sobre la cara.

Diego gritó, temiéndose que le hubieran echado algún tipo de guiso caliente o... Inés comenzó a espurrlear y a sacudirse entre protestas de indignación. Estaba ilesa. Solo era agua, helada a juzgar por cómo tiritaba y por la manera en la que sus pequeños pezones se tensaban ahora contra la tela de la camisa empapada y pegada a su cuerpo. Un momento...

—¡Maldición! —escupió, forcejeando con más fuerza.

—¡Eh! —exclamó el tipo, abriendo mucho los ojos y recorriendo a Inés de arriba abajo, como si acabara de verla por primera vez—. Pero ¿qué tenemos aquí?

Su mirada se detuvo en sus pechos y sonrió despacio, con lascivia, logrando con ese simple gesto que la sangre de Diego hirviera en sus venas. Se sacudió con todas sus fuerzas, pero el que lo había atado a ese maldito árbol sabía bien lo que se hacía. El hombre dio un paso hacia ella y ladeó la cabeza, relamiéndose.

—Caramba con el chico, eres más de lo que parecías, ¿eh? —Se agachó y cogió a Inés por la barbilla para obligarla a mirarlo. Entonces le agarró un pecho con su sucia manaza y ella gritó.

—¡No la toques! —bramó Diego.

El tipo clavó sus ojos en él con una sonrisa cruel y, acercándose hasta la cara de la muchacha, sacó la lengua y le dio un lametón largo y repugnante desde la barbilla hasta el ojo, sin dejar de mirarlo, mientras bajaba la mano por su cuerpo hasta detenerla entre sus piernas. Inés trató de apartarlo mientras vociferaba, pero, atada como estaba, no podía impedir que ese hijo de perra la manoseara a su antojo.

A Diego el corazón iba a estallarle en el pecho, los latidos retumbaban en sus oídos enajenándole la razón. Lo único que podía hacer era gritar y

sacudirse absurdamente, mirando, sin poder hacer nada, cómo ese gusano mancillaba el cuerpo de Inés delante de sus ojos.

—¡Hijo de puta, te sacaré las tripas! —amenazó desgañitándose.

El tipo soltó una nueva carcajada y volvió a acercar su cara a la de Inés con intención de darle un nuevo lametón, pero ella giró el cuello y, con una rapidez que no pudo prever, le dio un bocado en la mejilla con todas sus fuerzas. El bandido aulló de dolor y trató de apartarse, pero los dientes de Inés no soltaron su presa.

—¡Maldita puta! —gritó, propinándole una bofetada con la mano abierta que la obligó a soltarlo.

—¡Inés! —vociferó Diego.

La cabeza de la muchacha se torció hacia un lado y pudo ver sus ojos algo vidriosos.

—Te vas a enterar —siseó aquel despojo, por cuya mejilla desgarrada manaba un reguero de sangre que se perdía en su barba enmarañada.

—¡Déjame! —lloriqueó ella.

La cogió por el pelo y volvió a abofetearla. Inés dejó de forcejear y el tipo sacó un cuchillo de su cinturón.

—¡No, por el amor de Dios, no le hagas daño! —pidió Diego con la voz rota.

El bandido volvió a mirarlo y le enseñó sus dientes podridos con una sonrisa.

—¿Ahora suplicas, moro de mierda? —escupió—. ¿Antes me amenazabas con destriparme y ahora clamas a mi Dios?

—No clamo a nadie, escoria, y voy a destriparte, te lo juro —sentenció él con voz acerada.

—No antes de que el campamento entero haya fornicado con esta puta. — De un tajo, cortó las ataduras de Inés y la obligó a ponerse en pie—. ¡Andando, perra! ¡Eh, muchachos, mirad qué sorpresa tenía este piojoso debajo del pantalón!

En ese momento, Inés se revolvió y le propinó una patada en la entrepierna con una fuerza inusitada. El tipo gritó y se inclinó sujetándose sus partes. La chica, libre de su amarre, se quedó aturdida unos segundos.

—¡Corre, Inés, huye! —la instó Diego.

Ella lo miró un instante, con angustia, pero se dio la vuelta y corrió lejos del campamento. Todo había sido muy repentino, los hombres estaban

borrachos y despistados. Ya había salido del haz de luz de la hoguera y, por un momento, Diego creyó que lo conseguiría, pero entonces un brazo salió de detrás de un árbol y la golpeó en el esternón. Boqueando, Inés dio unos pasos inestables hacia atrás.

Un gigante de casi dos metros salió de las sombras, la cogió y la cargó sobre su hombro como si fuera un trapo. Diego la escuchó gemir, pero apenas se sacudía ya. El golpe le había cortado la respiración.

—¿Es que tengo que hacerlo yo todo, panda de borrachos? —bramó el recién llegado—. Si no llego a estar montando guardia se os habría escapado este.

Con un gesto de fastidio, se descolgó a Inés y la dejó caer junto a la hoguera sin ninguna delicadeza. La chica gruñó por el impacto y se quedó quieta. Diego apenas podía verla desde allí, pero sus ojos aterrorizados se habían quedado grabados a fuego en su memoria.

—¡Es una mujer, Juan! —anunció el que la había descubierto, con un odio visceral brotando de cada palabra—. La muy puerca me ha mordido y me ha pateado las pelotas.

Los demás hombres se echaron a reír a carcajadas, lo que logró enfurecerlo más.

—Así que es una gata salvaje, ¿no? —ronroneó el tal Juan, lanzándole una mirada apreciativa a la muchacha, que trataba de arrastrarse por el suelo para alejarse—. Nadie dijo que el tal De Saavedra quisiera a los prisioneros enteros, ¿verdad? —Más carcajadas.

—¡No, por favor! —susurró Diego con un nudo en la garganta—. Por Dios, madre, Elena, si podéis oírme, no permitáis que le hagan daño.

—Creo que merezco una recompensa por hacer la guardia —anunció el gigantón, provocando los vítores de su cuadrilla de desgraciados.

Se puso de rodillas junto a Inés y, de un tirón, desgarró su camisa; ella sollozó tratando de sujetar los trozos de tela para cubrirse. Diego sentía la garganta al rojo vivo de tanto gritar y las muñecas ardiendo por los roces con las cuerdas, pero no cesó en su intento de soltarse. El tal Juan comenzó a desatarse las calzas y se las bajó, dejándole una horrenda visión de su trasero blanco y repugnante.

—¡No la toques! —bramó Diego. Lágrimas de rabia e impotencia comenzaron a escurrirse por sus mejillas. Le había fallado. Inés había confiado en él y de nuevo había vuelto a fallar.

De pronto y sorprendiendo a todo el mundo, Juan lanzó un alarido de dolor. Algunos de los hombres aún reían y vitoreaban, pero otros se habían quedado quietos y escudriñaban las sombras. El que había descubierto a Inés miraba el trasero de ese cerdo con los ojos como platos, el propio Juan giró la cabeza para mirarse. Entonces, Diego la vio. Una flecha sobresaliendo de uno de sus cachetes y un reguero de sangre que se escurría por su muslo.

—¿Qué coño es...? —inquirió el bandido.

No le dio tiempo a terminar la pregunta, otra flecha hendió la oscuridad y se clavó en su ojo izquierdo. Solo le dio tiempo a jadear, antes de desplomarse junto a Inés, que, aprovechando la distracción, se puso en pie y corrió fuera del círculo de hombres.

—¡Coged las armas, nos atacan! —ordenó alguien.

—¡Inés, corre! —la instó Diego, al darse cuenta de que estaba tan aturdida que no sabía hacia donde ir—. ¡Corre, muchacha!

—¡Inés, aquí! —llamó alguien detrás de él. Diego giró la cabeza a tiempo de ver una silueta agachándose a su lado—. No se os puede dejar solos, ¿eh?

—¡Rodrigo! —exclamó con alivio. El joven cortó sus ataduras y Diego se puso en pie de un saltó, masajeándose las muñecas para hacer circular la sangre—. ¿Cómo nos has encontrado?

—¡Mierda, Diego, fue mi madre, ella os denunció! —informó el chico, compungido.

—¿Qué? —exclamó él, cogiendo el puñal que le ofrecía su amigo—. No importa, después me lo cuentas.

Diego se dio la vuelta y corrió en busca de Inés, que se había quedado atrapada en medio del caos. Un grupo de hombres había irrumpido en el campamento y luchaba contra sus captores con cuchillos, espadas, flechas e incluso palos. Los superaban en número con creces y la brutalidad con la que peleaban les otorgaba una clara ventaja.

—¡Inés! —la llamó, apartando a dos de los contendientes de un empujón para alejarlos de ella.

—¡Diego! —exclamó con alivio, echándose a sus brazos.

—Tranquila, ya pasó todo —le susurró estrechándola con fuerza, no sabía si el trotar que sentía contra el pecho era su corazón o el de ella. Tragó saliva para hacer desaparecer el nudo que tenía. ¡Por Dios, qué miedo había pasado! —. Ya estás a salvo.

—Pero ¿qué dices? ¡Estamos en mitad de una batalla, ceporro! —le

recriminó ella.

Diego se rio entre dientes y la apartó un poco. Su camisa desgarrada se abrió al hacerlo y él desvió la vista, se quitó la capa, que por fortuna aún llevaba puesta, y la cubrió.

—Tienes razón, tenemos que... ¡Al suelo! —La empujó para apartarla de la trayectoria de una espada que habría cercenado su cuello de no haberla visto a tiempo. Diego gruñó al reconocer al hijo de perra que le había echado el agua a Inés—. ¡Tú!

—Asqueroso moro, te voy a...

Diego no le dio tiempo a completar la amenaza, con un movimiento rápido, le clavó el puñal en el cuello. El tipo gritó con sorpresa y se llevó la mano a la herida. Sin darse tregua, volvió a apuñalarlo en el estómago y acercó la cara a la suya.

—Suelo cumplir mis promesas, cerdo —siseó, guiando el puñal con contundencia para abrir al bandido en canal. Escuchó el sonido viscoso y repugnante de sus intestinos escurriéndose fuera del cuerpo segundos antes de que cayera al suelo, muerto.

Cuando se giró hacia Inés, ella lo miraba con los ojos muy abiertos por el horror. Diego respiraba agitadamente, su pecho subía y bajaba, su boca proyectaba vaho en el frío de la noche. Tenía la cara manchada de sangre y de su mano goteaba un hilillo escarlata hacia el suelo.

—Ya no volverá a tocarte —aseguró con voz ronca. Ella asintió y se aferró a la mano que él le ofrecía para ponerse en pie.

—¡Diego! —Rodrigo se acercó, tenía sangre en la ropa y en las manos, y también respiraba agitado—. Tenéis que salir de aquí, han llegado más soldados.

—¿Soldados? —se extrañó—. Eran bandidos...

—No. —El muchacho suspiró con pesar—. Mi madre os denunció, Diego. No sabes cuánto lo siento, yo no podía esperar que ella...

—¡Maldición!

—La estúpida creía que lo hacía por mi bien —continuó con voz dura—. Aproveché que yo trabajaba en el tejado de su vecina y acudí al puesto de los soldados y la guardia. Les dije que sabía el paradero de unos delincuentes perseguidos, que Blasco de Saavedra pagaría una buena fortuna a quien se los llevase; esperaba que al entregaros ese monstruo se olvidara de mí.

—¿Cómo te enteraste? Y, ¿quién es toda esta gente? —preguntó Diego

señalando la pelea.

—El hijo de esa mujer, el dueño de tu nueva ropa —le indicó a Inés con una sonrisa—. Forma parte de los rebeldes moriscos. Se están movilizando para...

De repente su voz se cortó con un gruñido, abrió mucho los ojos y se llevó la mano al pecho. Diego lo sujetó cuando se tambaleó e Inés descubrió la punta de flecha que sobresalía de su cuerpo.

—¡Dios mío, Rodrigo! —jadeó con horror.

Una nueva flecha silbó cerca de su oído. Diego la agarró de un brazo y la colocó a su espalda. A Rodrigo le flaquearon las piernas, pero se sostuvo.

—¡Tenéis que salir de aquí! —los instó con voz débil.

—¡Y tú vendrás con nosotros! —aseveró Diego.

La pelea había vuelto a avivarse con la llegada de nuevos hombres, soldados, guardias o lo que quiera que fueran. Rodrigo no aguantó más, sus piernas se doblaron y cayó de rodillas. Diego se agachó a su lado y lo sujetó.

—Saca a Inés de este infierno, Diego —le pidió con voz jadeante—. No permitas que esto sea en vano. ¡Salva a Inés! —repitió.

—No, Rodrigo, no puedes dejarme —suplicó la muchacha con los ojos anegados de lágrimas.

—¡Mírame, Diego! —urgió el muchacho al adivinar el debate que tenía lugar en la conciencia de su amigo—. Sabes que yo no llegaré muy lejos en este estado.

Diego tragó saliva y asintió. Con el corazón desgarrado, se puso en pie y se volvió hacia la muchacha, que lo miraba con horror, sacudiendo la cabeza.

—No vamos a dejarlo —susurró—. ¡No vamos a dejarlo! —repitió a gritos cuando comenzó a arrastrarla del brazo hacia donde estaban atados los caballos de los soldados—. ¡Rodrigo! ¡Diego, suéltame, suéltame! ¡No voy a dejarlo ahí!

Siguió retorciéndose y gritando, incluso le mordió, pero Diego no paró hasta que no hubo llegado hasta uno de los caballos.

—¡Maldito bastardo, no puedes abandonarlo, es mi amigo! —sollozó Inés sin fuerzas cuando la obligó a subir sobre el animal—. ¡Por favor!

A lo lejos vieron cómo Rodrigo se derrumbaba por fin en el suelo y se quedaba quieto, con los ojos vacíos clavados en el cielo.

—Rodrigo —gimió Inés, al tiempo que se ponían en marcha—. No puedo perderlo también a él. ¡Rodrigo!

—¡Déjalo ya, Inés! —bramó Diego, con los nervios desquiciados a causa

de la tensión y la pena—. ¡Ha muerto!

Inés bajó la cabeza y comenzó a llorar desconsolada, mientras el caballo los alejaba de aquella matanza y del que había sido como su hermano durante un corto periodo de tiempo. Todas las cosas buenas que encontraba en su vida duraban poco tiempo. Su padre tenía razón, Dios la hacía pagar por sus terribles pecados, convirtiéndola en una maldición para todo el que se le acercaba demasiado.

Diego avanzó todo lo deprisa que los caminos escarpados y los precipicios de La Alpujarra le permitían a su caballo robado. En un principio no había tenido muy claro hacia dónde dirigirse, pero lo que sí sabía era que debía alejarse de aquella zona, pues las hostilidades parecían más latentes allí que en cualquier otro rincón de Granada. ¿De verdad había pensado el rey que podría tensar de esa manera las cuerdas sin que hubiera consecuencias? Él no lo creía, más bien se inclinaba a pensar que todo eso de la Pragmática Sanción había sido una argucia muy inteligente para quitarse de un plumazo algo que llevaba siendo un grano en su real culo desde que se sentó en el trono de su padre. Felipe II no quería descendientes de moros en su reino, punto final. Aquellas medidas, a juicio de Diego, solo eran una forma de apilar hojarasca seca hasta el momento de que saltara una chispa y todo prendiera.

Como fuera, él no quería saber nada de aquello. Los abuelos de su madre habían sido moros, ¿y qué? ¿Cuántos años hacía de eso? Ni Diego ni Elena habían conocido a la familia de Beatriz. Ella se había casado con un burgalés y, aunque sus hijos habían heredado sus rasgos, no quedaba nada en ellos de la cultura de sus antepasados. De acuerdo, tampoco es que hubieran sido unos cristianos devotos; Beatriz jamás había creído en las religiones, para ella, el único dios verdadero era la vida en sí misma, y bastantes problemas les había acarreado esa forma de pensar a ella y a sus hijos. Moriscos, curanderos, paganos y herejes, casi nada.

Los sollozos de Inés tardaron al menos diez minutos en detenerse. Era la primera vez que la muchacha daba rienda suelta a su dolor desde que había comenzado aquella aventura y Diego no osó decirle nada al respecto. A veces las personas necesitaban llorar hasta quedarse secas. Sin embargo, sí que le hubiera gustado tener algunas palabras de consuelo para reconfortarla. No fue así.

Su ánimo era tan oscuro que si abría la boca solo le otorgaría más dolor. La memoria se empeñaba en traerle el recuerdo de sus ojos asustados, de ese cerdo toqueteándola o el cuerpo desnudo de aquel animal enfrente de ella. Las imágenes rodaban y rodaban, provocando que la bilis le subiera hasta la garganta y prendiera un odio feroz en sus venas. No recordaba haber sentido tanta furia jamás. Y luego estaba Rodrigo...

Por Dios, no quería pensar en Rodrigo, no todavía, al menos. La resolución en su rostro demacrado y manchado de sangre, la valentía en sus palabras, su sacrificio...

Diego tragó saliva, tratando de tragar el dolor con ella. Sintió a Inés suspirar profundamente, su llanto se había calmado y su cuerpo se relajó contra el suyo. La empujó suavemente para que apoyara por completo la espalda contra su pecho y la cabeza en su clavícula. Al cabo de un rato, sintió el cosquilleo de su respiración acompasada contra el cuello y supo que se había dormido. Una ternura y calidez como nunca había sentido lo embargaron en ese momento. Allí estaba ella, con su cuerpo pegado al suyo sobre el caballo, rendida a su voluntad, a lo que él estuviera dispuesto a hacer. Porque, a pesar de su llanto, sus protestas e insultos al abandonar a Rodrigo, Inés confiaba plenamente en él, hasta el extremo de rendirse al sueño entre sus brazos, dejándose proteger.

Diego se cambió las riendas de mano para poder cruzarlas sobre la cintura de la muchacha. Se dijo que era para evitar que se cayera, pero en el fondo sabía que lo hacía también por egoísmo, porque deseaba sentirla más cerca, porque era la primera vez que alguien confiaba así en él, otorgándole un poder que no sabía si merecía. Ni siquiera su madre o Elena se habían acercado así; ellas siempre habían actuado de manera independiente, incluso en su decisión acerca del condenado convento lo habían hecho, sin contar en absoluto con su opinión al respecto.

Y ahí estaba Inés. Una niña que había demostrado ser toda una mujer, inteligente, astuta y fuerte como pocas, pero cuyo destino le había impedido levantar el vuelo. Un alma libre apresada dentro de un cuerpo lleno de inseguridades, complejos y miedos. Pero confiaba en él... Confiaba y se dormía contra su pecho con la completa seguridad de que la mantendría a salvo.

Después de pensarlo detenidamente, Diego decidió probar suerte en Tablate. Tenía una conversación pendiente con el padre Gimeno. Necesitaba

un aliado, alguien que les diera refugio durante algunos días para poder recuperarse, así como los medios necesarios para poner a Inés a salvo. Sin embargo, aunque quería creer en el instinto de su madre que había confiado en ese hombre ciegamente, no podía evitar pensar en que también había sido ese instinto el que había llevado a Elena a su destino. En cualquier caso, necesitaba despejar esas incógnitas, porque si ese sacerdote había tenido algo que ver con la muerte de su hermana...

Le habría gustado recorrer el trayecto sin hacer ninguna parada, pero el golpe que había recibido en la sien aún le hacía zumbear la cabeza y ver borroso en ocasiones. El caballo también necesitaba un respiro, así pues, aprovechando que estaban cerca de uno de los manantiales de agua de la zona, Diego decidió hacer una parada, eso sí, escondiéndose a conciencia en un carrizal, ya que aún no estaban lo bastante lejos de Órgiva. Si las cosas iban bien por una vez, descansarían allí durante unas horas. Prefería llegar a Tablate por la noche para evitar ser vistos por demasiada gente.

Cuando ayudó a Inés a bajar del caballo se dio cuenta de que tenía muy mal aspecto de nuevo. Estaba pálida, con la cara manchada de sangre y barro y tiritaba de frío por culpa de la ropa empapada que llevaba bajo su capa.

—Solo serán algunas horas, sé que tienes frío y hambre, pero nos vendrá bien parar un rato, sobre todo al caballo —le dijo, evitando preocuparla al hablarle de su propio dolor de cabeza.

Ella asintió en silencio con la mirada perdida. Diego maldijo para sus adentros. No le había dirigido la palabra en todo el trayecto y su silencio le pesaba como una losa. Inés desvió la vista hacia el horizonte teñido de amanecer. Su cabello parecía mimetizarse con el color del sol naciente; su silueta menuda encajaba con aquel juego de luces sobre las plantas, sobre el brillo del agua que se intuía entre las cañas y el perfume de la lluvia y el barro.

—Sigues enfadada conmigo —afirmó con frustración. Ella lo miró un instante y negó con la cabeza, antes de regresar su atención al cielo—. ¿Y por qué no me hablas entonces?

—Creí que odiabas mi parloteo —musitó.

—Tus silencios son más acerados que toda tu colección de palabras impertinentes. —Ella sonrió tristemente, pero siguió sin mirarlo. Diego tragó saliva y susurró—: Y me afectan mucho más, sin duda. —Los labios de Inés temblaron y solo entonces comprendió que estaba conteniendo las ganas de

llorar. La cogió del brazo con suavidad y la hizo girar para enfrentarlo—. Inés...

—Temo que si hablo... —comenzó, pero su voz se quebró y unas lágrimas gruesas resbalaron de sus ojos—. ¿Lo ves?

—Ven acá —la consoló, estrechándola en sus brazos protectoramente.

Inés se derrumbó, apoyó la cara en su pecho y se dejó acunar, mientras las lágrimas manaban sin control y su cuerpo se convulsionaba por el llanto.

—No consigo apartarlo de mi cabeza —gimió—. Por más que lo intento, no puedo...

—Rodrigo se sacrificó por darnos una oportunidad. No debes avergonzarte de llorarlo, el dolor es un justo homenaje para...

—¡No, no lo entiendes! —exclamó Inés, apartándose un poco para poder mirarlo a la cara—. No es eso lo que veo cuando cierro los ojos. Son esas manos en mi cuerpo, su lengua repugnante y... —Apretó los párpados con fuerza y su rostro se contrajo por el asco.

La sangre de Diego se encendió de rabia e impotencia al escucharla. No fue capaz de decir ni una palabra para consolarla, tan solo la apretó más fuerte y besó su coronilla.

—Ni siquiera soy capaz de llorar a mi amigo porque esos pensamientos lo inundan todo dentro de mí, Diego —sollozó—. Me siento sucia y...

—¡Tú no estás sucia! ¿Me oyes? —gruñó él—. Ellos jamás habrían podido manchar tu alma, aunque hubieran logrado... —No fue capaz de terminar la frase—. Ningún hombre podría jamás manchar tu alma, Inés.

—Me digo que yo no hice nada para provocarlos —añadió en voz muy baja—. Que ni siquiera iba vestida como una mujer esta vez, pero lo cierto es que lo hice, los provoqué.

—¿Qué? —inquirió Diego, sin dar crédito a lo que escuchaba. La apartó de nuevo y la miró con la frente arrugada—. Tú no hiciste nada, Inés, los hombres de esa calaña...

—¡No lo hago adrede, lo juro! —lo cortó, aferrándose a sus brazos con desesperación—. No sé qué demonio me posee, pero siempre acabo provocando a los hombres y...

—¡Inés, escúchame! —alzó la voz y la sacudió un poco—. ¿Qué estás diciendo, mujer? ¡Tú no has hecho nada malo! ¿De dónde te has sacado esa estupidez, por Dios?

—Dios... ¿Crees que podrá perdonarme? ¡Juro que no lo hago adrede! —

insistió.

Era evidente que la muchacha estaba traumatizada, pero en sus palabras Diego fue capaz de entrever algo más profundo, algo terrible que le rompió el corazón. Cerró los ojos y aspiró hondo para serenarse.

—Un dios que no sea capaz de ver tu inocencia en esto no merece ser venerado —sentenció con acritud.

Ella lo miró con unos ojos muy abiertos, asustados y enrojecidos, pero una sonrisa nerviosa se dibujó en sus labios.

—Siempre tan blasfemo —murmuró, pero Diego la sacudió de nuevo para que le prestara atención.

—Dios no debería permitir que los hombres les hicieran esas cosas a las mujeres —escupió—. ¿Quién te hizo creer esa barbaridad? —preguntó con dureza; se pasó la lengua por los labios antes de balbucear la siguiente pregunta—: ¿Quién... te tocó en el pasado, Inés?

La joven aspiró sonoramente y se apartó de él, mirándolo con horror.

—¿Qué estás diciendo? —jadeó, blanca como la leche—. ¡Nadie! ¿Cómo osas...?

—Inés... —susurró él, estirando una mano para intentar cogerla.

—¡No! —bramó—. No quiero seguir hablando de esto, ¿de acuerdo? ¡Nadie me ha tocado! ¡Nadie!

Se dio la vuelta y comenzó a caminar sin rumbo con paso enérgico, aunque tambaleante.

—¡Inés! —la llamó Diego, echando a correr tras ella. La cogió del brazo y la hizo volverse de nuevo—. Está bien, está bien, no hablaremos de eso si no quieres. Tranquila.

La muchacha lo miró un instante antes de asentir y dejarse abrazar de nuevo. Así permanecieron largos minutos, reconfortándose mutuamente con su contacto. Inés acabó por sosegar al cabo de un rato, pero, aun así, siguió rodeando a Diego por la cintura. Él no lo consiguió. Tenerla apretada contra su pecho solo sirvió para encender más su ira. Si lo que había creído entrever en sus palabras era cierto... ¡El mundo debería arder por entero si algo así le había sucedido a Inés! ¿Cómo podía Dios permitir tal cosa?

Cinco días. Cinco días sin saber nada de los malditos prófugos. En ese tiempo podían haberse refugiado en cualquier punto de Granada, o tal vez

logrado salir. ¡No, imposible! Felipe se había encargado de situar vigilantes en todos los puntos clave, también los había denunciado por el asesinato de los guardias y había alertado a las autoridades y soldados. Aunque fuera por las razones equivocadas, esos entrometidos estaban siendo buscados por todo el territorio. No obstante, los condenados habían sido rápidos e inteligentes en las primeras horas de huida, y él demasiado confiado.

Su prima le había dado toda la información que tenía acerca de ellos, pero, por desgracia, no era mucha. Las Siervas del amor de Cristo daban asilo al que lo precisara sin pedir demasiados datos, solo trabajo y respeto. Un gran error, a juicio de Felipe.

De la única que tenían información era de la joven aspirante, Inés Núñez. Hija de Manuel Núñez, hombre influyente y bien conocido en la ciudad. Por supuesto, Felipe ya había cubierto ese flanco, pero no se hacía ilusiones al respecto; esos tres estaban demostrando que no eran estúpidos. Nadie en la casa de los Núñez había tenido noticias de la chica, y no esperaba que cometieran el error de dejarse caer por allí, sobre todo, teniendo en cuenta que, por lo que Felipe pudo constatar, la muchacha no sería precisamente bienvenida en esa familia.

Vacío y desesperación, eso era lo único que tenía tras cinco días de búsqueda infructuosa, además de varios guardias muertos y los reproches del imbécil de Blasco. Por fortuna, si esos muertos de hambre se habían ido de la lengua, de momento nadie los había creído, pues ni Felipe ni su prima habían sufrido aún ninguna consecuencia. Tal vez la amenaza no fuera tan grave después de todo; tal vez podrían olvidarse de ellos y seguir con sus vidas... ¡Pero no, claro que no! Porque el maldito leproso del demonio se había encaprichado del morisco.

Por todo ello, cuando ese soldado paleta apareció en casa de los De Saavedra el veintidós de diciembre por la mañana, el chambelán sintió renacer la esperanza. Según le dijo, entre él y algunos compañeros habían atrapado a dos tipos que podrían ser sus prófugos.

Dos mejor que cero, ¿no? En esta ocasión no estaba dispuesto a cometer errores, así que hizo ensillar su mejor caballo y, acompañado de una escolta de dos hombres, decidió encargarse él mismo del asunto.

Así fue cómo Felipe llegó a Órgiva el veintitrés de diciembre al amanecer, donde, supuestamente, los amigos de su informante mantenían a sus prisioneros ocultos, esperando una recompensa. Sin embargo, lo único que obtuvo fue más

vacío y desesperación.

Al llegar al pueblo, unos soldados le salieron al paso advirtiéndole que tuviera cuidado, pues algunos moriscos se habían sublevado y estaban matando soldados, nobles y religiosos. Fue de esa manera, y nada más poner sus pies en el suelo, como se enteró de que había viajado hasta allí en vano.

Los rebeldes habían acabado con los soldados que retenían a sus prisioneros. ¡Perfecto! Y si Felipe había albergado la esperanza de que ellos también estuvieran muertos, esta quedó paliada cuando le confirmaron que no había ninguna mujer entre los cadáveres y que, de los dos moriscos que habían caído en la refriega, ninguno coincidía con la descripción del que él estaba buscando.

Resumiendo, había hecho aquel viaje entre la nieve y el frío para no encontrar nada. ¡Nada! Y lo que era peor, con la perspectiva de no poder salir de allí hasta no lograr ampliar su escolta, pues los asaltos eran cada vez más numerosos y agresivos.

Su informador se dio cuenta bastante tarde de que su destino era más bien oscuro: sin aliados, sin prisioneros y, por supuesto, sin recompensa. Así que, suplicando clemencia, le contó al chambelán con pelos y señales todo cuanto sabía acerca de los prisioneros, cómo esa mujer se había acercado por la mañana al puesto de guardia y les había dicho que conocía el paradero de unos prófugos a los cuales Blasco de Saavedra estaba buscando. Demasiada información. Felipe tuvo que degollarlo. Y demasiados datos también los que conocía la mujer en cuestión, que resultó ser la madre del jardinero, pero que, después de haberla interrogado minuciosa y dolorosamente, no había logrado aportarles nada, solo lágrimas de arrepentimiento y dolor por su hijo perdido antes de que uno de sus hombres la silenciara para siempre. Un asesinato más que ocultar por culpa de ese feo asunto.

## Capítulo 9

Gimeno abrió los ojos cuando los golpes retumbaron en la planta de abajo. Se incorporó tan deprisa que, por un momento, se mareó y tuvo que sujetarse al cabecero de la cama. Los porrazos se repitieron y, sin perder más tiempo, encendió el candil. Era de noche. Tal vez no fuera tan tarde como para alarmarse, pero todo el mundo en Tablate sabía que él se acostaba muy temprano. ¿Quién podía ser? Sin duda alguna urgencia.

Con el corazón acelerado, salió del dormitorio a toda prisa, vestido solo con su camisa de dormir y sin calzarse siquiera. Las sombras retrocedían a su paso mientras bajaba las escaleras todo lo deprisa que su atontamiento por el sueño le permitía. Con un nudo oprimiendo su garganta, pegó el oído a la puerta justo en el momento en el que los golpes se repetían, sobresaltándolo. No eran tiempos para ir abriendo las puertas a ciegas. A sus oídos habían llegado noticias terribles sobre las represalias que tomaban los cristianos nuevos moros contra los sacerdotes y, aunque en Tablate no tenían ganas de líos, uno nunca sabía lo que podía esperar.

—¿Quién va? —preguntó.

—¡Padre! —exclamó una voz de hombre al otro lado.

—¿Diego?

—Soy yo, abridme, padre, por favor —apremió el joven.

El sacerdote se apresuró a quitar la tranca, pero antes de abrir el cerrojo tuvo un mal presentimiento. Diego Narvárez no acudiría a su casa a menos que algo malo hubiera ocurrido. El frío de la noche y la oscuridad se colaron por la puerta cuando la abrió. Dos figuras aguardaban en el umbral.

—¡Diego, hijo! —exclamó, echándose a un lado para cederle el paso. Cerró de nuevo y volvió a atrancar la puerta antes de volverse—. ¿Qué ha...?

En un movimiento rápido, Diego lo cogió por la pechera de su camisa y lo

acercó a él. Su rostro era una máscara dura e implacable, que casi lo hace orinarse encima.

—¡Juradme que vos no tuvisteis nada que ver con su muerte! —siseó con los dientes apretados.

—¿Qué? —gimió el sacerdote, abriendo mucho los ojos.

—¡Diego, por favor! —exclamó el joven que lo acompañaba, sujetándole el brazo para que lo soltara—. ¡Estas no son formas!

—¡Jurádmelo! —insistió él, sacudiéndolo una vez más.

—¡No sé de qué me estás hablando! —se defendió Gimeno—. ¿Quién ha muerto? No entiendo qué... ¡Oh, Dios santo! —jadeó al comprender de repente. El alma se le cayó a los pies—. No puede ser... ¿Elena? —musitó—. No será Elena, ¿verdad?

Diego siguió atravesándolo con su dura mirada y para él fue suficiente respuesta. Cerró los ojos y sacudió la cabeza, con el rostro contraído por la pena y susurrando una oración.

—Suéltalo, Diego —le pidió su acompañante—. Él no tuvo nada que ver.

—¿Cómo puedes estar tan segura? —ladró el joven, pero, aun así, lo soltó.

—Se me da bien leer en las personas —respondió el chico con una sonrisa triste.

Gimeno miró al muchacho con más detenimiento y se dio cuenta de que se trataba de una joven en realidad, con el pelo muy corto y vestida con ropa de hombre. ¿No era eso un delito?

—¿Leer en las personas? —bufó Diego, dedicándole una sonrisa torcida—. En absoluto.

—Diego... —lo llamó el sacerdote saliendo de su aturdimiento—. ¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué estás aquí? Elena... No puede ser...

El joven aspiró hondo y sacudió la cabeza.

—Disculpadme, padre, pero han pasado muchas cosas en los últimos días —explicó, aunque por su tono de voz no parecía sentirlo en absoluto, de hecho, seguía mirándolo con desconfianza—. ¿Podéis ofrecernos algo de comer? Estamos agotados y mi amiga necesita ropa seca.

—Por supuesto, pasad a la cocina, encenderé el fuego y os calentaré un poco de sopa —les ofreció, haciéndoles un gesto con la mano para que fueran ellos delante.

Una vez en la pequeña estancia, se acomodaron en unas sillas de enea y el sacerdote les acercó una jarra con vino y dos vasos.

—Dejadme a mí, padre —se ofreció Diego cuando lo vio inclinarse ante la chimenea para encenderla—. Poneos algo de abrigo, hace una noche fría.

—Sí, gracias, hijo —respondió el hombre, claramente aturdido aún—. Tengo una muda en mi dormitorio para tu amiga, aunque no es gran cosa.

—No os preocupéis por eso, padre, me conformo con que esté seca —dijo Inés con una sonrisa amable.

—Sí... —repitió el hombre. Antes de salir de la cocina, se giró de nuevo y miró a Diego con ojos perdidos—. ¿Es cierto? ¿Está...? —El joven asintió con un solo cabeceo y mirada sombría—. Dios mío, pobre muchacha...

Cuando regresó, Diego lo puso al día de todo lo que había sucedido desde que sacó a Elena de Tablate y la llevó al convento. El sacerdote lloró por la muchacha como también había llorado por su madre y, a pesar de su tendencia innata a desconfiar de todo el mundo, se sintió conmovido y tuvo que admitir que ese hombre había querido a su familia de verdad.

—Ese Blasco de Saavedra es un hombre peligroso, Diego —le advirtió.

Habían terminado su cena y ahora charlaban en la cocina, frente al fuego, con una taza de leche caliente en la mano. Inés se había bebido la suya hacía rato y ahora trataba de seguir la conversación testarudamente, a pesar de que sus ojos se empeñaban en cerrarse.

—Sin duda, si es el responsable de todas esas desapariciones.

—Había oído hablar de él, aunque no lo conozco personalmente —añadió el sacerdote—. La gente aventura que no está bien de la cabeza, pero es demasiado poderoso para que eso le afecte. Último miembro de una familia con bastante dinero y poder. Durante un tiempo se rumoreó que fue el propio Blasco el que mató a su padre y lo hizo pasar por un accidente de caza.

—La justicia hace la vista gorda con los poderosos —rumió.

—Tiene influencia en la Chancillería —asintió Gimeno—. Es amigo de Pedro de Deza, o todo lo amigo que un hombre así puede ser. Tiene fama de ser cruel y déspota, y es un secreto a voces que experimenta con venenos y torturas, y que se siente atraído por las artes oscuras.

—¿Brujería? —se extrañó Diego.

—Locura, más bien, pero sí.

—Eso nos confirmaría que es él el que paga a los guardias para que lo ayuden a «cazar brujas», ¿no? —inquirió el joven—. Ese malnacido creyó que

mi madre era una y probablemente a Elena le ocurrió lo mismo. Inés me dijo que pasaba muchas horas en los jardines, que no podía ocultar su amor por las plantas. —Su voz se apagó. ¡Oh, Elena! Tan transparente e inocente... Y eso la había condenado.

—Y confirma también que cuenta con un cómplice en el convento —expuso Gimeno con seriedad—. Las cosas no se van a quedar así, Diego, te lo aseguro. Escribiré a mi amigo Pedro Guerrero para que tome cartas en el asunto.

—¿El arzobispo? —se sorprendió Diego.

—Estudiamos juntos en Salamanca hace muchos años —asintió él—. Ambos asistíamos a las clases de Francisco de Vitoria y forjamos una buena amistad que dura hasta la actualidad. Suelo ayudarlo con sus labores en el hospital que fundó Juan de Dios. Estoy seguro de que él nos ayudará, Diego, no tolera los abusos cometidos en el seno de la Iglesia.

—Espero que consiga echarles el guante a esas arpías —escupió con rabia.

—¿Por qué las cazarás? —se preguntó el sacerdote, pensativo—. Es como si De Saavedra buscara algo, ¿no te parece?

—Sea lo que sea que busca, no lo ha encontrado, por eso mata a sus brujas.

—Y a los pobres desafortunados con los que practica sus abominaciones —apuntó el cura en voz baja. Diego lo miró sin comprender—. Está claro, ¿no? Vosotros mismos me lo habéis dicho. Niños, doncellas y jóvenes, esos son los muertos que salpican el Valle de Lecrín.

—En efecto —murmuró.

—Son las víctimas más frecuentes en brujería, hijo —aclaró—. Si ese demente cree estar practicando artes oscuras...

—Dios santo —susurró, cerrando los ojos. Por fortuna, su madre no había caído en las manos de ese loco, pero Elena... ¿Qué tormentos habría padecido su pobre hermana antes de morir?

—Resumamos lo que tenemos —propuso el sacerdote, tal vez tratando de distraer sus sombríos pensamientos—. Tu madre curó a Venancio y a este lo descubrió el doctor Guzmán, el cual lo denunció.

—De Saavedra soborna a los guardias de la cárcel inquisitorial para que le informe cuando tenga sospechas de alguna bruja, y Venancio acabó por decir el nombre de mi madre cuando lo torturaron —recabó—. Todo un entramado de enredos, pero que puesto en orden...

—Y dieron con Elena en el convento. ¿Crees que sabían que era su hija?

—No lo creo, padre, ni siquiera sus amigos lo sabían —negó Diego—. Creo que fue más bien una terrible casualidad.

—Terrible como la que más. Ese malnacido debe de contar en verdad con el apoyo de Satanás —exclamó Gimeno—. ¿Podrás perdonarme alguna vez, hijo? Juro que creí que allí estaría a salvo.

—Vos no podíais saber lo que escondía ese convento —lo disculpó—. De nada sirve culparse por lo que ya no tiene remedio.

En ese momento, Inés volcó su vaso vacío, sobresaltándolos a ambos. Diego la miró y sonrió al verla echada sobre la mesa, con la cabeza apoyada en su brazo.

—Está destrozada —dijo—. Esto está siendo terrible para ella.

—Pobre muchacha. ¿Estás seguro de que lo mejor es sacarla de Granada?

—No lo sé —suspiró él con frustración, acariciando inconscientemente un rizo pelirrojo de la frente de la chica—. Solo sé que tengo que evitar que la encuentren.

—¿Y qué vas a hacer tú cuando la pongas a salvo?

—Desenmascarar a Blasco de Saavedra, claro —respondió con rotundidad.

—Será peligroso —afirmó Gimeno.

—Nuestras vidas se han vuelto peligrosas, padre. Hagamos lo que hagamos, estamos condenados. Matamos a varios hombres, ¿recuerda?

—Podrías huir con ella —propuso.

Diego aspiró hondo sin apartar la mirada de Inés. Esa paz que sentía cuando la veía dormir estuvo a punto de quebrar su voluntad. Podría ser... Llegar hasta la costa y coger un barco a cualquier lugar. Iniciar una nueva vida lejos de toda aquella pesadilla.

—Pero entonces Rodrigo, Elena y mi madre habrían muerto en vano —expuso roncamente—. Y seguiría muriendo gente inocente.

—Le hablaré al arzobispo de nuestras sospechas y él podría...

—No tendría más remedio que poner sobre aviso a Pedro de Deza que es amigo de ese monstruo —le recordó Diego—. De Saavedra lleva mucho tiempo eludiendo la justicia y podría volver a hacerlo. No, debo intentar poner fin a los planes de ese loco yo mismo.

—Está bien —claudicó el sacerdote—. Te ayudaré en lo que pueda. Mañana enviaré a Venancio a Granada para que entregue mi carta al arzobispo e intente averiguar algo.

—No sé si puedo confiar en ese hombre, padre —gruñó él.

—No seas así —le riñó—, no sabes el tormento que está pasando ese pobre hombre. No solo perdió a su esposa, sino que causó la muerte de una mujer a la que tenía en gran estima. ¿Cuánto crees que habrías aguantado tú bajo tortura, Diego? Una parte de Venancio murió ese día. Le vendrá bien saber que te está ayudando.

—Está bien —aceptó de mala gana.

—Deberíais acostaros —le dijo, sin poder ocultar su cansancio—. ¿Os quedaréis a pasar la Navidad? Os vendrá bien descansar unos días, aunque no podáis salir de esta casa.

—Hace como diez años que no celebro la Navidad —musitó Diego con una sonrisa, volviendo a mirar a Inés—. Y apuesto a que el ratoncillo es de las que adoran esa festividad.

—Entonces será una celebración especial —exclamó el sacerdote con alegría—. La muchacha puede dormir en mi cama, yo lo haré en mi despacho. A ti te he preparado un jergón que puedes extender aquí mismo, para aprovecharte del calor del fuego.

—Muchas gracias, padre —le dijo con énfasis, apretando su mano.

—Yo me retiro ya, en unas horas tengo la primera misa.

—Lo siento, es muy tarde. No tendría que...

—¡Bah, no digas tonterías, hijo! —lo tranquilizó el cura, dándole unos toquecitos en el hombro—. Es lo menos que puedo hacer por vosotros.

Gimeno dejó la cocina, ahogando un gran bostezo con la mano. Diego se giró hacia Inés y se recreó un instante más contemplándola. ¿Por qué le gustaba tanto mirarla?

—Hora de irse a dormir, ratoncillo —le susurró, sacudiéndola suavemente en el hombro.

La chica gimió y se removió un poco, pero sus ojos ni siquiera temblaron. Diego se rio y se puso en pie, apartó la silla de Inés y la cogió en brazos. Sintió algo extraño en el pecho al sentirla pegada a su cuerpo, pero decidió que era cosa del cansancio. Era liviana y suave, aunque sus manos tocaron unas piernas fuertes y esa cintura esbelta que ya reconocía. Durante un minuto se quedó parado con ella en brazos, disfrutando de esa curiosa inquietud que le provocaba su contacto. Tragó saliva y trató de apartar esos pensamientos mientras la llevaba hasta el dormitorio del sacerdote.

La tumbó en la pequeña cama y le quitó las botas y las medias, echando un vistazo fugaz a las yagas de sus pies, que, por fortuna, estaban bastante mejor.

Después la tapó con las mantas y se quedó unos segundos de pie, reacio a apartarse de ella. En un nuevo impulso, de esos que cada vez le venían con más frecuencia, se agachó y le dio un beso en la frente.

—Buenas noches, ratoncillo —susurró, antes de darse la vuelta para marcharse.

—Diego —musitó ella, con voz somnolienta.

Él se giró sobre su hombro para mirarla de nuevo, pero Inés no añadió nada más, solo se arrebujó en sus mantas y lanzó un quedo suspiro. Diego sonrió con ternura y se marchó, cerrando la puerta tras él.

Cuando abrió los ojos, por un momento se sintió desubicada, le pareció que estaba en su celda en el convento. El colchón lleno de nudos, las mantas recias, la decoración austera... Fueron solo unos segundos, pronto su mente despertó por completo y la trajo de regreso a la realidad. Estaba en la casa del padre Gimeno, en Tablate, seguían huyendo de un monstruo humano y sus mejores amigos estaban muertos.

Se giró en la cama, de cara a la pequeña ventana, y, por primera vez en años, se permitió unos minutos para sí misma. Lloró. Lloró para rendir ese homenaje que, según Diego, los muertos se merecían. Lloró por su destino, por su futuro incierto y, sobre todo, lloró por el pasado, por esas heridas que se habían abierto de nuevo, por los repugnantes recuerdos que habían vuelto a agitarse en su memoria y su conciencia.

Cuando bajó las escaleras, se sentía más fuerte y revitalizada. Llorar con libertad era a veces la mejor medicina para según qué cosas. No encontró a nadie en la planta baja de la modesta vivienda, aunque en la cocina había un caldero de barro al fuego. El sacerdote no debía de andar lejos, y ¿dónde estaba Diego? Tenía vagos recuerdos de cómo la había cargado en brazos hasta la cama, aunque se había sentido incapaz incluso de darle las gracias.

Una sonrisa se dibujó en sus labios al pensar en él. No era tan fiero el lobo, al parecer; sabía mostrarse tierno y comprensivo en los momentos justos. Cuando pensaba en la manera en la que la había abrazado el día anterior, mientras ella se desahogaba como una niña consentida empapando su camisa de lágrimas, sintió algo muy cálido en el pecho. Suspiró recordando todas aquellas ideas románticas que se había formado cuando escuchaba a Elena hablar de su hermano. ¡Qué lejos en el tiempo se sentía ahora todo aquello!

Le pareció escuchar su voz a través de la puerta de la cocina que daba a la parte trasera de la casa, así que se asomó. Había un pequeño patio en el que se apilaban algunos trastos y un edificio de techo bajo con aspecto de ser una cuadra o gallinero. Las voces se repitieron y estuvo segura de que Diego estaba dentro; la puerta estaba entreabierta, con lo que se acercó y echó un vistazo al interior.

En efecto, era una cuadra, aunque no había ningún animal dentro. Solo estaban el padre Gimeno y Diego. Diego... desnudo. De espaldas a la puerta, inclinado un poco hacia delante mientras se frotaba las piernas con un trapo mojado, con gestos enérgicos que hacían ondear sus poderosos músculos. Su piel tostada brillante por la humedad, el pelo chorreando cayendo en una cascada oscura hacia delante. Un intenso olor a hierbas y jabón llegó hasta su olfato, y por un momento le pareció que había salido de una pesadilla para aterrizar en un sueño.

Inés se quedó paralizada ante la puerta. Sabía que debía sentirse avergonzada, que debería advertir de su presencia o salir de allí antes de que la descubrieran, pero no se movió. No deseaba hacerlo. Algo la instaba a quedarse y seguir mirando, fascinada, hechizada; no podía haber nada de malo en contemplar libremente algo tan hermoso, tan luminoso. ¿O era ella, que estaba podrida por dentro?

Diego no se parecía a nadie que hubiera contemplado antes, aunque se acercaba mucho a la imagen de héroe despampanante que se había formado de él antes de conocerlo. «Es mejor, Inés, mejor que cualquier espejismo». ¡Ah, tan diferente a todos en tantos aspectos! Y tan inalcanzable como una estrella.

«¿En qué diablos estás pensando, Inés, tonta?», se dijo. ¿Acaso por un instante habías albergado algún tipo de ilusión romántica hacia ese hombre? Le pareció que su corazón hacía un chasquido y entendió que sí, que a pesar de que, con el miedo y la angustia por todo lo que estaba pasando no se había detenido a pensarlo demasiado, esos días vividos con Diego habían logrado abrir algo en su pecho que no le estaba permitido, que debería estar cerrado por siempre. «Maldita, manchada», gritaban las voces del pasado. «Pero él dijo que nadie podría manchar mi alma», se defendió su corazón. «¡Pecadora, prostituta! ¿Qué mujer decente se quedaría ahí mirando como una perra en celo?».

—No —susurró. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Las voces tenían razón.

«¿Crees que un hombre así osaría fijarse en alguien como tú? Ya lo has escuchado, te llama ratón. Y eso que ni siquiera sabe lo que eres en realidad. ¡Una rata!».

—¡No! —jadeó un poco más fuerte, cerrando los ojos. El cuerpo glorioso de Diego desapareció de su vista y de nuevo se materializó ante ella la imagen de su hermano, su piel blancuzca, sus ojos crueles...

—¿Inés?

La voz de Diego la hizo dar un respingo y abrir los ojos. Sus miradas se cruzaron y quiso que la tierra se la tragara. Se había cubierto de cintura para abajo con un lienzo y la contemplaba con una ceja alzada, inquisitivo. Sus mejillas se habían coloreado un poco, pero ella no creyó que fuera por vergüenza, seguro que se había enfadado, y con razón.

—Lo siento —musitó con voz débil. Tragó saliva y volvió a intentarlo—. Perdóname, no debí... Salí a buscarte y no... ¡Lo siento!

Se dio la vuelta, incapaz de decir nada coherente y echó a correr hacia la casa. Antes de entrar escuchó que él la llamaba, pero no se detuvo hasta que llegó al dormitorio del padre Gimeno y se encerró dentro.

Por supuesto, era demasiado pedir que lo dejara estar. No habían pasado ni cinco minutos antes de que lo tuviera tras la puerta, llamando con los nudillos.

—Inés, ¿podemos hablar?

—Esto... —Se mordió el labio con nerviosismo, mirando la puerta cerrada—. Ahora mismo estoy...

—¡Oh, por favor, Inés, no puedes hacer que me sienta culpable por darme un maldito baño! —gruñó—. Ni siquiera tú puedes ser tan mojigata.

¿Cómo? La muchacha se tensó y abrió mucho los ojos. ¿Mojigata? La vergüenza se escondió en un rincón de su mente para dejar sitio a la indignación. Con paso enérgico, se acercó a la puerta y la abrió de un tirón.

—¿Mojigata? —exclamó, fulminándolo con la mirada—. Pero ¿qué te has creído, mendrugo? ¡No eres el primer hombre que veo desnudo!

Diego se apoyó contra el quicio de la puerta con los brazos y los pies cruzados y la miró con una sonrisa traviesa. Se había puesto unos calzones limpios y una camisa blanca, y su pelo mojado goteaba aún sobre sus hombros. ¡Maldición! ¿Por qué tenía que ser tan guapo?

—¿Ah, no? —inquirió con sorna.

—¡No! —escupió ella, lanzándole una mirada de arriba abajo que pretendía ser de desprecio, pero que la hizo sonrojarse al recordarlo desnudo.

—¿A cuántos has visto? —continuó Diego pinchando.

Algo en su voz la hizo sospechar de la treta y estrechó los ojos.

—¿Y a ti que te importa? —espetó. Él se encogió de hombros y amplió la sonrisa—. Lo has hecho adrede, ¿verdad?

—¿Posar en cueros delante de ti?

—No, llamarme mojigata. Sabías que así abriría la puerta —espetó indignada.

—Arriesgando mi pellejo, sí —asintió él antes de echarse a reír.

—Pero qué desgraciado —bufó Inés dándole la espalda.

—¡Oh, vamos! —Diego se acercó y la cogió del brazo para darle la vuelta con suavidad—. ¿Por qué estás enfadada?

Inés lo miró y alzó las cejas. Exacto, ¿por qué diablos estaba enfadada?

—No estoy enfadada —musitó—. Solo avergonzada.

—Debería ser yo el que lo estuviera, ¿no? Ha sido a mí a quien has visto desnudo —expuso con voz ligera.

—¡Está bien, no lo digas más veces! —exclamó, poniéndose roja. Diego volvió a mostrarle su sonrisa burlona, pero no insistió—. Lo siento, fue un... No lo hice adrede.

—Me lo imagino —volvió a reír.

—¿Quieres dejar de reírte de mí? —protestó.

—Inés... —Diego chascó la lengua—. Me has pillado dándome un baño, no es el fin del mundo. Te pido disculpas, creí que dormirías hasta más tarde y no tuve cuidado. No estoy acostumbrado a pasar mucho tiempo con damas, a veces se me olvida que ciertas cosas pueden herir tu sensibilidad. ¿Podrás perdonarme?

—¡Oh, Dios! —susurró ella, sacudiendo la cabeza.

—¿Qué?

—No sé cómo lo haces, pero siempre logras dar la vuelta a las cosas de una manera u otra.

—Pero ¿qué dices? —se indignó él—. Solo te estoy pidiendo disculpas.

—¡No es que te sorprendiera, es que me he quedado parada, mirándote mientras te lavabas, Diego! ¡Soy yo la que debo disculparme! —El joven abrió los ojos con sorpresa durante un segundo, el tiempo suficiente para que Inés se diera cuenta de lo que acababa de confesar—. Quiero decir...

—Está bien —la cortó, alzando la mano. ¿Se había puesto colorado? Por algún motivo, la situación provocó que Inés soltara una carcajada nerviosa—.

Lo que me faltaba, está aprendiendo a ser una arpía.

Eso hizo que la joven se riera más fuerte. Diego resopló, pero al final también acabó riendo.

—Lo siento —repitió ella.

—Maldita sea, al final has logrado avergonzarme. Está bien, olvidémonos de esto, ¿de acuerdo? —pidió Diego haciendo una mueca, sus ojos brillaban con hilaridad.

—De acuerdo —respondió ella para dejarlo estar, aunque estaba segura de que no olvidaría esa imagen en el resto de su vida.

—¿Quieres que te enseñe a usar una daga? —soltó él de repente, dejándola muda de asombro.

—¿Qué?

—No es recomendable que salgamos de casa mientras estemos en Tablate, así que he pensado que podríamos seguir trabajando en tu defensa, si quieres, claro.

Y así fue como, una vez más, Diego logró que olvidara su vergüenza y los malos recuerdos, haciendo algo tan sencillo como tratarla como lo que era, no como a una pecadora, ni como a una novicia torpe, ni siquiera como a una mujer, sino, sencillamente, como a una persona.

Aquel veintitrés de diciembre fue como un oasis en medio del desierto. Comida caliente, baños, jabón, ropa limpia, descanso... Practicaron con la honda en el pequeño patio del padre Gimeno y Diego le dio algunas clases de cómo manejar un cuchillo, también le enseñó algunos trucos para hacer daño si se veía en la necesidad de golpear sin armas.

Pasaron así toda la mañana hasta la hora del almuerzo y siguieron por la tarde, hasta que el sol se ocultó. Bromearon, discutieron, se insultaron y volvieron a bromear. Inés notaba que, a pesar de las pérdidas y los malos momentos, aquella aventura la estaba cambiando y no creía que fuera para peor. También Diego se veía diferente a como era al principio. Aunque su melancolía y su mal genio seguían ahí, ahora reía con frecuencia, cosa que le sentaba de maravilla, a su juicio.

## Capítulo 10

A la mañana siguiente, tampoco vino nadie a despertarla. Cuando bajó, encontró a una mujer rolliza de mediana edad en la cocina, amasando pan sobre la mesa.

—¡Buenos días, niña! —la saludó con una deslumbrante sonrisa, limpiándose las manos en el delantal.

—Buenos días —respondió Inés algo tímida.

La mujer se acercó y le estrechó la mano con ímpetu.

—Soy Hortensia —se presentó—. Ayudo al padre Gimeno con las tareas de la casa y la limpieza de la iglesia.

—¡Ah, encantada! Yo soy Inés —respondió ella, no tenía mucho sentido fingir que era un chico cuando acababa de llamarla niña, ¿no?

—El padre Gimeno me ha dicho que tú y ese grandullón de ahí —dijo señalando la puerta del patio con el dedo— pasaréis con nosotros la Nochebuena. ¡Qué maravilla! Con las ganas que tenía yo de celebrar una fiesta. —Inés sonrió y la mujer siguió parlotando mientras retomaba su tarea—. ¡Ah, estamos necesitados de fiestas y alegrías por aquí, niña! En septiembre tuvimos una serie de pérdidas en el pueblo y la tristeza todavía se deja sentir en muchos corazones. ¡Ay, pero qué tonta soy! —exclamó, limpiándose de nuevo las manos—. Ven siéntate, desayuna; he tostado pan y hervido leche. Estás tan delgada...

Inés se dejó arrastrar hacia una silla en un rincón de la mesa y Hortensia le sirvió el desayuno. Por un momento se sintió transportada en el tiempo, a unos años atrás, cuando Engracia, su aya, la agasajaba como a una reina. Bebió un sorbo de leche y le dio un bocado al pan tostado, regado con un generoso chorro de aceite de oliva.

—Come, come, hija —la animó con una sonrisa—. Me ha dicho el padre

Gimeno que lo habéis pasado mal y que necesitáis reponer fuerzas, así que...

—Hortensia, antes has hablado de pérdidas —murmuró Inés con delicadeza.

—¡Ah, sí! —suspiró la mujer, sacudiendo la cabeza con pesar—. Todas en el mismo mes, en septiembre. Fue algo terrible, niña. A esos malnacidos del Santo Oficio les dio por este pueblo. Se ve que cuando no tienen trabajo, lo inventan —gruñó, sacudiendo su masa con fuerza—. Cogieron al bueno de Venancio, el panadero, y a Amalia, su mujer, para interrogarlos. Ella murió. Venancio... Ese pobre hombre nunca volverá a ser el mismo después de todo lo que le hicieron.

Inés ya había escuchado esa historia completa la noche de su llegada, pero la dejó hablar sin interrumpirla. En realidad, lo que quería era saber más cosas sobre Elena y, en especial, sobre su madre, no sabía nada acerca de cómo murió, ni de cómo fue su vida, y lo cierto es que sentía mucha curiosidad. ¿Por qué Diego había vivido en la costa, lejos de ellas?

—¿Qué ocurrió con Beatriz? —murmuró Inés, sintiéndose un poco traidora a Diego por preguntar a sus espaldas.

—Como te digo, vinieron a por ella —repitió, antes de hacer una mueca con los labios—. Pero el diablo debió de enturbiar su mente en ese momento de desesperación, porque en vez de acompañarlos se lanzó por un precipicio y se abrió la cabeza. ¡Ah, condenarse de esa manera al infierno! Con lo buena que era...

—¡Dios mío! —exclamó Inés con horror.

—No sé qué fue de la pequeña Elena, su hija, pero el padre Gimeno dice que escapó —continuó la mujer con tristeza—. Nos pidió a todos los del pueblo que no habláramos con nadie de la muchacha, que hiciéramos como si nunca hubiera existido para que todo el mundo creyera que Beatriz vivía sola. Rezo todas las noches porque esos desgraciados no la encuentren. Cuando condenan a alguien, toda su familia se ve arrastrada. ¡Dios quiera que esté bien!

Inés aspiró hondo y ahogó su pena en el vaso de leche. Si Hortensia no estaba al tanto de toda la información debía de ser porque el padre Gimeno no confiaba del todo en ella, así que era mejor no hablar demasiado.

—Así que, ¿viajas con el grandullón? —preguntó la mujer, cambiando de tema. Ella asintió y Hortensia sonrió con picardía—. Es muy guapo, ¿es tuyo?

Inés se atragantó con la leche y se puso roja como un tomate.

—No, es... somos... —Se quedó pensativa un rato. Hasta hacía poco no

habría sabido cómo definirlo, pero después de los últimos días... Bien, no importaba lo que Inés sintiera por él, fuera como fuera, sí que podía llamarlo su amigo—. Somos amigos.

—Umm —masculló Hortensia con desaprobación—. Una jovencita no debería viajar a solas con un hombre. Y ¿por qué te vistes como un muchacho?

—Es una larga historia —respondió esquivamente.

—Tengo un vestido de mi hija, de antes de que se casara —anunció con una sonrisa—. Te lo traeré para que te lo pongas en la cena de esta noche, ¿te parece bien?

Inés sonrió. Hacía siglos que no se ponía un vestido. Le sorprendió lo mucho que la idea le agradó. ¿En verdad guardaba toda esa coquetería dentro de ella?

—¡Muchas gracias, me encantaría! —respondió con entusiasmo.

—Oye, niña, y volviendo al tema... —continuó la mujer con aire cómplice—. Yo que tú le echaría el guante a ese mozo de ahí fuera. No es solo que sea guapo, es que además parece estar en muy buenos términos con algún riquillo de Motril, ¿o no?

—¿Cómo? —se extrañó la muchacha.

—Eso he creído siempre que lo he visto por el pueblo. Venía a menudo a ver a Beatriz para que le preparara unos remedios para su señor, o eso al menos era lo que decía ella, claro que siempre fue muy reservada con lo referente a sus clientes.

La muchacha se mordió el labio, pensativa. ¿Quería eso decir que nadie en el pueblo, excepto el padre Gimeno, sabía que Diego era hijo de Beatriz? ¿Por qué? Una idea se le cruzó por la mente en ese momento. Si Elena había ingresado en el convento con una identidad falsa, ¿habría hecho él algo parecido? ¿Sería Diego su verdadero nombre?

—Te lo repito, niña —volvió la mujer a la carga—. Si yo fuera tú, no dejaría escapar a un mozo como ese. Es el tipo de hombre que sabe cómo hacer feliz a una mujer, y no me refiero a joyas o vestidos, muchacha, tú ya me entiendes —concluyó, guiñándole un ojo y soltando una carcajada.

Inés aspiró hondo, sintiendo que las mejillas se le encendían. Sí, la entendía, y por Dios que le costaba trabajo no pensar en ello cada vez que la tocaba, especialmente desde que lo había visto desnudo el día anterior. Tendría que pedirle al padre Gimeno que la confesara. Diego estaba siendo muy bueno con ella, ¿cómo se le ocurría hacer algo así? Era una mujer

horrible. «Maldita, pecadora», la acusaron las voces. La joven se puso en pie de un salto para acallarlas.

—Voy a hablar con Diego un momento, Hortensia —anunció—. Enseguida vuelvo para ayudarte con tus tareas.

—¡Ah, no es necesario, niña!

—¡Claro que sí! —exclamó ella con una sonrisa—. Además, me hace mucha ilusión colaborar en la cena de Nochebuena.

Encontró a Diego en el patio, sentado en el suelo, reparando una butaca de madera. Cuando él la miró y le sonrió, Inés sintió un aleteo en el pecho. ¡Señor, tenía que detener eso!

—Buenos días, marmota —la saludó.

—¿Ya no soy un ratón? —bufó, acercándose a él.

—Creo que si seguimos mucho tiempo aquí parecerás más una marmota. ¿Creí que en el convento teníais horarios muy estrictos?

—Y los teníamos, créeme, pero no estoy en el convento y está bien dejarse mimar de vez en cuando.

—Pues no te acostumbres —objetó torciendo el gesto—. Venancio regresó anoche y dice que nos están buscando por asesinato.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó Inés con horror, llevándose las manos a la boca—. ¿No había una manera más suave de decirlo, ceporro?

Diego puso los ojos en blanco y se levantó del suelo.

—De momento nadie sabe que estamos aquí, pero Hortensia no tiene fama de discreta precisamente, así que no podremos demorar mucho nuestra partida —explicó—. Lo siento, princesa marmota.

—¿Y dónde iremos después? —preguntó ella.

—Seguiremos con mi plan. Viajaremos hasta Motril y...

—¿Motril? Pero allí siempre hay más seguridad, ¿no será peligroso?

—Tengo algunos conocidos que pueden ayudarte a llegar a Valencia —explicó.

—¡Ah! —musitó Inés, que todavía no concebía del todo la idea de viajar sola a un lugar donde no conocía a nadie y empezar toda una vida desde cero—. Conocidos no es lo mismo que amigos, ¿eh? —apuntó con una voz que le sonó muy pequeña.

Diego chascó la lengua y se acercó más a ella, que bajó la cabeza para que no pudiera ver lo asustada que estaba.

—Inés —la llamó con voz suave, cogiéndole la barbilla para obligarla a

mirarlo—. No tengas miedo, no te dejaré en manos de cualquiera, ¿acaso no confías en mí?

—¡Claro que sí! —aseguró, aunque hizo una mueca con los labios—. Pero estoy nerviosa. Toda mi vida he tenido sirvientes que me lo hacían todo y después ingresé en el convento. Tú me has visto, no soy lo que se dice una mujer habilidosa. No puedo evitar sentirme inquieta. ¿Qué voy a hacer allí sola? No conozco a nadie, no sé hacer nada y...

—¿Pero qué dices? —exclamó él—. ¡Por supuesto que sabes hacer algo! Tropiezas como nadie.

—¡Diego! —le riñó, dándole un manotón en el brazo.

Él se echó a reír y la cogió del codo para evitar que se alejara.

—Inés, deja de subestimarte —la amonestó con una sonrisa—. Eres una gran mujer, inteligente, trabajadora, fuerte y muy valiente.

—Eso lo dices para que me tranquilice —afirmó ella—. ¡Si no me soportas!

—Eres bastante inaguantable también, sí —se burló él, ganándose otro manotón—. Pero eso forma parte de tu encanto.

Inés abrió los ojos con sorpresa.

—¡Vaya! Así que tengo encanto.

Diego sonrió, le cogió las mejillas y acercó su cara un poco a la suya para que le prestara atención.

—Escúchame, Inés —le habló con voz grave—. Si lo prefieres, no irás sola, ¿de acuerdo? Te acompañaré y te ayudaré a buscar trabajo y un lugar donde quedarte.

—No, tú tienes que...

—Eso puede esperar —la cortó—. No te preocupes, ¿quieres? Sé que puede ser abrumador empezar una nueva vida, pero eres una mujer fuerte, pronto te acostumbrarás, ya lo verás.

Diego la miró a los ojos con intensidad, esos ojos color miel, grandes y asustados, aunque llenos de determinación. Sintió un cosquilleo en el pecho cuando ella se pasó la lengua por los labios. Inés sonrió y asintió. Era preciosa cuando sonreía, aunque en esta ocasión era una sonrisa tensa. A él le gustaba verla sonreír de verdad, con esa luz que era capaz de apartar cualquier bruma.

—Iré a buscarte en un mes —soltó sin pensarlo demasiado.

—¿Qué?

Diego arrugó un poco la frente, calibrando de nuevo la promesa que había pronunciado sin meditar siquiera. Sin embargo, por más que sabía que era algo inesperado, completamente fuera de sus planes, en ese momento le pareció la cosa más correcta del mundo. No soportaba la idea de dejar a Inés sola en ningún sitio, desamparada y a su suerte. No. Y, si se paraba a meditarlo un poco más, tampoco soportaba la idea de no verla. Se había acostumbrado a ella, le había cogido... ¿Qué? ¿Cariño?

Recorrió sus facciones menudas y delicadas con la mirada y tragó saliva al detenerse en sus labios. «Ah, no, Diego», le pareció escuchar la voz burlona de su madre en su cabeza; «eso no es solo cariño». Aspiró hondo y, cuando volvió a hablar, su voz sonó demasiado ronca.

—Trataré de desenmascarar a ese desgraciado de De Saavedra, pero, tanto si lo consigo como si no, me reuniré contigo en un mes, quizás dos, te lo prometo —afirmó.

—Eso es... —balbuceó ella sin dar crédito—. Podrías ir a África con los demás moriscos que salen de España, no destacarías, estarías a salvo y... ¿Por qué? —susurró al fin.

Diego se hizo la misma pregunta: ¿por qué? ¿Qué tenía esa muchacha que le había hecho recalcular todo su futuro en cuestión de minutos? Aún tenía su rostro entre las manos y en ese instante le pareció la cosa más suave y preciosa del mundo. Y tentadora. Inés era tentadora. Tenía unos labios carnosos y rosados que apuntaban hacia él, entreabiertos, mostrando un atisbo de sus dientes blancos. «¡Jesús, quiero besarla!». El pensamiento le sorprendió y lo dejó aturdido por unos segundos. Pero era así, lo deseaba tanto en ese instante que el corazón se le aceleró. La quería sentir de nuevo pegada a su cuerpo, rodeándolo con los brazos, pero esta vez sin lágrimas, solo sus labios, solo su aliento.

Diego se inclinó un poco más y notó cómo Inés se tensaba, pero no se apartó. Algo en su postura, en su forma de mirarlo, le dijo que estaba preparada, que esperaba ese beso y que también lo deseaba. Acercó su boca hasta que notó su respiración acariciando sus labios...

—¡Inés! —la llamó Hortensia desde la puerta del patio—. Creo que sí que me vendría bien que me echaras una mano con el estofado, niña.

La joven dio un respingo y Diego se apartó de ella de un salto. Solo entonces fue consciente de lo que había estado a punto de suceder y sus

mejillas se encendieron como las de un chiquillo. El corazón le latía muy deprisa y estaba nervioso. ¡Por Dios, él nervioso por una mujer! Cuando volvió a mirarla, Inés le sonrió con timidez y entonces comprendió que ese deseo no había sido un simple impulso, que esa muchacha corría por sus venas con la dulzura de la miel caliente y que en verdad necesitaba besarla con desesperación.

Inés pasó casi todo el día ayudando a Hortensia con la cena de Nochebuena, pero por la tarde pudo compartir unas horas con Diego, que aprovechó para enseñarle más trucos con la daga. Se había propuesto que la muchacha fuera capaz de defenderse sola cuando él tuviera que dejarla.

La cuestión era que cada vez se le hacía más dura esa idea, la de dejarla. La revelación que había tenido por la mañana, ese deseo visceral por besarla... Ya se había dado cuenta antes de que sentía algo por Inés; podía ser cabezota, pero no estúpido. Mas no había comprendido hasta qué extremo le importaba, hasta que esos desgraciados de Órgiva... Y no se trataba solo de su deseo de protegerla, no, había algo más, algo muy profundo y que jamás había sentido por ninguna mujer. La vida de Inés se había convertido en su prioridad. Estar con ella, tenerla cerca... Eso... eso le daba bastante color a sus días, por oscuros que estos fueran.

La noche había tardado demasiado en llegar esa jornada. Inés había pasado mucho tiempo con Hortensia y él no había parado de devanarse los sesos con estos pensamientos acerca de sus sentimientos. Quería verla. Necesitaba tenerla a su alrededor, hablar con ella y asegurarse de que lo que había estado a punto de pasar por la mañana no había sido solo un impulso. En ese momento, sentado a la mesa del padre Gimeno, esperando la cena de Nochebuena en la que tanto habían trabajado las mujeres, a Diego le costaba un mundo concentrarse en la conversación que mantenían el sacerdote y Venancio, al cual había invitado a cenar con ellos.

El pobre hombre se había echado a llorar al verlo, pues el día anterior se había enterado de que era hijo de Beatriz. Después de escuchar su historia, no le quedaron más dudas acerca de su honradez. A él siempre le habían dado pavor las historias que escuchaba acerca de las cárceles inquisitoriales; si a algo temía en esta vida era a la tortura, a esa deshumanización, esa anulación de todo lo que significaba ser persona, y al dolor, sí, ¿quién no tendría miedo a

la perpetuación del dolor, a estar a merced de unos hombres sin alma? No, Diego no podía guardar rencor a Venancio.

La risa de Inés le llegaba de vez en cuando desde la planta de arriba y, cada vez que la escuchaba, Diego se encontraba sonriendo como un tonto, contagiado por ella. El licor de cerezas del padre Gimeno, el fuego y el olor del guiso en la cocina eran embriagadores, pero nada le producía más calor y bienestar que esa risa abandonada.

Hacía un buen rato que Hortensia la había arrastrado hasta el dormitorio para arreglarla «como a una dama», según sus palabras. Diego estaba impaciente por verla, pero se alegraba de las atenciones que la mujer le estaba prodigando; ojalá los cuidados de Hortensia ayudaran a Inés a aparcar por unas horas esas inseguridades que arrastraba.

Inseguridades... Tragó saliva y sus pensamientos recorrieron un camino peligroso. Después de lo de la otra noche, Diego había alcanzado a intuir aquello que atormentaba a Inés, ese hecho terrible de su pasado que había conseguido mermar su confianza y hacerle creer que todo lo que hacía estaba mal. Aspiró hondo y cerró los ojos. La cuestión era averiguar quién había sido el desgraciado. «Y despellejarlo con mis propias manos», pensó con fervor.

—¡Caramba! —exclamó el padre Gimeno en ese momento—. Comenzaba a impacientarme, pero ahora veo que la espera ha merecido la pena.

Diego abrió los ojos de golpe. Inés lo contemplaba desde el pie de la escalera con timidez, como si esperara su aprobación. El corazón se le inflamó de orgullo por esa primera mirada, por esa sonrisa, por ese rubor en sus mejillas. Su cuerpo entero vibró de admiración hacia ella.

Se puso en pie despacio y le devolvió la sonrisa, tratando de plasmar en ella un millón de cosas que jamás tendría la suficiente habilidad para pronunciar en palabras. Quería decirle que brillaba, que era tan regia que con aquel sencillo vestido parecía una princesa. Su cabello rojizo resaltaba el color crema de la falda, y el tostado de su corpiño dulcificaba aún más sus ojos. En ese instante se preguntó cómo era posible que le hubiera parecido fea y desgarrada cuando la conoció. ¡Era preciosa como ninguna!

Inés bajó un poco la mirada con coquetería. ¡Ah, sí! Daría un mundo por ver esa sonrisa siempre en sus labios. Se acercó y la cogió de la mano, le hizo dar una vuelta para admirarla mejor y emitió un silbido. No estaba siendo solo cortés, en absoluto, realmente estaba guapísima. El vestido realzaba su cintura y sus caderas, y el escueto escote permitía adivinar unos pechos pequeños y

turgentes bajo el corpiño.

—¡Vaya! —exclamó—. ¿Quién eres tú y que has hecho con el ratoncillo?

—Sigue por ahí, debajo de toda esta tela —respondió ella con una carcajada, alisándose la falda.

—Espero tener la oportunidad de bailar con vos esta noche, doña Inés, si el resto de los invitados me dejan un hueco —bromeó.

—¿Ya no temes por tus pies?

—No, en este momento me preocupa más otra parte de mi cuerpo —le confesó con voz cálida y sincera.

Inés arrugó la frente y sacudió la cabeza con una sonrisa de desconcierto.

—¿Qué parte? No me vengas con alguna burrada de las tuyas, te recuerdo que sé usar una daga —le advirtió.

—Mi estómago, sin duda —mintió Diego, antes de soltar una carcajada—. Nos tenéis muertos de hambre, ratoncillo.

—¡Hombres! —bufó Hortensia a su lado—. Tienen la delicadeza de un asno. ¡Anda, niño, coge a la dama y sácala a bailar!

—¿Qué? —exclamaron los dos a la vez.

—¡Ya me has oído! —le riñó a Diego, dándole un empujoncito para que se acercara a la muchacha—. ¡Venancio, tócales algo para que se entonen, anda!

—¿Y la cena? —preguntó Inés.

—¡Bah, ya me ocupo yo! —respondió la mujer, caminando hacia la cocina con resolución.

Venancio cogió una guitarra que había llevado con él y comenzó a tocar una canción alegre. Diego miró a Inés y le hizo una reverencia medio en broma, antes de coger su mano.

—Procura no pisarme demasiado —lo picó Inés con una sonrisa arrebatadora y un rubor encantador en las mejillas.

Cuando rodeó su cintura con el brazo, fue Diego el que de repente se sintió torpe y rudo. Ella era grácil y delicada, bonita y elegante, y él era un simple pescador al cual se le estaba concediendo un gran honor.

Y resultó que el ratoncillo sabía bailar de verdad. Bailó casi toda la noche, con el padre Gimeno, con Venancio, con Hortensia, pero, sobre todo, con Diego, que estuvo a la altura de su soltura, aunque por los pelos, y eso que, a medida que el vino iba afectando a la muchacha, sus pasos se volvían algo torpes. Era increíble, tan solo unas miradas y unos piropos habían bastado para que Inés olvidara que solía ser patosa hasta para andar. ¡Ah, si de él

dependiera, no volvería a recordarlo jamás!

—¡Buenas noches, amigos! —se despidió Venancio con lengua pastosa por enésima vez, abrazándolos a todos con lágrimas en los ojos—. Muchas gracias por invitarme.

—Vamos —resopló Hortensia—. Ya les ha quedado claro que los quieres, deja que se vayan a la cama y que yo pueda escuchar aunque sea el final de la misa del Gallo.

—Lo siento —se disculpó el hombre—. Diego, mi vida es tuya, ya lo sabes.

—Claro —repitió él con paciencia.

—¡Nos vamos! —exclamó Hortensia, cuando el hombre volvía a hacer ademán de acercarse—. Alguien se va a levantar con dolor de cabeza mañana.

—No será el único —se rio Inés, despidiéndose con la mano antes de entrar en la casa.

—Así que reconoces que estás borracha —se burló Diego cuando se quedaron a solas.

—Algo alegre, más bien —respondió ella alzando un dedo.

Diego se rio y se giró para apagar el candelabro que había en la entrada. La estancia quedó iluminada por la tenue luz de las ascuas y la lámpara de aceite que había sobre la repisa de la chimenea. Inés comenzó a recoger los vasos y platos que habían quedado sobre la mesa y él se acercó a ayudarla.

El padre Gimeno había salido a dar la misa del Gallo y tardaría en regresar. Se habían quedado solos en la casa y, por algún absurdo motivo, a Diego la idea le provocó un cosquilleo en el pecho, ¿como si no llevaran viajando solos desde hacía días! ¿Qué hacía de ese instante algo tan íntimo?

Aspiró hondo y hasta él llegó el olor de la lavanda del jabón de Inés. Mientras ella se inclinaba sobre la mesa, recorrió la línea de su cuello con la mirada, sus hombros pequeños, su cuerpo delgado...

—¿Te vas a quedar ahí mirando o me vas a ayudar? —exclamó ella de repente.

Diego dio un pequeño respingo y asintió sin decir nada. Era culpa del vino y el licor, seguro. Tenía que ser eso lo que lo volvía medio idiota. «Eso y ese casi beso que te tiene obsesionado», pensó. Y su cintura entre tus manos, y su risa, y sus rizos suaves, y el color de sus ojos, y...

—Deja que lo lleve yo —dijo para apartar esos pensamientos, quitándole la

bandeja.

—¿No confías en mí? —protestó ella poniéndose las manos en la cintura, antes de echarse a reír—. Haces bien, yo tampoco confío en mí esta noche.

—Era bueno ese licor —se rio él también.

—Sí que lo era —estuvo ella de acuerdo. Lo siguió hasta la cocina y se quedó mirándolo mientras colocaba la vajilla en la pila—. Así que, sí que te invitaban a bailar después de todo, ¿eh?

—Pues no —resopló él—. Pero mi madre bailaba muy bien y le gustaba hacerlo con nosotros.

—La mía también —suspiró Inés—, aunque no pudo enseñarme. Murió cuando yo tenía ocho años.

—Lo siento —murmuró, apartándose para que ella tuviera acceso a la pila—. Aunque supongo que tuviste tutores, ¿no? ¿Seguro que hasta sabes tocar algún instrumento!

Inés torció los labios en una mueca y comenzó a fregar los platos.

—No solíamos bailar ni cantar en casa —respondió con seriedad—. A mi padre no le gustaba.

—¿Un hombre severo? —preguntó Diego.

—Bastante, sí.

—¿Y tu hermano? —inquirió como si tal cosa.

Inés se giró sobre su hombro y lo miró con un destello extraño en los ojos.

—Fernando es seis años mayor que yo —gruñó, volviendo su atención de nuevo a la tarea—. No lo veía demasiado.

Su voz le dijo a Diego que quería zanjear el tema, pero él no quería hacerlo, necesitaba confirmar sus sospechas.

—¿Tienes más familia? —insistió.

—Mi hermana, Verónica. Se marchó a la villa de Madrid cuando se casó. Hace años que no la veo, pero me consta que es feliz. Y mi cuñada, Teresa, una gran mujer atrapada en un matrimonio que... —De repente se calló y Diego se adelantó unos pasos para poder estudiar su perfil. Se había quedado con un vaso de barro en las manos y la vista perdida en algún punto; estaba seria, demasiado seria como para pasarlo por alto.

—¿Inés? —la llamó con suavidad. La chica lo miró y su ceño se frunció.

—¿A qué viene este interés repentino por mi familia? —espetó.

—Solo era por hablar de algo.

—¡Ya! Y ahora es cuando tú empiezas a hablarme de la tuya, ¿verdad? —

inquirió, puntillosa.

—No —contestó él en voz baja—. Siento haberte incomodado, solo quería charlar un rato para no pensar demasiado.

—Pensar... —suspiró Inés—. Sí, es difícil dejar de pensar en según qué cosas, ¿no?

—Yo ando bastante obsesionado con una en concreto, sí —confesó con voz ronca.

Se quedó mirando su espalda mientras ella frotaba con más ímpetu del necesario. Había estropeado el momento, el buen humor y las sonrisas de Inés se habían esfumado. Se acercó hasta quedar a un palmo y alzó la mano para tocarla en el hombro, pero, justo en ese momento, ella se dio la vuelta y chocó con su pecho. Diego la cogió por la cintura para evitar que rebotara, algo que ya era una costumbre entre los dos, solo que esta vez sus manos se escurrieron un poco hacia su espalda para sujetarla de una manera más íntima y evitar que se alejara demasiado pronto.

—¡Maldita sea! —refunfuñó Inés—. ¿Es que siempre tienes que estar en medio?

—Eso parece —respondió él. Aspiró aire y ese maldito jabón volvió a hacer de las suyas con sus sentidos. Recorrió sus rasgos con la mirada, deteniendo su escrutinio en esos labios tan bonitos y femeninos. Presionó sobre su espalda y la pegó un poco más a su pecho—. ¿Inés? —ronroneó.

—¿Qué? —jadeó ella, mirándolo como nunca lo había mirado, con las pupilas algo dilatadas, como si esperara algo. Como si lo deseara tanto como él.

—Hay algo que me está pasando —le explicó en un susurro—, y no dejo de pensar en ello.

—¿Ah, sí?

—Ajá. ¿Crees que...? Inés, ¿me dejas probar una cosa? Necesito comprobar algo que me lleva rondando la cabeza todo el día.

—¿El qué? —preguntó ella en voz baja.

Diego bajó la cabeza hasta tener su boca a un centímetro de la suya. Inés tragó aire sonoramente y él aguardó así, sin moverse, aunque muriéndose de ganas de vencer la distancia. Pero aguardó. Esperó, con las manos temblando sobre su cintura y el corazón acelerado, deseándola como nunca había deseado a nadie. Esperó. Lo hizo hasta que ella volvió a relajar su postura y sus ojos le dijeron que no iba a apartarse. Entonces rozó sus labios en una caricia

tentativa y suave como un aleteo de mariposa. Inés suspiró y su aliento lo acarició, invitándolo a ir más lejos.

La besó entonces, y, aunque deseaba asaltar su boca, lo hizo con ternura, con excesivo cuidado. Inés cerró los ojos y apoyó las manos en su pecho para rendirse a aquella caricia. Diego profundizó el beso, hasta que ambos perdieron un poco la noción de lo que ocurría. Ella le rodeó el cuello con los brazos y se apretó más contra su cuerpo. No supo cómo pasó en verdad, si fue él el que la indujo a abrir la boca o fue la propia Inés la que se dejó llevar por el instinto, pero cuando su lengua acarició la suya, su razón voló por completo y ya no pensó en las consecuencias de ir demasiado lejos. La apoyó contra la pared para poder profundizar sus besos y eliminar cualquier distancia entre ellos. Sus manos viajaron por su cintura, nerviosas, deseando abarcar cada curva, cada tramo de ella, pero sin atreverse a ser demasiado osado. Algo de cordura le quedaba, gracias a Dios.

Inés lo volvía loco. Su cuerpo se ajustaba al suyo como si hubiera sido creada para él, su piel era suave y olía a campo. Era preciosa. Tan preciosa que sería capaz de perderse en ella en ese mismo momento, allí, en la cocina del padre Gimeno. ¡Jesucristo!

Diego rompió el beso, pero siguió abrazándola. La contempló unos segundos y se deleitó con la imagen. Sus labios húmedos, sus mejillas sonrojadas y sus ojos brillantes. Sonrió y apoyó la frente contra la de ella.

—¡Ah, lo sabía! —exclamó con voz cargada.

—¿Qué? —inquirió Inés. Diego sonrió y volvió a besarla, despacio.

—Sabía que sería imposible darte solo un beso —admitió—. Estaba seguro de que acabaría perdiéndome por completo si te besaba una sola vez.

Inés le regaló una sonrisa que derritió su corazón. Era la sonrisa de una mujer satisfecha, segura de sí misma, llena de tantas cosas maravillosas por dar... Con solo esa sonrisa, el deseo prendió en Diego como lava. Sabía que debía ser cuidadoso con ella; quiso ser delicado, pero no pudo evitar embestir su boca con ardor, un ardor que ella correspondió, poniéndole las cosas bastante difíciles a su control.

—¡Muchachos! ¿Aún estáis despiertos? —la voz del padre Gimeno en la habitación contigua los hizo dar un bote.

Se separaron y se quedaron mirándose, ambos con la respiración agitada. Cuando el sacerdote entró en la cocina, se giraron para saludarlo con nerviosismo, como dos chiquillos pillados en una travesura. Diego tuvo ganas

de echarse a reír. ¡Por favor, llevaban la palabra «culpable» escrita en la frente!

—¿Qué hacéis aún levantados? —preguntó Gimeno, observándolos con los ojos convertidos en rendijas.

—¡Fregar! —respondió Inés demasiado deprisa.

Diego sonrió, pero no dijo nada. El sacerdote alzó una ceja y lo interrogó con la mirada, casi acusador, aunque lo dejó estar.

—Bien —masculló—. Yo me voy a acostar, estoy agotado. ¡Ese licor casi me hace olvidar el *Pater Noster*! —añadió con una carcajada.

—Buenas noches, padre —se despidió Diego.

—Buenas noches —susurró Inés.

Cuando se quedaron a solas de nuevo, la miró y tuvo ganas de abalanzarse de nuevo sobre ella al verla mordiéndose el labio con las mejillas coloradas.

—Creo que también tú deberías acostarte —musitó en cambio, haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad.

—Sí —respondió ella escuetamente.

—Sí —repitió él, frunciendo un poco los labios. ¡Por Dios, no quería que aquello terminara tan pronto!—. ¡Inés! —la llamó una vez más, antes de que llegara a la puerta. Se acercó y la besó con ternura una última vez—. Buenas noches.

—Buenas noches —contestó ella, sonriente, antes de marcharse.

Una vez a solas, Diego aspiró profundamente y se tocó el pecho. El corazón aún le latía acelerado, su cuerpo aún chillaba con frustración por haberle negado lo que más anhelaba, pero su alma estaba llena de plenitud, de la sensación de haber encontrado algo largamente buscado, algo que había esperado toda su vida, sin ser realmente consciente de cuánta falta le hacía.

—¿Qué me has hecho, ratoncillo?

## Capítulo 11

Blasco llegó a su casa pasadas las doce de la noche. La fiesta a la que había asistido había sido un suplicio, pero era uno de esos malditos compromisos sociales que no podía eludir, aún no, al menos. Cuando se transformara, sería él el que dictara las normas. ¡Cómo despreciaba a esos estúpidos que se pavoneaban de sus apellidos y sus riquezas, sintiéndose iguales a él! ¡A él, ni más ni menos, todo un emperador renacido!

Por fortuna, la comida había merecido la pena. Y el vino, desde luego. ¡Ah, el vino había encendido su cuerpo! Era Calígula, un hombre pasional, lleno de fuego y de apetitos caprichosos.

—¿Dónde está esa muchacha que me atendió el otro día? —preguntó al sirviente que lo recibió en la puerta.

—¿Ana, mi señor?

—¿Crees que conozco el nombre de todos mis criados? —resopló—. Simplona, más bien fea, joven...

—Don Felipe le dio permiso para pasar las fiestas en casa de sus padres —respondió el hombre, bajando la mirada.

—¿Felipe? —se extrañó Blasco—. ¿Por qué?

—Eso lo desconozco, mi señor.

—¿Ha regresado ya mi chambelán de su viaje? —gruñó.

—No, señor, aún no.

—¡Maldita sea! —escupió, lanzándole su sombrero—. ¿Hay alguna otra sirvienta joven?

—Mi... mi señor...

Blasco giró la cabeza y miró al hombre con una ceja alzada, recorriéndolo de arriba abajo.

—¿O tal vez te gustaría a ti atenderme esta noche?

—Rosa, mi señor —se apresuró a responder el criado—. Se retiró junto a su esposo hace unas horas, pero le diré que la necesitáis.

—Muy bien —dijo Blasco, acentuando su sonrisa—. Que venga a mi dormitorio enseguida.

Una vez en su alcoba, se quitó los guantes y soltó una maldición al ver las cicatrices y los nuevos nódulos. Abrió y cerró los dedos, los sentía débiles, entumecidos. Cogió un tarro que contenía una mezcla de miel y limón y se frotó las manos con ella. Después se acercó al espejo y se inclinó para observar su rostro. Había hecho un buen trabajo con la harina de habas y nadie se había sorprendido en la fiesta al verlo aparecer empolvado y con las cejas pintadas, como solían hacer los nobles en Venecia, ya que de todos era sabido que era un hombre que cuidaba su aspecto. Sin embargo, a esas horas el cosmético no podía ocultar su nariz inflamada y la horrible lesión que había comenzado a devorarla. También había perdido las cejas hacía unos días y sus labios se veían abotargados. ¡Maldición, se le acababa el tiempo! Si hasta había comenzado a caérsele el pelo, su precioso pelo... Blasco cerró los ojos y aspiró aire para serenarse.

—Tranquilo, pronto te desharás de esta cáscara pútrida y conseguirás un nuevo cuerpo fuerte y hermoso. Vencerás a la muerte y te convertirás en un ser superior. ¡Pasa! —ordenó cuando llamaron a la puerta, volviendo a ponerse sus guantes.

A través del espejo vio entrar a una mujer joven, rolliza y de piel oscura. No era una belleza, precisamente, pero para lo que la necesitaba era más que apta.

—¿Mandasteis llamar, señor? —musitó la joven con voz temblorosa.

Blasco podía saborear su miedo y era delicioso. Se dio la vuelta y le sonrió.

—Entra y cierra la puerta.

—¿Señor?

¡Ah, podía verla temblar! Se acercó despacio, ladeando la cabeza a uno y otro lado para admirarla mejor, como el depredador que era. Ella se retrajo, como si de esa manera pudiera huir de él. ¡Como si alguien en este mundo pudiera huir del gran Calígula inmortal!

—Estás casada, ¿no? —preguntó con un ronroneo, alzándole la barbilla con los dedos enguantados para obligarla a mirarlo.

—Sí, mi señor, con Pedro, también trabaja para vos y...

—Quítate la ropa y tumbate en ese diván —ordenó con rotundidad, haciéndole un gesto con la cabeza.

—¡Señor, no, os lo suplico! —susurró la joven con lágrimas en los ojos.

Él siseó y le apretó el cuello. La acercó todo lo que pudo a su rostro, ahogándola, y repitió su orden. Cuando la soltó, la muchacha boqueó para coger aire y caminó a trompicones hacia el diván, llorando mientras se quitaba la ropa.

Blasco cogió un frasco de perfume que nunca le había gustado, y se acercó al mueble de los venenos de donde extrajo una botellita, la abrió y vertió unas gotitas del líquido verduzco dentro del frasco. Lo agitó un poco mientras regresaba junto a la mujer y se lo ofreció.

—Toma, échate esto y deja el drama. Muchas querrían gozar del privilegio que te voy a dar a ti esta noche.

—Mi señor, os lo ruego —lo intentó una vez más—. Mi esposo es un hombre celoso, me pegará si descubre que he yacido con vos.

—¿Yacer conmigo? —inquirió él. Acto seguido soltó una carcajada—. ¡Ah, no! No voy a yacer contigo, puedes estar tranquila.

—¿No? —preguntó ella, con los ojos llenos de esperanza.

—No, mujer, solo quiero hacer un experimento inofensivo —la tranquilizó, ofreciéndole el perfume de nuevo—. Venga, pónelo.

—Pero...

—No pondré la pierna encima, lo prometo. En todo caso, he bebido demasiado esta noche —añadió con una risita afable. La joven sonrió un poco, cogió el frasco y se echó una gota en cada muñeca—. ¡No, no, más, perfúmate más! —ordenó, volcando él mismo el líquido sobre su pecho. La habitación se llenó enseguida de un olor intenso y persistente—. Ahora, tumbate.

La sirvienta obedeció, temblando como una hoja y cubriendo su desnudez con las manos.

—¿Qué clase de experimento es este, mi señor?

—Uno médico —fue la escueta respuesta. Se irguió ante ella y la contempló con la cabeza ladeada, atentamente—. Algo en lo que llevo pensando mucho tiempo y no me deja dormir.

—No sabía que os interesara la medicina —murmuró la chica, haciendo una mueca con la boca al notar su lengua algo lenta.

—Claro que sí —murmuró él sin hacerle mucho caso.

—Prome... me habéis... —balbuceó ella con dificultad. Trató de mover la

mano, pero de repente no podía. Sus ojos se abrieron con horror al comprender que algo no iba bien—. Me habéis prometido que sería inofensivo —exclamó con muchísima dificultad. La parálisis se extendía con celeridad por todo su cuerpo.

—Inofensivo para mí —bufó él—, para ti no. Pero tranquila, tu marido no te pegará después de esto. —Blasco caminó de nuevo hacia el mueble y abrió uno de los cajones, cuando regresó junto a la joven, llevaba una bandeja de plata llena de distintos utensilios afilados y punzantes. La sirvienta ya no podía moverse, sus ojos se abrieron hasta casi salirse de sus órbitas cuando él alzó ante ella una cuchilla—. Estás experimentando los efectos del curare, una maravillosa sustancia que me acaban de traer de las Américas. En contacto con el cuerpo produce parálisis y finalmente la muerte por asfixia, así que, no vas a sobrevivir... ¡Maldita sea, he olvidado tu nombre! —gruñó, indignado, como si el no saberlo le restara diversión—. En fin... Como te iba diciendo, vas a morir. Mi experimento consiste en descubrir cuántas partes de tu cuerpo puedo extraer antes de que expires. Lo que no tengo muy claro es si sentirás o no el dolor gracias al veneno... —meditó mordiéndose una uña—. Bueno, lo iremos averiguando, ¿qué te parece?

—Sabes que no es necesario que hagas nada para pagar tu estancia aquí, ¿verdad?

Diego apartó la vista de la puerta de la cuadra para mirar al padre Gimeno con una sonrisa.

—Lo sé, pero esta puerta estaba descolgada y...

—Ayer arreglaste la butaca y cambiaste las tejas rotas. No es que no te lo agradezca, muchacho, esa butaca es mi favorita y si no se cambiaban esas tejas acabaría calando el agua —rió el hombre—. Lo que pretendo decir es que no estás en deuda conmigo.

—Lo estoy, padre, aunque vos no queráis cobrar esa deuda —dijo él con solemnidad—. Cuidasteis de mi madre y mi hermana y ahora nos ayudáis a nosotros.

—No las cuidé lo suficiente —suspiró el sacerdote.

—¿Dónde está Inés? —preguntó Diego para cambiar de tema. No tenía ganas de traer recuerdos amargos en un día como aquel. Ese día era especial y no porque fuera Navidad, se trataba de otra cosa; lo sentía como una especie

de renacer, algo desconocido hasta ahora y que le llevaba a estar de un humor excelente.

—Ah, ella también parece estar demasiado ocupada hoy. Está limpiando toda la casa, hasta lo que ya está limpio —resopló el hombre.

Diego frunció el ceño. Había tenido la sospecha durante toda la mañana, pero ya era una certeza. Inés lo estaba evitando. Soltó un bufido y se restregó las manos en el pantalón.

—Iré a hablar con ella.

—Diego —lo llamó el cura antes de que entrara en la casa—. ¿Ha pasado algo entre vosotros?

Él lo miró con una ceja alzada y se pasó la lengua por los labios. Algo... Había pasado algo, sí, algo maravilloso.

—Nada malo, padre, se lo aseguro —respondió con una sonrisa.

—Es solo que... Verás, sé que eres un hombre de honor, pero debes entender que esa muchacha iba a convertirse en monja y...

—No por su voluntad —lo cortó con sequedad.

—Lo sé, pero lo que quiero decir es que, si tus intenciones son ponerla a salvo y regresar a Granada, tal vez deberías mantener las distancias, hijo. Inés parece una chica muy sensible, podrías hacerle daño.

Diego lo miró con seriedad, pensativo. Claro que era sensible, y por supuesto que pensaba ponerla a salvo, pero no iba a dejarla. No podría, aunque quisiera, ya no.

—Inés es más fuerte de lo que parece —afirmó, antes de poner en palabras lo que había estado meditando con detenimiento—. Pero no tenéis que preocuparos por ella, padre, no pienso abandonarla. Esa muchacha es ahora mi única prioridad en la vida.

Encontró a Inés en el despacho del sacerdote, vestida de nuevo con sus ropas masculinas y sacudiendo polvo inexistente de los cojines. Se aclaró la garganta para llamar su atención y ella se giró de un salto, mordiéndose el labio.

—Creo que ese cojín ya está muerto, no puede hacerte daño —bromeó.

Inés miró el cojín que sostenía entre las manos y torció una sonrisa.

—Nunca se sabe, si vas a matar, mejor hacerlo bien, ¿no?

—Supongo que sí. ¿Podemos hablar?

—Es que tengo que terminar de limpiar esto, el padre Gimeno se ha portado muy bien con nosotros y quería...

—Inés —susurró, quitándole el cojín y cogiéndola de las manos—, por favor.

Ella suspiró y lo miró al fin a los ojos, los suyos estaban algo tristes.

—De acuerdo —musitó.

—¿Estás enfadada conmigo? —le preguntó con suavidad, ella negó con la cabeza—. ¿Y por qué llevas toda la mañana evitándome?

—No es eso, solo necesitaba limpiar —se defendió, desviando la mirada de nuevo.

Diego le sujetó la barbilla y le giró la cara.

—Dime que no te arrepientes de lo que pasó anoche, por favor —le pidió.

—¡No! —exclamó ella. Entonces frunció los labios y su rostro se ensombreció—. Pero lo que pasó cambia un poco las cosas. Hasta anoche tú eras Diego Narváez, lejano e imposible...

—¿Lejano e imposible? —se rio él—. No creo que me haya mostrado así en mi vida, menos contigo.

—Yo me iré lejos de aquí y tú regresarás a Granada —continuó ella.

—Te prometí que iría a por ti, ¿recuerdas? —Inés volvió a asentir—. Lo decía en serio, iré a por ti, Inés, y no solo porque lo considere mi deber. Iré porque quiero hacerlo, porque quiero estar contigo, ¿comprendes? Porque tampoco para mí las cosas son iguales ya.

—¿Y si no puedes venir, Diego? ¿Y si te cogen o te matan?

—No van...

—¡No digas que eso no pasará, porque puede pasar! —lo cortó.

—Sí, puede pasar —claudicó con un suspiro—. Pero ¿qué quieres que haga?

Ella se mordió el labio y lo miró, suplicante.

—¿No podrías dejarlo estar? —preguntó con voz muy pequeña. Él aspiró hondo—. Lo siento, sé que no tengo derecho a pedirte nada.

—Sí que lo tienes —afirmó Diego, volviendo a cogerle la barbilla para alzarle la cara—. Tienes todo el derecho, Inés.

—Estoy asustada, eso es todo —confesó ella en un murmullo.

—Anda, ven aquí. —La atrajo para estrecharla en sus brazos y le besó la coronilla—. Lo entiendo, ratoncillo, lo entiendo.

—No, no creo que lo entiendas, Diego. Toda la gente a la que aprecio... —Inés cerró la boca y tragó saliva antes de volverlo a intentar—. Cuando alguien se acerca demasiado a mí, acaba mal. O muere o peca o...

—¿Qué diablos estás diciendo? —exclamó él, apartándola para mirarla con el ceño fruncido—. No digas eso. ¡No se te ocurra pensar eso!

—Es cierto.

—¡No, maldición, no lo es!

—No quiero que te pase nada —musitó la muchacha con los ojos brillantes—. Si algo te ocurriera a ti, yo...

De repente un hombre comenzó a vociferar en la calle y ambos se giraron hacia la ventana, sorprendidos.

—¿Qué está pasando ahí fuera? —masculló Diego.

La cogió de la mano y juntos se asomaron al exterior. La ventana tenía vistas a la puerta principal de la iglesia de Santiago, terminada de construir hacía unos cinco años; una más de las muchas construcciones religiosas erigidas por todo el territorio para borrar las huellas de los moros.

Ante la puerta se habían situado tres hombres. Aunque era uno de ellos el que gritaba, llamando la atención de los vecinos de Tablate. A unos metros de ellos había otros cinco hombres, cruzados de brazos y armados hasta los dientes. Hablaban de revolución, de parar la opresión cristiana, de derechos y del nuevo gran visir. La gente había comenzado a formar un grupo en torno a la entrada de la iglesia, algunos sacudían la cabeza con desaprobación, pero otros parecían escuchar con atención lo que aquellos monjes rebeldes tenían que contarles. Había muchos moriscos entre los curiosos.

—¡Lo que nos faltaba!

—Era cuestión de tiempo —murmuró Inés con preocupación—. Esto se veía venir.

Desde su posición pudieron ver cómo el padre Gimeno abría la puerta de la iglesia y se situaba junto a los arengadores, que no tardaron en rodearlo con gestos amenazantes.

—¡Maldita sea! —escupió Diego apartándose de la ventana—. ¡Quédate aquí! —le dijo a Inés antes de salir corriendo.

Habían escondido las armas que el sacerdote le había conseguido en la cocina, así que, una vez armado con una vieja espada, su honda y dos dagas, salió a toda prisa de la casa por el patio, que tenía acceso a la sacristía y desde donde entraría en la iglesia sin ser visto.

Por supuesto que Inés no pensaba quedarse de brazos cruzados viendo cómo aquellos rebeldes enardecidos acababan con ellos. Corrió hasta el que había sido su dormitorio en los últimos días, se puso su sombrero y se armó con la

honda que le había fabricado Diego y una daga, también gentileza del sacerdote.

—¡Te he dicho que te quedaras en la casa! —le recriminó Diego cuando lo alcanzó en el interior de la iglesia.

—¡No voy a quedarme arriba mirando cómo os matan! —se defendió ella.

—¿Y qué ayuda nos va a prestar una niña enclenque? ¡Solo me darás un motivo para preocuparme!

—¡Vete al diablo! —resopló Inés preparando su honda.

Diego puso los ojos en blanco y se situó a su lado tras la puerta, refunfuñando, antes de abrir de un tirón para salir.

—¿Tú, perro infiel, te atreves a darme consejos? —gritaba el que parecía el líder—. ¡El propio Muhammad ibn Umayya, rey de los moriscos, me dio la orden de llamar a todos los hermanos de Tablate a las armas! ¡Hay que luchar por lo que es nuestro, no podéis dejar que un sacerdote infiel os separe de vuestro camino!

—Pero ¿qué camino es ese, hijo? —preguntó el padre Gimeno con voz cordial.

—¡Yo no soy hijo tuyo! —escupió el otro.

—Esta rebelión está abocada al fracaso, ya ha habido otras antes y ninguna ha terminado bien.

—Eso lo dices tú, viejo —se rio uno de los monjes—, pero no tienes ni idea de lo grandes que somos esta vez.

—Pero nos lo vas a decir, ¿a qué sí? —preguntó Diego al salir de la iglesia, poniéndose delante del sacerdote para escudarlo con su cuerpo.

Los moriscos se sorprendieron al verlo aparecer, con la espada desenfundada y aspecto feroz. Inés se quedó cerca de la puerta, con la honda preparada.

—¿Quién eres tú? —escupió el líder.

—¿Qué habéis venido a hacer aquí? —inquirió Diego, ignorando su pregunta—. Los vecinos de Tablate son gentes sencillas, no saben de guerra ni revolución, solo quieren vivir en paz.

—¿Acaso hablas tú en su nombre? —se rio el otro—. ¿Eres su alcalde?

La multitud empezó a rumorear más fuerte, probablemente preguntándose quién diablos era aquel tipo y de dónde había salido. Diego vio entre la multitud a Venancio que lo miraba con preocupación.

—No, pero soy amigo del sacerdote y no voy a consentir que le pongáis las

manos encima —respondió al fin—. He oído lo que hacéis con los religiosos. ¿Es esa vuestra revolución? Matar a hombres y mujeres indefensos...

—¿Indefensos? —se rio el morisco—. ¿Acaso has estado escondido bajo tierra todos estos años? Tú eres uno de los nuestros, apuesto a que has sufrido en tus propias carnes las injusticias a las que se ha sometido a nuestro pueblo. ¡Esta tierra es tan nuestra como suya y ellos nos tratan peor que a perros!

—La solución nunca es la violencia —intervino el padre Gimeno, ganándose una mirada asesina del morisco.

—Entre en la iglesia, padre —le pidió Diego, dándole un suave empujón con la cadera—. ¿Tenéis órdenes de ese Aben Humeya de masacrar a cada sacerdote con el que os encontréis?

—Solo si sirve para dar una lección —replicó el morisco.

—No es el caso —espetó Diego—. La gente de Tablate es pacífica. Todos viven en paz y se ayudan, y quieren y respetan a su párroco. Si habéis venido en busca de apoyo para vuestra causa, decid lo que tengáis que decir y dejad que sean ellos los que decidan si quieren acompañaros. No creo que vuestro rey quiera soldados alistados a la fuerza y llenos de rencor.

No habló de manera desafiante, tampoco pretendía acusarlo de nada, y tal vez fue eso lo que desinfló a su contrincante, el ver que no había enemistad en su voz, sino comprensión y un deseo tan ferviente como el suyo de justicia, si bien, vista desde una perspectiva diferente.

—Tú podrías venir con nosotros, se ve a todas luces que tampoco estás contento con la situación —le ofreció el morisco con amabilidad.

—Mi situación es bien distinta a la vuestra en este momento —respondió Diego, poniéndole una mano en el antebrazo—. Yo seguiré mi camino como vosotros el vuestro. Nuestras historias se han cruzado, pero son independientes.

—Está bien, como desees, pero sabes que siempre habrá hueco para un hombre fuerte como tú en nuestras filas.

—Di lo que tengas que decir y deja a esta gente seguir con sus vidas, te lo ruego —pidió con voz ronca.

El morisco asintió y se volvió al pueblo congregado a las puertas de la iglesia de Santiago. Anunció que Fernando de Valor y Córdoba, renombrado como Muhammad ibn Umayya, había entrado la pasada noche en el Albaicín con un poderoso ejército de monfies, llamando a la revolución. Eran muchos y todos dispuestos a luchar por recuperar los privilegios que el rey cristiano les

había arrebatado.

Lo que se guardó de decir fue que los moriscos asentados en el Albaicín se habían negado a seguir a Aben Humeya y que este había tenido que buscar un nuevo emplazamiento para comenzar su empresa en la aldea de Béznar. De allí pensaban seguir hasta La Alpujarra, donde Diego bien sabía que lo tendrían fácil para conseguir seguidores con ganas de luchar.

Tal como había previsto, los vecinos de Tablate expresaron su deseo de permanecer en su pueblo, todo lo ajenos como les fuera posible a aquella revuelta. Sus vidas eran tranquilas y habían logrado adaptarse a las imposiciones del rey; no obstante, hubo algunos jóvenes llenos de sueños y frustraciones que sí decidieron seguir a aquellos hombres en su causa.

Antes de dejar Tablate, el líder apartó a Diego para hablar con él en privado. Inés lo siguió para guardar su espalda, aunque permaneció en la distancia.

—He visto carteles por toda Granada con dibujos de un morisco que se parece curiosamente a ti, aunque dicen que va acompañado de una mujer y un chico. —Diego se tensó y llevó la mano a la empuñadura de su espada. El otro posó la suya sobre la de él y sacudió la cabeza—. Hermano, el señor De Saavedra ofrece una gran recompensa por atraparos con vida, así que id con cuidado.

—¿Vivos? —se extrañó Diego.

—Especialmente por ti —apuntó—. Yo que tú no me quedaría mucho tiempo en este pueblo. Mis hombres están sedientos de sangre cristiana, pero nadie haría ascos a una bolsa llena de monedas en estos tiempos. Si alguno de ellos te ha reconocido, puedes estar seguro de que te denunciará. Ni siquiera confiaría demasiado en estos vecinos que tanto te has esforzado en defender.

Diego aspiró hondo y asintió. ¿Confiar? Ni siquiera confiaba en su sombra.

—¿Y tú? —le preguntó, el hombre sonrió.

—Por mi parte puedes ir tranquilo; la pobreza nunca ha estado entre mis problemas. Soy un notable de Granada —rio con ganas—. Déjame advertirte que no todos los monjes serán tan comprensivos como yo, si el pueblo de Tablate no colabora, tal vez tomen represalias, pero por mi parte, los dejaré en paz.

—Gracias, te deseo suerte en tu empresa.

—Escucha lo que te digo, pase lo que pase, esto que ahora hacemos pasará a la historia y mi nombre se escribirá junto al de mi primo, Muhammad ibn

Umayya.

—¿Y cuál es tu nombre? —preguntó Diego con una sonrisa, mientras el morisco subía de un ágil salto a su caballo.

—¡Aben Aboo! —gritó con orgullo—. ¿Lo recordarás?

—Desde luego —murmuró, mientras lo veía alejarse.

—¡Ah, qué locura! —suspiró Inés a su lado.

—Todo episodio de la historia debió de parecer una locura cuando comenzó —reflexionó Diego.

—¿Simpatizas con ellos? —le preguntó, mirándolo con curiosidad—. Tal vez, si los acompañaras, podrían ayudarte con De Saavedra.

—Tal vez... —musitó, pensativo, antes de mirarla con una sonrisa—. Pero simpatizo mucho más contigo. Aunque en algo tenía razón ese Aboo, ratoncillo, tenemos que salir de aquí enseguida.

—Cierto —asintió ella.

—Sin embargo, antes necesito ir a un sitio y me gustaría que me acompañaras —le pidió con solemnidad.

Puesto que era Navidad, se quedaron a almorzar, ya que una hora más que menos no iba a suponer demasiada diferencia. Hortensia derramó unas lágrimas cuando se despidió, regalándoles toda clase de bendiciones y consejos, sobre todo a Inés. Venancio le repitió que contaran con él para lo que necesitaran, y lo dijo con tal vehemencia que Diego estuvo seguro de que lo seguiría allí donde decidiera ir.

El padre Gimeno les había conseguido un caballo, no es que fuera muy joven y rápido, pero les ahorraría unas buenas caminatas. Había llenado sus alforjas de comida y agua y hasta les había dado algo de dinero para el viaje.

Antes de marcharse del pueblo, Diego se desvió hacia el estrecho sendero que se internaba en el bosque, allí donde su madre y su hermana habían vivido en paz hasta que Blasco de Saavedra se interpuso en sus vidas. De la casa apenas quedaban unas piedras ennegrecidas, un muro derruido y la insinuación de lo que había sido la chimenea. Ni siquiera había plantas, el fuego y el invierno habían acabado con toda la vida alrededor.

Diego saltó del caballo y ayudó a Inés a bajar. Curiosamente, esta vez ni tropezó ni se tambaleó, pero aun así la sujetó por la cintura durante más tiempo del necesario.

—Esta era la casa de mi madre y mi hermana —explicó con tristeza—. Vivían aquí y se ganaban la vida haciendo objetos de esparto, aunque, sobre todo, la gente las buscaba por sus conocimientos de las plantas y las piedras. Decían que eran brujas, pero no lo eran más de lo que yo lo soy.

La cogió de la mano y caminaron en silencio hasta el lugar donde el padre Gimeno había enterrado a Beatriz. Bajo el pino aún se advertía un montículo de tierra sobre el que habían crecido algunas hierbas y líquenes.

—Aquí yace mi madre, Beatriz. No pudieron enterrarla en el cementerio del pueblo porque se quitó la vida —anunció.

—Lo siento mucho —susurró Inés, acariciándole la mano. Diego se giró para mirarla.

—No importa cómo murió, fue De Saavedra el que la mató. Él vino a por ella y mi madre prefirió quitarse la vida que sufrir los tormentos que ese monstruo le tenía preparados —relató—. Si te soy sincero, me da paz pensar que no sufrió antes de morir. Eso es lo que más me atormenta sobre Elena, Inés. ¿Tuvo mi hermana que padecer tortura antes de su muerte? —preguntó con la voz rota.

Inés tragó saliva, pero no supo qué decir para ofrecerle consuelo, pues ella misma se había hecho esa pregunta infinidad de veces. Diego se puso de rodillas junto a la tumba de su madre y acarició la tierra con los dedos.

—Tenía que haber estado aquí para protegerlas, pero estaba demasiado ocupado protegiéndome a mí mismo —expuso con amargura—. Mi madre no quería que pasara mucho tiempo con ellas.

—¿Por qué? —preguntó la muchacha, poniéndose de rodillas a su lado.

—Porque no podía dejar de ser quien era y sabía que tarde o temprano la descubrirían. Creía que estar a su lado me ponía en peligro.

—Pero ¿por qué? No lo entiendo, Elena se quedó aquí.

—Sí... —musitó—. Pero a mí me buscan por asesinato, Inés —confesó con gravedad, aunque una sonrisa triste se formó en sus labios—. Quiero decir, que ya lo hacían antes de que matara a aquellos tipos en el camino hace unos días.

—¿Mataste a alguien y por eso tuviste que esconderte?

—Así es. A un niño de catorce años. Yo tenía quince, tampoco podía decirse que fuera un hombre. Vivíamos en una aldea cerca de Burgos por ese entonces. Mi padre, mi madre, Elena y yo. Éramos felices, hasta que se interpusieron la estupidez y el miedo. Mi madre había estado tratando a las

hijas de un noble que habían contraído una grave enfermedad; nunca supe realmente qué tenían, pero la cuestión es que no pudo salvarles la vida. El padre la culpó de sus muertes y discutieron. Pero el problema vino cuando tres vecinos más del pueblo fallecieron a causa de la misma enfermedad. Puedes imaginarte lo que ocurrió a continuación, ¿no?

—Dios mío —susurró Inés.

—Vinieron por la noche con antorchas y armados, como si estuviéramos en plena Edad Oscura —bufó—. Lo quemaron todo. Mi padre se quedó para cubrir nuestra huida. Lo mataron a golpes y colgaron su cuerpo de un árbol.

—Jesucristo, Diego...

—Ese niño estúpido vino detrás de nosotros —continuó, haciendo una mueca—. Nos encontró y cogió a Elena. La golpeó y le hizo una brecha en la mejilla. Cuando la vi sangrar... —Diego cerró los ojos y aspiró hondo—. Perdí los nervios. Lo golpeé con una piedra, sin darle tiempo siquiera a gritar. Lo maté, tuve que hacerlo; él y su padre habrían hecho lo mismo de habernos dado caza.

Un largo silencio se extendió entre los dos. Olía a invierno, a lluvia y hierba, pero a Inés casi le pareció olfatear el olor de la tormenta en el interior de Diego. Lo abrazó, pero él no le devolvió el abrazo.

—Quiso el destino que ese chiquillo tonto no fuera otro que el primogénito de ese noble, su único hijo vivo. —Diego escupió las palabras como si le produjeran amargor—. Estuvimos escondidos mucho tiempo, en cuevas sobre todo, alimentándonos con lo que podíamos. Nos buscaron incansables. Me querían a mí y sabíamos que era cuestión de tiempo que dieran con nosotros. Huimos, pero fue muy difícil; había carteles con nuestros nombres en todas partes. Ese hombre tenía mucha influencia.

—Tantos años... —se compadeció Inés, acariciándole la mejilla.

—Mi madre creó una nueva identidad para mí —explicó con una sonrisa—. Me convertí en Diego Narváez en cuanto pisé Granada.

—¡Ah, sabía que no era tu nombre verdadero! —exclamó ella—. ¿Cómo te llamas?

—Me pusieron Andrés cuando nací, Andrés Soto —reveló sonriente.

—¿Andrés? Hombre, varonil, fuerte... —enumeró Inés con admiración.

—¿Cómo diablos sabes esas cosas? ¿Sabes hablar griego? —se extrañó él, Inés se encogió de hombros con una sonrisa y Diego resopló—. Siempre odié ese nombre.

—¿Por qué? Es precioso y te pega. Eres bastante varonil, ¿sabes? —rió, logrando con esa risa que la oscuridad desapareciera por completo del alma de Diego.

La abrazó y la besó. Inés cerró los ojos y se dejó llevar, con esa ternura y pasión que lo volvían loco. Cuando se separó, se volvió hacia el montículo de tierra una vez más.

—¿Recuerda lo que me dijo aquella noche, madre? —preguntó con voz suave—. Yo lo recuerdo perfectamente, me dijo que un día encontraría aquello que le daría sentido a mi existencia, mi misión en esta vida. —Miró a Inés y le acarició la mejilla—. Ya lo he encontrado, madre, y sería capaz de cualquier cosa por ella.

## Capítulo 12

La tarde del veintiséis de diciembre, Felipe entró en el patio del palacio de De Saavedra sucio, cansado y con un humor de perros. Le entregó las riendas de su caballo exhausto a un mozo y caminó con paso enérgico hacia la casa, rogando a todos los santos del cielo no encontrarse con Blasco. Ya había tenido suficientes aventuras por todo un año, gracias. Los puñeteros moriscos no podían haber elegido una época peor para hacer su revolución. Había tenido que permanecer escondido en Órgiva dos días y hacer el trayecto de regreso a El Padul ocultándose de las patrullas de rebeldes y los bandidos que iban en busca de acción. Esos moros estaban tan ansiosos por derramar sangre cristiana que el viaje se había convertido en toda una odisea.

Pero, por supuesto, era mucho pedir que su deseo se cumpliera, teniendo en cuenta la suerte negra que estaba teniendo en los últimos tiempos.

—Don Felipe —le salió al paso uno de los sirvientes.

—¿Qué? —le gritó de malas formas.

—El señor De Saavedra pidió que se reuniera con él en su alcoba en cuanto llegara.

—¿Es que ese hombre no sale jamás de allí? —gruñó hecho unos zorros, mientras se dirigía al dormitorio, bien consciente de que no era conveniente importunar a su señor más de la cuenta—. ¡Maldito leproso del demonio!

—¡Adelante! —exclamó Blasco cuando tocó a su puerta.

Felipe entró fingiendo una sonrisa sumisa y solícita, pero en cuanto dio un par de pasos dentro de la habitación, su rostro se contrajo en una mueca de asco. ¿Qué diablos era ese olor?

—Mi señor —jadeó al fijar la vista en el espectáculo macabro que se exponía ante sus ojos—. ¿Qué ha ocurrido aquí, estáis bien?

Blasco desvió la mirada de su condenado espejo y se giró hacia él con una

sonrisa. Estaba completamente desnudo, con su cuerpo cubierto por entero de sangre seca.

—Bastante bien, sí —respondió como si tal cosa.

—¿Quién es... era...? —Felipe no pudo terminar la pregunta, simplemente se limitó a señalar el cuerpo ensangrentado y abierto en canal que yacía en el diván. Por Dios, ¿cuánto tiempo llevaba eso allí?

—No recuerdo su nombre, ¿te lo puedes creer? —bufó él.

—Ah... ¿Habéis oído hablar de algún nuevo remedio? —Tenía que ser eso, ¿no?

—No, ya sabes que la última bruja, la prostituta, resultó ser un fraude.

—Y, ¿por qué habéis...? —Felipe sufrió una arcada al volver a mirar el cadáver.

—Por placer, ¿por qué si no? —respondió Blasco como si fuera la cosa más obvia del mundo—. Tú disfrutas revolcándote con tus mujerzuelas, pero sabes que yo siempre he sido más alto que eso.

—Os acostasteis con ella y... —Quería entenderlo, pero por Dios que su cerebro se había quedado paralizado ante semejante horror.

—¡No! —exclamó él, ofendido—. ¿Cómo iba yo a hacer semejante cosa con esa? No son necesarias las relaciones carnales para obtener placer, Felipe. He descubierto que disfruto más experimentando con un cuerpo.

—Lo habéis descubierto.

—Sí, me daba cuenta de que me sentía más joven y revitalizado tras nuestros interrogatorios, amigo —explicó Blasco con una sonrisa, tenía los dientes manchados de sangre—. Al principio creí que se trataba de los remedios, pero ahora sé que en verdad es el hecho de experimentar con la muerte. La muerte es hermosa y me da placer. Y poder, mucho poder.

—¿Poder?

—¿Es que no te has dado cuenta? —dijo, cogiéndole las mejillas a su chambelán y mirándolo con fervor—. Estoy dentro de una crisálida, preparándome para mi transformación definitiva. Esta piel está muriendo —escupió, haciendo un gesto hacia su cuerpo—. Pero va a renacer. ¡Yo voy a renacer! Estoy en proceso de convertirme en lo que siempre habitó dentro de mí.

—¿Y eso es...? —jadeó Felipe, más aterrado de lo que recordaba haber estado en su vida.

—¡Calígula! —exclamó Blasco, exultante—. Soy el renacer de Calígula,

que regresará en el cuerpo de un dios, ¿no, de un demonio! Los demonios son más poderosos que los dioses.

—Perdón, mi señor, pero no entiendo...

—¡Me voy a convertir en el demonio Calígula! —anunció alzando los brazos.

Jesús bendito, se había vuelto completamente loco. Felipe miró a la chica muerta y tragó saliva para evitar vomitar. Se dio cuenta de que estaba temblando, así que se sujetó las manos para disimular.

—Eso es maravilloso, mi señor —susurró, incapaz de encontrar qué más decir. Necesitaba salir de allí cuanto antes. Blasco había pasado de ser un idiota a ser un loco peligroso que encontraba placer en la tortura y la muerte, y él se encontraba demasiado cerca.

—¡Ah, mi fiel amigo! —suspiró, mirándolo con afecto—. Cuando esté en lo más alto, tú te sentarás a mi derecha.

—Eso... será todo un honor, señor —balbuceó.

—¡Pero para conseguir la transformación completa necesito un cuerpo! —apuntó con rabia repentina—. Este se muere, Felipe, necesito ocupar otro. ¡Necesito a ese brujo!

¿Brujo? ¡Ah, por Dios! Estaba metido en un gran lío, desde luego.

—Llegué hasta Órgiva, pero ese hombre había escapado de nuevo —explicó en un susurro, aterrado. Para su sorpresa, Blasco soltó una carcajada.

—¿Lo ves? ¡Es perfecto! Es poderoso como su hermana. Él es el cuerpo que ha de alojar el alma de Calígula.

—¿Queréis poseer el cuerpo de ese morisco? —murmuró Felipe. Santo cielo, ¿cómo iba a salir de esa?

—¿Acaso no está demostrando ser un digno recipiente? Fuerte, inteligente, astuto y brujo. ¿Es hermoso también, Felipe? —inquirió como si acabara de caer en la cuenta.

—Eso... Sí, eso me dijeron en el convento, mi señor, un hombre muy apuesto.

—¡Tráemelo! —exigió, su cara transformada en una máscara de mármol de repente—. Mi cuerpo no aguantará mucho más. ¡Lo necesito! Y si no lo tengo a tiempo, créeme que lo lamentarás.

—Descuidad, mi señor, lo tendréis —afirmó el chambelán. Si no salía de allí enseguida se iba a mear encima—. Ya casi lo he atrapado —mintió.

—Quiero a los otros dos también —añadió Blasco—. No lo olvides.

—Sí, mi señor. Si no necesitáis nada más... Iré ahora a organizar la búsqueda y...

—Sí, ve —lo despidió con un gesto—. Y manda a alguien de confianza para que limpie aquí, después de dos días todo se reseca y huele mal, ya no me divierte.

—Desde luego. —Ya había abierto la puerta, comenzado a saborear el aire del pasillo, cuando Blasco volvió a llamarlo—. ¿Sí, mi señor?

—A partir de ahora te dirigirás a mí como emperador —le ordenó.

—Desde luego, mi... emperador.

Blasco sonrió como un niño con un juguete nuevo y volvió a mirar su reflejo en el espejo.

—¿Acaso no me ves hoy más radiante que nunca, amigo mío?

—Desde luego que sí, mi emperador —respondió en un susurro.

Jesús bendito, ¿dónde diablos se había metido? ¿Realmente merecía la pena seguir con aquello? Cuando salió del dormitorio y recorrió los pasillos hasta su propia alcoba, decidió que sí. Había trabajado mucho para conseguir el poder sobre los bienes de Blasco de Saavedra; su demencia, el que se hubiera convertido en un monstruo sangriento... Bueno, Felipe era un gran embaucador, podría lidiar con ello, incluso quizás encontrara la forma de sacar beneficio a eso también. Tal vez de esa manera sería más fácil hacerle firmar el dichoso poder.

—Mi señor —lo llamó Ana desde un pasillo.

—Estás aquí —dijo con una sonrisa. Había llegado a cogerle cariño a esa muchacha simplona. Era dulce y complaciente en la cama, tendría que cuidarse de mantenerla alejada de Blasco—. ¿Disfrutaste de la Nochebuena con tu familia?

—Sí, mi señor, muchas gracias —respondió ella con una sonrisa tímida—. Don Felipe, afuera hay un morisco que dice tener información sobre esa gente a la que buscáis. Dice que los vio hace un día no muy lejos de aquí, en Tablate.

—¿De veras? —exclamó soltando una carcajada de alivio—. ¡Llévame con él enseguida!

—¿Cómo es posible que me duelan hasta los párpados? —gimió Inés cuando desmontó del caballo. Diego se rio y la estrechó en un abrazo de oso

—. ¡Estate quieto, podría vernos alguien!

—¿Quién va a vernos? Casi se ha puesto el sol y este camino está desierto.

—Pero tus brazos de hierro presionan en cada cardenal de mi cuerpo — protestó ella, provocándole una carcajada.

—¿Sabes lo que te pasa, princesa marmota? —se burló—. Que te has acostumbrado a las comodidades de los últimos días. Supéralo, ratoncillo, aún nos queda un poco hasta llegar a Almuñécar.

—Todavía estoy enfadada contigo por no haberme informado de tu cambio de planes —le increpó la chica, frotándose el trasero dolorido.

—No es que lo tuviera planeado —se defendió Diego—. Pero medité sobre lo que me dijiste y tienes razón, será en Motril donde primero nos busquen.

—¿Me estás dando la razón? —exclamó Inés, alzando los brazos al cielo—. ¡Es el fin del mundo!

—Tonta —masculló él con una sonrisa torcida—. No sé ni cómo te aguanto.

—Ni yo, francamente —rio ella.

—Será porque eres preciosa —ronroneó él, rodeándola con los brazos.

—Será que estás algo ciego —volvió a reír Inés.

—Será —afirmó Diego, soltando una carcajada cuando la muchacha le golpeó en el pecho.

—No me gusta mucho este lugar, me da miedo que alguien me reconozca —explicó Inés haciendo una mueca con los labios.

Diego se puso serio y trazó su mejilla con el dedo.

—¿Está tu casa cerca? —preguntó en voz baja.

—Es una casa de verano, pero sí, lo suficiente como para sentirme intranquila —suspiró ella—. Mi padre solo viene por aquí cuando hace buen tiempo, pero Fernando... —Su voz se apagó y algo en sus ojos se tornó oscuro, como cada vez que se refería a su hermano.

Diego se tragó el gruñido que pugnaba por salir de su garganta. Se moría por preguntarle al respecto, pero en lugar de hacerlo, la abrazó y la besó; ya hablaría cuando estuviera preparada, no pensaba presionarla.

—¡Oh, tanta dulzura y amor en tiempos de guerra! —exclamó una voz, sobresaltándolos.

Diego se tensó y se giró para observar la espesura a la izquierda del camino. Arrastró a Inés a su espalda mientras desenfundaba la espada, oteando con los ojos convertidos en rendijas.

—Casi da pena matarlos, ¿no crees? —se burló otra voz desde el lado

opuesto.

Diego giró de nuevo, soltando una maldición, tratando de fijar su vista en ambos lados. Sintió a Inés apretada contra su espalda, con la respiración agitada y tan tensa como él.

—No te separes de mí, no hables —le susurró—. ¿Quiénes sois? ¡Dejaos ver! —exigió.

—No, hermano, mejor tira el arma y échate al suelo, te estoy apuntando con un arco —advirtió una de las voces.

—¿Qué queréis? —insistió Diego sin obedecer.

—¿Tú qué crees? —bufó el otro—. Son malos tiempos, hombre, y tengo una familia a la que alimentar.

—¡No tenemos dinero!

—Ya, bueno, para eso quiero que te tires al suelo, grandullón, para comprobarlo.

Los matorrales se movieron a su izquierda para dejar al descubierto la silueta de un hombre altísimo y fornido como una mula. Era morisco y era un bandido a todas luces. ¡Perfecto! Haber llegado hasta allí huyendo de una conspiración para caer en manos de simples rateros.

—No sabía que el amor entre hombres estuviera permitido en estos lares —se rio el tipo, lanzándole una mirada a Inés—. Claro que ese sombrero y esas ropas bien podrían esconder unas curvas femeninas, ¿no?

—¿De quién escondes tus curvas, muchacha? —inquirió el otro con sorna.

Diego gruñó y alzó la espada, mientras la joven, con gestos cuidadosos, sacaba la honda de su bolsillo.

—Descuida, hombre, estoy felizmente casado y mi compañero también —aclaró el bandido con una risita—. Como te digo, tenemos una familia a la que mantener, ya tengo bastante con mi mujer, no necesito a la tuya, créeme.

—Pero no respires tranquilo, hermano —advirtió el otro tipo, dejándose ver también. Era otra mole de piel oscura y aspecto amenazador, que los apuntaba con otro arco—. El tener familia nos hace mucho más peligrosos de lo que puedas imaginar. No tienes ni idea de lo que es soportar los reproches de mi esposa.

Unas carcajadas corearon la ocurrencia y a Diego se le cayó el alma a los pies cuando cuatro figuras más se unieron a sus compañeros. ¿Cómo había sido tan descuidado? ¿Seis bandidos? Seis y él ni siquiera los había escuchado. O se estaba volviendo idiota o esos tipos eran expertos, lo que los

convertía en una seria amenaza.

—No tenemos nada de valor —explicó, tratando de mostrarse calmado—. Venimos huyendo de la familia de mi esposa, ellos no ven con buenos ojos nuestro matrimonio.

—¡Ah, qué injusta es la vida a veces! —suspiró uno de los bandidos, teatralmente.

—¿Es porque eres morisco? —preguntó otro con un gruñido.

—Así es —respondió Diego, vislumbrando una vía de escape diplomática—. La han repudiado y ahora nos buscan. Tuvimos que salir de Granada con lo puesto y...

—¡Perros cristianos, siempre jodiendo! —escupió el mismo hombre.

—Bueno, amigo —ronroneó el primero, acercándose—, la cuestión es que tu historia no nos importa lo más mínimo. La vida nos ha enseñado a mí y a mis compañeros a no inmiscuirnos en nada que no nos incumba directamente.

—¡Eso es! —afirmó el del otro arco—. Como si huis del demonio, muchacho. También nosotros debemos huir y necesitamos lo que hay en vuestras alforjas.

—Solo llevamos comida —susurró Inés.

—¡Y yo me muero de hambre! —exclamó un bandido.

—¡Sí! —gritaron todos al unísono entre risotadas.

—¿Sabéis que Aben Humeya ha llamado a las armas a todos los hermanos moriscos? —probó Diego—. Van a luchar contra los cristianos y su opresión. Van camino de Las Alpujarras, seguro que os recibirán con los brazos abiertos y allí tendréis comida y...

—¿Ir a la guerra? —espetó el que parecía el líder—. No, desde luego que no. Tenemos hijos pequeños, ¡somos de Granada! Llevamos aquí toda la vida. No vamos a poner en peligro a nuestras familias y arriesgarnos a que nos expulsen de nuestra tierra.

—Pero lo harán igualmente, si Humeya pierde y...

—¡Me importa un bledo! —bramó el otro—. Esa no es nuestra guerra. Nuestra guerra es contra el hambre. Por culpa de ese estúpido las cosas se nos están poniendo difíciles. ¡Incluso los propios hermanos moriscos nos han amenazado por no querer ayudarlos!

—No vamos a luchar —afirmó otro bandido.

—¿Y por eso asaltáis caminos? —inquirió Inés con acritud.

—No podemos trabajar con libertad; lo siento, hermosa, pero de algo

tendremos que vivir.

—Y, siendo sinceros, es más fácil robar que trabajar —confesó uno de los bandidos, que fue coreado de nuevo por las carcajadas de sus amigos.

—Vamos, no perdamos más tiempo, deja tu espada y echaos al suelo. Si no lleváis nada como dices, al menos podremos sacar algo por ese vejestorio de caballo.

—Nos condenaréis —dijo Inés con rabia.

—Y ya ves lo que nos importa —bufó el morisco—. ¡Al suelo he dicho!

En cuestión de segundos, Inés y Diego se vieron rodeados por seis hombres armados y con aspecto de no querer seguir hablando.

—Matar no es un problema para ninguno de nosotros, así que os recomiendo que obedezcáis.

—Lo siento, pero no puedo permitirlo —musitó Diego en voz baja.

—¿Qué? —se rio el otro.

Y, con un bramido y un movimiento tan rápido que los cogió desprevenidos, Diego se abalanzó sobre el líder de los bandidos blandiendo su espada. Por desgracia, había subestimado las habilidades de esos salvajes; antes de que lograra dar su tajo, otra espada se interpuso con la suya y frenó el ataque. Saltaron chispas por el impacto, y de repente Diego se vio parando los golpes de un segundo contrincante. Escuchó algún gemido que otro y por el rabillo del ojo pudo ver que Inés estaba disparando con la honda que él le había fabricado. Maldijo cuando se dio cuenta de que su lucha lo había alejado de ella. ¡Por Dios, con una honda y una daga no podría hacer nada contra aquellos cinco hombres! Y ese desgraciado era buen espadachín, no conseguía quitárselo de encima, no lograba...

—¡Basta! —gritó el líder con furia, poniéndose en su campo de visión. A Diego la sangre se le heló en las venas cuando vio que sujetaba a Inés contra su pecho y que en el cuello de la muchacha descansaba la hoja de un cuchillo—. No me obligues a estropear esta piel tan bonita. No tiene por qué morir nadie.

—¡Suéltala! —exigió con los dientes apretados.

—¡Tira la espada, héroe! —ordenó el otro.

—¡Diego! —lo llamó Inés—. Déjalo estar, por favor. Conseguiremos más comida.

—Eso es, Diego, haz caso a la damita —se mofó uno de los bandidos.

Enseñó los dientes con furia, pero lanzó la espada lejos de él, rindiéndose a

su pesar.

—Muy bien, ahora échate al suelo, vamos, no quiero más sorpresas. No me gusta matar, pero si he de hacerlo no me temblará la mano.

A Diego no le cabía la menor duda de aquello. Con movimientos lentos, sin dejar de vigilar a Inés, se arrodilló en el suelo y colocó las manos tras su nuca.

—¡Suéltala! —repitió.

—Enseguida. ¡Venga, muchachos, registradlo! —ordenó a sus hombres—. Disculpadme, joven dama, pero también han de registraros a vos —anunció con sorna.

—¡Ni se te ocurra ponerle las manos encima! —bramó Diego, haciendo ademán de levantarse.

—¡Ya me tienes hartos! —gritó el que había luchado contra él, propinándole un golpe contundente en la sien con la empuñadura de su espada.

No llegó a perder el conocimiento, aunque el golpe lo dejó aturdido. Escuchó a Inés gritar su nombre cuando se desplomó en el suelo y se odió una vez más. ¡Maldito estúpido, descuidado, imbécil! ¡Se suponía que debía protegerla, que ella confiaba en que lo hiciera, y, sin embargo, no hacía más que fallarle! Le asqueó sentir las manos de aquel bandido recorriendo su cuerpo y despojándole de lo poco que poseía, y la rabia le inflamó las venas al pensar que estarían haciendo lo mismo con Inés.

—Bien, amigo —habló el líder al cabo de unos minutos—. Ahora nos iremos y no os molestaremos más. ¡Mucho ojo con seguirnos o volver a intentar una estupidez como la de antes! Si hieres a uno de los míos, aunque solo sea un arañazo, despellejaré a esta monada delante de tus ojos y después haré lo mismo contigo.

Diego se incorporó con dificultad cuando los escuchó alejarse por el camino con su caballo. Le dolía horrores la cabeza. Inés estaba a unos metros de él, de rodillas y con las manos tras la nuca. Tenía los ojos brillantes, pero no lloraba, solo apretaba los dientes con la misma rabia que lo quemaba a él.

—¿Estás bien? —le preguntó con ansiedad, corriendo hacia ella.

—Sí. ¿Y tú?

Diego la estrechó en un abrazo, mientras observaba cómo esos desgraciados se alejaban por el camino con sus escasas pertenencias, entre risas y chanzas.

—Lo siento mucho —susurró con la voz rota—. Te he vuelto a fallar.

—Pero ¿qué dices? —exclamó ella, besándole en la frente—. ¡Jamás me

has fallado! No podíamos hacer nada, eran muchos y bien preparados.

—Nos han dejado sin nada.

—Nos han dejado con vida —lo corrigió ella.

Diego sonrió con tristeza antes de besarla, pero, entonces, uno de los bandidos vociferó:

—¡Buenas tetas las que guarda la dama bajo esa horrible camisa! —Soltó una carcajada que los demás corearon y el juicio de Diego se apagó como una antorcha arrojada a un charco.

—¡Diego, no! —gritó Inés, tratando de sujetarlo por el brazo para que no corriera tras ellos—. ¡Es mentira, ni siquiera me tocó!

Pero Diego solo escuchaba el latido de su corazón, el torrente de furia en las venas. Se soltó de su amarre y corrió hacia los bandidos completamente desarmado. Ocurrió tan deprisa que Inés no tuvo tiempo de procesar nada hasta que no vio a Diego desplomarse de espaldas contra el suelo, con un reguero de sangre extendiéndose por su camisa.

—¡Diego! —jadeó, corriendo y arrodillándose a su lado—. ¡Maldita sea, te han disparado!

—Estoy vivo —musitó él.

—¿Por qué no podías estarte quieto? ¡Te he dicho que era mentira! —le recriminó, examinándolo con angustia.

Por fortuna, la flecha se había incrustado cerca del hombro y la herida, aunque aparatosa, no parecía grave. O bien el que había disparado tenía mala puntería o bien matarlo no había sido su intención.

—Hay que llevarte a algún sitio, tenemos que curar eso.

—Mis medicinas iban en las alforjas, no tenemos nada —indicó él, intentando incorporarse—. Pero es solo un rasguño, podré curarlo con...

—¡Estate quieto de una buena vez! —le riñó la muchacha, empujándolo para que permaneciera tumbado—. Ya has hecho bastante por hoy, ahora seré yo la que mande.

—Inés, tenemos que salir de aquí, se hace de noche y estamos expuestos —le advirtió con voz cansina.

—Lo sé —susurró ella, mirando hacia un lado del camino. Se lamió los labios con nerviosismo antes de hablar de nuevo—: Iremos a mi casa.

—¿Qué? —casi gritó él—. ¡No, ni hablar!

—No tenemos muchas opciones, Diego. Tenemos que curar esa herida o se infectará, también tienes un chichón en la sien, estás aturdido.

—¿Desde cuándo eres enfermera? —la acusó.

—Pues da la casualidad de que ayudé en la enfermería del convento alguna vez —se defendió ella, ayudándolo a ponerse en pie—. Iremos a mi casa —repitió.

—Inés, aunque fueras bien recibida allí, que no es el caso, será justamente en ese lugar donde los hombres de Blasco de Saavedra nos estén esperando.

—No tenemos por qué acercarnos. Hay una pequeña cabaña en el campo, a dos leguas de la casa —explicó—. La usan los agricultores, pero en estas fechas estará vacía. Era mi refugio cuando vivía allí y necesitaba escapar.

—Podemos buscar cualquier otro rincón.

—No podremos llegar a Almuñécar sin dinero ni comida y mucho menos contigo en este estado —razonó ella—. Allí hay mantas y tinajas para recoger el agua de lluvia, puede que incluso encontremos algo que podamos vender. Es una buena idea, Diego.

—Es una locura y lo sabes —gruñó él—. Seguro que ese desgraciado tiene apostados guardias también allí. Tu hermano podría haberles hablado de esa cabaña.

—Pues nos acercaremos con cuidado y, si descubrimos algo sospechoso, nos damos la vuelta —expuso la joven—. Pero debemos intentarlo al menos, sabes que llevo razón. Ir hasta Tablate también fue un riesgo y no habríamos podido continuar sin el padre Gimeno.

—Para que luego acabaran asaltándonos unos simples bandidos —se recriminó.

—No eran simples en absoluto —le recordó ella, comenzando a arrastrarlo.

No es que hubiera logrado convencerlo, Diego sabía que era un plan horrible, y, mientras caminaba, la sangre le hervía de inquietud. No obstante, debía de reconocer que Inés llevaba razón en algo, si no había sido capaz de protegerla estando sano, ¿qué posibilidades tendría en ese patético estado? Debía sacar la flecha y desinfectar la herida, y para ello necesitaba como mínimo un cuchillo y agua limpia.

## Capítulo 13

Le habría resultado muy útil dar con un sauce blanco o alguna otra planta que le ayudara a aliviar el dolor, pero en su lugar tuvo que conformarse con algunas hojas de poleo y las flores de lavanda que, por fortuna, salpicaban el campo. Diego recogió las más resacas mientras seguía a Inés, la cual se movía por aquel terreno con la seguridad del que lo ha recorrido miles de veces.

La noche cayó sobre ellos mientras caminaban hacia la cabaña y Diego tuvo el primer atisbo real de lo poderosa y rica que era la familia de Inés. Sabía que lo era, ella jamás había ocultado que descendía de un hidalgo, pero siempre la había visto tan sencilla que ese pensamiento había quedado relegado en su mente hacía tiempo. Sin embargo, en esos instantes, mientras caminaba con soltura esquivando hierbas y terrones de barro, tan lejos de la torpeza de los primeros días, tuvo que reconocer que su porte era regio a pesar de esos horribles ropajes y que sus rasgos eran finos y nobles como los de una gran dama, por más que los días pasados a la intemperie y los rigores de su aventura le hubieran tostado un poco la piel. Y, aun así, ella habría preferido un millón de veces ser una campesina sencilla que tener que sufrir todo lo que su maldito apellido le había acarreado.

La pequeña cabaña resultó estar en bastante buen estado, solo había algo de polvo que a ellos no les molestaba. Inés llevaba razón, aquel rincón estaba tan escondido que era poco probable que los encontrara nadie por casualidad. Tampoco había señales de que hubieran registrado el lugar recientemente; en cualquier caso, Diego no bajó la guardia, pasarían allí la noche, pero antes de que amaneciera saldrían para evitar riesgos.

Cerraron los postigos de las ventanas y prendieron un candil con la yesca que Diego encontró sobre la repisa de la chimenea. Sabía que encender fuego era arriesgado, pero necesitaba hervir las hierbas, así que, evitando la

chimenea para que el humo no se alzara en el cielo y pudiera delatarlos, dejó abierta una pequeña rendija en la ventana trasera y encendió algunas ramas secas que había recogido. Llenó un cuenco de peltre con el agua de lluvia que las tinajas apostadas en la puerta habían recogido, y se dispuso a hacer las infusiones mientras Inés limpiaba la mesa y extendía unas mantas raídas sobre el único jergón que había.

Hallaron algunas cosas más que les vendrían bien, pero lo más útil que encontraron fueron los tres cuchillos de caza que había sobre el aparador, el trozo de jabón y la botella de aguardiente, de la que Diego dio tres tragos para mitigar el dolor mientras la medicina se preparaba.

Se desprendió de su camisa empapada de sangre y examinó la herida. No parecía muy grave, pero tendría que sacar la flecha y eso iba a doler. Acercó la hoja de uno de los cuchillos al fuego y dio un largo trago a la botella antes de comenzar a abrir la carne.

—¡Jesús bendito! —se horrorizó Inés, que se había acercado al escucharlo gruñir de dolor—. ¿Qué diablos haces?

—Una cesta de esparto —escupió con los dientes apretados, sin desviar la mirada de su sangrienta tarea— ¿A ti qué te parece?

—¡No me hables así, mendrugo! No es culpa mía que te dispararan esa flecha.

Diego apretó más los dientes para evitar darle una réplica que sabía sería injusta.

—Lo siento. Duele —se disculpó.

—¿No hay una manera menos terrible de sacarla? —susurró Inés, que se había puesto muy pálida.

—Si tiro de ella sin abrir me desgarrará. —Diego volvió a beber aguardiente cuando terminó de rajar, y se dispuso a sacar la punta. Esta vez no pudo contener un gemido e incluso se mareó, pero logró extraer el dichoso metal, que lanzó con furia al suelo—. Pásame un trapo mojado, por favor.

Inés obedeció y se quedó de pie a su lado, mirando impotente cómo lavaba la herida que no dejaba de sangrar.

—He encontrado aguja e hilo en una caja, están limpios. Los hombres de mi padre lo usan cuando se hacen heridas, pero no he visto nada más que pueda ayudarte, solo una sábana que podemos hacer jirones para hacer vendas.

—Será suficiente —musitó él, que de repente había perdido las fuerzas—. Creo que necesitaré tu ayuda.

Inés hizo todo lo que le dijo sin rechistar. Cosió la herida de Diego con aprensión, porque él temblaba demasiado para hacerlo solo, aplicó una plasta con las hierbas hervidas y lo cubrió con una venda empapada en la infusión. Para cuando terminó, el joven se había bebido más de un cuarto de la botella de aguardiente. Estaba pálido, pero sus ojos brillaban vivaces.

—Creo que eres la enfermera más bonita que he visto en mi vida —le dijo, mientras ella escurría un paño empapado de sangre.

—Y yo creo que ese aguardiente es bastante bueno.

—Sí, eso también —se rio—. Pero en cualquier caso... ¿Es normal que cada vez que te mire te vea más hermosa?

—Sí, si hay un sorbo de esa botella entre vez y vez —bromeó ella.

—No me tomas en serio —rumió Diego, echándose atrás en la silla para observarla mejor.

—Lástima que no haya nada de comer por aquí —suspiró Inés, ignorándolo.

—Mañana buscaremos algo. Lo mejor que podemos hacer es acostarnos pronto y así olvidaremos el hambre.

—No sé si eso me convence —resopló la joven.

Diego la contempló mientras ella trataba de lavar su camisa. Se guardó de referirle lo absurdo que era aquello, no daría tiempo a que se secase y prefería mil veces ir sucio que ir empapado a finales de diciembre, pero no sería él quien desmereciera nada de lo que hacía.

Ladeó la cabeza para abarcar mejor su visión. Su cuerpo se balanceaba con cada sacudida y desde allí tenía una perspectiva inquietante de su trasero respingón siguiendo el ritmo de su tarea. Cerró los ojos y sacudió la cabeza un poco. De acuerdo, tal vez sí había bebido más aguardiente de la cuenta, pero no era una novedad deseársela como lo hacía en ese instante.

—¿Por qué me miras así? —le preguntó Inés al darse cuenta.

Diego no pudo evitar torcer una sonrisa lenta y sensual que provocó que ella se sonrojara al instante.

—¿Cómo lo vamos a hacer para dormir, hermana Inés? —ronroneó.

—¡Oh! —exclamó ella, poniéndose aún más roja—. Tú estás herido, así que dormirás en la cama y yo haré guardia.

—Umm, no, ni hablar —murmuró, poniéndose en pie. Se acercó a ella y le rodeó la cintura, antes de inclinarse y dejar un reguero de besos por su cuello —. Hace demasiado frío y yo voy medio desnudo. Es mejor que te tumbes a mi lado y me abras para que no me enfríe.

—No soy una manta —protestó ella sin demasiada convicción.

—Eres mejor, Inés —le susurró en el oído, arrancándole un escalofrío—, ninguna manta causaría el efecto que tú causas en mí.

—¿Cuándo has dejado de ser un ogro para convertirte en un pervertido? — Diego se rio roncamente, mientras ella trataba de apartarlo—. Creo que has bebido demasiado.

—Sí, sin duda, pero es divertido sacarte los colores, ratoncillo. Además... —añadió arrugando un poco la frente, pensativo—, tienes algo que me hace querer más de ti cada vez. No sé qué es, Inés, pero es imparable. ¡Necesito más de ti!

Inés se tensó y lo miró con seriedad. Demasiada seriedad... Al ver que no decía nada, Diego se aclaró la garganta, algo azorado; quizás había sido demasiado osado.

—Lo siento —murmuró—. Creo que sí que he bebido más de la cuenta.

Inés seguía mirándolo, pero en su expresión había algo que no estaba bien. No creía que lo que le acababa de confesar fuera nada malo, al menos no tan grave como para haber provocado esa palidez y el temblor de sus manos. Y si se fijaba bien... ¿Era miedo lo que leía en sus ojos? ¡Jesús!

—Inés... —susurró, acariciándole la mejilla con ternura—. No quería ofenderte, solo decirte lo mucho que... —¿Cómo decirlo? ¿Lo mucho que me gustas? ¿Lo mucho que te deseo? Podía hacerse una idea de lo que estaba pasando ahora mismo por la cabeza de la muchacha y no sabía cómo arreglarlo, cómo hacerle ver que estaba equivocada—. Inés, lo siento.

Se apartó de su lado, frustrado por no saber cómo proceder, y se sentó en la silla. La maldita herida le dolía, pero no quería enturbiar más su cerebro con el aguardiente.

Inés fue consciente enseguida de su incomodidad y se sintió culpable por hacerle eso también. ¿Cómo conseguía estropearlo todo siempre? Tragó saliva amarga, su piel parecía más fría ahora que él no la estaba tocando. ¡Deseaba que la tocara! Sus besos... ¡Ah, comprendía lo que Diego había querido decir! Tampoco ella tenía suficiente. Lo necesitaba cerca todo el rato, sentirlo, tocarlo, y más... No sabía cómo explicarlo, pero... ¡Pero aquello no podía ser correcto! Lo estaba haciendo de nuevo, estaba inoculando pensamientos impuros en un hombre noble como Diego, y lo cierto es que, ¡maldita fuera!, le encantaba ver ese brillo de deseo en su mirada.

Lo observó con detenimiento. Era impresionante. Demasiado impresionante

para poder creer que hubiera puesto sus ojos en ella, y, sin embargo, así era. Diego podía ser un montón de cosas y tal vez no todas buenas, pero, si de algo estaba segura, era de su sinceridad. Sabía que todo lo que le decía era verdad, sentía algo especial por ella. Y por eso mismo Inés se odiaba en ese instante, por no ser capaz de confesarle su horrible verdad.

Se pasó la lengua por los labios y de nuevo hizo acopio de fuerzas para contárselo todo, pero, como cada vez que lo intentaba, el estómago le dio un vuelco que casi la hizo vomitar. En lugar de hablar, se dejó llevar por sus impulsos, corrió hasta su lado y lo abrazó con fuerza. Diego dio un respingo y siseó.

—Lo siento —exclamó Inés, apartándose de nuevo—. Te he hecho daño.

Él la cogió por la muñeca para impedir que se alejara y se puso en pie.

—Estoy bien —la tranquilizó, trazando su frente con los dedos—. ¿Vas a decirme lo que te ocurre?

—Es solo que... —comenzó; las palabras se atascaban en su garganta—. Tú has sido sincero siempre conmigo. Eres noble y... —Sacudió la cabeza con angustia—. Yo no soy como tú crees que soy, Diego. No sé si merezco esto que me estás dando, me siento... —Se apretó el pecho con la mano, incapaz de expresarlo con palabras—. He hecho cosas horribles.

—Ven aquí, ratoncillo —le susurró, estrechándola en un abrazo—. ¿Acaso crees que yo no? Todos tenemos un pasado y un futuro, Inés. Ni todos los buenos propósitos del mundo nos garantizan que no volvamos a cometer errores, solo podemos intentarlo. Pero lo que sí está claro es que no podemos dejar que nos sigan atormentando los que ya no tienen remedio.

—Pero lo que yo hice...

—Inés —la cortó, apartándola un poco para obligarla a mirarlo—, si de algo estoy seguro en esta vida es de que, de eso que tú te avergüenzas, no tuviste ninguna culpa —le dijo con rotundidad, casi con rabia—. Puedes haber cometido otros errores en la vida, volverás a fallar, ¡eres humana, por Dios! Pero eso... ¡No, Inés, tú no fuiste culpable de eso! Y te juro por el alma de mi madre que haré todo lo que esté en mi mano por arrancar esa idea de tu mente.

La muchacha lo miró con ojos de espanto. ¿Era posible que él lo supiera? No, sin duda debía de estar en un error, no podía saber hasta qué punto estaba manchada y seguir siendo tan tierno con ella.

—No creo que sepas lo que dices —musitó, bajando la mirada.

—¡Pues dímelo, Inés! —le pidió con frustración—. Dime qué te pasó, qué

provocó que te tengas en tan baja estima. Te juro que si es lo que yo creo voy a arrancar cada uno de tus malos recuerdos a besos; y si no lo es... ¡Ah, Inés! — La estrechó en sus brazos de nuevo y le besó la coronilla—. ¿Acaso no ves que nada en el mundo podría borrar tu luz? ¡Si te pareces al sol, mira tu cabello! —rio—. Nada de lo que hayas hecho puede ensombrecerte. Nada podría hacer que yo dejará de verte como el ángel que eres.

—No digas eso sin saberlo —sollozó, aferrándose a su espalda como si se tratara de una balsa en medio del mar. Tan necesitada de ser rescatada del abismo, de ser perdonada y aceptada—. Si te lo digo y después tú...

Diego la silenció con un beso. Presionó sus labios y los acarició con toda la veneración que sentía, hasta que Inés los separó un poco y la rozó con su aliento cálido.

—No hay nada malo en ti, mi amor —le susurró—. El que alguien te desee no es problema tuyo. Tú eres hermosa, pero no eres responsable de las pasiones de los demás. Yo te deseo, Inés. No sabes cómo en este preciso instante —puntualizó con una risita—. Pero ese deseo responde solo a mis instintos y a lo que yo siento por ti. Si ese deseo me convirtiera en un animal, tú no serías responsable de ello, solo sería culpa mía.

—Entonces, sí que lo sabes... —murmuró la joven con los ojos brillantes.

—Si yo fuera un monstruo, mis pasiones me llevarían a hacerte daño — prosiguió él con un gruñido feroz—. Y sería yo el que se condenaría al infierno por ello, por haber destruido tu sonrisa, por haberte llenado de inseguridades y miedos. ¡Él es el monstruo, Inés, no tú! ¡Él!

—Mi padre dijo que estaba maldita —reveló ella—. Y yo rompí mi compromiso porque no soportaba la vergüenza. Si me casaba y ese hombre descubría que yo no era...

—¡Maldito tu padre! —rumió Diego—. Escúchame, ratoncillo. Sé que por más que te diga ahora, te costará borrar esa idea que te han inculcado, pero te juro que viviré cada uno de mis días para hacerte olvidarla.

—Para ello tendrías que vivir cada uno de tus días a mi lado —apuntó ella con una sonrisa.

Diego la miró en silencio, con intensidad. Por un instante se le pasó por la cabeza la idea de que había hablado demasiado, que la pasión, el momento y el alcohol habían tomado control de su lengua. Sin embargo, cuando acarició su mejilla, cuando rozó sus labios con los dedos y aspiró su aroma, solo pudo abrazarla más fuerte para sentir también su calor y su cuerpo contra su pecho

desnudo. Y entonces supo que lo que había dicho era perfecto, que solo traducía sus deseos. Pensó que nada en el mundo podría ser más importante que pasar cada uno de sus días con Inés. Ni siquiera su venganza, ni siquiera su odio hacia Blasco de Saavedra; de repente sentía como si Elena, Rodrigo y su madre le estuvieran susurrando al oído que era justo por eso que el destino los había unido, que esto justificaba sobradamente sus muertes, que era así como debía ser y que no querían que arriesgaran la felicidad que al fin se les brindaba por vengarlos.

—Y lo haré —anunció con solemnidad. Inés rompió el abrazo para mirarlo, sorprendida. Diego asintió con énfasis—. Lo haré, Inés, si es lo que quieres.

—No, Diego —objetó ella—, has de hacerlo solo si quieres tú.

—¡Y si tú me aceptas a tu lado! —respondió con una sonrisa—. ¡Lo haré!

—No puedes estar hablando en serio. ¿Qué hay de De Saavedra?

—¡Al infierno ese cabrón! —escupió—. He comprendido que no quiero arriesgar lo que tengo por culpa de un monstruo. De repente siento que la vida me ha dado una nueva oportunidad, que tengo un buen motivo para vivir, que puedo ser feliz al fin, y no quiero echar eso a perder por una venganza que no va a traer de regreso a nuestros seres queridos.

—No, ya no regresarán —asintió Inés—. Y no creo que ninguno de ellos quisiera que murieras en su nombre.

Diego arrugó la frente y sacudió un poco la cabeza.

—¿No creerás que soy un cobarde por ello? —preguntó con preocupación—. Quiero decir... ¡No lo dejaré estar, Inés, lo juro! Huiremos juntos y, una vez que estemos a salvo, escribiré a la Chancillería, ¡al rey si es necesario! Viviré mis días para desenmascarar a ese asesino, pero lo haré desde la distancia. No quiero morir —susurró, sorprendido al caer en la cuenta de ese hecho; comprendiendo que, hasta que conoció a Inés, morir o vivir le había dado igual—. Quiero estar contigo, ¡no quiero morir! —repitió con más seguridad—. Dime, Inés, ¿podrías aceptarme a tu lado si me comportara como un cobarde por una vez en mi vida?

Ella abrió mucho los ojos y se apartó un poco para observarlo mejor.

—¿Lo dices de veras? —inquirió—. ¡No necesitas que yo te dé el visto bueno en nada de lo que hagas, Diego!

—Aun así... —insistió en voz muy baja.

—¿Crees que te consideraré un cobarde por dejarlo todo y venir conmigo? —Inés se echó a reír con lágrimas en los ojos—. ¿Por haber sabido enterrar la

oscuridad y abrazar la vida? ¡Creo que eres el hombre más valiente que existe sobre la tierra, Andrés!

—¡Jesús, no me llames así! Es un nombre horrible —se quejó, haciendo una mueca.

—No hay nada horrible en ti, créeme —repuso ella acariciándole la mejilla.

—Entonces... —continuó él con seriedad—. ¿Aceptarías que viajara contigo? Saldríamos de España. A Inglaterra, África, me da igual. Buscaré un hueco para los dos en el primer barco que quiera llevarnos. Tú y yo, Inés, ¿querrías...?

La joven no lo dejó terminar. Lo estrechó en un abrazo y buscó sus labios para besarlos, tratando de explicar con sus actos todo el entusiasmo y felicidad que sabía era imposible transmitir con palabras. Diego le devolvió el beso con alivio y ternura, una ternura que no tardó en convertirse en pasión, como ya estaba acostumbrado. Inés era dulce y suave, pero era la única mujer que lograba encender su sangre con solo un roce.

La apretó más fuerte, eliminando cualquier distancia entre ellos. Sentir su pecho velado por la camisa contra su piel desnuda era una agonía. Sus besos se volvieron más desesperados y ella le correspondía con voracidad, tan hambrienta como lo estaba él, enredando los dedos en su cabello, mientras las manos de Diego recorrían su cintura, sus caderas, luchando por ser gentiles y mantener a raya la ansiedad que sentían por acariciar cada centímetro de su piel. No lo lograron del todo, era imposible no llegar hasta su trasero, empujar un poco para eliminar barreras. Tampoco pudo evitar que una de ellas se perdiera por debajo de la enorme camisa y recorriera su espalda desnuda.

Un gruñido masculino se perdió dentro de la boca de Inés al palpar esa piel suave y cálida, que recorrió con las yemas de los dedos, arriba y abajo. Ella gimió de placer por sus caricias y la necesidad de Diego se tornó incontenible. Entendió que estaba a muy poco de perder el control y convertirse en un ser descerebrado. No podía ser así, no con Inés.

—Inés —la llamó con un susurro ronco, apartándola un poco de él. Cuando ella abrió esos preciosos ojos de miel oscurecidos por el deseo, estuvo tentado de mandar su moral al cuerno. Apoyó la frente contra la de la joven, su aliento agitado le hacía cosquillas en la nariz y los labios—. Inés, tenemos que parar esto. Ahora.

—Estoy metiendo la pata otra vez, ¿a qué sí? —preguntó con preocupación.

—No, ratoncillo —respondió con una sonrisa—. Lo que haces es maravilloso. Demasiado maravilloso, de hecho. La unión carnal es algo tan natural y necesario como comer, aunque mucho más agradable si se hace con la persona correcta —rio—. Hacerlo contigo sería como rozar el paraíso, y sería hermoso, y bueno, y nada de lo que avergonzarse, eso te lo aseguro.

—¿Unión carnal? —exclamó ella abriendo mucho los ojos, como si ni siquiera se le hubiera pasado por la cabeza que aquellos besos pudieran desembocar en algo más.

—Inés... Besarte y tocarte de esta manera... —Diego soltó el aire de forma temblorosa—. No voy a mentirte, me muero por hacerte el amor en este momento. ¡Y no sería algo ilícito pues jamás te abandonaré! No obstante, solo cruzaré esa frontera cuando comprendas que no hay nada malo en ello, que es maravilloso, que no tiene nada que ver con lo que te han dicho o lo que... —Tragó saliva y completó la frase—. O lo que has vivido hasta ahora. Solo cuando confíes plenamente en ti y también en mí. ¿De acuerdo?

Inés lo miró con intensidad y asintió. Él le sonrió con ternura y le dio un beso en la punta de la nariz antes de apartarse de su lado.

—Será mejor que durmamos —dijo. La voz aún le sonaba algo ronca y su deseo seguía palpitando, pero se obligó a pensar en otra cosa—. Confieso que necesito descansar, así que acepto tu ofrecimiento de hacer la primera guardia.

—De acuerdo —respondió ella.

—Me despertarás dentro de dos horas para que te sustituya. Tú también necesitas dormir.

—¿Ya no te duele la herida?

—Como el infierno —se rio—. Pero eso no tiene nada que ver. Vas a dormir un poco.

—Diego... —lo llamó cuando él se echó sobre el jergón—. ¿Si te prometo no dormirme, me dejarás tumbarme junto a ti? Tengo la espalda destrozada y estoy helada.

Diego soltó una carcajada y dio unas palmaditas con la mano sobre el colchón; Inés corrió con una sonrisa de niña y se tumbó.

—¡Ah, pensé que tendría que ser yo el que se rebajara a pedirte! —confesó él cuando se arrebujó bajo las mantas a su lado. La hizo girar para poder abrazarla de espaldas, encajando sus cuerpos y apoyando la barbilla en su hombro.

—¿Sabes algo? Hemos dormido uno al lado del otro muchas veces, pero

esto es... Parece como romper una norma.

—Porque estamos sobre una cama y se han creado un montón de ideas absurdas y vergonzosas acerca de que dos personas compartan una. Pero es una estupidez dormir incómodos sobre una silla cuando hay un colchón sobre el que tumbarse —la tranquilizó, aunque sabía que ella tenía razón.

Se quedaron en silencio durante unos minutos, cada uno sumido en sus propios pensamientos. Inés meditó acerca de si debía o no contarle todo lo que había pasado con su hermano. Diego había acertado con sus suposiciones y aun así quería marcharse con ella. El estómago se le llenaba de mariposas cuando recordaba sus palabras. Diego... Su Diego. ¿Cambiarían las cosas cuando le contara los detalles? No, ahora estaba convencida de que nada cambiaría entre ellos, solo se reforzaría la confianza. Y, con aquella certeza, llegó otra que la dejó abrumada durante un instante, aunque no le sorprendió.

—Diego —susurró.

—¿Umm?

—Te quiero. —Así, sin tapujos, poniendo la verdad de su corazón en los labios. Diego se tensó a su espalda y aspiró hondo—. Tal vez me consideres una estúpida por confesarte algo así, pero siempre he tenido problemas para callar mis emociones. Ya ves, puedo guardar un secreto, pero no eso.

Él se incorporó un poco y la obligó a tumbarse de espaldas para mirarla a la cara. Habían dejado el candil encendido y la luz de la llama arrancaba destellos de oro viejo a su pelo. Devoró cada uno de sus rasgos, tratando de procesar la sacudida que le había dado el corazón al escuchar esas palabras.

—Siempre he sabido que estaba enamorada de ti —continuó ella—. Desde que te vi en el convento por primera vez. Todo un guerrero de leyenda, solo te faltaba la armadura —se rio—. Me moría por saber más de ti y, cuando escribías a Elena, ella me leía tus cartas como si se tratara de un libro de aventuras. Sospecho que exageraba muchas cosas, estoy convencida de que jamás me mandaste recuerdos en ellas —volvió a reír.

—Lo cierto es que sí que lo hacía —confesó Diego, sonriente. También a él le había causado impacto esa muchacha flacucha de lengua afilada, aunque no sabría decir si había habido atracción ya por entonces.

—¿De veras? Bueno, sea como sea, creo que tu hermana sí que exageraba sus historias porque sabía que me hacía feliz escucharlas. Después, cuando te vi en el cementerio, cuando nos salvaste en el camino... Resultaste ser un cretino.

—¡Gracias! —bufó él, arrancándole una carcajada.

—Pero yo seguía estando enamorada de Diego Narváez. Ese amor de cuento, ese amor irreal que se siente por un sueño —añadió Inés con dulzura—. Ahora ya no lo estoy.

—¿Qué?

—Ahora te quiero de verdad, a ti, al Diego de carne y hueso —admitió con solemnidad—. ¿Crees que soy una idiota por decírtelo?

—No —susurró él, emocionado—. Creo que eres la mujer más fascinante que existe.

—Me alegra oírlo, porque quiero decirte que sí confío en ti —afirmó, sus mejillas se sonrojaron un poco bajo la mirada de Diego, que no podía creer que le estuviera diciendo lo que él creía que le estaba diciendo—. Y confío en lo que tú has hecho de mí, en lo que soy cuando estoy contigo.

—No me necesitas a mí para ser lo que eres, podrías tocar las estrellas sin necesidad de nadie.

—Aun así, hay personas con las que sientes que tu existencia cobra sentido, que te completan —afirmó y él tuvo que darle la razón—. Yo me siento plena contigo, Diego. Confío en mí y también en ti, a pesar de tantas cosas, a pesar del pasado. Sé que será hermoso y que en nada se parecerá a lo que he vivido, porque tú en nada te pareces a los hombres que he conocido.

—Inés... —Su voz sonó muy ronca.

—Y puedo asegurarte que no me arrepentiré, ni mañana ni nunca —continuó con seguridad—. Si algo he aprendido es que mañana podríamos estar muertos y yo quiero sentirme amada como nunca lo he sido. Diego, ¿cruzarías la frontera por mí? Solo... —titubeó con timidez— si tu herida no te lo impide y tú... —Se quedó callada, mordiéndose el labio.

Diego cerró los ojos un instante y aspiró aire entrecortadamente antes de volver a abrirlos.

—Inés... Mi Inés —la nombró con veneración, admirando cada uno de sus rasgos—. No podría sentirme más honrado del honor que me concedes.

—No es honor, yo... —En sus ojos aún brilló el temor—. Sabes que yo no soy doncella.

—Lo eres, pues seré yo el que te ame por primera vez —le aseguró.

La besó con ternura y su boca jamás había sabido tan dulce como después de haber dicho todas aquellas cosas. El deseo lo recorrió de una manera diferente esta vez, mientras sus manos recorrían su cuerpo y sus labios

trazaban cada una de sus líneas. Cuando ambos estuvieron desnudos, piel contra piel, supo al fin qué había de diferente en esta ocasión. La pasión y el fuego se habían aderezado con algo mucho más profundo y hermoso, y, cuando entró en ella y su calor lo envolvió, un millón de sentimientos colorearon su mundo, haciéndole comprender que ya nada volvería a ser como antes, que Inés había puesto un punto final en una historia para comenzar otra; una historia que él lucharía por seguir escribiendo en su piel cada día, a base de besos, caricias y momentos compartidos.

## Capítulo 14

Inés no llamó a Diego para que la relevara en la guardia. Lo dejó dormir y no fue demasiado sacrificio para ella pasar la noche en vela a su lado, observándolo. Creía que ya no sería posible quererlo más, pero después de lo que habían compartido, sabía que ese hombre se había hecho dueño de su corazón para siempre.

Sonrió al recordar el cuidado con el que la había tratado, la preocupación por cada uno de sus movimientos, de sus gestos, como si fuera ella la que había sido herida por una flecha y no él. Tan dulce y gentil, tan complaciente y apasionado. Le había dicho que lucharía por hacerle olvidar el pasado y, en esos instantes, mientras se concentraba en su respiración, en su rostro sereno, Inés se dio cuenta de que el pasado nunca le había importado menos. Era feliz. Por primera vez en mucho tiempo y a pesar de todo lo que estaban pasando, Diego la hacía feliz.

Pronto amanecería y se pondrían en marcha de nuevo. Se desperezó y cerró los ojos para aliviar un poco el picor del sueño. Cuando volvió a abrirlos, los rayos del sol se filtraban ya por las rendijas de los postigos de las ventanas.

—¡Ay, no! —exclamó, incorporándose en el lecho con alarma—. ¿Es que no puedo hacer nada bien?

Se levantó de un salto y corrió hacia la puerta. Pegó el oído en la madera para tratar de captar algún sonido. Si hubiera un ejército allí fuera se escucharía algo, ¿no? Suspiró un poco más tranquila al no percibir nada y miró a Diego. Arrugó la frente, extrañada. Era raro que no se hubiera despertado, siempre dormía con un ojo abierto y ella no había sido precisamente cuidadosa.

Se acercó a la cama y jadeó al contemplarlo de cerca. Tenía la cara pálida, casi verdusca, y sudaba profusamente. Algo más había cambiado, ya no

parecía tranquilo, sino que se agitaba inquieto y murmuraba incoherencias entre sueños.

—¡Dios mío! —jadeó, aterrada.

Le tocó la frente para comprobar que, en efecto, tenía fiebre. Apartó la manta y desató las vendas para examinar su herida. Como se había temido, las costuras desiguales con las que había cerrado la herida se veían tensas sobre la piel hinchada y amoratada, perlada de pus.

—¡Diego, despierta!

Le dio golpecitos en las mejillas, pero él no pareció advertirlo. Inés corrió hacia la mesa donde había extendido los paños que había enjuagado la noche anterior, cogió uno y lo mojó en la cántara de agua de lluvia que habían entrado en la cabaña. Fue entonces cuando percibió el color verdoso de las paredes y las algas flotando en el líquido. ¿Cómo no lo habían visto antes? ¡No pensaba darle de beber eso!

Regresó a su lado y le puso el paño sobre la frente. Él gimió un poco y sus ojos aletearon antes de abrirse.

—Inés —susurró con voz pastosa, haciendo ademán de incorporarse—. Me he quedado dormido...

—¡No, Diego, quédate tumbado! —le dijo, poniéndole una mano en el pecho para empujarlo—. Tienes fiebre.

—Eso es porque tú estás cerca —bromeó, torciendo los labios en una sonrisa cansada.

—No, mendrugo, eso es porque se te ha infectado la herida —le informó con angustia. Se sentía tan impotente—. Dime qué puedo hacer, qué hierbas...

—¡No se te ocurra salir de aquí! —le advirtió él con urgencia—. Debe de quedar suficiente infusión para otro emplaste.

—¡Eso no te está sirviendo! —espetó la joven—. Necesitas algo para la fiebre.

—Esas hierbas funcionarán, ratoncillo, solo necesito tomar otra infusión y cambiar el emplaste. Confía en mí, sé lo que me digo —musitó él, volviendo a cerrar los ojos con pesadez.

—He leído que el sauce es bueno para la fiebre.

—Ajá, y para el dolor —afirmó él sin molestarse en abrir los ojos—. Pero no veo ninguno en esta cabaña.

—Hay sauces bordeando la casa de mi padre —anunció Inés con esperanza.

—Y guardias y soldados, probablemente —gruñó Diego, mirándola al fin

—. No vas a ir hasta allí.

—¡Pero necesitas...!

—¡Inés! —la llamó alzando la voz—. No vas a salir ahí tú sola, ¿estamos? Prepara el emplaste y aplícamelo. Te digo que la fiebre pasará. Es lógico que la herida rezume algo de pus en las primeras horas, pero mejorará.

Inés lo miró horrorizada. ¿Cómo iba a mejorar? Se veía demasiado débil. Había sido por su culpa, tendría que haberlo dejado descansar esa noche. Era una mujercuela maldita que llevaba el mal hasta todos los que se acercaban a ella y...

—¿Inés? —ronroneó Diego. Lo miró y lo vio alzar una ceja—. Me aseguraste que no te arrepentirías.

Tragó saliva. ¿Es que ese hombre podía leerle el pensamiento?

—Te dije que todo el que se acerca demasiado a mí...

—Tranquila, no voy a consentir que nadie se acerque demasiado a ti, solo yo —la cortó con una sonrisa, cogiéndole la mano y llevándosela a los labios—. Mi Inés.

—Diego...

—Hazme caso, ratoncillo, he estado peor. Pasará en cuanto beba esa infusión —le repitió—. Lo de anoche no tuvo nada que ver, de hecho... Estoy pensando que tal vez mejore si te metes de nuevo en la cama conmigo y...

—¡Oh, cállate! —resopló ella con una sonrisa.

Se dio la vuelta y cogió el cazo con la infusión que había sobrado la noche anterior. Le sirvió una poca en un vaso y lavó la herida con el resto, antes de extender una plasta de las hierbas cocidas sobre ella y volver a vendarla.

—No queda más —anunció Inés al terminar—. Y tampoco podemos seguir usando esa agua, es asquerosa. Hay un pozo cerca, iré y...

—¡No! —protestó él, intentando sentarse—. A estas alturas ya deben de sospechar que estamos por los alrededores. ¿Crees que esos bandidos que nos asaltaron no se habrán ido de la lengua cuando hayan descubierto que hay una recompensa por nuestras cabezas?

—Quizás no lo hayan descubierto —murmuró ella sin demasiada convicción. Él bufó—. Bueno, ¿y qué quieres que haga? ¡No pienso quedarme aquí de brazos cruzados viendo cómo te mueres a causa de la infección!

—Eso no va a pasar —le aseguró con voz cansina—. He usado esa infusión antes y te digo que estaré mejor en un rato. Saldremos de aquí enseguida.

Ella lo miró con el ceño fruncido y los brazos cruzados. No lo creyó, esa

herida tenía un aspecto terrible. No obstante, guardó silencio, ideando un plan en su cabeza. Diego la miró durante unos segundos más, antes de dejarse caer de nuevo en la cama con un suspiro de cansancio.

—Júrame que no harás ninguna estupidez —le pidió.

—Umm —fue su única respuesta.

—¿Qué respuesta es esa? —inquirió él con una sonrisa.

—No haré ninguna estupidez —prometió Inés. Arriesgar su vida para salvar la de Diego nunca podría considerarse una estupidez.

—No sé si confiar en ti.

—Pues no tienes más remedio, soy la única enfermera disponible, maese Narváez.

Diego volvió a sonreír y cerró los ojos.

—Eso es cierto —suspiró—. La más bonita.

Inés aguardó hasta que su respiración se volvió más pausada. Se dio la vuelta y escondió el cuenco de peltre bajo su blusa. Por precaución, cogió también uno de los cuchillos de caza y se dirigió a la puerta.

—¿Dónde crees que vas, Inés? —masculló Diego sin abrir los ojos.

Ella resopló con frustración.

—¡Necesito orinar y no pienso hacerlo aquí dentro por mucho que aúlles! —le advirtió, airada.

Él la miró un instante con intensidad, antes de hacer una mueca con los labios y asentir débilmente.

—No te alejes, no es necesario que vayas lejos, nadie te verá y...

—Sí, tranquilo, no me alejaré —le mintió, antes de abrir la puerta y salir de la cabaña.

Diego estrechó los ojos y se quedó mirando la puerta cerrada. Suspiró y comenzó a levantarse de la cama con dificultad.

—¡Ah, ratoncillo, pero qué mal mientes!

Inés se quedó quieta un momento ante la puerta, temiendo que él la siguiera. Primero se acercaría a la parte de atrás de la casa y conseguiría un poco de corteza de sauce, luego pasaría por el pozo y cogería agua. Conocía muchos escondites y atajos, no la verían.

Caminó con decisión, pero, antes de haberse separado apenas cinco metros de la cabaña, escuchó un crujido a su derecha que la hizo dar un bote. Se giró

con el corazón acelerando, diciéndose que se trataba de un animal. Cuando distinguió la capa negra ondeando entre los árboles, ahogó un grito con la mano. De un salto se refugió tras un pino. Estaba segura de que no la habían visto, pero si seguía en esa dirección la descubrirían sin remedio. El corazón le martilleaba en los oídos. ¿Sería una casualidad o los habrían encontrado? Cuando escuchó los susurros de dos hombres ya no le cupo duda de que se trataba de lo segundo.

Rodeó el árbol para apartarse de la visión de los extraños. Lanzó una mirada hacia la cabaña; estaba muy cerca, aunque si salía de su escondite la verían. ¡Pero tenía que avisar a Diego o lo cogerían dormido! Correría, lo haría haciendo curvas para entorpecer la puntería de posibles arqueros. Una vez juntos, ya verían cómo salían de aquello, seguro que a Diego se le ocurría algo. Contó hasta tres mentalmente, se dio la vuelta y no pudo contener un grito al encontrar el cañón de un largo arcabuz apuntándola directamente a la cara.

—¡Ah, mira que animalillo tan feo he cazado!

—Fernando —exclamó la joven con voz ahogada.

—¿Te alegras de verme, hermana? ¿Cuánto tiempo hace desde la última vez? —preguntó con una sonrisa ladina.

Inés sintió que el alma se le caía a los pies cuando tres hombres ataviados con capas negras los rodearon. Junto a ellos iba un morisco que reconoció al instante como el que había provocado a Diego antes de que le dispararan. En efecto, los había denunciado.

—Apuesto a que me echabas de menos en ese convento —continuó Fernando con su voz afectada y odiosa. Inés lo fulminó con la mirada, provocándole una carcajada. Bajó un poco el arma para acercarse, y la cogió por la barbilla, clavándole los dedos—. ¿Qué has hecho, Inés? Estos caballeros dicen que has matado a gente, que te escapaste del convento con dos hombres. —Negó con la cabeza, con desaprobación—. ¡Ah, con todo el drama que armaste hace dos años y mírate ahora! —Se acercó un poco más para susurrarle al oído—. Apuesto a que te marqué aquel día y ya no pudiste dejar de vivir en pecado, ¿eh, hermana?

Inés no se dejó provocar, sacó el cuchillo de la cintura de su pantalón y, aprovechando que lo tenía muy cerca, se abalanzó sobre él y lo deslizó por su cuello. Sin embargo, algo le quemó en el pecho al pensar en lo que estaba haciendo y su mano tembló con la idea de matar a su propio hermano de una manera tan horrible. Fernando dio un alarido al sentir el metal y le asestó un

manotón que mandó su arma volando. Había desaprovechado una oportunidad única por débil y estúpida. Cuando Fernando alzó la mano para abofetearla, ella le golpeó con la rodilla en la entrepierna con todas sus fuerzas. Su hermano aulló y se agachó para sujetarse sus partes, mientras los otros hombres se desternillaban de risa a su alrededor.

La joven no dejó escapar la ocasión, le dio un empujón que lo hizo caer, y echó a correr hacia la cabaña.

—¡Diego! —gritó—. ¡Están aquí!

—¡Coged a esa perra! —bramó Fernando.

—¡No nos des órdenes, Núñez! —escupió uno de los guardias de negro—. Tú solo te lo has buscado, te dije que eran peligrosos.

Inés siguió su carrera, pero justo cuando iba a alcanzar su objetivo, otro hombre de negro salió de detrás de un árbol y le puso la zancadilla. La chica cayó de bruces y perdió todo el aire de los pulmones. El guardia la cogió del pelo y la puso en pie, la sujetó por el cuello con un brazo musculoso y posó una daga en su mejilla.

—No te muevas, niña, si no quieres perder un ojo —le advirtió con un siseo.

—Pagaréis por lo que nos estáis haciendo —amenazó ella con voz agitada—. ¡No podréis mantener algo así en secreto durante mucho tiempo! Ese señor vuestro es un monstruo, no podéis...

—¡Que te calles! —repitió el guardia, acercándole peligrosamente la hoja de su arma al ojo—. Nadie dijo que teníamos que entregarte entera, niña, así que no pongas a prueba mi paciencia. —La apartó de él y le dio la vuelta para que pudiera mirarlo de frente, sin dejar de apuntarla con su daga—. ¿Dónde está tu compañero?

Justo al terminar de formular la pregunta, un silbido cruzó el viento. Un cuchillo de caza pasó veloz junto a la cabeza de Inés y se clavó en el ojo del guardia, que solo tuvo tiempo de soltar un gruñido antes de desplomarse en el suelo. La joven jadeó al sentir la sangre caliente salpicar su cara, y se apartó de un salto, mirando el cadáver con horror. No le costó reconocer el cuchillo que aún vibraba clavado en la cabeza del muerto.

—¡Inés, corre! —bramó Diego desde el punto en el que estaban su hermano y los demás hombres.

Ella se giró y lo miró conmocionada por un instante. ¿Cómo diablos había llegado hasta allí? Diego se había lanzado hacia otro de los guardias

aprovechando la confusión y había conseguido degollarlo en un parpadeo, pero aún quedaban tres, además de su hermano y el morisco, y ya no contaba con el factor sorpresa.

—¡Diego! —lo llamó con angustia, dando un paso en su dirección.

—¡Haz lo que te digo, maldita sea, corre! —repitió, asestando un puñetazo a uno de los guardias, el cual le devolvió el castigo con otro en el estómago.

Los hombres le habían rodeado, Diego golpeaba y se protegía, pero si no hacía algo lo iban a moler a palos, además, Fernando tenía un arcabuz. Se acercó al cadáver y extrajo el cuchillo de la cuenca ensangrentada, reprimiendo las arcadas; pero alguien le propinó una patada en la mano y este voló lejos. Inés se encontró de cara con un nuevo guardia, que la aferró de la camisa para que no huyera y la apuntó con una espada. ¡Maldición! ¿Cuántos había?

—¡Ruíz! ¿Dónde diablos te habías metido? —preguntó el líder de malas formas.

—Ese perro morisco me cayó en lo alto cuando saltó por la ventana de atrás —explicó el tal Ruíz—. Perdí un poco el conocimiento.

—¡Inés! —exclamó Diego al comprobar que estaba de nuevo en apuros. Recibió una nueva patada que lo hizo caer al suelo. Los hombres rieron. Se estaban divirtiendo con él—. ¡Soltadla! —exigió con el aliento entrecortado.

—Así que tú eres el héroe de mi hermanita, ¿eh? —inquirió Fernando—. ¡Ah, siempre fuiste una mujerzuela, Inés, pero esto se lleva la palma! ¿Un sucio morisco? Pobre padre, no quiero ni imaginar cómo sufrirá cuando se entere.

Diego le lanzó una mirada fulminante desde el suelo y comenzó a levantarse de nuevo, pero Fernando apoyó su bota sobre su hombro herido y apretó con fuerza hasta que volvió a desplomarse con un alarido de dolor. Aprovechando su debilidad, le asestó una nueva patada en la cara, que le hizo escupir sangre. Y lo pateó una vez más, dos, tres...

—¡No! —vociferó Inés.

—¡Basta, estúpido! —bramó el líder de los guardias, sujetando a Fernando del brazo—. ¡Lo queremos vivo!

—¡Es solo un repugnante moro! —espetó él, golpeando de nuevo los riñones de Diego, que ya no hacía ademán de defenderse.

—¡Diego! —gritó Inés con los ojos anegados de lágrimas, forcejeando.

Cuando Fernando volvió a golpear, el líder desenfundó su espada y la

apoyó contra su cuello. Él alzó la mirada con rencor.

—Si vuelves a golpearlo, te atravesaré el cuello, ¿ha quedado claro, Núñez? —le advirtió el de negro en tono peligroso—. De Saavedra dijo que lo quería vivo y sano.

—Solo quería demostrar que no es tan peligroso como decíais —se defendió Fernando, alzando las manos y dando un paso atrás.

El guardia hizo un gesto con la cabeza a sus dos hombres y estos alzaron a Diego, cuya cabeza se descolgó hacia adelante como la de un muñeco de tela.

—Diego —gimió Inés.

—Dejadla ir —musitó él con sus labios partidos—. Fui yo el que mató a esos hombres.

—Como si eso le importara a mi señor —masculló el líder con una mueca—. Trae a la chica, tenemos que salir de aquí, hay rebeldes por todas partes y ya he perdido a demasiados hombres en esta absurda misión. ¿Había alguien más con vosotros? Nos dijeron que erais tres —le preguntó a Diego.

El guardia escupió una maldición al no obtener respuesta y caminó hacia la cabaña para comprobarlo con sus propios ojos. El morisco, que no había abierto la boca hasta ese momento, le preguntó antes de que se alejara:

—¿Y qué hay de mi recompensa, señor?

El hombre se giró de nuevo y lo miró de arriba abajo, antes de hacerle una señal con la mano para que se acercara.

—Es cierto, lo has hecho muy bien. —El bandido sonrió, satisfecho—. Dime una cosa, amigo, ¿alguien más reconoció a lo prófugos?

—No, señor, no son demasiado listos esos compañeros que...

Sus palabras quedaron cortadas por una exclamación de sorpresa y dolor cuando el guardia le atravesó el pecho con su espada. Sin pestañear siquiera, extrajo el arma, se dio la vuelta y entró en la cabaña.

Sin desaprovechar la inesperada distracción, y echando mano de sus últimas fuerzas, Diego se sacudió y logró soltarse una mano, con la que asestó un puñetazo en la nariz al guardia que aún lo sujetaba, que lo soltó instintivamente para tocarse el tabique roto mientras aullaba de dolor. De nuevo libre, Diego se agachó con rapidez y recogió su cuchillo, volviendo a alzarse en menos de lo que dura un parpadeo para abalanzarse sobre el hermano de Inés. Fernando levantó el arcabuz para apuntarle y Diego se detuvo, apretando los dientes con rabia. El otro sonrió, satisfecho.

—¡Fernando, por favor! —suplicó Inés.

El aludido estrechó los ojos y atravesó a Diego con una mirada de odio visceral, mientras llevaba su dedo al gatillo. Él irguió la espalda con orgullo, previendo su muerte.

—¡No! —sollozó la chica una vez más, tratando de soltarse del amarre de su captor—. ¡Fernando, te lo suplico!

—¡Basta, Núñez! —exigió el líder, saliendo a la carrera de la cabaña—. Si lo matas, te despellejaré vivo, eso te lo juro.

Fernando mantuvo su mirada un instante sobre Diego, antes de desviarla hacia el guardia, que lo atravesaba con mirada de hielo. Por el rabillo del ojo vio a su hermana sacudirse, llorando y llamando a ese asqueroso morisco. La rabia prendió en sus venas haciendo hervir su sangre y empañar su entendimiento. En un movimiento veloz, giró el cañón del arcabuz hacia ella y apretó el gatillo.

—¡No! —aulló Diego—. ¡Inés!

El impacto la desplazó de su sitio y, durante los breves segundos que tardó en caer al suelo, fue consciente de que los oídos le pitaban a causa del cañonazo, el estómago le quemaba con un dolor lacerante y la sangre comenzaba a empañar su camisa. Los gritos de Diego se escuchaban distorsionados y erráticos a través de los zumbidos de sus oídos, pero, cuando cayó, su cabeza impactó con algo y todo cesó, sobreviniendo la negrura y el silencio.

## Capítulo 15

La oscuridad fue transformándose en caracoles de bruma, del negro al gris, con algún resquicio de luz. Debió de recuperar la consciencia en alguna ocasión durante el trayecto, pues Diego recordaba vagamente las paredes de un carro de los que se usaban para trasladar a los presos. También recordaba los dolores, la fiebre y los temblores, pero, sobre todo, la sensación de no querer volver a despertar jamás.

Pero había despertado. Más o menos. Sentía la cabeza como una gran madeja de esparto y las nubes no desaparecieron cuando abrió los ojos. No veía bien. Los sentía hinchados y doloridos, a decir verdad, le dolía todo el cuerpo. Tenía un chichón en la sien del golpe que le habían propinado para dejarlo inconsciente, aunque lo peor era el hombro. Tenía frío. Estaba helado y temblaba tanto que temió romperse la columna con una de sus convulsiones. Ya no estaba en el carro. Miró alrededor, cuatro paredes vacías sin ventanas y una puerta de hierro. Yacía sobre un lecho estrecho con un finísimo colchón lleno de nudos que no ayudaba en nada a mitigar los terribles dolores.

Trató de aspirar hondo, pero no fue capaz, un ardor terrible le cruzó el pecho y le hizo ver las estrellas. Tenía alguna costilla rota. Tragó saliva y sintió la boca espesa, amarga, lo cual le dio una idea de por qué había conseguido dormir a pesar del dolor y la situación. Adormidera. Eso explicaba también por qué la cabeza no le funcionaba como debía. ¿Dónde diablos estaba? ¿En prisión? No se lo parecía.

Diego se acurrucó como pudo. Ni siquiera era capaz de recordar con claridad lo que había ocurrido. Solo a Inés.

—Inés —susurró a la oscuridad de su celda.

Pronunciar su nombre le causó más dolor que respirar y trajo de regreso otros recuerdos que quería enterrar. Sus ojos muy abiertos por la sorpresa al

recibir el disparo, la sangre extendiéndose por la camisa, su cuerpo estrellándose contra el suelo. Las lágrimas provocaban que le escocieran las heridas que tenía en el rostro. No podía creer que ella también se hubiera ido para siempre. ¿Qué había hecho por salvarla? ¡Nada! Todo había sido su culpa... Abandonar a su madre a su suerte, dejar a Elena en el convento... Inés nunca tendría que haberse visto implicada en su maldición, tampoco el pobre Rodrigo. Y ahora estaban muertos, todos estaban muertos. ¿Por qué seguía él con vida? No quería una vida así. No quería un mundo sin Inés.

Una silueta oscura se acercó a su lecho y le acarició el mentón. Diego abrió los ojos amoratados y distinguió sus cortos rizos del color del atardecer. Sus lágrimas se acentuaron cuando la cogió de la mano.

—Ni siquiera te dije cuánto te amo —sollozó con voz áspera—. Nunca te dije...

El fantasma acercó un cuenco a sus labios y él bebió, sin ser consciente hasta ese momento de lo sediento que estaba. Pero no era solo agua, había algo más en aquel líquido. No protestó. No lo habría hecho tampoco de haber podido. Las nubes volvieron a espesarse y regresó la oscuridad, una bendita oscuridad.

—Está muy mal, don Felipe —susurró la muchacha con un hilo de voz—. No creo que sobreviva en ese estado.

—Pues necesitamos que sobreviva —gruñó el chambelán. No quería ni pensar en cómo se pondría Blasco si su nuevo «recipiente» moría. Cada hora que pasaba se volvía más loco y sanguinario, hasta el extremo de que Felipe temía por su propia vida—. La adormidera le ayudará a descansar. Seguro que el médico podrá curarlo.

—¿Por qué está este hombre aquí, mi señor? —preguntó la doncella con timidez.

Felipe la miró y torció los labios. ¿Por qué? Cerró los ojos y se pellizcó el puente de la nariz dando un suspiro.

—Es mejor que no sepas nada, Ana, por tu propia seguridad —le dijo—. Tú ayúdame y sé discreta con esto, y yo te mantendré a salvo de Blasco.

—Lo haré, mi señor.

—Tienes que atender a este hombre, aplicarle los cuidados que ordene el doctor y guardar en secreto todo con respecto a él.

—No puedo evitar sentir lástima, señor —musitó la muchacha, mirando al preso con compasión—. Me confunde con el fantasma de su amada.

—¡Tonterías! —escupió Felipe—. ¿Lástima? Esa amada suya ha sido afortunada por morir antes de caer en manos de Blasco. Y a este desgraciado le sonreirá la suerte si se muere también. Pero por tu bien y por el mío, más vale que no sea así, pues a nosotros no nos acompañará la fortuna si lo perdemos, bastante se ha molestado ya Blasco al ver el estado en el que lo han traído. Menos mal que las heridas de su rostro se curarán, de no ser así, no quiero ni pensar en las consecuencias...

Salieron de la celda, cerrándola con un fuerte candado y dejando un guardia para vigilar e informar de cualquier cambio. Mientras Felipe recorría el calabozo seguido de la doncella, no paraba de darle vueltas a los planes de Blasco. Por Dios, ¿cómo pensaba hacerlo? Después de haber visto lo que había hecho con esa sirvienta en su dormitorio, se le revolvía el estómago solo de pensar en las posibilidades. ¿Qué ocurriría cuando se diera cuenta de que no podía, que él seguía habitando en el cuerpo de un leproso y que nada ni nadie sobre la tierra podría hacerlo entrar en el de ese morisco? Solo quedaba esperar y rezar para que él no acabara sufriendo las consecuencias de su ira.

Estaba tan cansado de todo aquello... Tanto que se había planteado huir y olvidarse de todo. Echó un vistazo a su alrededor, a la opulencia, el lujo y las comodidades, y pensó en lo que le esperaba si se marchaba. «Nada, Felipe; sin Blasco no tienes nada». Había trabajado mucho en ese plan, si se iba de aquella casa ahora, lo perdería todo.

Su dolor de cabeza se incrementó. Lanzó una mirada a la muchacha, que aguardaba sus órdenes en silencio. No era muy bonita, pero tenía algo que le producía paz. Le gustaba y la quería para él. Por ello le había pedido a Blasco que la dejara atender al morisco; aunque no sabía si podría seguir manteniéndola a salvo una vez que el preso se recuperara, si es que lo hacía...

—Ana —la llamó—. Tráeme vino y algo de cenar a mi cuarto. ¡Y lávate un poco! Hiedes a enfermedad y no quiero que me apestes el lecho.

Se dio la vuelta y comenzó a caminar hacia su alcoba, sin girarse a mirar a la muchacha siquiera. De haberlo hecho y haber descubierto el odio en su semblante, tal vez no habría estado tan interesado en conservar su vida.

Las horas pasaban eternas allí dentro. Diego podía hacer poco más que

mirar al techo, tumbado de espaldas en su catre. Había recibido algunas visitas de un médico que lo atendía sin decir una palabra, y bastantes de la misma joven, que tampoco le dirigía la palabra ni respondía a sus preguntas. La primera vez había venido acompañada de un guardia que lo había sujetado mientras ella cambiaba sus sábanas empapadas de sangre y sudor. Lo había desnudado sin pudor y lo había lavado con un trapo y agua jabonosa. Las otras veces le había llevado sopa tibia que le ayudaba a tomar con cuidado, le curaba las heridas o le daba medicinas y agua con más adormidera, que Diego ni siquiera sentía fuerzas para rechazar.

No sabía si era de día o de noche, no había nada que se lo indicara en aquel lugar. En esos momentos debía de llevar bastante tiempo sin ingerir la droga, pues sentía la cabeza mucho más despejada; y, por supuesto, sentía el dolor también. Al menos era capaz de darse cuenta de que jamás había hablado con el fantasma de Inés; había sido esa muchacha todo el tiempo.

Otra de las cosas que captó fue que no estaba en una celda común, todo estaba limpio, tenía un colchón y lo mantenían bastante cuidado. También lo estaban curando. Al parecer, alguien se estaba tomando muchas molestias en recuperarlo.

Diego recordó las amenazas de aquel guardia fuera de la cabaña, cómo le había ordenado a ese desgraciado de Fernando Núñez que no le hiciera daño. Y el hijo de puta se había desquitado con su hermana. Cerró los ojos y tragó saliva. El recuerdo de Inés dolía más que cualquier herida. El mundo había dejado de tener color ahora que sabía que ella no estaba. ¿Podría haber hecho las cosas de otro modo? ¿Podría haberla salvado?

—«La hiciste más feliz en los días que pasó contigo de lo que lo fue nunca».  
—La voz en su cabeza se parecía bastante a la de Elena.

Diego quería creerlo así. Inés había resurgido de su crisálida en esos días, abriendo al mundo sus alas de colores, mostrando que era una mujer fuerte, decidida e inteligente. Quería pensar que él había tenido algo que ver con ello, que había sabido hacerla sonreír, aunque solo hubiera sido por unos días. Unos días cortísimos que lo habían cambiado todo. También él había salido de una crisálida. Gracias a Inés había conocido lo que era amar, dar sin reservas, abrir el corazón sin miedos.

—Ratoncillo, ¿cómo voy a lograrlo sin ti? —susurró; el dolor que le laceraba el pecho nada tenía que ver con las costillas rotas—. Sin ti no quiero...

Se limpió los ojos con la mano cuando escuchó una llave girar en la cerradura. Era la primera vez que lo visitaban estando completamente consciente. Diego se tensó en el lecho cuando la puerta se abrió, dejando entrar la luz de una antorcha. Un guardia fornido asomó la cabeza y lo iluminó, deslumbrándolo.

—¿Estás despierto? —ladró.

Diego trató de incorporarse, pero le costaba moverse. Otro guardia entró tras el primero, que había colocado la antorcha en un candelabro incrustado en la pared. Se agachó frente a él y apoyó una daga contra su cuello. Había llegado el momento, iba a morir y, curiosamente, la idea no le horrorizó del todo.

—Ahora te estarás quieto mientras te encadenamos —le ordenó el primero de los guardias, mostrándole unas cadenas—. El señor quiere verte.

El corazón se le aceleró al escucharlo. ¿De Saavedra le hacía una visita? Tragó saliva que le supo a bilis. ¿Para qué quería verlo ese asesino? ¿Por qué no se había limitado a entregarlo para que lo ahorcaran? Por su cabeza pasaron todas las cosas que conocía, las desapariciones, los cadáveres, la caza de brujas... Ese hombre era un demente que creía en la brujería y, por algún motivo, lo quería vivo.

Aspiró aire dolorosamente, para tratar de armarse de valor ante lo que estaba por venir. Le aterraba la idea de ser torturado, pero no les iba a dar el gusto a esas bestias de mostrar temor ni de rogar piedad.

—No hagas ningún movimiento sospechoso o lo pagarás, ¿me has oído? —le advirtió el guardia tras encadenarlo de pies y manos. Pasó las cadenas por unas argollas que había en la pared, dejando a Diego completamente a su merced. Solo cuando se aseguró de que no podía moverse, se acercó de nuevo a la puerta—. Podéis pasar, mi señor.

Diego pudo por fin mirar cara a cara al monstruo que había destrozado su vida y la de los que más quería. Le sorprendió encontrar a un hombre normal, elegantemente vestido, de ojos vivaces y verdosos, bastante apuesto y con el cabello largo salpicado de hebras de plata. Iba maquillado como solían hacer algunos nobles y se movía como si el roce de sus extremidades le molestara. En verdad, por su aspecto no parecía más amenazante que el padre Gimeno, pero cuando se sentó junto al lecho y tuvo una visión clara de su mirada, Diego sintió un escalofrío al encontrar solo vacío y locura.

—Aquí te tengo, al fin —exclamó Blasco de Saavedra con una sonrisa que

pareció afectuosa—. ¡Ah, cuántos quebraderos de cabeza me has dado! Claro que, bien mirado, de no habérmelo puesto tan difícil no me habría dado cuenta de lo formidable que eres. ¡Tú eres el elegido!

Diego frunció el ceño, pero no le dio el gusto de preguntar. A Blasco no le importó, parecía justo el tipo de hombre que disfrutaba con sus soliloquios.

—¿No me preguntas para qué te he elegido? Eso es porque ni siquiera sospechas lo que yo soy —le dijo en un susurro cómplice—. ¡Dejadnos a solas! —ordenó a los guardias—. Pero no os separéis de la puerta, no me fio de él, está lleno de magia —añadió, dirigiéndole una sonrisa de orgullo al preso—. Henos aquí, tú y yo, por fin.

—¿Por qué no me matas? —escupió Diego sin poder contenerse más.

—¡Ah, hasta tu voz es bonita! —Blasco amplió su sonrisa.

—Tú mataste a mi hermana —lo acusó con rabia—. Y a mi madre. A Inés. A Rodrigo...

—¡Para, para! —lo cortó alzando las manos—. No estoy seguro de ser responsable de tantas muertes. Recapitulemos, ¿de acuerdo? Hasta hace unos días ni siquiera sospechaba que fuerais hijos de la bruja de Tablate. Lo de esa mujer fue una casualidad, no sabía que existía, solo me enteré cuando su vecino la denunció. Tengo contratados a algunos hombres en las prisiones que me avisan cuando van a detener a una bruja. Yo les pago para que me la cedan, lo de tu madre fue una casualidad —repitió, confirmándole lo que Gimeno y él ya habían sospechado—. Cuando hace unos días mi chambelán descubrió que os habíais escondido en Tablate, al fin até cabos.

A Diego se le heló la sangre en las venas. ¿Habían llegado hasta el padre Gimeno?

—¿Fuisteis a Tablate? —preguntó tratando de fingir indiferencia.

—Demasiados moriscos —escupió Blasco con desdén—. Habríamos tenido que quemar todo el pueblo para hacerlos hablar. Se creen muy a salvo con esa absurda rebelión, pero hasta un idiota puede intuir cómo acabará esa lucha.

¿Significaba eso que no habían logrado sonsacar nada a ningún vecino? ¿Les habrían hecho daño a sus amigos? No podía preguntarlo sin arriesgarse a delatarlos.

—¿Por qué matasteis a mi hermana? —gruñó Diego para desviar el tema.

—¡Ah, yo no la maté! —respondió con tristeza—. Ella es demasiado poderosa para morir. Su espíritu escapó de su cuerpo y yo no la pude retener.

—¿Qué?

—No te hagas el tonto conmigo —bufó—. Sé que tú y tu hermana tenéis el don de habitar otros cuerpos. Cuando ella llegó hasta mi casa, el suyo ya estaba muerto, pero su espíritu habita ahora en otro que yo no puedo alcanzar. —Diego lo miró sin comprender y Blasco le acarició la mejilla con afecto—. Por eso estás tú aquí, para enseñarme cómo lo hizo ella y para brindarme ese poderoso cuerpo que tienes para que mi espíritu habite en él.

—¿De qué estáis hablando? —rumió Diego, incrédulo.

—Antes de conocer cuál era mi verdadera identidad, mi única obsesión era encontrar una cura contra la repugnante enfermedad que me consume —explicó.

Para aclarar sus palabras, se apartó el cabello de la cara con sus manos enguantadas. Diego hizo una mueca al ver las yagas que habían devorado sus orejas. Ahora que se fijaba bien, podía ver que las mismas pústulas se adivinaban en su nariz a través de los polvos con los que se había embadurnado.

Lepra. Blasco de Saavedra padecía lepra. Ahora comprendía muchas cosas. Ese hombre había perdido la razón buscando una cura para una enfermedad incurable, buscando en la magia y la brujería lo que la medicina jamás podría darle. Y lo guardaba en secreto, de no ser así, ya haría tiempo que lo habrían apartado de la sociedad. ¡De ahí su urgencia y su obsesión!

—Mi buen Felipe, mi chambelán y hombre de confianza, me procuró algunas brujas que conocían remedios: sangre de vírgenes, manteca de bebés, placenta... —Diego sintió una arcada al escucharlo hablar con tal naturalidad de aquellas vilezas—. Pero tu hermana me hizo comprender que había una solución mucho mejor que todas aquellas patrañas.

—¿Qué le hicisteis? —preguntó Diego con un hilo de voz.

—¡Ya te he dicho que yo no le hice nada! —respondió Blasco, airado—. Felipe me la trajo del convento. Su prima es la madre superiora y ella le ayuda a seleccionar a las muchachas que cree que pueden servirme. Pero cuando cogieron a tu hermana no sospechaban lo valiosa que era. Ni siquiera pude hablar con ella, su espíritu ya estaba lejos cuando llegó aquí.

O sea, que fue ese tal Felipe el que la mató, aunque lo más probable es que no saliera viva del convento. ¿Por qué iba a matarla si De Saavedra la quería con vida? No, algo tuvo que salir mal con Elena, y Diego comenzaba a intuir de dónde venía aquella patraña de habitar los cuerpos. Tal vez ese chambelán tuvo que inventar aquella historia para mantenerse lejos de la ira de su señor.

Pero Blasco lo había creído con fervor. ¡Dios bendito, estaba completamente loco!

—Siempre he sabido que este cuerpo jamás podría contener toda la fuerza que hay en mi espíritu —continuó hablando—. ¿Sabes lo que soy? —le preguntó con los ojos iluminados; Diego sacudió la cabeza, demasiado conmocionado para decir nada—. ¡Yo soy Calígula, el emperador! Mi esencia es demasiado poderosa para ser encerrada aquí, por ello necesito otro cuerpo, por ello te necesito a ti. ¡Tú albergarás el espíritu de Calígula, que renacerá convertido en brujo, en demonio! ¡Por eso eres el elegido! —explicó exultante.

—Dios santo, estáis más loco de lo que imaginaba —musitó.

En un movimiento veloz, Blasco lo abofeteó con una fuerza inusual. Diego lo miró con desafío y él volvió a golpearle.

—¡No te atrevas a hablarme así! —siseó—. Puedo hacer esto muy doloroso. Solo necesito tu cuerpo, pero puedo quebrar tu alma si me place.

—¿Y qué me vais a quitar? —rió el joven, sardónico—. Ya lo he perdido todo.

Blasco lo observó en silencio durante unos instantes y sonrió, Diego sintió un nuevo escalofrío.

—Te sorprendería saber lo que se consigue con la tortura y lo mucho que yo he aprendido —expuso con calma—. Vas a enseñarme a poseer otros cuerpos y después entraré en el tuyo para vivir para siempre.

—Eso que pretendéis es una locura, nadie puede poseer el cuerpo de otro... Una nueva bofetada.

—Si vuelves a llamarme loco...

—¿Qué me haréis? —lo desafió Diego con una sonrisa manchada de sangre—. Necesitáis mi cuerpo, ¿recordáis? —se burló.

—Y no tengo que estropearlo para hacerte daño, muchacho —le informó—. Podría dislocarte todos los huesos uno a uno y volver a recolocarlos de nuevo sin que tu cuerpo sufriera daños graves. Después, volvería a hacerlo. Una y otra vez, día tras día, hasta que me reveles el secreto. ¿Puedes imaginar el tormento?

—¿Por qué iba a seguir aquí sabiendo lo que me espera, si puedo huir de mi cuerpo como creéis? —razonó Diego.

—Porque estás drogado y he lanzado un conjuro sobre esta celda —reveló Blasco con una sonrisa de orgullo.

Diego no pudo contener una carcajada que supuso un tormento en sus costillas.

—No existe la magia y no existe tal secreto —resopló entre risas, ganándose una nueva bofetada—. ¡Maldito loco hijo de puta, no existe tal secreto! —bramó.

El rostro de Blasco se demudó en algo terrorífico que le causó pavor. Diego vio la muerte en sus ojos, pero no se amilanó, alzó la barbilla con orgullo y le escupió a la cara. De Saavedra cerró los ojos, expulsando el aire despacio mientras se limpiaba.

—Esto no tendría por qué ser así —murmuró templando su ira—. Podríamos haber sido amigos; francamente, yo te admiro. —Se puso en pie y se dirigió hacia la puerta—. Dislocad todos los dedos de su mano derecha —ordenó a los guardias que esperaban fuera—. Dejadlo así durante toda la noche y volved a recolocárselos al amanecer. Si mañana no cambia de idea, repetiremos con la izquierda. ¡Comenzad, quiero verlo! —añadió al ver que los hombres no se movían—. Y cuidado de que no pierda la movilidad o lo pagaréis con vuestras propias manos, ¿entendido?

## Capítulo 16

Escuchaba murmullos. Tal vez llevaba escuchándolos durante horas, o días, ¿semanas? Poco le importaba. La oscuridad era reconfortante.

—Está bien —susurró la voz—. ¿Me avisarás si averiguáis algo más?

—Claro, Rodrigo, como siempre.

Y, de repente, una sola palabra hizo clic en su mente, prendiendo de nuevo sus pensamientos. No una palabra, ¡un nombre!

—¿Rodrigo? —balbuceó antes de abrir los ojos con pesadez.

Escuchó una puerta cerrarse y unos pasos acercándose. En esos escasos segundos fue consciente de que estaba tumbada de espaldas sobre un colchón y de que tenía la cabeza y el abdomen vendados, y le dolía... ¡Dios, cómo dolía!

—¡Buenos días! —exclamó una voz alegre y conocida.

—No puede ser —susurró, tratando de fijar su mirada legañosa en el rostro risueño del joven, que se había inclinado sobre su lecho—. Estoy muerta —razonó en voz baja.

El chico soltó una carcajada y se inclinó para besarla en la mejilla.

—No, pero has estado cerca, señorita.

—¿Rodrigo? —repitió Inés, aturdida, intentando incorporarse.

—¡No, no, no! —le ordenó, poniéndole la mano en el hombro—. Tienes que permanecer tumbada hasta que el médico diga otra cosa.

—¿Médico? ¿Qué...? —Y, de repente, los recuerdos la golpearon encogiéndole el estómago y acelerando su corazón—. ¡Diego! ¡Lo cogieron, Rodrigo, se llevaron a Diego!

El muchacho torció la boca con pesar y se pasó la mano por el pelo, frustrado.

—Eso imaginé al ver que no estaba contigo —suspiró.

—¿Qué? —repitió la muchacha—. No entiendo nada. ¿Sabes dónde está

Diego? ¿Qué haces aquí? ¿Te vimos morir!

—Tranquila, Inés, poco a poco —le pidió. Rodrigo se dio la vuelta para coger una silla y acercarla a su lecho, y un vaso de barro que le ofreció—. Toma, bebe un poco, te contaré todo a grandes rasgos antes de avisar al médico, ¿de acuerdo? —Ella asintió mientras bebía el agua con avidez.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

—Seguimos cerca de Jete, aunque estamos bien escondidos, descuida. No nos atrevimos a trasladarte hasta que no estuvieras mejor.

—¿Por qué no estás muerto? ¿Dónde te habías metido, Rodrigo?

—¡Vaya, cualquiera diría que te alegras de verme! Casi pareces enfadada.

—No pudimos ayudarte. Le grité a Diego para que diera la vuelta, pero me dijo que ya era tarde, que estabas muerto. Todo fue tan rápido y confuso...

—Hizo lo correcto, como siempre. Lo principal era sacarte de allí —afirmó Rodrigo, sonriente—. También yo creía que iba a morir, pero mis amigos me curaron y resultó que la herida no era para tanto.

—¿Ibas con esos moriscos?

—Ajá. ¿Recuerdas que te dije que iba a arreglar el tejado de una vecina, la que me dio tu ropa? —Inés asintió—. El hijo de esta mujer resultó ser uno de los moriscos rebeldes de Órgiva. Lideraba un grupo numeroso que solo estaba esperando una señal.

—Pues esa señal ya ha llegado —le dijo la joven—. Ese tal Aben Humeya está llamándolos a las armas.

—Sí, la guerra ha comenzado —afirmó Rodrigo—. Francamente, no creo que esta lucha los lleve a ningún sitio, pero los comprendo, y después de conocer sus historias personales, no me supuso ningún sacrificio unirme a su causa.

—¿Cómo dices? ¿Luchas con los moriscos? —inquirió Inés, abriendo mucho los ojos.

—Es como tú dijiste, Inés. Esa gente solo quiere ser libre, que los dejen en paz. Esta es su tierra, la única que han conocido, ¿por qué los tratan como si fueran delincuentes?

—¡Vaya, Rodrigo el rebelde! —sonrió la chica.

—En verdad, al principio me importaba un bledo su rebelión —confesó—. Solo hice un trato con ellos para que me ayudaran a rescataros. Shamar vio a mi madre hablando con los soldados esa mañana y me lo dijo. No me hizo falta más para saber lo que planeaba —explicó con voz sombría—. Ella os

vendió a cambio de que me dejaran libre a mí. Jamás la perdonaré por eso.

—Solo hizo lo que creía correcto —lo consoló Inés—. Habría hecho cualquier cosa por ti.

—Ya no, porque está muerta —soltó con dureza—. Para eso le sirvió traicionarme. Los hombres de Blasco de Saavedra dieron con ella y la mataron, sabía demasiado.

—Lo siento mucho, Rodrigo.

—Yo también —rumió—. Cuando supe lo que había hecho, le pedí ayuda a Shamar, el hijo de la anciana del tejado. Le dije que lo ayudaría en lo que precisara si él me ayudaba a mí, y accedió. Cuando llegamos a la cueva, supe enseguida que había llegado tarde. Por fortuna, Shamar es un genio siguiendo rastros y no tardamos en dar con vosotros, lo que pasó después ya lo conoces.

—No pudiste llegar en mejor momento —afirmó Inés.

—Ellos me curaron y desde entonces permanezco a su lado —continuó el joven—. Los he ayudado en algunas cosas, pero, básicamente, lo que he hecho desde entonces ha sido buscaros. Shamar y algunos de sus hombres me acompañan; esta aventura les da la oportunidad de armar algún ruido y alistar gente para su causa.

—¿Y cómo nos encontraste después de aquello? —se extrañó Inés.

—Fue difícil, os perdimos el rastro cuando salisteis de Órgiva.

—Nos escondimos unos días en Tablate —explicó la muchacha.

—¿Tablate?

—Diego tenía algunos conocidos allí.

—Nosotros decidimos seguir hasta la costa, deteniéndonos en cada pueblo del camino por si alguien sabía algo y para alistar a más rebeldes. Yo estaba convencido de que Diego trataría de llevarte hasta allí.

—Esa era la idea, sí, pero nos atracaron en el camino. Unos bandidos moriscos, precisamente...

—Y, precisamente fue gracias a ellos que dimos con vosotros —anunció Rodrigo con una sonrisa—. Encontramos a dos en el camino; ¡fue pura casualidad, Inés, pero reconocí la capa de Diego que uno de ellos llevaba puesta!

—¿De veras? —se maravilló ella.

—Los detuvimos y los interrogamos, ellos nos confirmaron que habían asaltado a un morisco que iba con una joven disfrazada de chico, ¡que ella lo había llamado Diego! —relató, triunfal—. ¿Quién más podía ser? Nos

explicaron dónde había ocurrido y, al llegar allí, recordé lo que me habías dicho acerca de la casa de verano de tu padre. Seguimos el rastro y encontramos la cabaña.

—¡Dios santo! Si eso no es el destino...

—Aun así, llegamos muy tarde —masculló él—. Cuando te vi allí tirada, manchada de sangre... ¡Y Diego no estaba por ninguna parte!

—Esos bandidos lo hirieron y tuvimos que escondernos en esa cabaña.

Inés le contó todo lo que había ocurrido después del asalto, y cómo su hermano llegó por la mañana, acompañado de varios hombres armados.

—Él luchó —musitó—. Luchó como un héroe, pero estaba herido y enfermo. Esos desgraciados le dieron una paliza y lo dejaron medio muerto.

—Y, ¿me puedes explicar por qué llevabas un cazo de peltre en la cinturilla de tu pantalón? —preguntó Rodrigo con una sonrisa.

—¡El cazo! —recordó Inés—. ¡Vaya, lo había olvidado por completo!

—Fue eso lo que te salvó, según el médico, eso, una distancia excesiva de disparo y una puntería terrible, al parecer.

—No, Fernando tiene una puntería excelente —objetó ella con seriedad—, pero Diego se lanzó sobre él en el último instante. Fue él el que me salvó la vida, otra vez. No recuerdo nada después del disparo.

—No me extraña —gruñó el joven—. Te golpeaste la cabeza al caer. Temimos más por esa herida que por la de la barriga. Llevas cuatro días prácticamente inconsciente.

—¡Cuatro días! —se horrorizó Inés—. ¿Diego lleva cuatro días desaparecido?

Rodrigo se removió inquieto y se aclaró la garganta antes de volver a hablar.

—Inés, ¿has pensado que tal vez...?

—¡No! —lo cortó ella con rotundidad—. No está muerto, lo sé, Rodrigo, ellos dejaron bien claro que Blasco de Saavedra lo quería con vida.

—¿Vivo? —se extrañó el chico—. ¿Por qué?

—No lo sé, pero parecía bastante importante. De hecho, se veían muy preocupados ante la idea de perderlo —añadió haciendo memoria—. Estoy convencida de que sigue con vida, me lo dice el corazón.

—Entonces debe de estar retenido en la casa de Blasco de Saavedra, en El Padul —meditó Rodrigo—. De no ser así, ya lo habrían ahorcado en Granada.

—¡Sé que sigue vivo! —repitió Inés, obstinada—. Y tenemos que sacarlo

de allí.

—Lo haremos, descuida; lo hablaré con Shamar —la tranquilizó—. Pero antes tendremos que asegurarnos de que en verdad lo está y de que lo retienen allí.

—¿Cómo?

—Ya buscaremos la manera; algún sirviente rencoroso, fácil de sobornar o tal vez de asustar. ¡Soy un rebelde peligroso ahora! —dijo guiñándole un ojo—. Llamaré al médico y luego seguiremos hablando. Y, una cosa más —añadió antes de salir del cuarto—. Tú no vendrás con nosotros a ese rescate.

—¿Cómo que no iré? —exclamó ella con indignación—. ¡Es Diego, claro que iré!

—Ni hablar, señorita. Tú te quedarás en un lugar seguro mientras nosotros nos jugamos la vida —bromeó, aunque el mensaje no podía ser más serio.

—Diego me enseñó a pelear —se defendió ella.

—Pero estás herida y débil. He visto morir a hombres el doble de fuertes que tú desde que comencé con esto, no voy a poner tu vida en peligro.

—Pero...

—Seguiremos hablando luego, ¿de acuerdo?

A Inés no le quedó otra que asentir y tratar de relajarse mientras esperaba al médico. Tarea bastante difícil, por cierto. Cuatro días... Cuatro días en manos de esos asesinos; y serían más, pues aún tardarían en trazar un plan y llegar a El Padul. Cerró los ojos y aspiró hondo. Tenía que estar vivo... Debía de ser así porque, de estar muerto, estaba convencida de que todo su mundo se habría detenido a la vez que lo hacía el corazón de Diego.

La puerta se cerró y la llave giró en la cerradura, produciendo un sonido chirriante que había llegado a asociar con el dolor. Diego se encogió en su jergón gimoteando como un niño. Había escuchado lo que la tortura podía hacer con un hombre orgulloso y fuerte. Su orgullo hacía varias sesiones que se había esfumado, la fuerza de poco le servía cuando el dolor se superponía a todo.

Habían comenzado, tal como Blasco había ordenado, con los dedos de la mano derecha. Los habían desenchajado uno por uno con tirones lentos para que pudiera percibir cómo el hueso se salía de su sitio. La agonía había sido insufrible. Lo habían dejado así hasta la mañana siguiente, entonces volvieron

los mismos hombres a recolocarlos, produciéndole aún más dolor. Después había recibido una visita del médico, que se limitó a examinar sus heridas y a asegurarse de que no perdiera la mano.

La segunda visita fue pocas horas después, o eso le pareció a Diego. En esa ocasión fue el turno de la mano izquierda, pero, cuando regresaron para recolocar los huesos, a Blasco le pareció que el proceso era demasiado lento, quería respuestas para su absurda locura cuanto antes. El resultado había sido extender la tortura. Mientras un guardia le recolocaba los huesos de una mano, el otro le dislocaba los de la otra. Así jamás tenía un respiro. De Saavedra presenciaba todas y cada una de las torturas y, en ocasiones, también lo acompañaba su chambelán, un hombre enjuto de mirada cruel, su cómplice en todo aquel horror.

No sabía cuánto tiempo llevaba en aquella celda, pero Blasco, temiendo dañar demasiado las manos de su «recipiente», había extendido la práctica a otras partes del cuerpo, los pies, los codos, los hombros, incluso, en un momento de ira, le había acabado rompiendo la nariz de un golpe, cosa de la que se arrepintió enseguida cuando el doctor le dijo que quedaría torcida para siempre.

En el poco tiempo que lo dejaban descansar, recordaba las lágrimas de Venancio cuando le pedía perdón por haber delatado a su madre. ¿Cómo podía culparlo? Él mismo se encontró pensando un millón de ideas para lograr que aquel horror terminara de una vez; sin embargo, cuando llegaba la hora de la verdad, algo superior a él lo detenía. ¿Por qué seguía aferrándose a la vida? Aun en el caso improbable de que lograra salir de allí, no quedaba nada en ese mundo para él. Inés lo esperaba en el otro, junto a su madre, Elena y Rodrigo. ¿Por qué seguía obstinándose en vivir? ¿Por qué perpetuar la tortura?

Cuando la llave volvió a chirriar en la cerradura, su corazón dio un vuelco y se encogió instintivamente, temblando. Diego tragó saliva y trató de armarse de valor. Esta vez sería la última. ¡Tenía que terminar!

—«Lo siento, aquí acaba todo» —se dijo, no muy seguro de si se lo decía a sí mismo o de si hablaba con sus difuntos.

Le daría a Blasco la respuesta que buscaba, le revelaría que la única forma de poseer su cuerpo era desangrándolo y bañándose en su sangre; a ese loco le gustaría el remedio y él lograría una muerte indolora, demasiado lenta, tal vez, pero tranquila. Su corazón se agitó aún más al pensar en ese final, el estómago se le contrajo y el dolor de sus huesos dislocados casi se esfumó a causa del

poder del miedo. Por más que él lo deseara, su cuerpo no quería morir.

Contuvo el aliento cuando la luz de la antorcha iluminó la celda, deslumbrándolo.

—Creí que hoy no le darían de cenar —escuchó decir al guardia de la puerta.

—El señor ha cambiado de idea —respondió una voz de mujer.

Diego suspiró con alivio al reconocer a la doncella que siempre lo atendía. No, definitivamente, su cuerpo no se resignaba a morir todavía.

—¿Has traído vino esta vez? —preguntó el guardia.

La joven lanzó un gruñido.

—¿Sabes que te meterás en un lío si el señor se entera de que te bebes el vino del preso? —le advirtió—. Y yo también, si descubre que te dejo hacerlo.

—¿Y quién se lo va a decir? —bufó el otro antes de soltar una carcajada—. Vamos, Ana, ese moro no lo necesita y yo sí, la noche es muy larga y tú nunca quieres aligerármela.

—¿Te parece poco lo que hago? —resopló la doncella, claudicando y dándole la jarra de barro que llevaba en la bandeja—. Me vas a buscar la ruina.

—Vamos, preciosa, no será para tanto. —Ella lo ignoró y entró en la celda—. ¡Ten cuidado, no lo han atado!

—A mí no me hará daño —aseguró la sirvienta.

La voz del hombre quedó ahogada cuando Ana cerró la puerta. Se quedó parada, esperando que entrara tras ella, pero no lo hizo; entonces suspiró y miró a Diego.

—¿Cómo estás? —le preguntó. Él arrugó la frente y la miró con la cabeza ladeada. Eso era una novedad, jamás antes le había hablado—. ¿Puedes andar?

—¿Me estás invitando a pasear? —escupió con sarcasmo—. ¿Por qué estás tan segura de que no te haré daño? No estoy tan indefenso como crees.

La chica chascó la lengua, nerviosa, y depositó la bandeja que llevaba sobre la silla que solía ocupar Blasco durante las torturas. Volvió a contemplarlo con desconfianza antes de hablar.

—Eso espero, porque he venido a sacarte de aquí y no puedo cargarte.

Diego alzó las cejas y una sonrisa sardónica curvó sus labios.

—¡Ah, mi heroína! —se burló—. ¿Es una nueva forma de mermar mi

voluntad?

—¡Escúchame! —siseó ella, acercándose a su lecho. Diego se tensó y ella se detuvo, asustada—. No me irás a atacar, ¿verdad? Yo siempre he sido gentil contigo.

—Sí, como un granjero cebando a sus cerdos antes del sacrificio.

—¿Y qué querías que hiciera? —se indignó Ana—. ¡Tú no me conoces, no tienes ni idea de cuál es mi situación! ¡No sabes de lo que es capaz Blasco de Saavedra!

—Me hago una idea, ¿no te parece? —masculló, mostrándole la mano izquierda, cuyos dedos seguían retorcidos y amoratados. Ana tragó saliva y lo miró con compasión.

—No te miento, he venido a sacarte de aquí —repitió—. Ese vino que le he dado está envenenado, solo tenemos que esperar unos minutos.

—¿Qué? —jadeó él. «No se te ocurra tener esperanza, Diego», le advirtió su sentido común—. ¿Y qué lograrás con eso? Este sitio debe de estar infestado de guardias.

—Lo está, pero mi misión consistía en lograr que me abrieran y quitar de en medio a ese —explicó, haciendo un gesto con la cabeza hacia la puerta—. Si las cosas han salido como estaban planeadas, a estas alturas tus amigos ya deben de haber llegado al calabozo y deben de estar ocupándose de los otros guardias.

—¿Amigos? —preguntó él con escepticismo—. Yo no tengo amigos.

—Ella me dijo que no me creerías —suspiró la chica.

—¿Ella? ¿Quién?

—Esa muchacha, Inés.

El corazón de Diego se saltó dos latidos al escuchar su nombre. Por un momento hubo conmoción, después esperanza, pero esta solo duró un segundo. La realidad y la ira la sustituyeron. De un salto, se puso en pie y cogió a Ana por el cuello. Ella soltó un grito y le aferró los dedos.

—¡Escúchame, te estoy diciendo la verdad! —le rogó—. Inés Núñez, pelirroja, muy delgada, nariz respingona. Me reuní con ella y con el resto del grupo ayer mismo, en casa de un sacerdote, en Tablate.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Diego en un susurro, aflojando el amarre, pero sin soltarla del todo.

—Ella y un chico llamado Rodrigo han organizado el rescate y...

—Inés y Rodrigo están muertos —espetó.

—También me dijeron que dirías eso. Inés me dijo que sabrías que te decía la verdad si te hablaba sobre un limón pocho y no sé qué de un ratoncillo, francamente, he escuchado claves más...

Diego profirió una carcajada y soltó a la doncella para llevarse la mano a la cara. Ana suspiró aliviada.

—¡Mi ratoncillo! —exclamó sin dejar de reír—. ¡Está viva!

—Sí, ya te lo he dicho, aunque está herida, ¡nada grave! —se apresuró a aclarar al ver la expresión del hombre—. Rodrigo me pidió que te dijera que hiciste bien dejándolo atrás en Órgiva, pero que hagas el favor de mover tu culo, que después te lo explicarán todo.

Una nueva carcajada y las fuerzas y las ganas de vivir regresaron en tromba a Diego, borrando de un plumazo su imagen de hombre derrotado para sustituirla por la de uno con esperanzas.

—¿Cuál es el plan? —preguntó, acercándose a la puerta para escuchar.

—Esperar a que ese cerdo se muera —escupió ella—. Saldremos y, en teoría, ellos deben de haber despejado el camino. Te llevaré al patio de atrás, donde nos espera uno de los nuestros y caballos para huir.

—¿Huir? —se extrañó—. Y ¿qué hay de Blasco?

—Rodrigo insistió en que no debía dejarte ir tras él. Dijo que la venganza tendría que esperar hasta que te recuperaras.

—Todavía puedo matarlo —protestó él, aunque sin demasiada convicción, sabía que llevaba razón. Los dedos de la mano izquierda y el codo seguían dislocados, por no hablar de la herida del hombro y las costillas, que aún le dificultaban el movimiento—. ¿Cuántos son?

—No sé cuántos son, no me contaron todo el plan, no confían demasiado en mí —respondió con una mueca—. Así que supongo que, si no salimos pronto, vendrán a buscarte.

—¿Cómo han llegado hasta el calabozo?

—De eso se ocupó Pedro, otro de los sirvientes de la casa. Su esposa Rosa desapareció en Nochebuena y su cadáver apareció hace unos días tirado en un arroyo. Estaba destrozada. Pedro está convencido de que lo hizo Blasco, y yo también. Sé que, de haber estado aquí esa noche, habría sido yo la que habría acabado en ese arroyo. Ese hombre está loco. ¡Necesito salir de esta casa cuanto antes! Necesito que me ayudéis a esconderme, que me protejáis de él y del asqueroso de su chambelán, por eso accedí a ayudarlos a sacarte de aquí.

—Así que Rodrigo buscó ayuda dentro del territorio enemigo —murmuró

Diego con una sonrisa de orgullo—. ¡Muy astuto, niño!

—Tus amigos cuentan con el apoyo de algunos moriscos rebeldes — continuó Ana—. Por eso debemos salir de aquí enseguida. Esto se va a poner feo.

—Pues en marcha. —Diego se volvió hacia la bandeja que había llevado la joven y buscó algo que pudiera servirle de arma, al final optó por llevarse la propia bandeja de madera maciza—. Abre la puerta y asegúrate de que ese está fuera de juego.

Lo estaba, demasiado fuera de juego, de hecho.

—¿Qué diablos llevaba ese vino? —le preguntó en un susurro, mirando con horror la espuma sanguinolenta que salía de la boca del guardia, cuyos ojos vacíos aún parecían preguntarse qué había ocurrido.

—Lo robé del dormitorio de Blasco —respondió ella con un encogimiento de hombros.

Y, dicho esto, le hizo una señal a Diego para que lo siguiera por un pasillo de piedra excavado bajo tierra, que hedía a muerte y podredumbre. A ambos lados había celdas con puertas de hierro como la suya y no quiso detenerse a pensar si estarían o no ocupadas. El pasillo desembocaba en una amplia sala y a Diego le sobrevino una arcada cuando la antorcha la iluminó. Las paredes estaban salpicadas de sangre que nadie se había molestado en limpiar. El cadáver de una mujer se pudría encadenado a una de ellas. Había bandejas con pinzas, tenazas y otros utensilios por el estilo. Incluso vio una rueda de estiramiento apoyada contra el muro. ¡Por Dios, alguien debía parar a ese asesino!

—Blasco no quiere que la saquen de aquí —apuntó Ana, refiriéndose a la mujer—. Era una prostituta, no sé qué afrenta cometería la desgraciada para merecer tal suerte.

—Vamos —apremió él con voz ronca.

Salieron por una puerta en forma de arco y recorrieron otro pasillo ascendente en el que había algunas celdas más, estas con puertas de rejas que dejaban ver el interior. Parecía que no había ninguna ocupada, gracias a Dios. Al llegar al final del pasillo, escucharon el inconfundible ruido de una pelea.

—Parece que las cosas se han complicado —susurró Ana, asustada, pegándose a la pared.

—Como suele ocurrir —gruñó él, empujando la última puerta y saliendo por fin del calabozo, para toparse de golpe con un pequeño caos.

Habían aparecido en una bodega con barriles apilados por todas partes, aunque varios ya habían reventado a causa de la pelea que se estaba produciendo. Más de una veintena de personas se debatían con espadas, dagas y palos. No solo había guardias de Blasco de Saavedra, también había soldados. Vio a un joven caer al suelo, acosado por la espada de uno de esos malditos guardias de capas negras. Antes de que pudiera rematar al chico, Diego le golpeó con la bandeja de madera. La primera vez provocó que se tambaleara, la segunda lo hizo caer al suelo con la cabeza abierta.

—¿Es que tengo que hacerlo todo yo? —inquirió con una sonrisa torcida.

—¡Maldición, ya era hora! —suspiró Rodrigo, levantándose del suelo—. ¿Por qué has tardado tanto?

—Yo también me alegro de verte vivo, niño —masculló Diego.

—¡Cuidado! —advirtió el joven cuando uno de los guardias se abalanzó sobre ellos.

Diego le reventó la mejilla con la bandeja, pero el movimiento se resintió en su codo izquierdo, provocándole un alarido.

—¡Tenemos que salir de aquí, Diego! ¿Dónde está Ana?

—Quiero ayudar —protestó él.

—En absoluto, héroe —refutó Rodrigo—. Está todo controlado. No sabes las ganas de sangre que tienen mis compañeros. ¡Ana! —la llamó al verla al fin—. Id primero, yo os cubro.

—¿Y quién te cubre a ti? —se burló Diego.

En ese momento se les acercó otro guardia y Rodrigo le lanzó un tajo con su espada que lo mató al instante.

—He aprendido algunos trucos —respondió con un guiño.

—¿Por qué hay soldados?

—¿Bromeas? El Padul es un hervidero de ellos ahora. Se han agrupado aquí para hacer frente a la sublevación de los moriscos. Alguien de la casa los habrá llamado.

—Seguro que ha sido ese chambelán astuto —escupió Ana—. Sabe aprovechar cualquier cosa para obtener ventaja. Estos soldados ni siquiera saben a qué clase de monstruos están protegiendo.

—Tenemos que irnos, no tardarán en llegar refuerzos.

—¿Y qué hay de De Saavedra? —preguntó Diego, airado.

—Todo a su tiempo, amigo, lo primero es salir con vida de esta. Si no muero esta noche, será Inés la que me destripe si no te llevo con ella —

bromeó—. ¡Vamos, antes de que vengan más!

Diego asintió, sabiendo que, en su estado, poco podría hacer aparte de estorbar. Cogió la espada de uno de los guardias muertos y comenzó a caminar hacia las escaleras. Encabezó la marcha, esquivando como podía a los contendientes, Ana iba en medio, musitando una plegaria, Rodrigo iba el último, procurando que nadie les impidiera la huida. Cuando subieron a la planta de arriba, encontraron a uno de los suyos golpeando la cabeza de un soldado contra la pared. Había otro cadáver a sus pies.

—¡Venancio! —exclamó Diego con alegría.

El panadero se volvió con una sonrisa, dejando caer al soldado muerto al suelo.

—¡Ah, muchacho, sabía que estabas vivo! —saludó, estrechándolo en un abrazo de oso que hizo estremecer todo su cuerpo—. ¡Lo siento! ¿Estás herido?

—No, Venancio —bufó Rodrigo con nerviosismo—. Ha estado pasando unos días de descanso en este agradable palacio. ¡Vamos, pronto llegarán más soldados!

Al parecer, el grueso de la pelea se desarrollaba en la bodega, porque el resto de la casa estaba relativamente en paz. Era sorprendente que esos soldados se dejaran la vida allí, sin pararse a mirar lo que había tras la puerta secreta de Blasco de Saavedra. ¿Qué harían si descubrieran sus calabozos y sus salas de tortura? Probablemente seguir luchando, porque, por muy horrible que fuera Blasco, era un noble cristiano y sus cabezas solo concebían a los moriscos como amenazas.

Diego miraba a todos lados mientras seguía a Ana y Rodrigo hacia el patio trasero. Tenía la esperanza de que ese monstruo apareciera, que no tuvieran más remedio que enfrentarse a él; no soportaba el hecho de dejar pasar la oportunidad sin hacerle pagar todo el daño que había causado. No obstante, en su corazón le parecía escuchar la voz sensata de Elena marcando sus pasos como un ángel guardián: «Sigue adelante, hermano. Olvida la venganza y vuelve con Inés».

—¡Venancio! —gritó Rodrigo en ese momento, sobresaltándolo.

Miró hacia atrás y vio que el hombretón se había quedado rezagado, rodeado por tres soldados. Sangraba por el brazo derecho y se movía con lentitud. Diego corrió para ayudarlo, pero Rodrigo lo sujetó del codo herido, arrancándole un grito. ¡Maldición, ni siquiera podían tocarlo!

—¡No, Diego, iré yo, tú tienes que salir de aquí!

—¡Vete al cuerno! —espetó, acudiendo en ayuda del panadero.

Rodrigo escupió una palabrota, pero lo siguió. Al verse sola y desprotegida de repente, Ana corrió hacia el patio para encontrarse con los demás aliados.

La espada que Diego había robado no era demasiado pesada, pero aun así le costaba manejarla con una sola mano. En cualquier caso, fue capaz de quitarle a Venancio un contrincante de encima y, aunque recibió un corte en el antebrazo, pudo distraerlo el tiempo suficiente para que Rodrigo lo atravesara con su arma. El panadero había matado a otro, pero cuando Diego se volvió hacia él, comprobó con horror que se desplomaba en el suelo de rodillas, con la cara demasiado pálida.

—¡Venancio! —lo llamó, corriendo hacia él, mientras Rodrigo se ocupaba del soldado que quedaba.

Se arrodilló a su lado y al fin pudo fijarse en el agujero abierto en su pecho. Siseó con frustración, era imposible que sobreviviera a eso.

—Diego, muchacho —susurró el panadero, tocándole la mejilla con la mano manchada de sangre—. Se acabó para mí.

—¡Te sacaremos de aquí, aguanta!

—Dime algo, hijo, ¿crees que he conseguido ganarme su perdón? —continuó con voz cada vez más débil—. ¿Crees que Beatriz me perdonará cuando le diga que ayudé a su hijo?

A Diego se le llenaron los ojos de lágrimas. Asintió y casi le falló la voz al volver a hablar.

—Ella jamás estuvo enfadada contigo, amigo. Y yo me siento honrado de haber luchado a tu lado. Gracias por todo lo que has hecho por mí.

Venancio sonrió brevemente y sus ojos se vaciaron de luz, mientras su cuerpo se escurría de los brazos temblorosos de Diego.

—¡Vamos, hay que salir de aquí! —lo instó Rodrigo, cogiéndolo del codo izquierdo, otra vez.

—¿Podrías dejar de hacer eso, joder? —protestó Diego, apretando los dientes a causa del dolor. Se puso en pie y dirigió una última mirada al panadero—. Adiós, buen amigo.

—¿Dónde está Ana? —preguntó Rodrigo de repente.

Miraron a su alrededor, pero la chica no estaba por ninguna parte. Con una maldición, corrieron hacia el patio. Una lluvia espesa y helada los recibió en el exterior, haciendo más difícil la visibilidad. Diego capturó un movimiento

junto a la puerta de salida; la doncella corría hacia allí, sin percatarse de que no estaba sola.

—¡Ana, cuidado! —advirtió.

Ella se detuvo en seco y una silueta se desprendió de las sombras y la sujetó por el pelo. La muchacha gritó, pero no pudo evitar que el hombre la girara y pegara su espalda a su pecho para escudarse con su cuerpo.

—¡Maldita zorra traidora! —exclamó el tipo, apoyando una daga enjorada en el cuello de la muchacha, que se echó a llorar desconsolada al reconocerlo—. Con todo lo que he hecho por ti. ¡Putas desagradecidas, yo te salvé de Blasco!

—¡Suéltala! —le ordenó Diego, acercándose a ellos con Rodrigo pisándole los talones.

Felipe alzó la cabeza para mirarlo con ojos gélidos. Enseñó los dientes y su rostro se contrajo con una mueca de odio.

—¡Perro moro! —escupió, antes de ponerse a gritar como un poseso—. ¡Tú y tu hermana no habéis hecho más que causarme problemas desde que aparecisteis! ¡He estado trabajando en mi plan durante años, aguantando a ese leproso del infierno, arriesgando mi propia vida! Estaba muy cerca... ¿Por qué no podías morirte como cualquier hombre? ¿Por qué te empeñas en seguir con vida?

—Suelta a la muchacha —repitió Diego con tensión—. Ven a resolver tus diferencias conmigo. ¡Tú mataste a mi hermana!

Felipe soltó una carcajada que sonó a locura.

—No, fue esa monja estúpida la que mató a tu hermanita —escupió—. Esa perra ambiciosa me metió en un lío con Blasco por culpa de su odio hacia los moriscos. Le dio una dosis demasiado alta de adormidera y la niña no despertó. ¿Sabes todo lo que tuve que inventar para que mi señor no me castigara a mí por su error? Y desde entonces todo han sido complicaciones. ¡Tú tenías que estar muerto!

Ana no paraba de llorar, pero permanecía quieta, casi como una muñeca desmadejada en brazos del chambelán. Diego no se atrevía a acercarse por miedo a que le hiciera daño. Podía sentir la respiración agitada de Rodrigo a su lado, acusando el dolor por las noticias de Elena que él ya había podido intuir desde su conversación con Blasco.

—Pero ¿sabes a quién sí me encontré en Tablate hace unos meses? —continuó esa serpiente con una sonrisa taimada. Diego aspiró hondo, pero no

se dejó provocar—. ¡Qué casualidad tan grande! ¿No te parece? ¿Quién me iba a decir a mí que la bruja que se arrojó por el precipicio era tu madre? En verdad es mala suerte cruzarse en el camino de ese leproso tantas veces y en tan poco tiempo. —Soltó una carcajada—. ¡Esa puerca me rompió mi mejor jubón, se merecía una muerte más lenta!

—Suelta... a... la... chica —repitió Diego destilando rabia, dando un paso hacia él.

—¡Eso está hecho! —respondió Felipe con un gruñido, rebanando el cuello de la muchacha de un tajo rápido y lanzándola al suelo con desprecio.

—¡No! —bramaron Diego y Rodrigo a la vez.

Todo había ocurrido demasiado deprisa; Diego clavó sus ojos ardientes de furia en el chambelán, el cual se abalanzó sobre él con una espada en la mano. El ataque era demasiado torpe, ese botarate jamás había sido un guerrero, solo un sirviente. Con un rugido, Diego describió un arco con su arma y le cercenó la mano con la que esgrimía la suya. Felipe aulló, apretándose el muñón sangrante.

—Eso es por mi hermana —escupió, acercándose despacio. Alzó la espada de nuevo y la descargó contra la pierna del chambelán, que cayó al suelo entre alaridos de dolor, con el hueso de la rodilla asomando a través de sus calzas destrozadas—. Eso por mi madre.

—¡Tenemos que irnos! —gritó Rodrigo con urgencia, al escuchar la carrera de los soldados que se acercaban desde el interior de la casa.

—No podréis salir de aquí —los amenazó Felipe con la voz velada por el dolor. La lluvia caía sobre su cuerpo tembloroso y extendía los regueros de sangre por las piedras del patio.

—Tú, en cambio, te marcharás ahora —sentenció Diego, antes de clavarle la espada en el estómago—. Descuida, no te irás solo, pronto tu señor se reunirá contigo en el infierno, eso te lo juro —prometió, antes de extraer la hoja de un tirón.

El asalto sorpresa al palacio De Saavedra fue muy duro. Muchos moriscos rebeldes cayeron, y ahora los soldados y guardias arrastraban sus cadáveres a la calle para que todo el mundo pudiera verlos y hacerse una idea de lo que les ocurría a aquellos que se rebelaban contra la voluntad del rey y la paz del Reino.

Blasco recorría la casa con aprensión. Al escuchar el primer revuelo, había logrado atrincherarse en su alcoba con una escolta. Por fortuna, la lucha había terminado antes de que llegara a alcanzar la parte de arriba del palacio. Cuando llegó a la bodega y vio los cadáveres de ambos bandos, le preocupó que los soldados hubieran descubierto su puerta secreta. No es que temiera ser condenado ni nada por el estilo, era un De Saavedra, después de todo, pero no quería tener que dar explicaciones.

Cuando vio la puerta del calabozo abierta, el mundo se derrumbó a sus pies. El brujo había escapado. Su única oportunidad de sobrevivir a su enfermedad, la única forma de alcanzar la inmortalidad. Sin ese hombre, Calígula no renacería jamás.

Ordenó a sus guardias que buscaran por toda la casa. Exigió mirar las caras de todos y cada uno de los cadáveres que sacaban de allí, si su hombre estaba entre ellos... El tiempo se acababa, todo se desmoronaba a su alrededor.

Algunos soldados estaban registrando el patio trasero cuando llegó allí. Llovía en abundancia y el agua formaba charcos teñidos de rojo en el suelo. Vio el cadáver desangrado de esa sirvienta tonta y a su lado estaba Felipe, su único amigo en el mundo, lo único que le quedaba. Blasco se arrodilló a su lado bajo la lluvia, sin saber cómo interpretar lo que sentía. Le habían cortado la mano y media pierna, pero seguía con vida, a pesar de que esta se le escapaba por el agujero que tenía en el estómago.

—Felipe, amigo mío —le susurró con afecto, acariciando su cabello empapado—. ¿Quién te ha hecho esto?

—Tu... brujo... —logró pronunciar el chambelán con evidente esfuerzo, tratando de sujetarse las tripas con la única mano que le quedaba.

—¿Duele mucho? —le preguntó como quien pregunta por el tiempo. Felipe arrugó la frente y solo asintió una vez—. ¿Me dejas ver?

El chambelán abrió mucho los ojos cuando Blasco le agarró la mano y la apartó de un tirón de su estómago, dejando al descubierto un agujero por el que sus intestinos amenazaban con resbalar.

—¡Ah, qué preciosidad! —jadeó De Saavedra extasiado, mirando la sangre que fluía a borbotones—. ¿Y la mano?

Buscó con la mirada hasta dar con el miembro cercenado que yacía a unos metros de ellos. Se levantó, lo recogió y volvió a agacharse junto a su amigo, que lo observaba con horror. Para su consternación, Blasco comenzó a jugar con la mano cortada y sangrante, acariciando su cara, riendo divertido

mientras lo hacía. Después se le ocurrió otra idea aún más macabra. Miró la herida y se lamió los labios con una sonrisa de depredador.

—No, mi señor, os lo ruego —gimió Felipe, tratando sin éxito de volver a cubrirse.

—Calla, tonto, será divertido —le dijo Blasco, antes de hundir la mano en el vientre abierto del chambelán.

Felipe aulló y se sacudió, pero no pudo impedir que su señor jugara con sus intestinos y comenzara a extraerlos con su propia mano cortada. La lluvia barría la sangre y la inmundicia sobre él, y bañaba el cabello y el rostro de Blasco, que, extasiado en su tarea, ni siquiera parecía sentirla.

Pero el chambelán sí que la sentía y, a pesar de que la muerte ya velaba su mirada, fue consciente del cambio que se obraba en el semblante de De Saavedra. La harina de habas con la que se maquillaba había desaparecido de su piel; el tinte con el que se pintaba las inexistentes cejas se escurría por su nariz en regueros sucios, una nariz llena de cicatrices y nódulos.

—Vos estáis tan muerto como yo —sentenció con una sonrisa en los labios, antes de expirar su último aliento.

Blasco se tensó al escucharlo y centró su mirada en los ojos sin vida del que había sido su único amigo en el mundo. Lentamente, alzó la mano hacia su propio rostro y lo acarició. El estómago se le contrajo al palpar el agua de lluvia resbalando por su piel, arrastrando el maquillaje a su paso.

—Señor, ¿qué hacéis? —preguntó alguien a su espalda.

Blasco tragó aire y su corazón comenzó a latir a toda prisa. El miedo lo paralizó, le enajenó la razón. Si se daba la vuelta ahora, lo descubrirían, sabrían que padecía lepra. Lo sacarían de su casa, le quitarían sus posesiones, ¡lo condenarían a una muerte social! No podía consentirlo.

Cogió la daga enjoyada que había junto al cuerpo de Felipe y se puso en pie despacio.

—¿Mi señor?

Blasco se dio la vuelta con un rugido y se echó encima del hombre, cogiéndolo desprevenido y logrando clavarle la daga en el cuello. Este se llevó la mano a la herida por la que se le escapaba la vida, con los ojos muy abiertos por la sorpresa, antes de derrumbarse en el suelo. A su alrededor se elevaron susurros de consternación, pero Blasco solo escuchaba el ritmo de su corazón y la lluvia contra las piedras del patio. Paseó su mirada frente a él, media docena de soldados lo contemplaban con horror.

—¡Oh, Dios mío! —jadeó uno de ellos, alejándose de su lado mientras se santiguaba—. ¡Es lepra!

—¡Lepra! —susurraron los demás, apartándose también.

—¡No es cierto! —bramó Blasco—. ¡Es solo un sarpullido!

—Mi señor, deberíais subir a vuestra alcoba y aguardar allí hasta que un sacerdote pueda examinaros —le pidió uno de ellos, sin poder esconder una mueca de repulsión al mirarlo.

—¡No! ¡Os digo que no es lepra! —vociferó él como un poseso, alzando de nuevo la daga—. ¡Tenéis que buscar a mi brujo! ¡Solo él puede traer de regreso a Calígula!

Se lanzó contra el soldado que le había dado la orden, pero en esta ocasión no tuvo tanta suerte. Alguien le golpeó la cabeza y Blasco cayó al suelo, inconsciente.

## Capítulo 17

Se deshicieron de los caballos a varias leguas de El Padul para continuar a pie, de manera que les fuera más fácil esconderse. En su huida vieron a algunos de los compañeros de Rodrigo escapar en varias direcciones, pero eran conscientes de que esa noche había muerto mucha gente. Diego no logró quitarse esa idea de la cabeza durante todo el trayecto, a pesar de que su amigo lo mantenía entretenido relatándole su historia, desde que se habían separado en Órgiva, y también la de Inés.

Faltaba poco para amanecer cuando llegaron a Tablate. El pueblo parecía dormido, pero una nube de malos augurios cubría su ánimo y los hacía sentirse vigilados en todo momento hasta que alcanzaron la iglesia y la casa del padre Gimeno. Rodrigo golpeó la puerta con un código de llamadas y enseguida escucharon cómo alguien apartaba el tablón y abría el cerrojo.

—¡Gracias, Dios mío! —exclamó el sacerdote cuando los vio—. ¿Solo venís vosotros? ¿Dónde están Venancio y Ana?

—No lo consiguieron —murmuró Rodrigo con pesar.

—Dios los tenga en su Gloria —susurró Gimeno, santiguándose.

—¡Diego! —Inés apareció como una sombra y se lanzó a sus brazos, cogiéndolo desprevenido—. ¡Sabía que estabas vivo! ¡Tenías que estar vivo!

—Inés... Mi Inés. Estás aquí, en verdad estás aquí. —La apartó un poco y su mirada vagó por sus rasgos, como si necesitara cerciorarse de que no estaba soñando. Ella reía y lloraba a la vez, mientras se dejaba acariciar por sus manos manchadas de sangre y suciedad.

—¡Estoy aquí! —rio ella—. ¡Y tú también! —Volvió a lanzarse a sus brazos y Diego no pudo contener un gemido en esa ocasión—. ¡Lo siento, lo siento! ¡Pero qué estúpida soy! Estás herido... ¿Y tu hombro? Te golpearon muy fuerte... ¿Qué más te han hecho? ¡Jesús, te rompieron la nariz!

Inés comenzó a lanzar preguntas nerviosas mientras le acariciaba la cara y el pecho con suavidad, analizándolo, buscando heridas o lesiones.

—¡Inés, estoy bien! —la tranquilizó, riendo.

—¡No, qué va! —resopló Rodrigo, dándole un golpe en el codo adrede. Diego siseó y lo fulminó con la mirada—. Tiene varios huesos dislocados y por su forma de moverse diría que alguna costilla rota.

—¡Dios santo! —susurró Inés con horror.

—Las costillas están sanando —se apresuró él a aclarar.

—Venid a la cocina, lo hemos preparado todo para curaros.

—¡Vaya, así que no os habéis olvidado de mí! —bufó Rodrigo, aunque torció los labios en una sonrisa pícaro—. Me comporto como un héroe y no recibo ni un beso.

—¡Gracias, gracias, gracias por traérmelo de vuelta, mi héroe! —le dijo Inés, acompañando cada palabra de un sonoro beso en la mejilla.

—No podremos quedarnos mucho tiempo, seguro que vendrán a buscarnos aquí —apuntó Diego.

—Cierto, echaremos un vistazo a vuestras heridas y partiremos —informó la joven—. Ya lo tenemos todo preparado, nos esconderemos en alguna cueva para que podáis descansar, y seguiremos hacia la costa para coger un barco tal como teníamos planeado. ¿Crees que estás en condiciones de viajar?

—Desde luego —aseguró con un cabeceo—. En cualquier caso, padre, vendrán y pondrán el pueblo patas arriba.

—Y nadie podrá decirles nada pues nadie sabe nada —aclaró el sacerdote. Diego iba a protestar, pero él lo cortó—. No pienses en eso ahora, muchacho, cada problema a su tiempo.

—Acompáñame a la cocina —le pidió Inés, cogiéndolo de la mano. Diego se retrajo y ella abrió mucho los ojos al ver los dedos amoratados.

—No están rotos —la tranquilizó.

Fueron a la cocina, donde recolocaron los huesos dislocados de Diego y atendieron cada una de sus lesiones y las pocas que presentaba Rodrigo. Por fortuna, él sabía algo de curas y pudo guiarlos para que no cometieran ningún error fatal. La herida del hombro había sido tratada con mimo y evolucionaba bien, al igual que las costillas. Con un poco de corteza de sauce, apenas sentiría el dolor.

Mientras Inés mimaba sus lesiones, Diego les explicó a sus amigos en qué consistían los planes de Blasco, lo que había ocurrido realmente con Elena y

lo que pretendía de él. Todos se quedaron conmocionados y Gimeno elevó una plegaria por el alma de todas las víctimas de aquel demente. Rodrigo lloró en silencio, con el nombre de la muchacha en sus labios.

—Nosotros tenemos noticias de la abadesa —anunció Inés mirando al padre Gimeno.

—Como te dije en tu última visita, le hice llegar un mensaje al arzobispo Pedro Guerrero explicándole lo que acontecía en el convento de las Siervas del amor de Cristo —explicó el sacerdote—. Enseguida envió un comité al convento para que investigaran el caso. Lo cierto es que no encontraron nada que inculpara a la abadesa, se mostró tranquila durante todo el interrogatorio, amable, como siempre fue, pero al ser cogidas por sorpresa, algunas hermanas se pusieron nerviosas y hablaron de más.

»Por ello, el comité anunció que se quedaría algunos días en el convento para investigar más a fondo. La madre Sagrario les ofreció su hospitalidad, pero, esa misma noche, recogió sus pertenencias y salió del convento en un carro. Los investigadores no se enteraron de su huida hasta la mañana siguiente y, al saberse abandonadas, las hermanas implicadas en los raptos la delataron, creyendo las infelices que con ello se librarían de su condena. —El sacerdote suspiró y sacudió la cabeza.

—Entonces, huyó —rumió Diego con rabia.

—Lo hizo, pero su libertad duró poco —aclaró Inés—. Encontraron su carro a pocas leguas del convento. Había sido asaltada por un grupo de bandidos, moriscos, probablemente, a juzgar por el ensañamiento que se evidenciaba en los cadáveres de la abadesa y su cochero.

—¿La asesinaron? Así que, después de todo, sí hay algo de justicia divina.

—Hay mucho de eso, muchacho, no hables así en mi casa —le riñó Gimeno.

—Lo creeré cuando sepa que Blasco de Saavedra está ardiendo en el infierno —gruñó él.

—Esta historia aún no ha terminado, Dios es justo y Su voluntad es inexorable.

—Sí, lo que vos digáis —masculló, antes de volverse de nuevo hacia Inés. Cuando sus ojos se cruzaron, sonrió, olvidando toda oscuridad, todo dolor—. Pero sí debe de existir algo superior si aún estás aquí, conmigo.

Ella le rodeó el cuello con los brazos y le dio un beso casto en la frente. Diego resopló y la sentó en su regazo, ignorando sus protestas avergonzadas.

—Pues sí que ha cambiado la historia desde la última vez que os vi juntos

—se burló Rodrigo.

—No tanto, no te creas —exclamó Inés con las mejillas coloradas, tratando de levantarse—. Sigue siendo un mendrugo cabezota.

—Y tú un ratoncillo sabelotodo e insufrible —replicó Diego—. Pero te amo. Y, cuando te miro ahora, viva, sana, sonriente, sé con certeza que, toda la felicidad que me prometen tus sonrisas compensa lo mucho que te he llorado estos días.

Venciendo su reticencia, apresó sus labios y la besó al fin, plasmando todo el alivio que sentía por volverla a tener en sus brazos. Inés dejó de forcejear y le rodeó el cuello con los brazos, rendida también a ese beso.

—Muchachos, muchachos —los amonestó el padre Gimeno—. Sé que habéis sufrido mucho, pero no creo que esto sea muy lícito ni...

—¡Cierto! —exclamó Diego—. Dime una cosa, hermana Inés, ¿todavía me quieres?

—Más cada día —respondió ella.

—Pues hagámoslo lícito, padre, ¿os parece?

—¿Cómo? —preguntaron los otros tres a la vez.

—Inés, ¿me harías el honor de convertirme en mi esposa? —le preguntó con solemnidad, fijando su mirada en esos ojos color miel que tanto lo cautivaban.

—¿Qué? —jadeó ella. Se llevó las manos a la boca y comenzó a llorar.

—Creo que hoy vas a llorar más que en toda esta aventura —apuntó él con una sonrisa torcida, aunque no podía ocultar que también estaba emocionado.

—¿Quieres que nos casemos? —preguntó Inés, solo para estar segura de haber escuchado bien.

—En este preciso instante, antes de marcharnos de aquí, sí —afirmó Diego, acariciando sus rizos pelirrojos—. Temo que, si no te echo el lazo pronto, puedas cambiar de opinión.

—¡Nunca! —exclamó ella con una carcajada, dejando un reguero de besos por su cara—. ¿Cómo voy a cambiar de opinión si he seguido amándote incluso cuando te comportabas como un cretino?

—Jamás me dejarás olvidar lo del limón pocho, ¿verdad? —masculló, torciendo los labios en una mueca.

—¡Jamás!

Pasaron un día entero escondidos en la misma cueva que había servido de

refugio a Elena antes de que Diego fuera a buscarla para llevarla al convento. Cuando reanudaron la marcha, los dos hombres se encontraban mucho más repuestos.

Se limitaron a evitar los puntos conflictivos, que no eran pocos. En esos días, era raro encontrar un pueblo que no hubiera padecido las consecuencias de la rebelión. En Lanjarón, por ejemplo, los rebeldes prendieron fuego a la iglesia con el párroco y todos los cristianos viejos dentro. Las masacres se multiplicaban con el paso de los días en uno y otro bando. Era frecuente encontrar humo alzándose en el horizonte y escuchar gritos en la distancia.

Los tres amigos huyeron hacia el sur, buscando refugio en las cuevas más recónditas o en cualquier rincón escondido. Por fortuna para ellos, todo el mundo tenía cosas más importantes de las que preocuparse que tres viajeros desarrapados. Los carteles con sus retratos habían ido desapareciendo con el paso del tiempo, bien arrancados en las refriegas o bien quemados en los incendios.

Después de varios y fatigosos días de camino, llegaron a la misma casa a las afueras de Jete donde habían curado a Inés, tras encontrarla medio muerta en la cabaña. Era uno de los muchos refugios secretos con los que contaban los rebeldes y donde todavía se podían sentir a salvo.

Les sorprendió que fuera el propio Shamar el que los recibiera al tocar el código secreto en la puerta. Según les explicó, había logrado escapar de casa de Blasco a duras penas cuando las cosas se pusieron feas, pero les confirmó lo que ya sabían, que habían muerto muchos aquella noche.

—No lo sientas, dimos un gran golpe aquel día —le dijo Shamar a Diego, cuando él expresó su pesar—. Logramos gritar nuestra verdad y reunir a nuevos hermanos para nuestra causa. Matamos a muchos soldados cristianos y esa es una gran victoria a pesar de las pérdidas.

—¿Sabéis algo de Blasco de Saavedra? ¿Qué ha sido de él? —quiso saber Inés.

—¡Ah, ese loco! —exclamó, sacudiendo la cabeza—. Logró sobrevivir a la lucha, pero su destino fue terrible. Mis espías me dijeron que los soldados lo confinaron en su alcoba. Al parecer, perdió la razón y se volvió contra sus propios hombres.

—La perdió hace mucho —rumió Diego—. Ese chiflado padece lepra y cree que puede curarse con magia. Ha dejado un reguero de muertes a causa de su locura.

—¿Esos eran sus motivos? —El morisco chascó la lengua—. Bien, ya no podrá hacerle daño a nadie más, pues ni toda la magia o locura pudieron ayudarle al final.

—¿Qué le ha pasado?

—Cuando lo encerraron, prendió fuego a sus aposentos. La casa entera ardió hasta los cimientos. A él lo vieron saltar por la ventana envuelto en llamas. Se abrió la cabeza contra las piedras del patio.

—¡Dios mío! —susurró Inés, santiguándose.

—Ha obtenido su justo castigo —sentenció Diego—. Espero que arda en el infierno junto a su chambelán.

—Arder, ardió, de eso puedes estar seguro —bufó Shamar con una sonrisa.

—Lástima que su muerte no nos libre de las acusaciones que pesan sobre nosotros —masculló Rodrigo—. Ese monstruo nos ha destrozado la vida.

Diego e Inés se miraron y entrelazaron los dedos en silencio. Rodrigo tenía razón, Blasco les había destrozado la vida, pero incluso de entre las cenizas y la sangre podía resurgir una nueva, tal vez incluso más brillante que la perdida.

Aquella noche hicieron el amor de nuevo, al fin sobre una cama de verdad, en una habitación solo para ellos dos; una merecida noche de bodas que hasta ahora no habían disfrutado. Se quedaron abrazados en la oscuridad durante varias horas, desnudos, acariciándose y bebiendo cada segundo como si fuera el último.

—Te quiero tanto que podría explotar ahora mismo —susurró Diego, entrelazando los dedos en sus rizos rojizos. Ella se rio—. ¿Qué?

—Está claro que lo tuyo no son las declaraciones de amor, eres un salvaje —se burló y él rio entre dientes.

—Un salvaje, sin duda, pues sería capaz de masacrar naciones por ti. — Inés se incorporó y lo besó con ternura. Tenía una sonrisa en los labios, pero esta parecía tristona, nerviosa—. ¿Qué ocurre, ratoncillo?

—Creo que te debo mi historia, ¿no? —murmuró.

—No me debes nada, mi amor, me conformo con que me quieras el resto de mis días —respondió él, tratando de aligerar su ánimo.

—Te querría el resto de mis días, aunque no te tuviera. Lo sabes, fuiste mi amor incluso antes de conocerte —confesó—. Y te encanta escucharlo, porque eres un presumido.

—¿A qué hombre no le gusta oír que la mujer que ama se muere por sus

huesos? —respondió él, tumbándola y alzándose sobre ella—. Te amo —le repitió.

—Y yo a ti —respondió Inés—. Y por eso quiero contarte lo que ocurrió con mi hermano, porque me siento preparada y quiero escupir esa hiel para que ya nada amargue nuestra felicidad.

—Él... te forzó, ¿no es cierto? —se atrevió a preguntar al fin. Inés asintió y tuvo que contener un rugido.

—Mi padre había salido —comenzó en un susurro—. Al día siguiente se anunciaría mi compromiso y todo el mundo en la casa estaba atareado. Yo estaba leyendo en el jardín y Fernando apareció, borracho. No lo escuché acercarse. Se abalanzó sobre mí, me pegó... No puedo creer que nadie me escuchara gritar, estoy segura de que lo hicieron, pero estaban acostumbrados a que mi hermano se saliera siempre con la suya. ¿Qué era yo al fin y al cabo? Solo la hija menor, demasiado deslenguada y rebelde.

»Cuando terminó se burló de mi llanto, me escupió, me dijo que era mi culpa, que yo lo provocaba cada día, que lo había inducido al pecado con mis malas artes. Dijo que en el fondo yo deseaba lo que había ocurrido porque estaba podrida por dentro.

»Pasé el resto del día encerrada en mi alcoba, llorando, sintiéndome sucia, la peor de las personas. No me atreví a contárselo a nadie, ¿quién iba a creerme a mí? Pensé que quizás Fernando tenía razón, que la culpa había sido mía. Tuve miedo de que padre me repudiara y me echara de casa, ¿dónde iba a ir?

»Fui una estúpida al pensar que las cosas se quedarían así. Después de tanto llorar, me quedé dormida, agotada. Fernando se coló en mi dormitorio por la noche y lo volvió a intentar. Yo forcejeé con todas mis fuerzas, pero él era más fuerte.

»Padre se despertó por el ruido y entró en mi cuarto. Lloré de agradecimiento y me eché a sus brazos. —La voz de Inés se apagó y cerró los ojos—. Pero él me apartó de un empujón y me preguntó qué había hecho. A mi hermano ni lo miró. Fernando le dijo que había sido mi culpa, que yo lo provocaba. Y mi padre lo creyó. Me dieron una paliza y yo rezaba en silencio por que el siguiente golpe fuera el último. Pero Dios no me escuchó tampoco esa vez.

»Me ordenaron que guardara el secreto y siguiera adelante con mi compromiso. Me dijeron que estaba maldita y arrastraría a la condenación a

todos con los que me cruzara. Al día siguiente, insulté a mi prometido delante de todos los invitados hasta que provoqué que él lo anulara.

»Creí que padre me mataría esa misma noche, pero mi cuñada Teresa y mi aya Engracia intercedieron por mí. A la mañana siguiente, me metió en un carruaje que me llevó directa hacia el convento.

Inés dejó de hablar y clavó sus ojos enrojecidos en Diego. El eco de sus palabras aún resonaba en la habitación, ¿o era en su alma? En su sangre, quizás, recorriendo su cuerpo de arriba abajo, prendiéndolo de ira y deseos de venganza. Tragó saliva y trató de aplacar el odio y ofrecer solo amor. Amor y la comprensión que Inés jamás había tenido. No le dijo nada, solo la besó poniendo el alma en cada beso, diciéndole sin palabras lo valiosa que era, asegurándole que estaba a salvo para siempre en sus brazos.

Le hizo el amor con calma, despacio, con toda la ternura que siempre le había inspirado y toda la pasión que sabía encender en él. La abrazó después y la meció hasta que notó su respiración acompasada en su cuello, tranquila, al fin liberada de un peso terrible que había acarreado durante demasiado tiempo.

Diego sintió que la amaba ahora incluso más que antes; sin embargo, sabía que jamás podría deshacerse de aquella sombra que se cernía sobre ellos hasta que no saldara cuentas con Fernando Núñez.

No serían más de las siete, pero ya era completamente de noche. La valla que rodeaba la casa no supuso ningún alto en su camino, de un espadazo, hizo saltar los goznes y la puerta cayó. Ni siquiera le preocupaba alertar a nadie con el ruido. No, Diego tenía un millón de motivos para huir y esconderse, pero Fernando Núñez no era uno de ellos.

Fue la propia Inés la que llamó a la puerta principal. Tres golpes con el puño, luego otros tres, exigentes, impacientes.

—¿Quién va? —preguntó alguien desde el interior.

—Soy Inés —respondió ella con voz alta y segura.

—¿Inés? —repitió la mujer con un timbre de emoción. La puerta se abrió, dejando escapar un haz de luz hacia la noche—. ¡Inés, niña, en verdad eres tú!

La muchacha se vio rodeada por los brazos amorosos de una anciana que comenzó a repartir besos por toda su cara, riendo y llorando a un mismo tiempo. Diego relajó un poco la mano con la que aferraba la empuñadura de su

espada, pero no la soltó, Rodrigo y Shamar tampoco lo hicieron. Habían decidido acompañarlos por si había problemas, y tal vez los hubiera. Aunque él pretendía hacer aquello de manera limpia, no podía contar con el honor de ese gusano.

—¿Qué estás haciendo aquí, mi niña? ¿Quiénes son estos hombres?

—Engracia, él es Diego Narváez, mi esposo —anunció con orgullo, cogiendo su mano. La mujer abrió mucho los ojos con sorpresa, pero no dijo nada—. Y ellos son unos buenos amigos. Sigo viva gracias a estos hombres, así que puedo considerarlos mis hermanos.

—No comprendo nada, pequeña, ¿por qué no estás en el convento? —preguntó la anciana con angustia—. Si tu padre se entera de que...

—¿Dónde está padre? —la cortó con sequedad.

—Hace tiempo que no lo veo. Ahora estoy al servicio de don Fernando. Él y su esposa viven aquí —explicó, señalando la que había sido la casa de verano de los Núñez.

—Sí, algo así había imaginado, lo que supone un golpe de suerte para nuestros propósitos —dijo la muchacha, dirigiendo una sonrisa cómplice a su esposo—. ¿Está él en casa?

—Así es, en el salón, cenando con la señora Teresa —contestó la mujer—. Me echó de allí hace un buen rato. Estaban discutiendo...

—¿Estaban? —escupió Inés—. Estaba, más bien, Fernando siempre discute solo. Parece que hemos llegado en el momento preciso.

Inés entró en la casa seguida de los tres hombres. Engracia no les impidió el paso, se quedó en la puerta, con mirada perdida.

—¿Qué vas a hacer, niña? —susurró, asustada.

Fue Diego el que le respondió.

—Voy a vengar el honor de mi esposa.

Y del mismo modo se lo repitió a Fernando cuando irrumpieron en el salón. El hombre se giró indignado al escuchar la voz de Diego retumbar contra las paredes, pero cuando los vio, su rostro se quedó congelado en una mueca de horror, como si hubiera visto un fantasma, o a dos, para ser más exactos.

—¡Vosotros! —fue lo único que dijo.

Inés vio a su cuñada tirada en el suelo, junto a la chimenea. Corrió hacia ella y la giró con cuidado. Tenía un ojo cerrado y la nariz sangrando a causa de la paliza que había recibido.

—¿Inés? —preguntó débilmente—. ¡Gracias a Dios que estás viva! Me

dijeron...

—¡Marchaos de mi casa! —bramó Fernando, recuperado de la sorpresa inicial.

—¡No! —fue la respuesta de Diego—. Coge una espada y sal de la casa conmigo. Te reto a duelo.

—¿Qué? —exclamó Núñez, abriendo mucho la boca—. Estás loco, mandaré llamar a la guardia y...

—Para cuando vengan ya estarás muerto. Coge tu espada, te espero fuera. O, si lo prefieres, lo haremos aquí mismo, total, ¿qué puede importar un poco más de sangre sobre la alfombra? —escupió, haciendo una señal a la mancha que había dejado la pobre Teresa.

Inés observaba a su cuñada con preocupación, aunque en su rostro magullado se había dibujado una expresión de alivio.

—¿Estás bien? —le preguntó con suavidad.

—Lo estoy —respondió la mujer con ferocidad—. Y me siento lo bastante decidida esta noche para terminar con mi vida si tu hombre no lo hace con la de mi esposo.

Inés miró a Diego, que se había dado la vuelta y caminaba con orgullo hacia la salida, escoltado por Shamar.

—Descuida, lo hará —le aseguró ella.

En ese instante, Fernando saltó hacia su izquierda y alzó el arcabuz que estaba apoyado contra la pared. Inés quiso gritar un aviso a Diego, pero su cuñada fue más rápida, cogió una jarra de la mesa y se la lanzó a su marido a la espalda.

—¡Maldito tramposo! —le gritó—. ¿Dónde está tu honor?

Fernando se giró hacia ella, con el rostro contraído por la rabia, y apuntó el arma hacia las mujeres.

—Suelta eso —le ordenó Rodrigo, apoyando la punta de su espada contra su cuello—. No me gustaría privar a mi amigo del placer de matarte él mismo.

Fernando soltó el arcabuz con un gruñido y salió del salón, no sin antes dirigirle una mirada asesina a su hermana y a su esposa.

—¡Sabíamos que estabas maldita! Tú serás la causante de la ruina de esta familia —le gritó a Inés, antes de dirigirse a Teresa—. Y tú, prepárate porque vas a tener lo que mereces; no tardaré demasiado.

Y, curiosamente, esa fue la única vez en la que Fernando Núñez dijo la verdad en su vida. No tardó demasiado en morir. Diego no se recreó, aunque

en el fuego de sus ojos Inés adivinó que le habría gustado matarlo lentamente. Y Teresa obtuvo su libertad después de años de sufrir los abusos y palizas de su marido. Expresó su deseo de ingresar en un convento después de aquello y Rodrigo los sorprendió a todos ofreciéndose como escolta para evitar que tuviera problemas en su viaje.

—¿Cómo? —preguntó Inés a su amigo—. ¿Acaso no vas a venir con nosotros?

—Inés, ahora tienes a Diego —le dijo, cogiéndole las manos con afecto—. Ya no estarás sola. Yo nunca he tenido gran cosa hasta que os conocí a ti y a María... Elena —suspiró.

—Todavía me tienes a mí —insistió la muchacha—. Y a Diego.

—He perdido mucho en esta aventura, pero he encontrado un sentido a mi vida —afirmó con los ojos iluminados—. Yo me quedo, Inés. Tengo grandes amigos aquí —añadió señalando a Shamar—. Su lucha es mi lucha ahora.

—¿Pero tú eres cristiano, Rodrigo!

—¿Y qué más da? —se rio el joven.

—Las cosas se pondrán mucho más feas a partir de ahora.

—Lo sé, por ello debo quedarme a ayudarlos —expuso con solemnidad—. Nunca os olvidaré. Sois mis hermanos.

Inés comprendió que no había mucho más que hacer, que Rodrigo había tomado su decisión, una arriesgada y tal vez absurda, pero era lo que le daba sentido a su vida, como Diego se lo daba a la suya.

—Yo tampoco a ti —le susurró, estrechándolo en un abrazo—. ¿Volveremos a vernos?

Rodrigo aspiró hondo y miró a Diego, había tristeza en sus ojos oscuros, pero también comprensión.

—No lo creo; como bien dices, las cosas se pondrán muy feas a partir de ahora.

## Epílogo

Y, en efecto, jamás volvieron a saber de Rodrigo, ni de Shamar, ni del bueno del padre Gimeno. Su contacto quedó totalmente cortado cuando se subieron al barco que los conduciría a su nueva vida.

Teresa les había entregado joyas, ropa, dos caballos y suficientes monedas como para vivir bien durante bastante tiempo. En verdad no tenía ningún derecho sobre el patrimonio de su difunto esposo, pero tanto ella como Engracia se pusieron de acuerdo en decir que unos moriscos habían entrado en su casa por la noche, habían matado a Fernando y se habían llevado todo lo que habían podido cargar. Las heridas y hematomas que presentaba ella por todo el cuerpo, gracias a las palizas de su esposo, fueron una prueba más que fehaciente para corroborar su historia, aunque nadie se explicaba por qué le habían perdonado la vida.

En cualquier caso, tanto su familia como la de su esposo dejaron de hacerse preguntas cuando la mujer ingresó en un convento como la más humilde de las siervas, sin reclamar nada ni dar más problemas.

Diego e Inés completaron el trayecto hacia Almuñécar a caballo, incluso hicieron una parada en una venta del camino para disfrutar de una nueva noche juntos. Tal vez se habían vuelto osados, pero, después de todo lo que habían pasado, el riesgo bien merecía la pena. Curiosamente, esta vez nadie los atrató, y eso que portaban un pequeño tesoro con ellos, ironías del destino.

Aunque aún viajaban con temor a ser descubiertos, tal y como ya habían notado, las autoridades y el ejército tenían problemas más importantes de los que ocuparse en esos días que seguir buscando a tres supuestos asesinos, acusados por un hombre que resultó ser un leproso que había perdido la razón.

A pesar de ello, quedarse en el Reino de Granada no era una opción, y no solo por las condenas que pesaban sobre sus cabezas. Lo que había nacido

como una rebelión a la que pocos tomaron en serio, acabó por convertirse en una de las contiendas más crueles de la época. Diego e Inés no pensaban quedarse allí para ver el final de aquella triste historia.

Al llegar a Almuñécar, vendieron los caballos y algunas joyas y Diego acudió a un antiguo compañero suyo, un pescador amable y, por fortuna para ellos, poco interesado en conocer detalles. Les consiguió un pasaje en un barco que partía hacia Túnez y contrataron una escolta que los protegiera de los marineros, de los que todo el mundo sabía que no había que fiarse demasiado en esos tiempos. También consiguieron un pequeño camarote que, si bien no era un palacio, sí les otorgó cierta intimidad e hizo que el trayecto resultara algo más cómodo.

Fue un viaje largo, siempre bajo la constante amenaza de los piratas berberiscos y enfermedades como la malaria. Cuando alcanzaron la costa tunecina, casi les pareció un espejismo.

Las cosas allí no iban a ser fáciles y de eso ambos eran conscientes. Eran muchos los moriscos españoles que habían viajado a África huyendo de las opresiones y la esclavitud, y no siempre eran bien recibidos. Diego e Inés encontraron de todo, desde gente amable que comprendía su situación y los ayudaba, a personas hostiles que les cerraban las puertas y les ponían mil trabas.

Al llegar a su nuevo hogar, pasaron de ser prófugos o moriscos, en el caso de Diego, a convertirse en «andalusíes», pero, a esas alturas y dadas las circunstancias, les traía sin cuidado la etiqueta que quisieran colgarles, ellos solo querían rehacer sus vidas en paz.

Gastaron casi todo lo que les quedaba en una pequeña casita en la costa, donde Diego consiguió trabajo como pescador. Al parecer, Dios no les había dado la espalda a pesar de todo, ¿o tal vez fuera el destino?

Fuera como fuera, el principio no fue fácil, ningún principio lo era, pero ese mismo destino había cruzado sus caminos cuando estos estaban llenos de espinas, y el amor había logrado que cada lágrima derramada hubiera merecido la pena. Aquel diciembre de sangre y cenizas les había regalado una vida nueva y llena de esperanza.

Aun así, cuando Diego regresaba del trabajo cada día e Inés corría a recibirlo para poder contemplar juntos el atardecer de Túnez, ninguno de los dos podía evitar evocar la luz de los atardeceres sobre el Valle de Lecrín, la imagen resplandeciente de la nieve sobre la sierra o la luz del sol en la costa

de Motril, cuando su reflejo era engullido por el mar.

## Nota de la autora

Escribir una novela histórica siempre conlleva un gran esfuerzo. Detrás de esta historia hay mucho trabajo de documentación; he procurado cuidar cada detalle, a pesar de que confieso que, en algunos puntos concretos, me he permitido pequeñas licencias. No obstante, en lo esencial, he tratado de ser bastante exacta con la época y el lugar en cuestión. He escrito esta novela con muchísima ilusión y entusiasmo, sin miedo a las dificultades, y tengo que decir que estoy satisfecha y feliz por ello, pues he logrado viajar en el tiempo gracias a Inés y Diego.

La mayoría de los personajes de esta novela son ficticios, pero hay algunos de ellos que existieron de verdad y tienen su renglón en la historia, para bien o para mal.

Es el caso de Pedro de Deza, presidente de la Chancillería, un hombre que, según lo que he leído acerca de él, no creo que me cayera muy bien si viviera en mi tiempo.

También es real el arzobispo Pedro Guerrero, que se enemistó con gran parte del clero por condenar los abusos sexuales de los curas ya en esa época. Ayudó a San Juan de Dios con sus obras asistenciales y con el establecimiento del hospital. En general, ha pasado a la historia como un gran hombre que ayudaba a los pobres, enfermos y viudas, pero consideraba a los moriscos una causa perdida y apoyó fervientemente su expulsión.

Abén Humeya, por supuesto, jefe de la rebelión de Las Alpujarras y que, curiosamente, murió asesinado al año siguiente, el 20 de octubre de 1569, por otro de los personajes que aparecen en el libro, el simpático morisco con el que Diego se enfrenta en Tablate: Aben Aboo, primo del primero y gran defensor de la causa, que no pudo perdonar la tiranía del líder y sus supuestos tratos con los cristianos. Fue el sucesor de Abén Humeya como «rey de los

moriscos».

Todo lo referente a la rebelión de Las Alpujarras, la Pragmática Sanción, la situación opresiva, las exigencias de Felipe II y las intervenciones de la Santa Inquisición para encontrar herejes y brujas es real. También lo son todas las localizaciones, pueblos y rincones nombrados en el libro.

No obstante, es ficticio el convento de las Siervas del amor de Cristo, como también lo es la orden. No existen ningunas Siervas del amor de Cristo, o al menos eso espero. Utilicé una combinación convincente entre distintos nombres de órdenes reales e investigué para asegurarme de que la mía no existiera. En el caso de que se diera la casualidad y fuera una orden real, pido disculpas, pues mi intención era no cargar con algo tan feo y oscuro a ninguna orden auténtica. Todo lo ocurrido en ese convento de localización imprecisa es solo fruto de mi imaginación.

Tampoco son reales las casas de Núñez o De Saavedra, quizás vivieran nobles con ese apellido en Granada en esos tiempos, pero los personajes y familias que aparecen en este libro son inventados. El escudo de los Saavedra también. Ese apellido cuenta con un escudo nobiliario, pero no me pareció correcto utilizarlo aquí. Algo que sí es cierto es que el apellido Saavedra parece estar relacionado con el emperador Calígula; en verdad tengo mis dudas de que esto sea cierto, Calígula no dejó descendientes, cuando lo mataron, exterminaron a toda su casta; aunque sí que era el tercero de seis hermanos, así que, quién sabe. Sea como sea, fue ese asunto del apellido el que me inspiró para crear al que creo que es el villano más aterrador que ha salido de mi cabeza hasta la fecha.

El pueblo de Tablate se negó a apoyar la rebelión, pero pagaron las consecuencias de ello. Los moriscos los castigaron y, como ya habían hecho en Lanjarón y otros pueblos, quemaron la iglesia. Teniendo en cuenta que sus ataques eran principalmente contra el clero, podríamos decir, sin temor a equivocarnos, que el bueno del padre Gimeno se quemó dentro de su iglesia, que por entonces estaba recién construida. El templo fue restaurado años después. En la actualidad, Tablate es un pueblo abandonado y en ruinas, una preciosidad que murió por la despoblación a principios de los noventa. Aún conserva su iglesia y es una maravilla que, a mi juicio, debería ser reconstruida.

No me extenderé con notas acerca de la rebelión de los moriscos, cualquiera puede consultarlas en Internet o en libros de historia. Como

resumen, decir que, tras duras contiendas y muchas bajas en ambos bandos, los moriscos fueron vencidos por los cristianos en 1571. Fue Felipe III, sucesor de su padre en el trono, quien ordenó su definitiva expulsión en 1609.

No sabría decir qué fue de Rodrigo o de Shamar, pero, como vosotros mismos podréis adivinar, lo más probable es que perecieran como tantos otros lo hicieron en esa guerra sin sentido.

## Agradecimientos

No hay mucha gente que supiera de la existencia de esta historia mientras la escribía. Cuando la comencé me atrapó de una manera extraña y casi mágica, como ninguna otra de las que he escrito ha llegado hacerlo nunca, no sé bien por qué. Pasé mucho tiempo sin salir y sin hablar con nadie, fue una locura.

El primero en conocerla fue mi marido, Luis, al que, como siempre, tengo un millón de cosas que agradecer: su apoyo, sus consejos, sus correcciones, sus largas charlas sobre Calígula...

Quiero agradecer muy especialmente a Adriana Criado su asesoramiento con los caballos y las distancias que recorren. Me salvó de un laberinto de leguas, caminos y otras locuras.

A Clara Peñalver, porque esta novela fue el resultado de un desafío que me lancé a mí misma tras haber hablado con ella y haber recibido sus buenos consejos y ánimos.

A mi hermana, Belén, por ayudarme con las correcciones y algunos detalles históricos.

A mi incondicional, Tere, por estar siempre dispuesta a leer mis cosas y darme su sincera opinión.

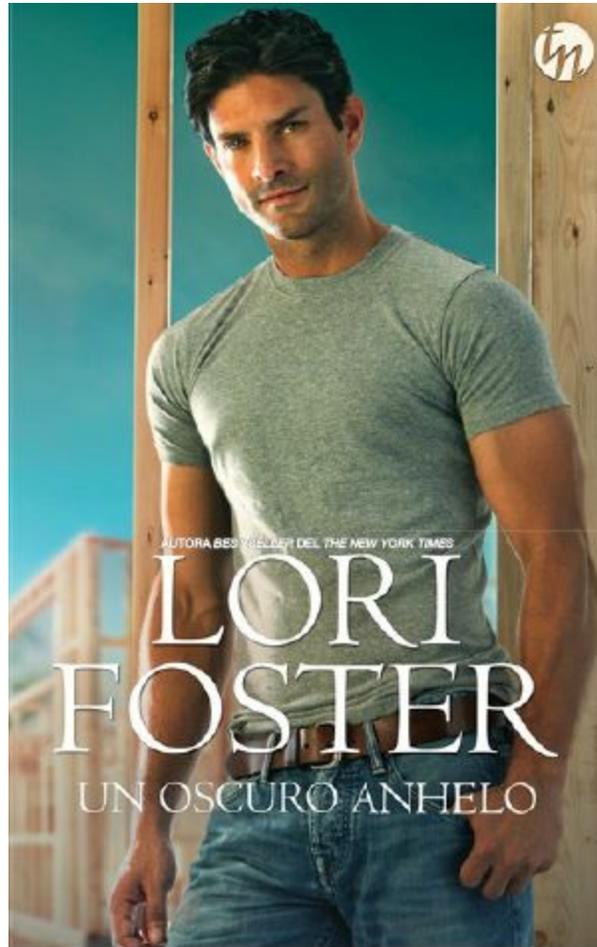
A todos los lectores que hacéis posible que este sueño siga creciendo, y yo con él.

A mi familia y amigos, siempre a mi lado.

Y, especialmente, quiero dar las gracias a mi editora, Elisa, y a todo el equipo de HQÑ por confiar en mí y darme la oportunidad de formar parte de la gran familia HarperCollins Ibérica.

¡Gracias, gracias, gracias! ¡El camino sigue, la aventura continúa!

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



[www.harpercollinsiberica.com](http://www.harpercollinsiberica.com)

HQN™

**SARAH**  
Autora best seller del USA TODAY  
**MORGAN**

*Atardecer  
en  
Central Park*



"Un poco dulce y muy sexy"  
—Booklist

# Atardecer en Central Park

Morgan, Sarah  
9788491881452  
384 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

En el caos de Nueva York puede ser complicado encontrar el amor verdadero incluso aunque lo hayas tenido delante desde el principio... El amor nunca había sido una prioridad para Frankie Cole, diseñadora de jardines. Después de presenciar las repercusiones del divorcio de sus padres, había visto la destrucción que podía traer consigo una sobrecarga de emociones. El único hombre con el que se sentía cómoda era Matt, pero era algo estrictamente platónico. Ojalá hubiera podido ignorar cómo hacía que se le acelerara el corazón... Matt Walker llevaba años enamorado de Frankie, aunque sabiendo lo frágil que era bajo su vivaz fachada, siempre lo había disimulado. Sin embargo, cuando descubrió nuevos rasgos de la chica a la que conocía desde siempre, no quiso esperar ni un momento más. Sabía que Frankie tenía secretos y que los tenía bien enterrados, pero ¿podría convencerla para que le confiara su corazón y lo besara bajo el atardecer de Manhattan?

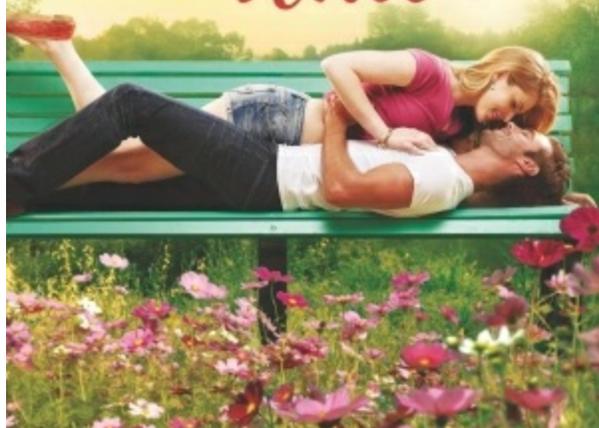
[Cómpralo y empieza a leer](#)

HQN™

*Autora best seller de The New York Times*

SUSAN MALLERY

*Lo mejor  
de mi  
amor*



# Lo mejor de mi amor

Mallery, Susan

9788491881469

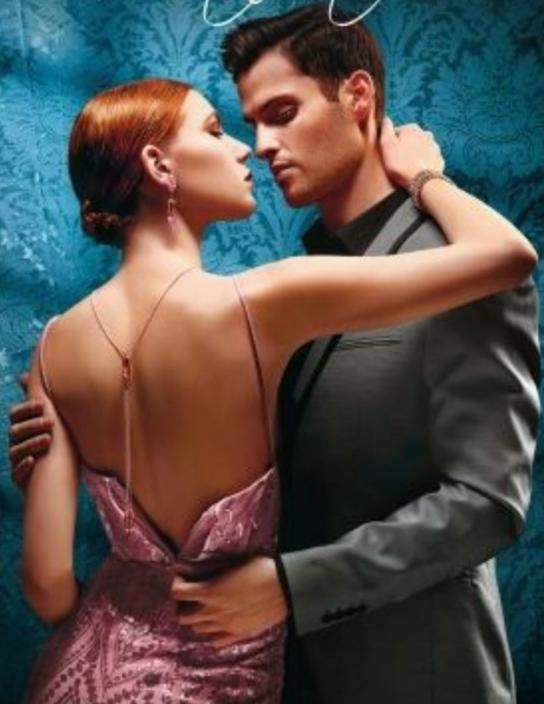
352 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

En un intento de superar su doloroso pasado, Shelby Gilmore emprendió la búsqueda de una amistad masculina para convencerse de que se podía confiar en los hombres. Sin embargo, ¿en un pueblo tan pequeño como Fool's Gold dónde iba a encontrar a un tipo que estuviera dispuesto a ser solo su amigo? Aidan Mitchell se dedicaba a crear aventuras en su agencia de viajes... y, también, en las camas de las numerosas turistas que lo deseaban. Hasta que se dio cuenta de que se había convertido en un estereotipo: el del mujeriego que solo valía para una noche, y, peor aún, de que en el pueblo todos lo sabían. Tal vez el experimento sobre la relación entre los dos sexos que Shelby quería llevar a cabo pudiera ayudarlo a considerar a las mujeres como algo más que posibles conquistas. Así, sería capaz de cambiar su forma de actuar y recuperaría el respeto por sí mismo. A medida que Aidan y Shelby exploraban las vidas secretas de los hombres y las mujeres, la atracción que surgió entre ellos comenzó a alimentar los rumores en Fool's Gold. Si nadie creía que fueran solo amigos, ¡tal vez debieran darles a los cotillas un tema del que poder hablar de verdad!

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HARLEQUIN *Bianca*



EL AMOR NUNCA DUERME

CAROLE MORTIMER

# El amor nunca duerme

Mortimer, Carole

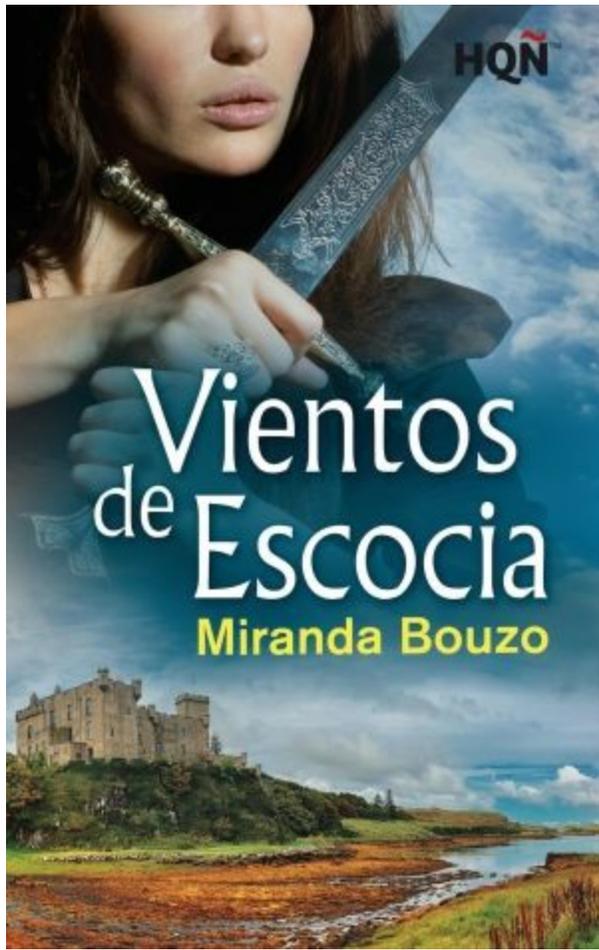
9788491881360

160 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Durmiendo con el enemigo...A Gregorio de la Cruz le daba igual que la inocente Lia Fairbanks lo considerara responsable de haber arruinado su vida. Sin embargo, al comprender que no iba a lograr sacarse a la ardiente pelirroja de la cabeza, decidió no descansar hasta tenerla donde quería.... idispuesta y anhelante en su cama!Lia estaba decidida a no ceder ante las escandalosas exigencias de Gregorio, a pesar de cómo reaccionaba su cuerpo a la más mínima de sus caricias. Sabía que no podía fiarse de él... pero Gregorio era un hombre muy persuasivo, y Lia no tardaría en descubrir su incapacidad para resistir el sensual embate del millonario a sus sentidos...

[Cómpralo y empieza a leer](#)



# Vientos de Escocia

Bouzo, Miranda

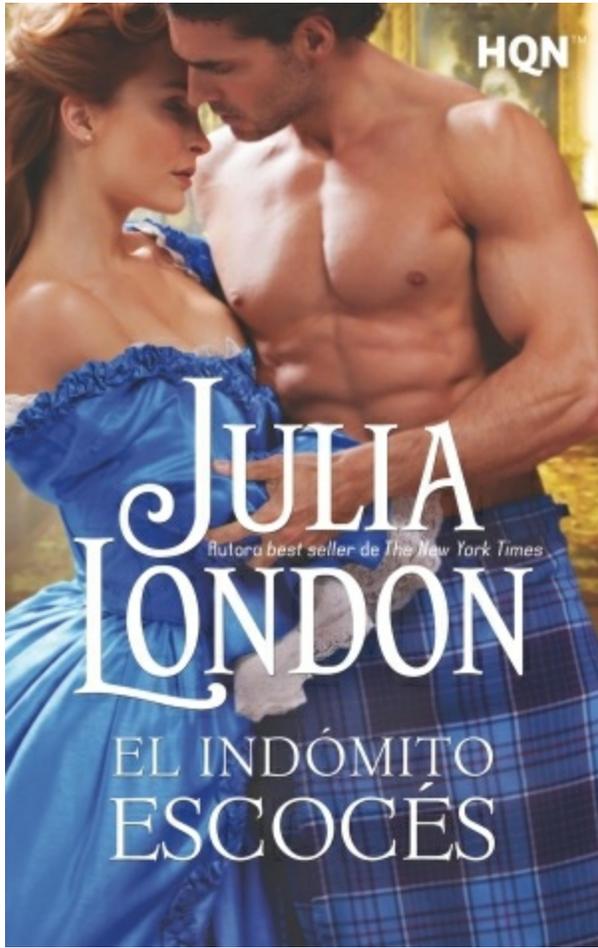
9788491887171

293 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Han pasado diez años desde la coronación de Isabel I de Inglaterra. Acorralada por sus enemigos, dentro y fuera de sus fronteras, y enfrentada a su prima María Estuardo, guarda un secreto inconfesable que puede socavar los cimientos de su poder y darle a sus enemigos una oportunidad para destruir su credibilidad ante su pueblo. Ayr, una joven escocesa del legendario clan Tye, juró que nunca volvería a pisar tierras inglesas. Sin embargo, perseguida por su hermanastro Brodie, debe regresar y pedir ayuda a la reina más poderosa de Europa para restaurar su lugar entre los suyos. A cambio de su ayuda, la reina la entrega a Edward Aunfield, un traidor inglés, orgulloso y mujeriego que la desprecia. Iain, su amigo y protector desde la infancia, la previene contra él sin resultado. Los tres juntos recorrerán Escocia unidos por la guerra, las traiciones, la muerte y el amor. En una época en que la dureza de los hombres les lleva a cometer oscuras injusticias, Ayr descubrirá en sus amigos que no todo es blanco o negro, y que el deber, el honor y la familia son más fuertes que sus intereses personales.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



# El indómito escocés

London, Julia

9788491881438

384 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Nacida en la abundancia y criada en el lujo inglés, Margot Armstrong no pertenecía en absoluto al temerario universo de los jefes tribales escoceses. Tres años antes, había escapado de un matrimonio de conveniencia y ya no había vuelto a mirar hacia atrás, excepto para revivir los apasionados momentos que había disfrutado en los fuertes y toscos brazos de Arran McKenzie. Pero cuando la frágil unidad de sus respectivos países amenazó con quebrarse, Margot tuvo que regresar con su marido para desenmascarar su papel en la traición y evitar así la acusación que se cernía sobre su propia familia. Pelirroja de ojos verdes, Margot era la bella mujer de Arran. Su marcha lo había atormentado, pero su regreso venía a amenazar todo lo que había conseguido hasta entonces. Cuando la niebla de las Tierras Altas de Escocia trajo consigo rumores de un complot inglés para conquistar el territorio de los McKenzie, Arran se vio obligado a manipularla en un juego de espionaje... y seducción. Sin embargo, pese a que ambos estaban enredados en una malla de secretos, nada pudo evitar que el amor se apoderara de ellos para dirigirlos directamente al peligro.

[Cómpralo y empieza a leer](#)